

SUSAN SONTAG

Estuche de Muerte



Estuche de muerte

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

SUSAN SONTAG
Estuche de Muerte



OceanofPDF.com

Susan Sontag
Estuche de muerte

OceanofPDF.com

*Para Diana Kemedý,
con amor y gratitud*

Diddy el Bueno había emprendido un viaje de negocios. Lo de Diddy era apodo familiar: sólo le llamaban así (ahora) su hermano y los pocos amigos que le quedaban de los años escolares... "¿Qué hay, Diddy?" gritaba Paul cuando se presentaba en la oficina sin avisar, o cuando aparecía en el departamento de Diddy a las tres de la mañana. El propio Diddy había embellecido el remoquete alguna que otra vez, en sus festivos exámenes de conciencia, con el calificativo de "Bueno"... Diddy el Bueno, el Buen Did, Didibuen y Done-Done. Fuera de sí mismo y de las amistades de la infancia, Dalton era su nombre.

Dalton Harron, por más señas: individuo apacible, criado afablemente en Pennsylvania, en una ciudad de medianas dimensiones, y educado en colegios caros. De niño, bondadoso: hijo mayor de padres civilizados que habían muerto sin demasiado ruido. (Ahora) un hombre de treinta y tres años y de bastante buena estampa. Más callado que en otros tiempos. Quizá un poco exigente; algo sentencioso. Acostumbrado a que se le conteste cuando habla cortesmente con alguien, y no conforme con los bárbaros modales de la metrópolis en la que (ahora) vive. Pero sin resentimientos. El tipo de hombre que no maltrata a las mujeres, no pierde sus tarjetas de crédito ni rompe un plato al lavarlo, trabaja seriamente, presta dinero a los amigos sin poner mala cara y saca a pasear al perro todas las noches por muy cansado que se encuentre. El tipo de hombre que rara vez desagrada; el tipo de hombre con quien no quiere tratos el desastre.

Diddy tenía su vida, aunque en realidad no estaba vivo. No es lo mismo. Hay hombres que son sus vidas. Otros, como Diddy, se limitan a habitarlas. Como inquilinos inseguros, que nunca saben hasta dónde llega su propiedad ni cuándo vence el contrato. Como incapaces cartógrafos, que dibujan una y otra vez mapas equivocados de extraños continentes.

A un hombre así, tarde o temprano, todo se le deshace. Las paredes se desploman. Los huecos se hinchan entre los objetos. Las superficies sudan, adelgazan, se tronchan. Los histéricos fluidos de terror acumulados en el corazón de las cosas se filtran por las grietas. Va costando trabajo desdoblar los objetos y orientarse por el espacio. Demasiado esfuerzo, pasar de cocina a sala, preparar bebidas, poner un disco, fingir cordialidad. Pero las dificultades de Diddy no se resuelven con mayor esfuerzo. No es el

esfuerzo redoblado el que corregirá su ingeniosa torpeza, derivada de un alucinado borrar el presente-que-pasa. Para reforzar el esfuerzo, Diddy necesita fe. De la cual (ahora) carece. Todo se le vuelve, por ello, imprevisible. Hay que presentarse puntualmente a las diez, en las oficinas de Watkins & Compañía, avenida Lexington, cinco días por semana: Diddy sospecha, cada día, que nunca se ha presentado; cada día se presenta sin falta. Lo cual es un milagro. Pero Diddy, carente de fe, no sabe deducir de la presencia de milagros la existencia de un mundo milagroso. Deduce, en cambio, que realizar lo que uno se propone no es milagro, sino la vulgar ruptura del inerte, frágil y pegajoso tejido de las cosas. O un accidente estúpido, como si alguien rasgara feamente la tela con unas tijeras descuidadas, o le hiciera agujeros con la lumbre del cigarrillo.

Todo se deshace; todo se derrite y empapa la bien cuidada existencia de Diddy. Como un gran edificio alimentado por el generador del sótano. Diddy siente la palpable disminución de la energía del generador. O la monstruosa descomposición del generador enloquecido. De él brota un torrente de revueltos desperdicios que inunda la vida de Diddy, invade su terreno y devora sus amables posesiones, obligándole a buscar refugio, acurrucado, en un rincón estrecho.

Por estrecho que sea, el rincón liberado no es seguro. Si a él no llega la materia sólida, la asquerosa descarga del generador averiado o rebelde se funde en líquido, se derrama y esparce como una piel. Vómito de aceite pesado, mugriento y maloliente, que recubre las cosas, las personas y los objetos, preciosos o vulgares, feos y hermosos, lo poco hermoso que queda. Mancillado de aceite, el mundo de Diddy se inutiliza. Se hace inhabitable.

Este delicuescente deshacerse de todo coincide con el margen de conciencia de Diddy y socava sus actos más sencillos. Levantarse de la cama es una agonía tan poco prometedora como la del pez que se debate en la orilla, luchando por arrancar vida a un aire sin sentido. La gente que se limita a tener-vida suele moverse en un denso fluido. Sólo así puede vivir, pues su vivir depende de no-ver. Pero cuando ese fluido se evapora, revela un bajo fondo sin censura, fétido y horroroso. Aparecen continentes perdidos, ruinas de ciudades condenadas, descarnados esqueletos de antiguas criaturas inmovilizadas en la agonía. Un paisaje de indecible crueldad. Y las ruinas o los esqueletos pueden salvarse humanamente. No así una naturaleza perdida, deshumanizada. Libres tanto tiempo de la

mirada humana, de las aspiraciones y escrutinios del hombre, las áridas montañas de Tirrenia no pueden parecerse a ninguna montaña del planeta. Cómo se estremecerían, sudorosas, en el aire sin sustancia.

Así va la vida de Diddy, desde que empezó a derretirse su medio opaco, habitual. Los días blandos, adheridos unos a otros como en una urdimbre, se sueltan, se separan. La masa húmeda se va deshidratando, y lo que queda son trozos picudos, inhumanos. El medio se evapora tenazmente; la abundante y entretejida plenitud pierde gota a gota su sustento. Muere. Su residuo es arbitrario, incomprensible. Hasta el habla del hombre declina hacia el sonido puro. Y sin embargo, observa Diddy, nadie ha descubierto aún, o nadie se ha atrevido a reconocer públicamente, esa clara y terrible caída del nivel de las aguas, la sequía de los óleos vitales, la erosión del litoral, sensible a escala humana. ¿Será Diddy el primero en proclamarlo? Diddy el Presuntuoso. Aunque siempre trata de ser honrado, nunca ha pretendido la sabiduría. Quizá haya un fondo de sabiduría en la mentira acerca de la vida que la gente repite sin cesar y que Diddy no entiende (ahora) si es que algún día la entendió. Conque Diddy sigue hablando, como todo el mundo. Las palabras, como dados ácidos, pintados de tiza, se escapan de una jaula giratoria. Diddy las recoge una a una y las va colocando, inverosímiles, hasta crear la probable imagen de una frase. Con su ordinario significado: intenciones, promesas, opiniones, súplicas y rechazos, concordias y discordias. Aunque Diddy ya no entiende por qué. Aunque ya es lo bastante difícil respirar, sin tener que gastar en el habla el poco aire que queda.

A medida que baja el nivel de las aguas, los sucesos triviales se van agigantando, monstruosos, discontinuos. Diddy jadea, se hiere con cualquier movimiento. Diddy, anfibio frustrado. Para quien todas las empresas han perdido el sentido, y todos los espacios se han vuelto inhóspitos, todos los hombres grotescos, todos los climas hostiles, todas las situaciones peligrosas.

Todas las empresas han perdido el sentido. Los actos de Diddy exigen más y más tiempo, y nunca quedan debidamente ejecutados.

Todos los espacios se han vuelto inhóspitos. Y aun más, impenetrables. Al desplazar su cuerpo, Diddy padece la noción de no haber dado un solo paso. Y si pudiera demostrarse que se ha efectuado algún desplazamiento, es imposible determinar su extensión. Supongamos que dice alguien: vaya

usted a tal sitio. O, más amablemente: haga usted el favor de ir a tal sitio, si no le es molesto.

¿Dónde está ese tal sitio? ¿Cómo sabría Diddy que ha llegado a él? Podría decirle su compañero: Muy bien. Perfecto. Quédese usted ahí. Pero quizá ese compañero se equivoca, o pretende engañarle.

Casi todos los hombres son grotescos o feos. Cada día peor. Diddy contempla la superficie humana, deforme, hinchada, plomiza, saturada de jugos repugnantes. Y no sólo adolece de esta visión teratológica, sino de una retina radiográfica que penetra la carne hasta el agrio dolor que se esconde en el vientre de cada bípedo. Además, un oído de sobrehumana sensibilidad. Cuando se alza el volumen del mudo sufrimiento suplicante, tal vez para deleite de los dioses menos afectables, Diddy lo oye también. El peso de sentir demasiados motivos de piedad le está resquebrajando la tabla del espíritu.

Todos los climas son hostiles. Acalorado por las nieves del invierno, inquieto bajo su pesado abrigo, se enfrió con el fuego del sol de verano y tuvo que abrigarse más y más. (Ahora) ha llegado el otoño. Otro invierno neoyorquino, semi-artificial, está a punto de reclamar su permitida duración. Sucesión demasiado conocida. Cuando septiembre amenaza con transformarse en octubre, Diddy sabe lo que le espera. Nada agradable. Diddy tal vez prepara una defensa propia. ¿Se debe a eso que las manos le responden menos que nunca? En los peores momentos, como (ahora), sus manos parecen adquirir alma y se empeñan en hacer lo que no deben.

Todas las situaciones son peligrosas. Haga lo que haga Diddy, la situación se niega a la neutralidad. Según la fórmula de sus sentimientos, o le paraliza el miedo o le ahoga una agitación convulsiva. En los peores momentos, desde luego.

Uno de los peores momentos llega por la noche, cuando Diddy ha sacado a pasear a Xan y ha comprado la primera edición del *Times*. Diddy vuelve a casa y se mete en la cama, con el periódico. Las yemas de los dedos se le dirigen implacablemente a la boca. A diferencia de Paul, que se muerde las uñas desde niño, Diddy está a salvo de ese vicio y lo aborrece. Pero (ahora), cuando va al cine o cuando lee de noche tiene que luchar con un doloroso deseo de ofrecerles las uñas a unos dientes ansiosos... Exhausto, acaba por tirar el periódico al suelo; duerme, sueña... Una música nerviosa y agria se filtra en sus oídos. Abre los ojos, y vuelta a

empezar, ya que la mañana es otro de sus peores momentos. Frente a la ventana abierta, al bajar las persianas para vestirse. Frente al espejo del cuarto de baño, poco después, afeitándose. La invitación mortal de ventanas y espejos.

Esforzándose por dominar sus manos poderosas. Porque estas horas difíciles han empezado a mostrarle una siniestra tentación sin nombre.

Un día, la tentación logra expresarse. Las manos, inocentes del idioma, buscan la complicidad de la mente, que se nutre de palabras. Palabras y palabras, nomenclatura de profunda seriedad. Con la seria intención de morir, una noche, Diddy se tomó medio frasco de somníferos. Después de pasear al perro, que (ahora) duerme junto a la chimenea de la sala. Son las doce y media; en su cuarto, con la puerta cerrada, Diddy se reclina y cierra los ojos. Empieza a flotar suave y apaciblemente. Sigue un intervalo indeterminado, en el que cuesta trabajo respirar, a oscuras. Oye gemidos, como una extraño rebuzno. Duele el vientre; Diddy se cae de la cama, de cabeza. Sobre un plano durísimo y doloroso. En el duro suelo, una densa humedad hedionda. Xan ladra; la vecina de enfrente (una actriz agraciada, que trabaja en teatros pequeños) le grita en pleno rostro. Le tiran, como un saco, en una camioneta. Luego un negro esbelto, vestido limpiamente de blanco entre el olor a vómito, le frotó los miembros entumecidos y trajo a su nueva cama la bomba estomacal. Las entrañas de Diddy se secaron vergonzosamente; a los tres días le daban de alta, con diez kilos menos de sustancia en el cuerpo. Ya que son los que se reconocen simples vigilantes o arrendatarios de sus vidas los que añaden volumen a la lista de suicidas en potencia. Cuando uno sabe que tiene-vida cede a la tentación de entregarla. Uno está muerto. Por lo tanto, uno quiere morir. A la vez, uno quiere nacer.

En la esperanza de nacer, feroz como el deseo de la muerte, Diddy había llegado a venerar al niño que había sido. Se ha caído el nene de Mary, probrecito, se ha dado un golpe en la cabeza. ¡Con un beso se cura! ¡Ya está! Un escolar vivaz y sin malicia, con un apodo estúpido, se asomaba a los ojos de Diddy, que lloraban sin lágrimas frente al hombre diligente y estoico que, detrás de un escritorio, consulta enciclopedias, redacta anuncios, proyecta desplegados, dicta cartas y transmite recados de oficina. Pero a Diddy no le parece honroso acabar sin más ni más con lo que viene haciendo. Diddy el Acabado. La muerte había rechazado su torpe y apresurada solicitud, y de todas maneras, Diddy temía a la muerte.

Aplicando a sí mismo sus inmensos caudales de ironía, juró continuar, dar un paso tras otro. Tiene que alimentar al perro, ayudar como hermano mayor al pobre Paul, seguir pagando a Joan la pensión que señalan los términos del divorcio. Diddy se enfrentará con todas las exigencias del día.

Indultado quizá, y si es así, indultado por su vitalidad o por un sencillo accidente, Diddy reconoce todavía que no es más que el inquilino de su existencia, y que el contrato seguirá en vigor algún tiempo. Como es, en cierto modo, un caballero, mantendrá en buen estado la propiedad. ¡Si pudiera sentir algo menos, vivir algo menos ensimismado! ¿Acaso no es posible? De ahora en adelante. Un ser póstumo adquiere nuevos recursos, nuevas energías. ¿No se han atenuado las aversiones y horrores de Diddy? Agotado, porque no tuvo ánimos para intentar con toda seriedad su propia destrucción, y porque salió vivo del intento.

En los veinte días posteriores a su regreso a la oficina, todo le parece menos agudo, menos doloroso. Los fines de semana se queda en casa, lee, oye música. Casi no come. Los viernes y los sábados duerme pequeñas siestas, en lugar de buscar toda una noche de sueño. El domingo sí trata de acostarse a una hora decente. Los días laborables Diddy se levanta a las ocho. Los despertadores son demasiado brutales; Diddy prefiere un reloj-radio sintonizado en la estación WOR/FM, que baja y sube eternamente por la lista de éxitos musicales. Tareas matutinas: desayuno, casi nunca. Pasear al perro, y al regreso limpiar un poquito. El departamento aún no se ha declarado en rebeldía: no hay nada cenagoso ni polvoriento; el espacio no falta ni sobra. Llegada a la oficina. El jefe, Michael C. Duva, le trae a Diddy la correspondencia de Watkins y Compañía con la *Revista de Instrumentos Científicos*. Duva es un individuo poroso, gelatinoso. ¿Por qué inclina la cabeza al hablar? ¿Por qué sonríe siempre, y por qué se le forman esos globitos de saliva en las comisuras de los labios? Sobreponiéndose a la ola de náusea, Diddy manosea el rayado aluminio de su escritorio y mira angustiado hacia el filtro de agua. La secretaria está en su puesto y se arregla las medias con disimulo. A Diddy no le disgusta andar entre papeles. Sí le desagrade (siempre inmaculado) cambiar la cinta de la máquina de escribir, y casi rompe a llorar de rabia si, al hacer un dibujo de publicidad, el fino trazo de tinta china se emborrona arbitrariamente. En un tiempo Diddy se enorgullecía de su esmero, y le resultaba fácil ir siempre atildado. Hoy todo eso le parece falso. Se desprecia por nimio y minucioso.

"El que se desprecia, se estima por su propio desprecio." Diddy el Despreciable. Pero lo es, lo es. No se ríen.

Y Diddy el Delicado. De muchacho, Diddy confiaba normalmente en su cuerpo. En lo que recuerda, al menos. Paul, que se pasaba todas las horas libres al piano, sufría más que Diddy la angustia vergonzosa de la primera adolescencia, y envidiaba a su hermano, sólo un año mayor, los brazos precozmente nervudos y el torso fornido. A Paul no le gustaban los deportes, mientras que Diddy el Inmusical había triunfado en atletismo escolar. Diddy trataba a su hermano, a causa de esto, con cierta condescendencia, aunque en el fondo admiraba la independencia de carácter de Paul, que a él, a Diddy, le parecía mucho más poderosa que la fuerza física. Y eso que Diddy también era fuerte. Y lo sabía. ¿Cuándo había empezado a decaer su confianza corporal? ¿En los últimos y ásperos años que pasó con Joan? Pero las mujeres siempre le habían mostrado simpatía. Algo había de valer su opinión. No, no: Diddy no quiere engañarse. No hay razón por la cual su cuerpo deba conservar el vigor, cuando va de los taxis a la silla giratoria de la oficina, de los sillones del restorán a las butacas de los teatros, de los divanes de la sala al colchón; el único ejercicio es pasear a Xan.

Lo verdadero acaba por hacerse patente. Sobre todo lo siente uno dentro. Ya lo note o no otra persona, Diddy se encuentra menos espeso, menos sólido. Bajo el cabello levemente canoso y cortado casi al rape, el cráneo huesudo proclama su vulnerabilidad. También los dedos finos, de uñas delicadas; el pie de elevado empeine.

La apariencia de Diddy empezó a dar señales de la vida inerte y apagada que llevaba. Luego vino el vértigo irresistible que culminó en la horrible decisión del 30 de septiembre, la estancia en el sanatorio, los cuatro días aterrorizados que Diddy pasó después, completamente solo, sin salir de su casa. (Ahora) está delgado de verdad. Sólo las llaves, la billetera, los cigarros, las monedas, el cortaplumas, la linterna de bolsillo y el distintivo de Phi Beta Kappa parecen engordar. Diddy apenas duerme, y si duerme, despierta exhausto de fatigosos sueños. Come muy poco. La necesaria carne, la grasa del espíritu, no se recobra con facilidad. Hay que ir a ver al sastre, pues Diddy nota (ahora) la gran distancia que se abre entre su ropa y su piel húmeda. Diddy no debería preocuparse de ese mal definido y amplio espacio que va de sus tobillos a su cuello, a no ser en los muslos y costados,

en los lugares con los que choca el contenido de los bolsillos... Pero algo se dilata; se está agrietando un muro.

La empresa había convocado a reunión en la fábrica principal, al norte del estado. La creciente competencia extranjera empezaba a inquietar a la oficina de Nueva York. Una compañía tan antigua y arraigada no debería dormirse en los laureles. Se solicitan ideas nuevas a las secciones de investigación, producción, publicidad y ventas. Diddy, subjefe de publicidad, tendrá que pasar toda la semana en la reunión; Duva irá, o no irá, el miércoles.

Misión halagadora, supone Diddy. Y en cierto modo, viaje de recreo. El sábado 26 de octubre Diddy hizo la maleta y se acostó. Un sueño extraño le turbó el descanso, más profundo que de costumbre. Su hermano Paul y él van por un bosque, recogiendo leños y amontonándolos; de repente tropieza o le empujan y cae en una fosa. ¿Ahora qué? Estúpida agonía. Paul grita: "¡No te puedo ayudar!" Cristo, piensa Diddy al caer, soy tan frágil que un buen viento me tumba. Paul se inclina, se asoma al hoyo, grita: "¡Diddy! ¡Diddy!"... Está asustado, llora. Diddy no puede tranquilizar a su hermano, ni salvarse él. Joan le espera en el fondo. ¿Ha vuelto Joan? Esa parte del sueño se oscurece.

Diddy se levantó tarde. Bajó al sótano a su perro, que andaba algo reacio, y le dio diez dólares al portero para que se encargara de Xan toda la semana. Como el día en que tuvo que ir al veterinario, Xan gimoteaba, hincando las uñas en el linóleo verde que cubre todo el suelo de la diminuta portería. Diddy le amenaza y le ruega, le lleva a la cocina, donde los chicos del portero ya quieren empezar a jugar con el desconfiado animal. "No se preocupe, señor Torres", le dice Diddy al padre, que parece haberse arrepentido del compromiso. "Se calmará en cuanto yo me vaya." Ojalá se lo creyera el propio Diddy. Los gemidos del perro le asquean.

Un taxi le llevó a la estación. Diddy se metió en el tercer vagón de cola del Pirata, el tren especial de los domingos por la tarde. Nuevo expreso de lujo, dividido al estilo europeo en compartimentos para seis personas. Lo nuevo mejora con el regreso a lo antiguo.

A tiempo. Salimos de la ciudad en dirección noroeste. Diddy, junto a la ventanilla, buscando la mayor comodidad posible para sus estrechas caderas en el asiento de erizado terciopelo, mató la primera hora con el voluminoso *Times* dominical que había comprado en la estación. No tenía ninguna

obligación de contemplar el paisaje. Había recorrido con frecuencia esta ruta; se sabía casi de memoria las vistas de los arrabales que se iban encuadrando rápidamente en la ventana. Si cada fábrica tiene chimenea, si todos los complejos de casas baratas son escuetos cajones de ladrillo, si una central eléctrica es una central eléctrica, ¿para qué mirar? Elaborar diferencias y percibir matices: la tarea de los que ven por primera vez. En el curso de otros viajes, su forzado deseo de enfrentarse a las cosas le había permitido observar algo más estas casas que aparecen en las ventanillas de los trenes, casas que Diddy podía aceptar o rechazar, como en un sueño, sin tener que vivir en ellas. Esta vez, Diddy se negó a la organizada observación de otros días.

¿Qué más? Todas las ideas en que hubiera debido detenerse estaban ya consignadas al papel amarillo, tamaño oficio, que almacenado en la cartera descansaba en la rejilla del equipaje. En ideas de otro género no cabía pensar. Diddy se colocó detrás del periódico, agradecido de poder aislarse de sus compañeros de viaje. Un compartimento es un lugar público, accesible a cualquiera. A la vez tiene cierta intimidad. Seis personas, al máximo, se encierran juntas, se separan provisionalmente de todas las demás. Una pequeña celda en movimiento. Cercanía forzosa, que ensancha el reino del orden.

Diddy se aburre (ahora). Ha terminado de leer el periódico. Tiene hambre, como siempre que viaja en tren. Desasosegado. Llega el revisor a pedir los boletos. ¿Qué boletos? Nuestros boletos. En un tren expreso que cruza muchas estaciones sin pararse en ninguna, idénticas todas a la anterior, Diddy se encuentra encarcelado entre personas tan idénticas como las estaciones. Pero, compañero de viaje de la vida, incorregible en la esperanza aunque avezado a la desilusión, Diddy hará un esfuerzo por distinguir. Difunde por los demás ocupantes de su compartimento una mirada discreta; sería descortés fijarse demasiado.

Junto a la ventanilla, en el asiento de enfrente, una mujer de revuelto pelo gris y pequeños ojos afilados. Lleva un traje de lana deslucida y es dueña de dos bolsas de mercado que se inclinan, atiborradas, a sus pies. Quizá estén llenas de víveres. Pero el viaje no dura tanto. ¿Regalos para unos nietos indiferentes y alborotadores? Sea cual sea el contenido de las bolsas, Diddy adivina que esta mujer hace siempre un esfuerzo excesivo por agradar y suele dar lo que nadie le pide.

Cuchichea con atropellada intensidad en el oído de una muchacha, muy bonita, que va a su lado. La muchacha parecía prestar atención, pero a la vez había algo, quizá los enormes anteojos oscuros que llevaba, que la eximía de la obligación de responder. Los lentes eran verdinegros, tan oscuros que no se veían los ojos. ¿Vería ella algo a través de esa muralla?

A la derecha de la joven, junto al corredor, viajaba un clérigo panzudo que, en el momento de arrancar el tren, se había puesto a leer el breviario. Al leer, le temblaba el grueso labio inferior. Un breviario no tiene la utilidad de un periódico: hay que leerlo y leerlo sin descanso. ¡Qué sistema! ¿Podría Diddy el Bueno haberse hecho sacerdote, con la misma lectura, siempre la misma y meritoria lectura? Carece Diddy de la bondad apropiada. Apático: Done-Done.

A la izquierda de Diddy, un hombre corpulento, rubicundo, afeitado con cierta ostentación y oloroso a lociones o agua de colonia. Tenía más o menos la edad de Diddy, y llevaba un traje de espiguilla. Al principio del viaje había abierto sobre sus rodillas una revista enorme; en lugar de leerla, había sacado un pañuelo, había escupido en él, y se había dedicado a contemplarlo, largo rato, sin moverse. La revista no se le caía de las rodillas, ni siquiera en las curvas del tren. Fue la mujer del pelo gris la primera que habló, para preguntar si a alguien le molestaría que se abriera la ventana. El día no era malo; algo caluroso. Diddy el Bueno hizo los honores y se ensució los dedos. "Prohibido asomarse a la ventanilla." Cambiamos impresiones acerca del servicio ferroviario, mejorado sin duda desde la instalación de nuevos trenes, y la comodidad de estos compartimentos de seis personas: mucho más refinado viajar así que en fila, por parejas, en un coche abierto. Dijo el hombre del traje de espiguilla que, según le habían contado, los ferrocarriles, en quiebra al parecer, ya empezaban a salir adelante. Diddy sentía el paladar velludo, el cerebro viscoso. La conversación siempre es una trampa para los amantes de la verdad, ¿verdad? Pero dice el sentido común: no te alteres, no malgastes la integridad en situaciones de tan poca monta. ¡Dura ley! ¿A quién le importan las condiciones del ferrocarril, sus novedades, su economía? ¿A esta gente? Ah, pero hay que apiadarse de las personas, pobres criaturas de lengua tierna que deberían estar besando flores y que en cambio vomitan sapos al hablar. Aunque irritado por el tono nervioso del aromático viajero, Diddy le compadece. También él suelta un sapo: allá va. (Ahora) que los

trenes son puntuales, observa Diddy, deberían-estar-algo-más-limpios. Diddy señala con repugnancia el cristal surcado de churretes, el polvoriento reborde de la ventanilla, las colillas pisoteadas. La señora del pelo gris sacó de una de las bolsas una servilleta de papel (conque sí eran bolsas de comida) para que Diddy se limpiara las manos. A Diddy le parece mal lavada esta señora. No sucia, quizá, sino manchada por la edad.

El hombre del traje de espiguilla guardó el pañuelo, carraspeó y alzó la revista. (Ahora) se ve el título. *Anales filatélicos*.

—Supongo que colecciona usted.

No se le vio levantar la cabeza al sacerdote. Su voz suave brotaba de su boca en movimiento sin dar mayor expresión a la cara que la rodeaba. Una cara de psicoanalista principiante. Velada, sin nervios, relativamente inmóvil.

—Sí: colecciono, compro y vendo.

El hombre del traje de espiguilla parecía tener necesidad de toser o escupir otra vez.

—¿Conoce esta emisión? — dijo el sacerdote—. Bastante rara.

Del bolsillo del chaleco sacó unas pinzas minúsculas; de otro bolsillo oscuro, interior, extrajo una cartera, la abrió, le alzó la solapa con dos dedos y retiró cuidadosamente, con las pinzas, una hoja de estampillas azules.

Así que el clérigo y el señor rubicundo resultan ser aficionados a los timbres postales, a estas valiosas miniaturas de un país, un rey, un monumento, un árbol o un rostro. Los dos se muestran y comparan sus últimas adquisiciones. La alegría de un interés común en unas pinzas depilatorias. Si Diddy quisiera conversar, tendría que dirigirse a la mujer del pelo gris, y con algo de suerte, a la hermosa muchacha que la acompañaba, y que hasta ahora había permanecido en silencio. A la señora no fue necesario tirarle de la lengua. Pronto explicó que llevaba a la joven, sobrina suya, a que la operaran de la vista en la renombrada clínica del norte. ¿Será la muchacha ciega del todo?, se preguntó Diddy. Descortés preguntárselo a ella. La señora ya se había embarcado en una detallada descripción de la esperada intervención quirúrgica, lo que va a costar, sus peligros, la posibilidad de que salga bien... Se empeñaba en usar palabras que pronunciaba equivocadamente: "corneal" y "oftálmico" y "coroides". Diddy estaba molesto. Siempre le ponía nervioso que la gente se expresara con imprecisión o no entendiera bien las cosas.

—¿No es así, Hester? ¿No es eso lo que dijo el médico?

Hasta ahora la muchacha se ha negado a confirmar. Quizá está avergonzada o de mal humor. O quizá se ha inmunizado a la facundia de la buena señora. La cual, a medida que hablaba, iba tocando la mejilla, el hombro y el brazo de la joven de manera torpe y familiar. Bien quisiera Diddy atarle las manos, pero no se atreve a acallarla, a cegar esta fuente de informes. Desde lo que ocurrió hace un mes, Diddy tiene más paciencia con las personas dadas a relatar sus enfermedades y operaciones. Y no sólo eso. Subyugado a un deseo más audaz y todavía no reconocido flotaba por el río discursivo de la anciana, encauzando hacia ella sus propias palabras y clavando los ojos en la muchacha ciega. Quien no tiene vista no puede imaginarse al Diddy demacrado por su frustrado encuentro con la muerte y el subsiguiente régimen de hospital. Pero la joven sabe hablar, si quiere, y Diddy está seguro de que su habla será, al contrario de la de la anciana, despejada y luminosa. También Diddy quisiera acariciar a la sobrina.

De pronto se fue la luz. Y con ella la conversación. Diddy recordaba este túnel, a dos horas de distancia de la ciudad. ¿Por qué no se encienden los focos del compartimento y del pasillo? No importa. Desde el primer momento de oscuridad, todos callamos. Queríamos esperar, añadir el silencio a la tiniebla. Y luego, tras una pausa soportable, reanudar nuestra charla inofensiva (al acabar el túnel) donde la habíamos dejado. El tren se precipitaba por lo oscuro, más aprisa, con una rapidez peligrosa, como en una caída horizontal. Pero en el preciso instante en que, según la memoria de Diddy, el túnel debería haber quedado atrás, el tren se estremeció, rechinó y se detuvo en seco. Suspiros, manoteos, exclamaciones... ¿Se ha lastimado alguien? Inmediatamente empezamos a hablar todos. Si la tiniebla nos había impuesto silencio, la tiniebla menos el movimiento nos desataba la lengua. Nueva situación, nueva conducta. Bueno, no tan nueva. No estábamos preocupados. Los trenes son seguros. Diddy miró su reloj luminoso: llevábamos siete minutos en el túnel. Entonces vimos una luz que se bamboleaba por el corredor, oímos que se abría ruidosamente la puerta del compartimento contiguo. Una voz profunda pronunció unas palabras que no logramos entender. Al cerrarse la puerta, Diddy se predispone a sonidos más cercanos y violentos. La aparición de funcionarios siempre lleva consigo ruidos y gestos característicos. Y Diddy ha viajado bastante. Lo que (ahora) ocurría le recordaba los cruces de frontera en la vieja y

extraña Europa. Pero estamos en un país grande, demasiado grande; no hemos parado en la frontera sino en medio de un túnel. Ya abren la puerta de este compartimento. Una linterna; un hombre vagamente esbozado tras ella, en el umbral.

—El primer maquinista ruega que le disculpen.

—¿Pasa algo? — pregunta el de los sellos. Cuando es evidente que algo pasa.

—Joven -dice la tía-, ¿por qué no se vuelve a su furgón o donde sea y pone en marcha el tren?

—No soy el maquinista, señora -contesta el hombre, sapo complaciente-. No hago más que traerles disculpas. Si las quieren, bien, y si no me las llevo.

—¿En qué consiste la dificultad? — preguntó el sacerdote.

—Hemos tenido que parar en el túnel.

—¡Eso ya lo vemos! — dijo la tía con acritud.

La linterna tembló un poco y enfocó el rostro de la señora:

—¿Me deja usted acabar? (La mujer suspira y alza los brazos; la luz se abate.) Hemos parado porque hay que despejar la vía. Un... un obstáculo.

—¿Estarán arreglando los rieles? — pregunta Diddy.

—Que yo sepa, no hay obras en este túnel.

—¡En mi vida he visto semejante tontería! Hester, ¿lo oyes?

Diddy se pregunta ahora si la muchacha será sorda también.

—Pierda cuidado, señora. Ya arrancaremos.

—A toda velocidad -dijo la muchacha suavemente. No es sorda. Callada.

—Hija mía, no te alteres. Aquí va una persona enferma, joven.

—No estoy enferma. Lo dije en broma.

—¿Y ahora qué? — preguntó Diddy.

—Bueno, en cuanto sepan si hemos parado a mitad del túnel o cerca de la salida... -contestó el revisor o quien fuera- Porque puede que nos hayamos equivocado de túnel...

—¿Qué nos hemos equivocado de túnel? — exclamó Diddy.

—Sea lo que sea, en éste hay una obstrucción.

—¿No habría obstrucción si no nos hubiésemos equivocado? — preguntó el sacerdote.

—Miren, señores, hagan el favor de no complicarme la vida... Yo les digo lo que me han dicho a mí, y es que el jefe de tren y el primer

maquinista están ahora en consulta...

—¡En consulta! — gruñó la mujer.

—O quitan el obstáculo, que a lo mejor es poca cosa, vaya, una travesura de unos chiquillos, o retrocedemos.

Diddy oía la respiración profunda, irregular, del coleccionista de sellos. Señal de su alarma, aun antes de que hablase.

—En resumen, nos viene usted a decir que estamos en grave peligro. Hagan lo que hagan, seguir adelante, retroceder o quedarse aquí, lo más probable es que el próximo tren nos dé un buen topetazo por detrás.

¿Más alarmado que Diddy? En este momento, sí. Diddy no perdía fácilmente la cabeza. Buena cabeza; activa. Diddy recordó cómo contemplaba su pañuelo el otro. Hipocondríaco, sin duda. Continuamente preocupado. Y luego ese coleccionar diminutos trofeos de papel. Obsesivo.

—¿A qué hora llega el tren siguiente? — pregunta Diddy, en su afán de ayudar. Le duelen los hombros, de los nervios.

—Falta mucho. Casi una hora -contesta el revisor, con una voz que se va apagando. (Ahora) se retiraba, empezaba a cerrar la puerta del compartimiento.

—¿No nos engaña usted? — preguntó la tía.

—Vuelvo pronto -dijo el revisor. Pum. Se abrió la puerta contigua, al otro lado, a la izquierda. La gente es como el ganado, pensó Diddy. ¿Por qué no grita nadie? ¿Por qué no rezan, por qué no lloran? ¿Por qué se empeñan en creer que todo saldrá a la perfección?

Quedamos en silencio, escuchando a medias la charla ininteligible que se filtraba por el tabique, a espaldas de Diddy y del coleccionista. ¿La misma conversación? Pensaba Diddy si los ocupantes del otro compartimiento aceptaban confiados la desmañada explicación del revisor, o si, atreviéndose al miedo, le habían acosado a preguntas ansiosas. El coleccionista encendió un fósforo. Qué sombríos y lúgubres estábamos. El hombre ya tenía el cigarro en la boca. Diddy esperaba, pero no percibió, un temblor de la llama al acercarse a la mandíbula.

—Supongo que nadie tendrá una linterna -dijo el sacerdote de la voz suave.

—Yo tengo una pequeña, de bolsillo. (Diddy el Útil). Si es que nos sirve de algo.

—De poco -dijo la tía, malhumorada.

Con la mirada fija en la yema roja y fantasmagórica del cigarro del filatelista, Diddy sintió que empezaba a desbaratarse. El gobierno de su cuerpo, medianamente constituido, cedía a la rebelión. Su vientre era un baúl cargado de ladrillos; su pecho, un canasto de escurridizas anguilas. La sangre le retumbaba en los oídos entre chispas grisáceas que le cruzaban el cerebro como marchitos relámpagos.

Se cerró de golpe la puerta del compartimento de la izquierda. En el pasillo se encendió una luz sorda, quizá una lamparilla de urgencia que ha dejado el evasivo mensajero antes de pasar al vagón inmediato. ¿Por qué la urgencia? ¿Es alarmante la situación? Al menos (ahora) no estamos del todo a oscuras.

—¿Qué me dicen ustedes del paquete? — exclamó el filatelista.

Nadie parecía dispuesto a contestarle.

—¡Un lío escandaloso! — añadió, en tono iracundo.

(Ahora) Diddy pierde la cabeza. Entre la calma de los demás. El pensamiento de su muerte, sin que nadie lo llame, aparece y descansa sobre el torso de Diddy, pesado como una lápida.

—¿Creen que hay verdadero peligro?

Diddy no supo decir a quién iba dirigida la pregunta de la muchacha, ni si el ambiente le parecía tan opresivo como a los que veían.

—No -dijo el sacerdote.

—No, hija mía -dijo la señora.

La muerte, pensó Diddy, es una piedra de litografía. En una sola piedra, fresca y lisa, se imprimen muertes múltiples, idénticas todas excepto a juicio de los entendidos. Una sola piedra, levemente grabada, puede servir cien, mil veces.

—Les aseguro que no vuelvo a meterme en este tren -dijo el filatelista, y carraspeó.

Resbalando en su asiento, Diddy intentaba alzar el peso de la piedra. No tenía más remedio que moverse, levantarse, salir.

—Creo que voy a ver lo que ocurre. Tal vez encuentre a alguien que nos pueda decir algo más.

—Bueno -dijo la tía. Diddy el Bueno.

Lo que Diddy siente (ahora) es verdadero pánico. Al ponerse en pie le dio un vértigo, y tuvo que agarrarse a la rejilla del equipaje para poder sortear varios pares de zapatos oscuros y las bolsas de alimentos y la burda

cartera del filatelista. Empujó la puerta, salió al corredor. En el corredor, una ventana tan opaca y poco informativa como la del compartimento. Diddy se aflojó el cuello de la camisa, torció a la derecha y empezó a alejarse de la luz de la lámpara. Trató de no mirar hacia las formas difusas que se inclinaban, se desplomaban o se apoyaban unas en otras en la penumbra de los compartimentos. ¿Por qué habla tan bajo todo el mundo? Lloro un niño pequeño. Un poco más adelante fuma otra persona que, como él, ha buscado refugio en el pasillo. Al acercarse, distingue Diddy a una mujer gorda, con pantalones. Se encoge para pasar junto a ella y musita: "Perdón." -Oiga, ¿qué hora es?

-Las cinco y diecinueve -dijo Diddy en voz más alta. Apretó los dientes al sentir que la inquietud de la mujer se le enredaba a los tobillos, como un tentáculo. La mujer parecía estar a punto de tocarle. - Ojalá sepan lo que se hacen -dijo. - Ojalá -repuso Diddy, y siguió andando. Diddy no es una víctima.

-Oiga, ¡espere un momento! ¡Por favor! - ¡Voy a preguntar!

Si Diddy se detiene y vuelve la cabeza, se compadecerá de esta mujer, y tendrá que llevarla a cuestras junto con la lápida. No; Didibuen se ha asignado otra empresa, menos caballeresca pero, con suerte, más útil.

Al llegar al extremo del coche, Diddy tiene que escoger.

O abre la puerta intermedia y, saltando el enganche, pasa al vagón contiguo, también iluminado débilmente por una lamparilla eléctrica portátil y habitado por dóciles criaturas encerradas en sus celdas ambulantes (un vagón como el nuestro, salvo en la ausencia de pasajeros estacionados en el corredor).

O se apea del tren, sale de exploración, da con el obstáculo y ve por sus propios ojos qué medidas se toman. Quizá han resuelto ya el problema, aun si el revisor no ha venido a traernos la buena noticia. Quizá está ya en su puesto el personal, y el maquinista se dispone a empujar la palanca que volverá a poner al Pirata en camino.

Pausa indecisa. No tengas miedo. Si el tren se pone en marcha, lo hará poco a poco, y tendrás tiempo de subir. Razón expuesta, Diddy convencido. Abre la puerta del vagón y aparecen los escalones de metal.

Había bajado del tren.

El túnel es fresco y húmedo, con un olor denso a petróleo y piedra mojada. Al primer golpe de aire, Diddy se estremece. Pero al menos tiene

amplitud de movimiento: hunde las manos en la humedad, alarga un brazo cuidadosamente. La pared del túnel está fuera de su alcance. ¿A qué distancia? Diddy enciende la linternita y descubre el muro, a unos tres metros. Hay en el túnel dos carriles de vía ancha; Diddy echa a andar por el que queda libre. Hacia la derecha. Con la linterna ilumina un trocito de tierra, paso a paso, delante de sus zapatos limpios, rumbo a la cabeza del tren. Cansado, muy cansado. Pero adelante. No hay por qué rendirse a la fatiga. Primero no oye más que el rumor diluido de sus pasos en el duro terreno del túnel; ha pasado seis vagones cuando le llega otro sonido: golpes secos y rítmicos, hachazos. Hacia ellos se dirige.

—¡Eh! — grita.

El túnel amortigua levemente los ruidos; eco.

Aunque va por el centro de la vía, Diddy nota que se vence a la derecha. Se detiene y observa con su mínima antorcha el lugar donde encajan los vagones. Cada vagón delantero se separa del que le sigue en breve ángulo agudo. Este también, y éste, y todos. La vía no va en línea recta: el túnel está en curva, y el tren entero, su pesada mole, se arquea paralizado en la funda del túnel, quebrándose por todas las coyunturas. ¿Complica esto las cosas? ¿Agrava el problema? A medida que Diddy avanza por la curva de la vía, crece la intensidad de los sonidos rítmicos. Ahora, un resplandor. Adelante. El túnel se ilumina.

Diddy ha llegado a su destino: jadea junto a la enorme y grasienta rueda delantera del tren. Unos pasos más allá, hay un hombre moreno, en camiseta, pantalón de dril y botas claveteadas. Lleva un lámpara en la frente, como un minero o un médico, para aumentar la luz de cinco focos adosados a una tabla que cuelga por un garfio de la pared del túnel. Es este hombre el que maneja el hacha, hincándola con fuerza en una especie de parapeto, de metro y medio de alto, que se alza a lo ancho de la vía. Un través de maderos clavados entre sí y calzados al muro con vigas diagonales.

—¡Cristo! ¿Quién ha puesto eso? — pregunta Diddy el Amistoso. Tranquilizado. La obstrucción parece improvisada, y es de tablas, no de piedra.

El hombre se agacha y saca un mazo de un cajón de herramientas que tiene al lado. El mazo se estrella una y otra vez en una de las vigas, que vibra al golpe y cede poco a poco. Extrañas sonoridades. El hombre deja el

mazo en el suelo y busca en el cajón una barreta de uña, con la que inicia otro sonido, más agudo, continuo.

—¿Qué tal va? — pregunta Diddy. Parece que va bien. Los gruesos arbotantes van cediendo.

Descansa el hombre. Quizá no ha oído a Diddy. Cambio de rumbo. (Ahora) con el mazo, contra la pared misma, levantando una nube de polvo. La fortaleza no es inexpugnable.

—¿Es ése el obstáculo? Digo... ¿no hay más?

Diddy está (ahora) casi al lado del otro, lo bastante cerca para percibir el olor a sudor de su cuerpo, su aliento levemente alcohólico. Diddy observa, con la boca seca, llena de arenisca.

—¿No acabaría usted antes si le ayudaran?

El hombre gruñó o no contestó. Con estólida eficacia seguía dando mazazos en el muro. El parapeto se iba deshaciendo, no con limpieza, sino a trozos astillados, irregulares. Cuando se desgajaba un pedazo, el operario lo echaba en un montón que había formado a su izquierda, en un pequeño rehundido del túnel.

—Oiga, que es con usted con quien estoy hablando.

Diddy está disgustado. El otro sigue con el mazo; luego lo mete en la caja, saca el hacha de nuevo. Diddy se ha retirado un poco, trata de explicarse la tarea de este hombre. Parece un minero. El condenado tren se habrá extraviado en una mina. Por el filo de la razón de Diddy se cuela un presentimiento de terrible peligro. A lo mejor este hombre es un saboteador, a lo mejor está a punto de demoler el túnel... No; Diddy tiene que convencerse de que al otro lado de la obstrucción hay más vía, más túnel, y no un abismo, por ejemplo.

—¿Me puede usted decir dónde anda el maquinista?

El hombre se volvió:

—¿Por qué me molestas? ¿No ves que estoy trabajando? ¿Y qué demonios haces aquí, para empezar?

—Lo único que le pregunto es si ha visto al maquinista.

—¡Lárgate! — grita el otro por encima del hombro-. ¡Me estás quitando el tiempo!

—Mire: tengo derecho a saber lo que ocurre. Los demás pasajeros serán un rebaño de ovejas, pero yo no voy a quedarme callado, esperando a que ustedes hagan lo que tienen que hacer.

—¿Te vuelves al tren o no?

—No.

El hombre sigue dando hachazos, pero todavía mira a Diddy.

—Si no te has largado dentro de cinco segundos, lo vas a sentir...

Sea cual sea su trabajo, ya casi ha concluido.

—Usted es el que lo va a sentir -grita Diddy, dando un paso al frente-.

¿Quién se cree usted que es?

Cesa el ruido del hacha. El operario recoge las dos últimas tablas y las amontona sobre las demás. Luego se frota la cara con el antebrazo, se sube los pantalones y escupe. (Ahora) mira fijamente a Diddy, empuña la herramienta.

—¿Ves lo que tengo en la mano? No me provoques, niño.

—¿El hacha? ¡Hombre, por Dios! ¿Pero qué es esto? Le he preguntado algo cortésmente; bien puede tomarse la molestia de contestarme, ¿no?

El hombre avanza; la luz de su frente se le clava a Diddy en los ojos.

—Tienes cinco segundos para irte al carajo. ¡Aire!

—De aquí no me muevo -dice Diddy, ofendido-. Y se lo voy a contar al revisor.

Diddy echa un vistazo a la cabina del maquinista: a oscuras. No es que no pueda enfrentarse él solo con este animal... Pero ¿dónde demonios está la tripulación de este convoy ultramoderno? ¿Tranquilizando a los pasajeros? Parte del personal, quizá, pero no todo.

—¡Cinco segundos! — grita el hombre, blandiendo el hacha-. Uno.

—Tenga usted cuidado -dice Diddy, apretando los puños.

El hombre se adelanta.

—Dos.

De verdad tiene ganas de pelea, ¿eh?

—Tres.

Es su propio sudor lo que (ahora) percibe Diddy. Está aterrorizado, aunque con un terror más aceptable y limpio que el que sintió en el tren, encerrado entre aquellos espectros. Respira hondo; inhala tembloroso el aire maloliente. De pronto se inclina y agarra la barreta, que está a sus pies. Al levantarse nota en el rostro del operario una expresión de sorpresa. Ahora el otro sonrío, se rasca la cabeza con un gesto de cómica indecisión.

Cuatro. Ya habrán pasado cuatro segundos.

Diddy endurece los músculos, eleva la barra helada.

—Anda, cabrón.

—Va usted a decir que tengo miedo -dice el hombre.

¡Demasiado fácil! Quiere engañarme, pillarme desprevenido, quitarme la barreta y partirme el cráneo con el hacha.

El hombre sonríe de nuevo:

—Vamos, ¡déjelo! No quiero pelea.

—¿Que no? — contesta Diddy, jadeante.

—De veras. No se lo tome así. Era una broma.

—No le creo.

Diddy oprime la barra, se humedece los labios. Cuatro. Cuatro segundos. ¿Por qué no grita el hombre: *cuatro*?

El otro se echa a reír.

—Está bien. Usted gana. ¿De acuerdo? — Le guiña un ojo a Diddy, baja el brazo armado-. Me voy a trabajar. Usted haga lo que quiera. ¿De acuerdo?

Ha vuelto la espalda. Da un paso y se detiene. Prepara una sorpresa.

Diddy le ve jugar con el hacha. Sabe que de repente girará en redondo y lanzará el golpe. ¡Cinco!

—¡Eso sí que no!— grita Diddy.

Con todas sus fuerzas descarga la barreta en la nuca del hombre. El hombre gime, Diddy gime: le escuecen las manos del temblor de la barra. La deja caer y trata de doblar sus dedos crispados, pero no le responden. Con la mano derecha tiene que flexionar los dedos de la izquierda, y con la izquierda los de la derecha. Pobres dedos secos y palpitantes. Diddy rompería a llorar, si de algo sirviera.

El obrero ha caído en medio de la vía; su cabeza descansa en el riel exterior. Diddy se arrodilla a contemplar lo que ha hecho. A ver cómo brota del cabello un manantial de sangre negruzca que se remansa en el oído y se extiende por la cara. Todavía está encendida la lamparilla, y Diddy intenta torpemente apagarla. Hay varios botoncitos, pero ninguna parece funcionar. No hay modo de borrar la maldita luz... Quizá volviendo el cuerpo boca arriba.

Un cuerpo duro y pesado, que no ayuda. Diddy está a punto de vomitar por el olor que (ahora) despide: un olor frío y flatulento, a carne. Sofocando la náusea y el miedo, Diddy logra agarrar al hombre por los sobacos. Esa humedad, ¿qué es? ¿Sangre o sudor? El cuerpo empieza a rodar hacia la derecha, pero aún se resiste, grueso, incómodo. ¿Y si Diddy pudiera

arrastrarlo hacia atrás, apoyarlo en la proa del tren? Dicho y hecho. Lo malo es que el torso, la parte envuelta en la camiseta, se empeña en derrumbarse hacia adelante. ¡Cuidado! El hombre casi se cae de bruces. Diddy lo ataja, lo levanta, lo coloca de nuevo en posición menos comprometida, aferrando por la barba la oscilante cabeza y empujándola hacia un lado, más, más, hasta encajarla entre la rueda delantera y el costado de la máquina.

(Ahora) será más fácil apagar la puñetera lamparilla. ¡Se apagó! Diddy se endereza. Sin que le deslumbre ese tercer ojo puede examinar al obrero, ver si está muerto o vivo. Desde que cayó, no se ha movido ni ha rechistado. ¿Estará muerto de verdad? Una prueba. Con cuidado, como si no le hubiera tocado todavía, Diddy se acerca y hunde el puño en el hombro pegajoso. El hombre gime y rebulle. ¡No, Dios mío! Se retira Diddy, con la garganta ardiendo de terror.

El terror cede el paso a la falsa hombría. ¡Te lo buscaste, cabrón! Pero este intento de brutalidad no convence ni al propio Diddy. (Ahora) lo que siente es nostalgia. Diddy se asoma dolorosamente al pasado, a la época anterior a esta aventura: toda su vida. Una vida que se le hacía amarga, inhabitable. Pero que (ahora) en la nueva perspectiva, le parece increíblemente afortunada. Qué suerte ha tenido siempre Diddy, y nunca se ha dado cuenta. Nunca, nunca se hubiera imaginado que corría con rumbo a este momento aterrador; (ahora) ya lo ha cruzado, ya está en la otra orilla, y contempla con un sentimiento mucho más fuerte que la añoranza los años que se quedan atrás, que retroceden. Hecho, como quien se corta un brazo. Ya no hay quien lo deshaga.

De la nostalgia, Diddy pasa al miedo. ¿Iré a la cárcel? ¿Por esto sólo, por este instante de mi vida? ¿Sin ningún atenuante? ¿No cuenta lo vivido?

Y del miedo, al sentido de culpabilidad. Llevo un asesino dentro, piensa Diddy el Contrito. ¿Por qué me creí siempre tan bondadoso? Siempre creí que era mi propia muerte la que llevaba auestas. Como una interminable preñez que se resolvería un día indeterminado. Pero no era mi muerte, sino la de otro. Esa era la apatía, el Done-Done que me angustiaba.

Nuevo ataque de terror. Estoy acorralado, en una trampa. Me trajeron aquí para que hiciera esto. Diddy ha matado a un hombre oscuro en un túnel oscuro. Diddy el Estupefacto nunca se ha sentido tan vivo como (ahora).

La máquina del tren sigue en tinieblas. ¿No le ha visto nadie? ¿No se precipita nadie a prenderle? ¿Dónde están los testigos, dónde los

guardianes? ¿Dormidos? ¿Borrachos? ¿Narcotizados? ¿Hechizados? Fuera la luz, acabar con toda esa luz. Diddy arranca la tabla de los focos y la estrella contra la pared. (Ahora) verdadera oscuridad. Diddy no se mueve.

¿Hasta cuándo permanecerá Diddy junto al cuerpo del obrero asesinado? No lo bastante para sentir todo lo que debiera. Más vale volverse al tren.

¿Sangre en las manos, en la ropa? Un examen detenido, con ayuda de la linterna, no revela más que manchas de yeso en los pantalones. Se los limpia Diddy el Atildado y vuelve al vagón a oscuras, sin encender la luz: así no le verá nadie desde las ventanillas del corredor. No es difícil andar en la oscuridad, como los ciegos, cuando se sabe el camino, y Diddy ya ha pasado antes por aquí. Al regreso se invierten las sensaciones: (ahora) Diddy siente a su derecha la proximidad de la pared del túnel, y a su izquierda el gran cuerpo de hierro del tren y sus ventanas sucias, tenuemente iluminadas.

Ya ha deshecho todo el camino; al llegar al tercer vagón de cola sube al tren, recorre el pasillo, entra en el compartimento. Su compartimento. Nuestro compartimento. Al sentarse, oye hablar en voz baja a la muchacha y al sacerdote. Pero entre el martilleo de su corazón y el zumbido del aire en sus oídos Diddy no acierta a distinguir lo que dicen la suave voz masculina y la voz, más ligera, de la joven.

Para los demás no ha cambiado nuestra situación. Sólo para Diddy, que se cruza de brazos y espera a que alguien, la señora por ejemplo, le pregunte qué pasa. Si ha averiguado algo referente a nuestro comprometido trance. Diddy prepara mentiras, se dispone a afirmar que no ha visto a nadie, que no ha bajado del tren. Pero nadie pregunta.

¿De qué hablan la muchacha y el sacerdote? ¿De él? ¿Saben algo? No, es absurdo, no pueden saber nada. ¿Cuál será pues el tema de su conversación? La filatelia, desde luego que no, si la muchacha es ciega... Quizá le ofrece él, y ella recibe, consuelo espiritual. Consuelo a su ceguera. O al hecho de estar (como todos) encarcelada en este tren oscuro e inmóvil.

El tren se estremeció.

—¡Por fin! — exclamó la señora-. Nos ponemos en marcha.

—¡No, no! — gime Diddy.

No se ha puesto en marcha el tren. No hace más que probar. El primer paso audaz del gigante. ¿Ya han desaparecido los obstáculos?

—¡Va siendo hora! — dice el coleccionista.

Otro movimiento convulsivo; el tren cruje y parece rebotar hacia atrás.

—¡Ay! — grita la muchacha. Quizá desorientada.

Desorientado está Diddy. Quiere que la barrera sea impenetrable, que la memoria pierda el movimiento. El cráneo abierto del obrero. El hombre, el animal erecto, caído por tierra.

(Ahora) sí que arranca el tren. A tirones, temblando, sin ritmo. Pero de verdad. Las luces fluorescentes del compartimento vacilan, parpadean, pero acaban por afianzarse en un río incesante de luz. Un *ah* colectivo. A Diddy le duelen los ojos y se los tapa con las manos. Una piedra sin ojos.

Cualquier cosa, con tal de apagar la imagen del pesado animal sanguinolento que ha dejado delante de las ruedas del tren. Aunque no ha salido todavía del túnel, el tren se mueve con facilidad. Sólo puede moverse hacia adelante, peligrosamente metálico, condenado a la tierra. Diddy en la cápsula del tren que aplasta el cuerpo de su víctima. Ridícula esperanza, la de un tropezón o desnivel revelador del paso de las ruedas sobre el cuerpo tendido. Contra el peso y la fuerza del tren, la carne y hueso se abre como el agua.

Suponiendo que sea eso lo que ha ocurrido. El destino del cuerpo del obrero ya no está en manos de Diddy. Podría haber caído a lo largo, entre los rieles, y salvarse de ser triturado o descuartizado por las ruedas.

¿Huye el tren del cadáver? ¿Por eso acelera más y más?

—¡Esto ya es otra cosa!

¿Quién ha hablado? ¿Cuál de nosotros ha suspirado de alivio?

Cualquiera; la muchacha, no. Lo menos probable es que haya sido la muchacha. El tren ya ha dejado atrás el túnel y corre por el campo. Junto a la ventanilla vuelan pájaros carmesí; el aire vibra con una luz violeta, como de gas neón; de un cerro lejano brota un alto granero azul, y extraños ramos de árboles arrojan sombras animadas. Los cables del teléfono suben y se desploman como toboganes; aparecen y desaparecen indescifrables cartelones. ¿Un paisaje fantástico? ¿O va Diddy alucinado, envenenado ya por el remordimiento? La piedra, la piedra. Diddy se ahoga. Vuelve a hundir la cara entre las manos, sin valor para mirar a nadie. El tren va (ahora) a gran velocidad. ¿Llevará rojas de sangre las negras ruedas de hierro? Si así es, algún chiquillo campesino, de los que bajan a la vía a ver pasar los trenes, dará la voz de alarma.

Cuando Diddy alza la cabeza, el filatelista está apuntando algo en un cuadernito, el sacerdote lee el breviario en voz baja, y la tía se ha dormido, apoyada en su sobrina y con una pera castaña en la mano. La sobrina mira de frente. Tal vez a Diddy; imposible saberlo.

Diddy tiene que hablar con alguien, y sólo puede ser con esta muchacha de mirada plomiza, inhumana. Pero no quiere que le oigan. Se inclina hacia adelante y pone la mano en la rodilla de la joven.

—¿Qué pasa? — pregunta ella, bajando ya la voz en tono de conspiración.

—Tengo algo que decirle —contesta Diddy roncamente—. ¿Quiere salir conmigo un momento?

El sacerdote alzó la vista y se volvió al breviario. Diddy le hace una seña a la chica, como si pudiera verle. Ella retira el hombro, con suavidad, de la pesada cabeza de la anciana, la cual, con los ojos cerrados, se remueve hasta dar con la cabeza del asiento, hace una mueca y vuelve a dormirse. La muchacha se pone en pie, se quita los guantes de piel y los deja al lado de la anciana dormida.

En pie, es casi tan alta como Diddy. Diddy la toma de la mano y la guía a través de los obstáculos del compartimento: los zapatos del sacerdote y el filatelista, la vieja cartera, las bolsas de vituallas. (Ahora) que han salido al corredor y han cerrado la puerta, ¿qué hace Diddy? Suelta la mano tibia de la muchacha, la mira perplejo. Aunque no hay nadie más en el pasillo, Diddy se siente todavía expuesto, inseguro.

—Vamos al final del corredor.

La muchacha vacila.

—¡Vamos!

Nuevamente le da ella la mano para que Diddy la guíe. A él le escuecen los ojos de gratitud, ante ese gesto de confianza. Claro que un ciego tiene que confiar en todo el mundo. O no confiar en nadie. Ojalá tuviera Diddy menos alternativas, como esta niña ciega.

Han llegado al extremo más cercano del coche, y doblan la esquina que lleva al cuarto de baño. Aquí están a cubierto de todas las miradas. Los dos se balancean con el movimiento del tren.

—A ver: dígamelo.

—Algo... algo ha pasado.

—¿En el tren? Antes tuve miedo.

—No, no. Fuera del tren. Soy yo. He hecho una cosa terrible.

—¿Cuándo?

—Cuando salí del compartimento.

—¿Ahora mismo?

—No, antes.

—¿Salió usted antes del compartimento?

—¿Pero no lo sabe? — grita Diddy en voz baja—. Sí, ya sé que no ve... que no me vio, pero habrá oído lo que dije. ¿No se acuerda? Dije que iba a enterarme... Yo también tenía miedo.

—No.

—¿No me oyó levantarme y salir?

—No, no le oí.

—¡Pero si no estaba dormida! — implora Diddy, más y más alarmado—. ¡Yo no le quité los ojos de encima!

¿No se acuerda? ¡Procure recordar! Dije que iba a preguntar lo que pasaba. Para decírselo luego a todos ustedes. Dije que iba a buscar a alguien que supiera algo más.

—No me acuerdo. Perdón.

—Si no me cree -dice Diddy, al borde del llanto-, ¿cómo voy a contar lo que me ha pasado?

—No he dicho que no le creo -contesta la muchacha dulcemente, apretándole la mano-. He dicho que no le oí.

—Eso no me basta -gimió Diddy.

—Cuéntemelo -dice ella, acariciándole la mejilla-. Y por favor no llore.

—¡No me compadezca! (Diddy aparta la mano de la joven, pero ella lo vuelve a acariciar.) ¡No tolero la compasión! ¡Si supiera lo hartito que estoy de compadecerme!

—Yo no le compadezco. Se lo juro. Ahora cuénteme lo que pasó.

—Está bien.

Diddy respira hondo y se retira un poco de la caricia de la muchacha. Hasta el aire huele a culpabilidad. Diddy quiere empezar a hablar y no puede. ¿Por qué no puede?

—Iba a suicidarme. Por eso salí. Me iba a acostar en la vía y esperar a que arrancara el tren.

Calla la muchacha. Su mano se apoya aún en el rostro de Diddy. Diddy la mira suplicante. No ha dicho la verdad, pero parece la verdad.

—¿Por qué me cuenta usted eso? — murmura la joven-. ¿Cree que puedo ayudarle?

—No sé -contesta Diddy, cerrando los ojos-. Tenía que decírselo a alguien. Si no, me parecería... irreal.

—Para mí también es irreal -dice la chica en tono aún más suave-. Porque no se suicidó. Porque está aquí. Conmigo.

—¿Soy real para usted?

—Mucho.

La joven sigue acariciándole la mejilla.

—Pero... ¡si no me ve!

Por toda respuesta, la muchacha se reclina en su pecho. Al principio cree Diddy que busca apoyo, impulsada por un barquinazo del tren; luego se da cuenta de que quiere besarle. Vehemente, agradecido, la rodea con los brazos, acaricia su cuerpo redondo y líquido, extrañamente blando, vacío de huesos. Como si estuviera desnuda. Su vestido marrón, estampado, de tela sintética barata, parece una epidermis a la que se adhieren las manos de Diddy. Succión en la yema de los dedos; tibio deseo en el vientre.

—Quiero acostarme contigo -susurra. ¿Le ha entendido ella?-. Hay una cosa que no te he dicho... que no me has preguntado.

—¿Qué?

—Por qué no hice lo que pensaba... Allá afuera.

—¿Porque tenías miedo?

—Eso también. Pero sobre todo porque... porque pensé en ti -dice Diddy, acariciando el seno de la muchacha. Diddy el Seductor-. Desde que arrancó el tren te he estado mirando. Tenía ganas de tocarte, de hacerte el amor. Por eso volví.

—Me alegro.

¿Está mal lo que hace (ahora) Diddy el Seductor? ¿Otro delito? ¿Un crimen, un abuso de confianza?

—Quiero acostarme contigo -repite obstinado. Una cita de amor, una tregua.

Ella asiente, pone las manos en la cintura de Diddy y acerca su mejilla a la de él. Permanecen inmóviles un momento: un cuadro del deseo, grabado en piedra.

De pronto brota un dolor seco, marchito, y Diddy se hunde bajo su peso. La muchacha pareció desvanecerse; sólo quedaba el tren, su silbido

vertiginoso, y el esfuerzo de Diddy por no caer, por seguir en pie, permitiendo vergonzosamente que le sostuvieran. "¿Qué estoy haciendo?", gime. Bajo el piso de hierro el tren devora el hierro de la vía. Su obscena velocidad se burla de esta languidez que (ahora) invade el débil cuerpo de Diddy. "Me estoy engañando a mí mismo." Lo que siente no es sólo la lasitud del deseo, sino un afán de reposo, o de algo más profundo. Algo a lo que Diddy quiere entregarse a solas. Como el cansancio que le abrumaba al entrar en el túnel, y que Diddy rechazó. Abraza a la muchacha.

—Creo que no quiero hacer el amor... Quiero dormir.

—Ven conmigo -dice ella, tirándole de la mano.

—O morir.

—Ven.

La joven alarga el brazo y palpa la pared hasta dar con el pomo de una puerta.

—¿Qué es esto?

—El baño.

—¿Está vacío?

—Sí.

—Vamos a entrar.

Diddy la sigue. Entran; cierran la puerta con pestillo. Hecho. O casi hecho. En el baño, que huele a orina y a desinfectante. En un lugar secreto y escondido, abyecto pero seguro. Diddy mira al espejo del lavabo, y a la muchacha. "Quítate los lentes", murmura. Ella se los quita y se los da a guardar a Diddy; Diddy los coloca en el lavabo. Luego la abraza, la aprieta fuertemente contra sí y la besa en los labios largo rato, al final casi con brutalidad. Su rostro está (ahora) a corta distancia de los ojos de la joven. Son de un color azul imperfecto y rugoso, como vidrio pintado. Diddy busca en ellos alguna modulación expresiva. Nada: aunque se mueven y parpadean, son tan monótonos como adornos. Si de ellos pudiera deducirse una mirada, sería una mirada triste, inútil. Inocente del uso, incapaz de dominio.

Ojos oxigenados.

Ojos de ópalo.

Ojos como dientes.

Ojos como clara de huevo duro.

Ojos como una muestra de clara de huevo, preparada para el microscopio.

Ojos como bulbos de tulipán.

Ojos como un taladro eléctrico.

Ojos prensiles.

Ojos culpables.

Ojos de metal.

Ojos de meteoro.

Ojos de papel.

Ojos de carroña.

Ojos anillados.

Ojos húmedos.

Ojos acuosos: redoma laberíntica de líquido.

Ojos secos, ojos empapados.

Ojos harapientos, ojos elegantes.

Ojos maculados, ojos limpios.

Ojos arrugados, ojos lisos.

Ojos podridos, ojos frescos.

Ojos agudos, ojos graves.

Ojos cóncavos, ojos convexos.

Ojos de encargo, ojos de tienda.

Ojos rígidos, ojos flexibles.

Ojos univalvos, ojos bivalvos.

Ojos simples, ojos múltiples.

Ojos con y sin cáscara.

Órbitas vacías.

El himen blanco del ojo.

—¿No ves nada, nada? — pregunta Diddy. (Nunca se sabe. Quizá hay un ojo dentro del ojo. La fabulosa vista de los ciegos.) La muchacha meneaba la cabeza. Pero así como la vista no reside sólo en los ojos, los ojos no sólo sirven para ver. Como la boca y las manos, son órganos de sufrimiento.

—¿No lloras nunca?— murmura Diddy.

La muchacha se ha desabrochado el vestido. Diddy la ayuda a quitárselo.

—¿Por qué te interesan tanto mis ojos? — pregunta. Está (ahora) en camisa y sostén.

—No son tus ojos. (Casi la verdad) Eres tú, Hester. (Su tía la había llamado Hester.) ¿No lloras nunca?

Se ha quitado la camisa, se la entrega a Diddy. (Ahora) sólo lleva los zapatos de ante, de tacón bajo; las medias, la faja y el sostén. Nada más.

Diddy sorprendido y excitado por esta virtual desnudez súbita. ¿Por qué se desnuda la muchacha con tanta facilidad ante un extraño? ¿Acaso porque no ve que la ven? ¿Porque exhibir su cuerpo a la vista de un desconocido es lo mismo que mostrar su cara a los desconocidos invisibles?

Hester se ha desvestido con experta serenidad, pero Diddy se avergüenza un poco de reconocer el despertar de su propio sexo. Es evidente que la muchacha no es virgen, pero... ¿sabe de verdad lo que hace? En cierto modo es tan opaca para él como él invisible para ella.

—¿No lloras nunca? — insiste Diddy, haciendo tiempo.

—Lo que me preguntas es si he perdido la vista de tanto llorar, ¿no?

¿Se puede llorar hasta la ceguera? ¿Quedarse ciego a fuerza de voluntad? Quizá Diddy ha estado pensando en eso, al hacer la pregunta.

—No sé -dice-. Será que tengo curiosidad por saber cómo pasó. Aunque tú no querrás hablar de eso... Pero dime... ¿es así como...?

—Puede ser -dice ella, tocándole el cinturón-. ¿Por qué no te desnudas?

Ya no hay escapatoria. La muchacha se quita el sostén. De nuevo siente Diddy que su cuerpo se ablanda, su sexo se encoge. La humillación del Done-Done le agarrota las ingles.

—¿De verdad quieres, Hester? ¡No me ves! ¡No me conoces!

—Te conozco.

Hester le echa los brazos al cuello. Huele a mar, a agua salada. Diddy la toma por el talle, le lame las orejas, los ojos cerrados. ¿Le perdona ella? Al aceptar su caricia, ¿reconoce que es un gesto amoroso, y no un golpe mortal? Uno no puede perdonarse solo. Tiene que haber dos: el que perdona y el perdonado. Diddy se deshace la corbata, se quita la camisa, la camiseta, los zapatos y los pantalones. Luego los calzoncillos. Amontona la ropa en el lavabo. Ella le acaricia el sexo a él, él a ella. Ademanes demasiado fáciles, ingrátidos. Festival clandestino sin nada que celebrar. Diddy siente una rara emasculación. Con su delgado cuerpo aprieta a la muchacha contra la pared. Al principio no puede hacer nada; luego un poco más. Empieza débilmente y va ganando impulso; su sexo vuelve a endurecerse. Le ayuda la cadencia del tren, y cuando el tren da un viraje violento y los dos cuerpos chocan con

demasiada fuerza, Diddy recibe agradecido el nuevo ímpetu y se lo comunica a la muchacha. Al bajar la cabeza para besarle los senos, Diddy se creyó de regreso en el túnel. Con otras distancias, reducidas, íntimas. Pero el piso del cuarto de baño parecía lejanísimo, como en exagerada perspectiva. A mil leguas del suelo, dos gigantes se enlazan en el acto vital.

Diddy tendrá que entregar su propia imagen, y la entrega con gusto. Cuando ha penetrado en el cuerpo de la muchacha, su espacio se ha encogido. (Ahora) espacio interior, tibio en lugar de frío, conocido en lugar de remoto. Antes Diddy estaba fuera; (ahora) está dentro. Los dos están dentro.

El cuerpo ciego de Diddy felizmente alojado en el otro, y en plena libertad de movimiento. Sin duda sabe la muchacha (ahora) todo lo que ocurrió. Pero ¿puede este acto vital anular el crimen? No mires, no escuches, ni siquiera el retemblar de la ventana.

Es ella (ahora) la que le guía a él, hacia dentro, hacia fuera, cerca, lejos. En el orgasmo blando y silencioso, la muchacha está a punto de perder el equilibrio, y Diddy tiene que sujetarla por las axilas con los antebrazos, apoyando las manos en la pared al lanzar a lo hondo su último ataque y rendirse al anhelo de llanto de su cuerpo. Un arroyo, que corre; no una cadena, de eslabones fijos. Diddy descansa la cabeza en el hombro de la chica, y permanecen juntos en un estupor de abandono. Con los ojos fuertemente cerrados, Diddy se hunde en la oscuridad como en el fondo de un estanque. Abre los ojos, y el sonido del tren adquiere de pronto una tonalidad distinta, más áspera. Hora de despertar.

Busca la camiseta entre la ropa, se inclina y limpia suavemente los muslos de la muchacha. Nota en los muslos, en las caderas, gran cantidad de manchas azules y amarillas: de caerse, sin duda; de tropezar con las cosas. Diddy se limpia también, mete la camiseta húmeda en el recipiente de las toallas usadas, se vuelve a la joven, la besa, murmura: "¿Estás bien?" Ella suspira y sonríe. Diddy le da las prendas una a una y la ayuda a vestirse como puede. Luego se viste él, de prisa; se lava las manos, le pregunta a ella si quiere lavárselas. Sí, y peinarse.

—¿Dónde están mis anteojos? Diddy se los entrega, suspirando.

—¿Qué te pasa?

—Que es inútil. (Diddy va a echarlo todo a perder.)

—¿Por qué?

—No tienes tú la culpa. (La abraza). Soy yo. Te he mentado.

—¿En lo del tren?

—No, en lo que te conté. Lo que pasó cuando bajé a la vía. El contacto físico no había eliminado la necesidad de confesarse. Diddy no había recibido la absolución.

—¿No es verdad que quisiste suicidarte?

—Sí, es verdad. Pero hace un mes. Se detuvo, temeroso de lo que iba a decir. Las frases se empujaban, a gran velocidad, hacia el choque.

—No ahora. No en el túnel. — ¿Qué pasó entonces? Dímelo. Quiero saberlo. Valerosas palabras, nacidas de una ética a la que Diddy quería ser fiel. Pero, ¿deseaba la muchacha su confesión, como le había deseado físicamente? La carne no engaña. Abrazado aún a Hester, Diddy retrocedió, se sentó en la tapa del retrete y atrajo hacia sí el cuerpo de la joven. Un cuerpo tierno, confiado. Diddy respiró hondo, fatigado por su peso.

—Tuve una riña con un hombre allá fuera... Le pregunté si sabía algo... No, no debería tratar de disculparme. Lucha por encontrar la línea recta.

—Creo que le he matado.

La muchacha ahoga un grito: una especie de interrupción. Pero Diddy finge no haberlo notado; la verdad se precipita como un torrente de piedras.

—Si no le maté, está muerto de todos modos. Y por culpa mía. Le di un golpe con una barra de hierro, y cayó delante del tren, así que cuando el tren se puso en marcha...

—Pero -interrumpe Hester-, ¡si no bajaste del tren! Hester se deshace del abrazo de Diddy, se levanta.

—Es lo que traté de decirte hace un rato... No has salido para nada del compartimento. Créeme. Tengo un oído excelente. ¿Debemos escuchar el consejo de los sentidos? No.

—Verás... Procura entender... Diddy no se explica, claro. Se repite. La muchacha meneaba la cabeza, interrumpía varias veces.

Qué lejos están (ahora) uno de otro en el exiguo recinto del baño. Ya se ha olvidado el tacto pegajoso, el cabello húmedo, la ternura de la proximidad, de la fusión... Diddy ya lo ha soltado como cosa trivial, y se mantiene fiel a su triste regalo de palabras.

—Tenemos que volver -dice la muchacha con suavidad-. Mi tía va a preocuparse.

Diddy suspira. Naturalmente. Abre la puerta. Salen juntos, de la mano; doblan la esquina rumbo al corredor. Unos pasos, y Diddy espera a que Hester se arregle el pelo. Sin decir nada, Diddy le examina el vestido en busca de manchas o arrugas; él también se revisa la ropa. Una vez más aprieta el rostro contra el de ella: los separa la dura armazón de los anteojos. Han llegado: Diddy empuja la corrediza del compartimento. La señora duerme todavía, con la boca torcida, roncando levemente. El sacerdote y el filatelista continúan enfrascados en su lectura.

Sentado frente a Hester, Diddy la contempla. Parece (ahora) distinta de lo que era en el pasillo o en el baño. Ha recostado la cabeza en el asiento; no sabe Diddy si tiene o no los ojos cerrados. Cierra él los suyos. ¿Por qué es tan obstinada? ¿Debe de acordarse! ¿Y si no se acuerda? ¿Le preguntará Diddy al sacerdote o al coleccionista si le han visto salir? ¿Tendrá ella razón? Quizá ha inventado Diddy la figura del grosero operario; quizá ha soñado con ese cuerpo de hombre, tendido en la vía. Quizá ha trasladado al vasto, húmedo, tenebroso y uterino ámbito del túnel la aventura que acaba de ocurrir en el escaso espacio del baño. Una aventura tan inesperada como lo que pasó, o cree él que pasó, delante de la máquina. ¿Será Diddy capaz de un error tan extraño? Confundir la transacción del deseo con la de la violencia, la confianza con el pánico. Mezclar así tan distintos dominios de la ceguera, del aislamiento, de la soledad.

Diddy empieza, empieza tan sólo, a dudar de su memoria. Claro que es lo que siempre sucede. ¿O no? El pasado, real o imaginario, se consigna en depósito a la imaginación. Sólo a través de ella sabrá Diddy llegar a la muerte del obrero, ya sea realidad o fantasía. El pasado se tiene que volver a inventar; los recuerdos no son como muebles, cosas sólidas que uno posee.

Recordar; cómo recordar. La tarea de recordar se impone a la de pedir la absolución. ¿Se impone? Teme Diddy que el recuerdo le proporcione una salida fácil, que escamotee el problema.

Por ahora no hay nada que hacer sino conservar La calma. Cuando llegue a su destino, Diddy investigará. Y ni de eso habrá necesidad. Si han matado a un trabajador en un túnel de ferrocarril, ya lo dirá la radio, la televisión, la prensa. Diddy sigue creyendo, de vez en cuando al menos, que ha matado a alguien. Pero ya no del mismo tamaño. La cruel velocidad del tren arrastra a Diddy a gran distancia, más y más lejos. La perspectiva se

alarga; el pasado se vuelve pasado a escala material, puramente geométrica. A medida que el tren avanza, el temible adversario del túnel se va empequeñeciendo, y se hace, por lo tanto, más valioso. Para verle, Diddy tiene que esforzarse. Como si (ahora) necesitara anteojos. El hombre es ya una figurita enclavada en un túnel minúsculo, un juguete, casi un pasatiempo de la errabunda voluntad de Diddy. Como un sello de correos de rara emisión, codiciado por los coleccionistas: la bandera de un antiguo país, incorporado hoy a un estado nuevo, o el pequeño y pomposo perfil de un monarca destronado hace años.

Sentado en el compartimento, Diddy piensa en el curioso tamaño de las cosas. Va cayendo la tarde, en tonos grises. Al mirar distraído por la ventana, Diddy coincide con la aparición de una luz en un rancho lejano. Una señal, quizá. Una luz que le dice al fatigado padre de familia, cuando está a punto de acabar su ardua jornada al volante del tractor: vuelve a tu casa, a tu cena caliente, a los hijos que saltarán en tus rodillas, al amplio lecho de tu esposa. Aunque Diddy no goza de la seguridad de un hogar, responde de inmediato a la llamada. Anhela entrar (ahora) en esa plenitud, bajar del tren mientras lo rodee el campo abierto. Ya que muy pronto se poblará el terreno, se acercarán las casas hasta la orilla misma de la vía, brotarán los enormes edificios helados. Pronto cruzará el tren un pueblo, y otro pueblo más grande, y por fin, la ciudad, donde todos habremos de descolgar nuestro equipaje y apearnos.

Encerrado en esa ciudad que se aproxima, Diddy tendrá que enfrentarse con lo que ha hecho. O con lo que no ha hecho. Con todo lo que (ahora) está en tela de juicio. Por culpa de la muchacha, aunque en realidad no es culpa de ella. La confusión, y la necesidad de complicar las cosas, seguirán habitando el espíritu de Diddy. Ha preferido, a la tosca amenaza del castigo, la amenaza sutil de la incertidumbre. Ha dado a su ansiedad la forma de un enigma.

La anciana del cabello revuelto se ha despertado y se ha vuelto a dormir. Diddy y Hester están (ahora) bajo el techo de cristal del vagón-bar, el último del tren. Diddy se ha sentado de espaldas al portillo trasero. No quiere ver cómo se adelgaza apresuradamente la vía, ni distraerse en el juego de bridge que han iniciado en la mesa contigua dos parejas. Hester bebe daiquiri; Diddy whisky con agua.

—Tengo que preguntarte algo de lo que pasó allí... entre nosotros.
(Diddy se siente inquieto y avergonzado.) ¿Qué es lo que piensas ahora?

—Estoy perfectamente -contesta ella con frialdad.

—¿No... no sientes haberlo hecho?

—¿Por qué había de sentirlo? Me gusta hacer el amor.

Hay en su voz cierta amargura que lastima a Diddy. Quizá esté disgustada por el relato del famoso episodio, que parece absurdo, o por la mentira que Diddy le contó al principio. Quizá no le agrade esta nueva serie de preguntas, que considerará presuntuosas o de mal gusto. Diddy escoge esto último, y se ofende también.

—¿Lo haces a menudo con desconocidos? Diddy el Celoso.

—¿Lo haces tú?

—Perdóname -suspira Diddy-. He dicho una tontería.

—No hay por qué dejar de hacer lo que a uno le gusta -dijo Hester-.
Sobre todo cuando nadie se lo impide.

Diddy suspiró de nuevo, y le tomó la mano a la muchacha. ¡Qué complicada es la gente!

—Háblame de ti. Cuéntame algo, aparte de lo de la operación.

—No hay mucho que contar. Cuando se es ciego, se lleva todo dentro.

—¿Naciste ciega? Hester no respondió a esa pregunta; siguió,
lentamente, con la anterior:

—¿Cómo puedo decirte lo que es mi vida? Las personas se ocupan de mí, me atienden... ¿Qué remedio les queda? Pienso mucho, oigo música. Me gustan las flores, y...

—¿Lloras alguna vez?

—Ya me lo has preguntado.

—Sí, lo sé. Y tú no me contestaste. Contéstame, por favor. Quizá te lo pregunto porque yo sí lloro, mucho, y no me avergüenzo.

—Yo también lloro. Con frecuencia.

—¿Por qué?

—No por lo mismo que tú, seguramente.

—¿Cómo lo sabes? Además, ¿cuántos motivos puede haber?

—Si lloro no es por ser desdichada. Supongo que es eso lo que imaginas.
Quizá lloro porque me aburro.

—Apuesto cualquier cosa a que no es verdad. ¿Por qué lo dices? ¿Porque la verdad no me importa?

—No; quisiera podértela decir. Pero lo único que se me ocurre es... que lloro porque hay lágrimas.

A Diddy no le agradó esa respuesta. Quería que Hester fuera desgraciada, como él.

—¿Te sientes muy sola?

—No, no mucho. Es que no tengo bastantes cosas que tocar.

—¿Cosas, o personas?

—Cosas, personas.

—¿Quieres a alguien? — pregunta Diddy el Posesivo.

—Creo que no. Por lo menos, no en el sentido en que lo dices... Para un ciego, la gente cambia continuamente. La misma persona no es nunca la misma persona. Cada vez que habla o se mueve o me toca, ha cambiado.

—¿Quieres a tu tía?

—No. No la quiero. Pero me gusta lo que hace. Esa charla constante no la soporto, pero me gusta que me toque. Que me lea. Dirige la sección infantil de la biblioteca pública.

Diddy, tranquilizado, se encontraba lo bastante seguro para abordar el tema que de verdad le interesaba.

—¿Me quieres a mí? ¿Ahora? Diddy, antiguo especialista en amores no correspondidos.

—Te quise. Allá. (Hester hizo una pausa.) Ahora... no sé. Ya no eres tan real como entonces. Ofendido. ¿Qué esperabas?

—Por lo menos eres sincera.

—Procuro serlo. ¿Tú no?

—¡Claro que sí! Pero ya poco importa. Te conté lo que me pasó en el túnel y no quisiste creerme.

—Creo lo que oigo, y no te oí decir que ibas a bajar. No te oí salir del compartimento.

La muchacha sigue firme, y Diddy no quiere reñir. Quiere unirse a ella, ser tan diáfano como ella. Y ser ciego también. Pero tiene que hablar, y adivina que puede dirigirse a la compasión de Hester, ya que no a su credulidad. Algo sentirá ella por él, alguna atracción, o no se hubiera encerrado con él en el baño, no hubiera consentido en hacerle compañía (ahora).

—De todos modos te lo volveré a contar -dice Diddy-. Aunque creas que me lo imagino.

—No he dicho eso. Cuéntamelo -contesta ella, apretándole la mano-.
¡Qué delgado estás! ¿No comes?

A Diddy se le humedecen los ojos ante este regalo de piedad. Pero hay que pensar en lo otro, empezar por el principio. La caminata por el túnel, la extraña barrera, el solitario obrero, enorme y brutal como un ángel armado. El combate monstruoso e inútil, el cuerpo desgoznado, desplomado en la vía... Apoyar el cuerpo en el tren...

—Lo soñaste -dice ella con firmeza-. Por eso te pareció tan grande ese hombre.

—¿Soñar en un túnel?

—¿Y por qué no?

—¡Pero sé qué ocurrió! ¡Lo vi!

—Entonces pregúntaselo a los otros.

—No quiero. *Tú* eres mi testigo.

La muchacha calló. Diddy sentía ganas de arrancarle los lentes, de abofetearla, como si eso fuera a devolverle la vista.

—Suspiras mucho -dijo Hester-. ¿Te das cuenta?

—Sí. Porque estoy enojado. Pero no sé qué hacer con mi enojo.

—¿Estás enojado conmigo?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

—Porque eres testaruda.

—Porque soy ciega, dirás.

—No; no quiero decir eso.

Diddy entornó los ojos. No podía mirar a la muchacha. Se sentía encarcelado con ella. Ha acabado la aventura. El tiempo se alarga. Quizá el viaje durará eternamente; quizá el tren seguirá precipitándose por un crepúsculo infinito. El tren ha adquirido la energía física y moral de un cuerpo humano: va a dictar la sentencia de Diddy. De Hester no se puede esperar absolucón. Así sea.

No hay más remedio que volver al compartimento; contemplar a través de la ventana la metáfora de la naturaleza. En los últimos recodos del paisaje, en la sensación misma de ver en perspectiva, buscar modelo a las profundidades de lo que había sucedido.

En el compartimento, la tía de Hester, despierta ya del todo, encantada de saber que su sobrina ha pasado tanto tiempo con el simpático joven del

asiento de enfrente.

Las presentaciones de rigor. La señora Nayburn. Mi sobrina, Hester Nayburn. Claro que ustedes los jóvenes ya no necesitan presentarse.

Diddy, que no recuerda si Hester sabe su nombre y apellido, se dirige a la tía: "Dalton Harron."

—Tanto gusto, señor Harron. ¿A qué se dedica usted? Si no es demasiado atrevimiento preguntárselo...

Diddy miró desesperadamente a Hester, que se había reclinado en el asiento.

—Trabajo en una compañía que fabrica microscopios.

—¿Una de las compañías grandes? — preguntó la señora.

—¡Qué interesante! — dijo el sacerdote, alzando la vista del breviario-. Debe de ser un privilegio observar tan de cerca las maravillas de la naturaleza.

—¡Oh! -dijo Diddy apresurado-. Yo no observo nada. (Quería deshacer la insinuación, torpe en presencia de Hester, de que vivía de sus ojos.) Los microscopios se hacen en la fábrica y se remiten directamente. Yo trabajo en las oficinas de Nueva York. Preparo los prospectos que enviamos por correo y los anuncios que ponemos en las revistas especializadas. Nociones elementales de nomenclatura y uso del microscopio:

Móntese el microscopio en una base firme, de cara a la ventana.

El lente al cual se aplica el ojo se llama ocular; el del otro extremo se llama objetivo.

El lugar en que se coloca la muestra se llama plataforma.

Debajo de la plataforma hay un diafragma, cuya función es regular la luz proyectada por el espejo a través del orificio circular del centro.

El espejo sirve para recoger la luz que ilumina los objetos transparentes colocados en la plataforma.

Cuando se examina un objeto sólido, como la cabeza de una mosca, la plataforma debe recibir la luz de arriba y del frente, ya que la luz del espejo no penetra los cuerpos opacos.

—¿Hace mucho que trabaja usted ahí? — preguntó la señora.

—Mucho -dijo Diddy.

La señora calló, agotado quizá su caudal de preguntas. Diddy miraba inquisitivamente a la sobrina. El microscopio óptico es un noble y antiguo instrumento, que en muchos siglos no ha cambiado casi nada. Pero es inútil

sin ojos, instrumentos aún más nobles e infinitamente más antiguos. ¿Era la muchacha ciega de nacimiento? Informe elemental que su tía no había proporcionado. Tampoco Hester contestó a la pregunta de Diddy. (Ahora) Diddy quiere saber si Hester nació así. Pero no puede volverlo a preguntar. Las opacidades corneales suelen ser congénitas. Pero no siempre. Hester puede haberse quedado ciega en la infancia, a consecuencia de una enfermedad, una conjuntivitis grave, por ejemplo. Quizá un día vio el mundo, como nosotros; quizá ha mirado la carne, las flores, las nubes, o se ha asomado a un microscopio en la escuela primaria, en clase de biología.

—¿Qué tipo de microscopio? —preguntó el filatelista. ¿También él tenía interés?

La compañía de Diddy fabricaba todos los tipos corrientes en el ramo. Otros menos corrientes también. Microscopios para ingenieros. Microscopios metalúrgicos. Microscopios de comparación. Microscopios de proyección. Oftalmoscopios. Retinoscopios. Otoscopios.

Los tres últimos son instrumentos médicos, empleados por los oculistas y otólogos. Se animó la señora:

—Quizá se usan los microscopios de su fábrica en el Instituto Warren. A lo mejor hacen ustedes algo que los doctores necesitan para operar, algo que va a ayudar de verdad a mi sobrina...

—Me agradaría que así fuera -dijo Diddy, más y más molesto por el tono poco delicado de la conversación. La muchacha ciega se había convertido en una cosa. Se hablaba de ella como si no estuviese presente.

—Si pudiera mirar por un instrumento -dijo Hester de pronto-, preferiría un telescopio. Quisiera ver las estrellas, quisiera ver la luz de una estrella apagada. Una estrella que ha muerto hace millones de años, pero que no lo sabe y sigue dando luz.

—Hija mía, no te pongas fúnebre -dijo la señora, acurrucándose en el hombro impasible de Hester-. Quiero que mi niña siga siendo valiente.

—Interesarse más por las cosas grandes que por las pequeñas no es ponerse fúnebre -contestó la muchacha con acritud.

Diddy sintió de nuevo la ola de simpatía que flotaba entre ellos dos, el sincronismo mágico de sus pensamientos. Y se dijo: Tampoco es fúnebre interesarse más por lo que ha muerto que por lo que vive.

Él, al menos, ya no podía escoger. El obrero ya era una de las estrellas muertas que quería ver Hester. Extinguida, pero capaz aún de transmitir a

larga distancia un rayo de luz tan vivo y convincente como el que emite la más vibrante y contemporánea estrella.

Diddy tuvo que recordarse a sí mismo que el obrero existía sólo en el pasado. No había que dejarse despistar por las apariencias. Por muy fuerte que fuese la luz que aquel hombre arrojaba sobre Diddy, la verdad era que estaba muerto. Diddy había apagado un sol negro, que ahora ardía en el interior de su cabeza. Un sol negro que Hester vería, si se esforzara. Aun siendo ciega. O quizá por serlo. ¿No le estaría poniendo ella a prueba? Hay que atenerse a la diferencia de las estrellas muertas con las estrellas vivas, por mucho que engañe el testimonio de los sentidos.

Aferrarse a la diferencia que hay entre pequeño y grande, cerca y lejos. A cada instante, el tren llevaba a Diddy más y más lejos. Y cerraba la noche, en la que toda luz se vuelve falsa. Un artificio: un truco: una mentira valerosa para reprimir el miedo a la oscuridad. Como todos los que tienen vista, Diddy se ve obligado a percibir diferencias. La muchacha, condenada a vivir en tiniebla continua, está exenta de esa peligrosa labor de distinción. Puede que sea ella diferente de muchos otros, tan diferente que aun si no fuera ciega, si recobrase la vista (ahora), no perdería el rumbo. Toda luz, todo lo que ella viera, sería verdad. Diddy ya no está enojado. Ella le ha dicho la verdad tal y como ella la entiende. Y aunque Hester se equivoca en ciertos hechos, aunque nunca será fácil convencerla de su error, hay una prodigiosa verdad que sí sabe y sí dice. Esta verdad la quiere conocer Diddy el Incompleto; la quiere poseer junto con la suya. Nadie debe internarse a solas en lo oscuro.

Al llegar a nuestro común destino, Diddy el Febril bajó del tren su maleta ligera y todas las maletas y bultos de Hester y de su tía. Se abrió paso entre varios viajeros que esperaban al mozo de equipajes, y al dar con él le importunó hasta lograr que cargara primero con las maletas de los tres. Luego cruzó en compañía de las dos mujeres la anticuada estación. Extravagante sala de espera, de techo alto. Paredes recubiertas de mármol. Columnas neorromanas. Estatua conmemorativa de la Primera Guerra Mundial: el frágil soldado herido, a punto de caer, amparado de pronto en los robustos brazos de la República, dama frondosa y severa que por encima de la moribunda frente del muchacho atalaya resuelta el horizonte. Una estación de ferrocarril es un lugar público, accesible a cualquiera. Aunque en este momento la profusa circulación y el contacto promiscuo le resultan

dolorosos a Diddy, ve con gusto ese techo elevado: a más espacio, mejor. Pero se da cuenta, como en viajes anteriores a la fábrica, del constante deterioro de los muebles y superficies. A cada llegada le parecen más mugrientos, más llenos de basura, más indeleblemente manchados, los pisos, los muros, las columnas, la estatua de bronce, la caseta de informes, el reloj, las ventanillas, el quiosco de periódicos, los bancos de madera. Sin duda no se debe a mero descuido. Es cuestión de principio, de política-. Falta poco para que lleguen las cuadrillas de demolición a destrozar este generoso ámbito y poner en su sitio algo más reducido. Pero, ¿no vale la pena tener limpio y decente un lugar condenado? Aunque no sea más que por dignidad. Sobre todo si se piensa que la némesis va tardando bastante en cumplir con su prometida visita.

—Siguiendo al mozo, que lleva el equipaje en una carretilla, la tía y Diddy escoltan a Hester a través de la multitud. Entre las columnas neorromanas, por la puerta principal, hasta la calle. Diddy paga al mozo y se coloca al borde de la acera, calculando las posibilidades de encontrar dos taxis en pocos minutos si no se mueve de donde está. Todos estos servicios eran, a su juicio, insuficientes, y no quería dejar que la muchacha desapareciera de su vida. La muchacha, de pie en la acera, junto a la pared, permitiendo pacientemente (o así lo cree Diddy) que su tía la agarre del brazo con innecesaria y protectora tenacidad. Diddy pendiente de una señal de Hester, sin saber qué buscar, y la señal no llega.

También le sorprendió el ambiente de la calle. Denso, gris, desordenado. Con un ruido terrible. Ruido furioso y revuelto, refractario a la clasificación. No ya como el del tren, insistente, exigente, autorizado. ¿Le desagradan a la muchacha los ruidos que no puede interpretar?

Larga espera. Cuando al fin vino un taxi, Diddy, que no sabía lo que quería hacer, se metió en él con las dos mujeres y las acompañó al Instituto Warren. "Pero se va usted a desviar, señor Harron. No se moleste por nosotras." No importa, no importa. Aunque todos los faroles estaban encendidos, los edificios parecían copias bidimensionales. El hospital también. "Espere un momento: ahora salgo. Señora Nayburn, Hester, díganme..." Después de asegurarse de que la habitación de la muchacha estaba lista, y de que la señora tenía cuarto en una pensión a tres cuadras de distancia, Diddy llevó las maletas a la sala de recibo. Tímida despedida, y Diddy se volvió al centro, al Hotel Rushland, donde los vendedores y

empleados forasteros se alojaban a expensas de la compañía cuando venían a visitar la fábrica. Por fortuna, Diddy no se encontró en el vestíbulo con ninguno de los demás asistentes a la junta.

Diddy firmó el registro y subió a su cuarto. Eran casi las diez y media. Deshizo la maleta, se duchó y telefoneó a la administración a preguntar por la primera entrega del periódico matutino. Le dijeron que no llegaba hasta las dos. Diddy pidió que le avisaran a esa hora. (Ahora) son las once: Diddy enciende la televisión y busca el programa que le interesa. Detrás de un escritorio, un hombre calvo, afable, daba el resumen de los partes de guerra (grandes pérdidas del enemigo, computadas con exactitud; nuestras bajas, escasas) y las habituales redundancias políticas. ¿Qué más? Alguien que le ha pegado un tiro a su suegra; un motín de presidiarios; el divorcio inminente de una célebre pareja de Hollywood; la condescendiente crónica de la derrota, a manos del campeón de peso completo, y en dos asaltos, de un joven retador, en México; el tiempo, despejado y más frío, con vientos del nordeste. Nadie había muerto aquella tarde en el ferrocarril. Quizá una muerte así no era lo bastante importante o pintoresca para aparecer en las "Noticias de última hora". Diddy apagó la televisión y decidió apagarse también. Aunque es temprano, está demasiado agitado para entregarse al aire abierto de las calles, a la posibilidad de encuentros casuales y vacíos. Por otra parte, es casi tan intensa la amenaza, intensa y algo hipócrita, de este cuarto de hotel de planos anónimos y olores cuidadosamente neutralizados. Diddy tendrá que retraerse hacia dentro de sí mismo, alejarse de todos los espacios racionales, coherentes. Quizá logre dormir. De las dos camas de la habitación, Diddy escogió la que estaba más cerca de la ventana. No abrió la ventana ni puso el aparato de clima artificial.

Pero dormir es imposible. Apenas puede mantener los ojos cerrados unos instantes. En el interior de sus párpados se proyecta una fotografía panorámica del obrero caído en los rieles. (Ahora) se convierte en una toma fija, intercalada repetidamente en una serie de imágenes móviles: las mismas escenas que, filmadas con una incierta cámara portátil, Diddy acaba de ver en el noticiero. Un soldado muerto, un enorme cadáver tendido en una camilla y cubierto con una gruesa manta o lona. Los camilleros lo llevan hacia el helicóptero que aguarda posado en un arrozal, en un país lejano. Centellean las hélices, ronca el motor, se estremece el casco de la nave, y el cadáver sin rostro desaparece en la cabina. Es terrible morir.

Terrible que le arrebatan la vida a quien no quiere entregarla. Y eso es lo que Diddy le ha hecho a un hombre. Perdió la cabeza, se creyó arrendador sin piedad y consumó el desahucio de una vida. Una vez tras otra, ya sin imágenes, recapitula su encuentro con el trabajador. Puede aducirse que el acto de Diddy es disculpable y hasta legítimo. El hombre le provocó sin razón. Se mostró amenazador, inexplicablemente. Y estaba armado. Pero Diddy no puede convencerse de que ha obrado en defensa propia. Si fuera el juez de su proceso, no podría aceptar ese atenuante. Sí, el obrero se comportó de manera insolente y procaz. Pero no hay derecho a suponer que al insolencia pueda llevar a otra cosa, como no sea a mayor insolencia. ¿Acaso no había tomado a broma el hombre su propia actitud? ¿No le había vuelto la espalda a Diddy, como para probar lo inofensivo de sus intenciones? Ciertamente que después hizo unos movimientos sospechosos, pero tal vez se preparaba a tirar el hacha sobre las demás herramientas, recogerlas e irse. ¿A dónde? ¿Al tren? Sí, a menos que fuera demasiado rebelde, demasiado solitario, para formar parte de la tripulación, para someterse a la disciplina colectiva. Entonces se hubiera dirigido, probablemente, al alojamiento dispuesto para el único operario de guardia como para un centinela de averías y trastornos: una estancia, quizá, unida al túnel por un pasadizo. En este momento Diddy se niega a condenar a su víctima, a la cual favorece la incertidumbre. Lo único seguro es que Diddy el Bueno nunca podrá saber a ciencia cierta lo que aquel hombre se proponía. Como no lo sabía antes, en el túnel. Diddy observó astutamente, o supuso a ciegas, que se aproximaba un ataque a traición, y atacó primero. ¿Quién era su adversario? O un matón agresivo que se había distraído un instante, o una persona humana indefensa. En cualquiera de los dos casos, el asalto de Diddy había sido cobarde, ya que el trabajador, por robusto que fuese, estaba a merced suya.

Diddy ha dejado encendida la lámpara de la mesilla de noche. No quiere oscuridades. Hoy ha estado a oscuras lo bastante para toda una vida. Tiene que mantenerse alerta y perspicaz para derrotar a los malditos espectros, para rechazar a las criaturas que se aprovechan de la falta de luz. Aunque haya que desterrar a todas las criaturas. Aunque Diddy tenga que quedarse solo. Diddy está solo. Lo cual es casi soportable. Casi siempre solo ha pasado estos últimos tres años, desde que Joan se fue. Pero "solo" parece un término de lástima, débil y poco airoso. Como en tantas otras ocasiones,

Diddy trata de convertir su soledad en algo noble, libremente elegido: la Soledad. La Soledad es fuerte. Pero hay una gran diferencia entre la Soledad con horizontes y la Soledad de un espacio cerrado. Como éste. Diddy está acorralado en un pequeño recinto antiséptico, de muebles de arce y paredes pintadas al pastel; en la pared, un cuadro enmarcado con esmero pregona: "¡Oh tierra hermosa! ¡Oh tierra generosa!" Diddy el Solitario, sin medios de comunicación con el mundo, se revuelve en la estrecha cama, sudando, arrugando las sábanas más y más con cada nueva y gratuita postura. Piensa en llamar por teléfono a su hermano. Pero Paul anda de jira, y Diddy se ha dejado en casa la carta donde venía la lista de conciertos. El agente de Paul en Nueva York, que sabría dónde se encuentra hoy el gran virtuoso, no estará en su domicilio a estas horas. Y Paul, sea cual sea su paradero en la tierra hermosa y generosa, tiene que atender a su público, a los músicos y aficionados que se apiñan entre bastidores en busca de placeres sexuales o profesionales; tiene que hacer acto de presencia en varias fiestas, después de los conciertos: no es probable que vuelva al hotel antes de la madrugada. Además, si pudiera localizar a Paul, ¿qué le diría Diddy? Llamarle equivaldría a eludir las responsabilidades de la madurez, a pedir compasión, como un niño, a un pariente cercano que nunca ha sido verdaderamente cercano ni compasivo. No: si alguna llamada telefónica hay que hacer, hacerla de una vez, sin titubear. Hay que llamar a la policía.

Pero no corre prisa. Si Diddy sospecha que el asesinato del obrero ha sido una pesadilla, o como sugirió Hester, un sueño diurno, conviene asegurarse. Esperar por lo menos a leer la prensa. Nada se adelanta con quedar como un tonto. Cosa que Diddy ya ha hecho varias veces en lo que va de mes. Si Diddy llamara a la policía (ahora), mandarían un coche patrulla a detenerle y le encerrarían en una celda helada, un recinto aún más estrecho que éste. Y si por la mañana resultase que el asesinato que Diddy se había atribuido era una quimera, no iba a ser fácil salir de la cárcel así como así. Exigirían que Diddy se sometiera a exámenes psiquiátricos; le sacarían de la celda y le meterían en el manicomio de la ciudad, haciéndole perder la apertura de la junta, a las diez, y quizá todas las sesiones de la jornada. Se notaría su falta, se harían pesquisas, y cuando la empresa descubriera dónde estaba y por qué, a la calle. No hay que decir que Diddy había ocultado a todo el personal de Watkins y Compañía el verdadero motivo de su ausencia del mes pasado. Le había contado a Duva que, por

habérsele recrudecido una antigua infección, había tenido que pasarse una semana en el hospital.

Nuevamente resuelve Diddy no perder la cabeza. Decide no llamar a la policía, tener paciencia, aguardar el veredicto del periódico. Aun así no puede dormirse. Pero (ahora) sabe que no conciliará el sueño en toda la noche.

A las dos el timbrazo telefónico le abrasa los nervios. "¿Ha llegado ya? Sí, gracias." Diddy ha pedido que le traigan el periódico inmediatamente. Salta de la cama, se pone los pantalones, abre la puerta y mira a ambos lados del pasillo. Por la alfombra viene paso a paso un muchacho vestido de escarlata y portador del precioso documento.

—¡Traiga, traiga! — grita Diddy con voz ronca. Le da al chico veinticinco centavos, le arrebató el diario, se vuelve a la habitación y echa el cerrojo. ¿Dónde examinará este paquete que huele a tinta fresca y que va a decidir su destino?

Sentado a la morisca en la colcha de pompones blancos de la cama cercana a la puerta, Diddy empieza a leer sin titubeos. Nada en la primera página. Ni en la segunda. Ni en la tercera. Sabiéndose impaciente, Diddy no quiere desbaratar las secciones que va leyendo en vano, y las coloca cuidadosamente una sobre otra.

Sabiéndose impaciente, Diddy no quiere desbaratar las secciones que va leyendo en vano, y las coloca cuidadosamente una sobre otra.

- ¡Desastres internacionales!
- ¡Anuncios de almacenes!
- ¡Campaña electoral!
- ¡Artículos para el hogar, de último modelo!
- ¡Emisión de bonos municipales, debates del cabildo acerca de la nueva biblioteca, escándalo en el departamento de salubridad pública!
- ¡Saldo de toallas y sábanas!
- ¡Editorial sobre la contaminación atmosférica, artículos de fondo sobre el genocidio!
- ¡Crónica de sociedad!
- ¡Anuncios de cines y teatros!
- ¡Página femenina!
- ¡Programas de radio y televisión!
- ¡Deportes!

¡Historietas!

¡Bienes raíces!

En la sección de necrología le da un brinco el corazón. Pero no hay nada ahí tampoco. Cotizaciones de Bolsa, y se acabó. Nada. ¡Nada! Temblándole las manos, dobla Diddy el periódico. Va a tirarlo a la papelera, pero... Quizá deba volverlo a leer. La cabeza es caprichosa: a veces se ingenia para no dejar ver lo que se tiene delante. Si es lo que más se teme, no se ve, ni aun con la ayuda de una lupa o de un microscopio.

Pero Diddy sabe que puede repasar el periódico después. (Ahora) no quiere desanimarse demasiado. Más vale proponer un nuevo objeto. Llama por teléfono a la administración. "Habla el cuarto 414." ¡Cuidado! El empleado de guardia no debe notar la desesperación de Diddy, no debe percibir el tono exigente y rabioso de su voz.

—¿Podría decirme cuándo sale la próxima edición de la *Gaceta*?. Le han brotado las palabras con bastante soltura.

—Hay una edición más, señor. Nos la traen de costumbre hacia las siete. Antes no la encontrará usted en la calle; el camión viene aquí derecho de la imprenta. Diddy está agradecido, dolorosamente agradecido, por la inocencia de la realidad.

—Es usted muy amable. Gracias, y buenas noches. Ah: quiero que me despierten a las siete menos diez.

Diddy intenta llenar de atención este indiferente aposento. No hay nada que hacer: esperar. A menos que... Vuelve a poner la televisión. En un canal, la Película de Medianoche. En otro, el sermón nocturno con que acaba el programa del día. Un sacerdote de anteojos, sentado en un sillón, mira cara a cara a Diddy el Culpable. ¿Está en un estudio, o en la biblioteca de una iglesia de verdad? El sacerdote pide bendiciones para esta noble tierra de hombres libres, y para nuestros jóvenes, que combaten allende los mares a fin de brindar al mundo entero la libertad que nosotros disfrutamos... Se disuelve la imagen: un mar alborotado sustituye al predicador, y al fondo se eleva lentamente la música de un órgano. "Benditos sean los fuertes, para que empleen sabiamente su fuerza." ¿Se refiere eso al presidente, o a los Estados Unidos? "Benditos sean los débiles, para que reciban el socorro y afecto de sus hermanos más afortunados." El mar seguía estrellándose en las rocas, y el invisible

sacerdote continuaba hablando con voz incorpórea, aunque todavía animosa y confiada:

—¿La vida?, me preguntáis... La vida es un viaje que cada uno debe hacer... ¡Un viaje!

—Si en la jornada surgen diferencias entre los semejantes, tratad de recordar que vuestro semejante es vuestro hermano... ¡Diferencias! Y el derrumbe final:

—La paz sea con vosotros.

Venía inmediatamente el nombre célebre de la casa patrocinadora, empresa familiar integrada por un padre severo, un hijo compasivo y el principio de imprevisibilidad, ya que la simple naturaleza no habría sabido decorar razón social tan distinguida. Se esfumó el océano y apareció una cruz, que se mantuvo en la pantalla cosa de un minuto, entre repique de campanas. Diddy no acertaba a despegar los ojos del aparato. ¿Por qué miraba así? ¿Qué fascinaba a aquel ateo veterano que había dejado atrás desde hacía mucho tiempo el secreto y confuso ascetismo de su niñez? Su oculta conversión a la fe católica, a la edad de doce años, le había agotado antes de los quince, consumiendo del todo su energía para tan engañosas y vistosas exaltaciones. Y (ahora), ¿una recaída? ¿Tanto le habían afectado las heridas de hoy, que podía consolarse o inspirarse con devociones insulsas? Poco probable.

De repente, Diddy lo entendió. Había relacionado a este sacerdote con el otro, con el panzudo que iba en el Pirata y que también había sido testigo de su primera ausencia del compartimento. ¿Por qué no había confiado en él cuando volvió del túnel, en lugar de escoger a la muchacha? Un sacerdote está acostumbrado a recibir confesiones de todos los colores, y obligado al secreto absoluto. Un sacerdote puede orientar al pecador para que recobre su inocencia; puede decirle: vete, y no vuelvas a pecar. Y no es que Diddy creyera de verdad en la validez literal de una absolución eclesiástica, sino que le parecía más tangible, más definida que la vaga disculpa de su crimen que había buscado en la intimidad carnal. Qué estúpido había sido. Arrastrarse por el suelo en nueva y vergonzosa solicitud de la tierna indulgencia femenina.

Estúpido y débil, incapaz de entereza y de dignidad. Le había desagradado la voz mate del predicador, su rostro carnoso, inexpresivo.»

¡Pero si era precisamente eso lo que le daba fuerza! Cualquier penitente habría confiado en la imparcialidad escrupulosa del juicio de aquel hombre.

Al deshacerse de este inquieto pensamiento, Diddy notó sobresaltado que no tenía idea de lo que había en la pantalla. ¿Desde cuándo? En lugar de la cruz había un disco, parcialmente sombreado y marcado con el número del canal y las iniciales de la cadena difusora; en lugar del redoble de campanas, un desagradable zumbido. Disco y zumbido inmóviles, sin modulación. Diddy cambió de canal, a la película. Llegó hacia la mitad del mismo argumento de siempre: Pacíficos ganaderos expulsados de sus tierras por brutales constructores de ferrocarriles. ¿El bien contra el mal? Sí y no. El ferrocarril trae consigo el progreso; los brutales expulsos tienen de su parte la posterior justificación de la historia. En este momento, en la taberna, riñen a tiros los rancheros con la mayoría de los pistoleros que ha contratado el ferrocarril para aterrorizarlos. Transición. Otros dos maleantes pegan fuego a la casa del ganadero más intransigente. Viene un niño al galope por la calle polvorienta, desmonta de un brinco y se precipita a la taberna a dar la noticia: "¡Padre! ¡Que nos queman el rancho" La riña cesa instantáneamente; los malos se oprimen los ijares, de risa, mientras los ganaderos y sus fieles criados salen corriendo del salón como el agua que brota de un caño. Montan, y...

Diddy quita la televisión. No más historias de ferrocarriles perversos, por favor. (Ahora) todo conspira para dirigirle la palabra. Ojalá hubiera sido tan elocuente el mundo del túnel. Ojalá le hubiera contestado aquel hombre moreno, en cualquier tono... Pero no le había dicho nada. Tampoco le había dicho casi nada el sacerdote.

Algo había en aquel sacerdote, algo además de su cuerpo blanducho y su voz extraña y su rostro apagado, que molestaba a Diddy. ¿Qué era? Diddy se esforzó por recordar y recordó. ¡Las estampillas! (Ahora) se daba cuenta de que le había molestado desde un principio esa manía del buen sacerdote, y no había acertado a explicarse por qué. En el otro viajero parecía natural; al fin y al cabo era filatelista de profesión: aquellos cuadraditos de papel, de colores vistosos y valor arbitrario, eran su negocio, su medio de vida. Pero en el afable sacerdote indicaban la presencia de cierta frivolidad, o capricho, o regalo de sí mismo. El negocio de un cura es la cura de almas: todas sus energías deben encaminarse a consolar, endulzar, advertir, perdonar.

La televisión está apagada, muerta. (Ahora) más o menos, supone Diddy, habrá llegado a su galopante final el argumento de la película, con el triunfo de todas las virtudes. No hay por qué volver a encender el aparato; en los otros canales no habrá nada. Diddy ha hecho todo lo que ha podido. Todo lo que se propone una mente ingeniosa, salvo lanzarse a la destrucción total sin considerar las posibilidades de indulto, error o ilusión. (Ahora) no queda sino tener paciencia. Diddy se ha comprometido a esperar la edición matutina de la *Gaceta*; si no aparece ahí la crónica del acontecimiento, Diddy tendrá que reconocer que su urgente y precisa memoria de lo ocurrido está sujeta a grave discusión. Mañana podrá ir a la oficina del ferrocarril, hacer preguntas, y si esa gestión tampoco da resultado, entonces...

Pero no nos anticipemos. Algo dirá el periódico. Algo tiene que decir. Diddy prefiere descubrir (ahora) que es culpable y conserva la razón, a que se le revelen su inocencia y su locura.

Se desnuda, se vuelve a meter entre las arrugadas sábanas. Quitla la manta y se arroja hasta el cuello.

La lámpara sigue encendida. Pero Diddy no puede dejar de removerse y suspirar. Otra luz empieza a atraer su atención, y acaba por atribularle. Es un anuncio de neón, amarillo azufre, que se enciende y se apaga junto a la ventana del cuarto. El corazón de Diddy se ha puesto a palpar al mismo ritmo del maldito anuncio, y Diddy concibe la desquiciada idea de que cuando se apague el anuncio del todo, al amanecer, digamos, también se parará su corazón.

Esto le recuerda su aventura de la tarde, la forma en que se unieron el ritmo sexual de su cuerpo y el paso rápido y desahogado de las ruedas del tren. Con la diferencia de que el ritmo del tren no sólo era exacto, cronológico, sino que a la vez ayudaba a Diddy, le apoyaba, le mantenía a flote. Lo asombroso es que ese mismo tren haya aplastado con su enorme estructura el cuerpo de la víctima, rematando el asalto traicionero de Diddy. El mismo tren que arrancó velozmente del túnel, con una fuerza y un peso tan intensos y dolorosos que Diddy se sintió, él también, la carne desgarrada y las entrañas heridas y los huesos triturados, le había parecido, cuando abrazaba a Hester en el baño, libre de gravedad, voluptuoso, leve, como si volara por el aire en vez de arrastrarse por caminos de hierro.

También había volado su cuerpo, y el de la muchacha. El tren lo había hecho posible.

(Ahora) Diddy no quiere que ese insensato anuncio palpitante garantice el latido de su corazón. Sea lo que sea, locura, fantasía, Diddy el Desequilibrado no va a arriesgarse. Echa a un lado las sábanas húmedas y arrebuñadas, se levanta, se viste y baja a la calle. A comer algo quizá. De su última estancia en el Hotel Rushland, hace meses, ya en plena etapa de insomnio, Diddy recuerda un sitio que no cierra por las noches y que está a varias cuadras, en la misma calle. Es el Café Miami, frecuentado por camioneros y estudiantes universitarios. Pero una vez en él, y sentado a la mesa, el hambriento Diddy encuentra repugnante todo lo que le ofrece el menú. La mera imagen de una ensalada de huevo, de un filete o de un plato de tocino frito le produce náuseas. Lo que sí puede hacer sin percance es beber algo: también tiene sed. Pide una jarra de café negro. Ya que no va a dormir, deberá despertarse del todo, para no desmayarse mañana. Después de dos tazas del caliente y aguado café, Diddy se siente más tranquilo, menos inquieto. A la vez, cosa curiosa, empieza a estar cansado de verdad. Lo bastante cansado para dormir. No es sólo el café lo que le alivia: es que está pensando en la muchacha. Dando vueltas en la memoria a su tierna presencia. Si se encierra en sí mismo, si se presta atención de verdad, aún percibe el olor almizclado de su cuerpo, saborea su carne levemente salina, reconoce el aroma de su sexo en los dedos que lo acariciaron. (Ahora) estará tibia de sueño, dormida boca arriba, envuelta en una fea bata de hospital, atada por las tiasas y duras sábanas de una cama de reglamento; la delicada piel de sus párpados protege sus ojos lechosos; su boca se entreabre; sobre el rostro le caen hebras sueltas de pelo dorado. Diddy tiene la certeza absoluta de que así duerme Hester (ahora), a leguas de distancia, en su fría y moderna fortaleza de sanar y morir. Diddy ve la mesilla de noche, y sobre la mesilla los anteojos oscuros plegados en un estuche de cuero, quizá al lado de una jarra de plástico y unos vasos de papel, con una lamparilla para la enfermera que iniciará los cuidados del día a las seis de la mañana, a más tardar. Y Diddy siente la dolorosa necesidad de abrazar a la muchacha. Diddy termina el café y se vuelve al hotel. Otra pregunta para el amable empleado nocturno, que alza la vista de su volumen de *Introducción a la sociología*. ¿Hay en el barrio una tienda de flores, abierta?

—A esta hora lo dudo, señor. Son las cuatro. Tres calles más allá encontrará usted una, y creo que abre temprano porque está cerca de la funeraria. Como a las siete y media...

Diddy sonrió, se despidió. Le agradaba la cortesía del joven, tan distinta de lo que suele verse en Nueva York. No quería atribuirle al hecho de que el joven (un chiquillo, en realidad) no era un hotelero profesional, sino evidentemente un universitario que trabajaba por las noches para ayudarse.

Frente a las puertas del elevador, exclamó: — ¡No olvide despertarme a las siete menos diez! — Descuide, señor. No se me olvidará. En su piso, Diddy salió del elevador, echó a andar por el pasillo silencioso. Llegó a su cuarto, cerró la puerta, se sentó pesadamente en la cama que había llamado suya, y que está (ahora) desordenadísima. ¿Dormirá? No parece probable. Pero la habitación es demasiado pequeña y desnuda para que Diddy pueda pasar de pie lo que queda de noche. Se vuelve a desvestir, vuelve a meterse entre las sábanas ya tan conocidas. De nuevo a removerse, a desasosegarse. Boca abajo, hunde la cara en la almohada. De costado, dobla las rodillas y aprieta la almohada contra el pecho. Hacia el alba quizá se ha dormido. Ha soñado con un muñeco que, de niño, le dio su nodriza.

Andrés el Desastrado: cara redonda y rosada, pelo de zanahoria; ojos de botón, lisos y gruesos como habas crudas; nariz triangular, plana, rojiza; boca de media luna, roja y negra; cuello ancho y rígido, sin hombros; torso rosado (Diddy le desnudó en seguida, para ver cómo era) sin costura y sin sexo; rosadas manos de algodón, camisa a cuadros rojos y azules; piernas a rayas rojas, flotando en pantalones azul vivo.

Diddy se negaba a ir a la cama sin el muñeco, y se empeñó en llevarlo al kindergarten los primeros días. A la hora de comer, Diddy sentaba a Andrés en sus rodillas y le ofrecía tributo de su plato. Andrés le acompañaba al cuarto de baño, y reposaba en el borde de la tina mientras Mary bañaba a Diddy. Andrés formaba parte de la familia en las solemnes ocasiones en que papá y mamá sacaban a los chicos de paseo, siempre y cuando se portaran bien, o como decía Mary "no hicieran el idiota ni molestaran a sus padres, que querían distraerse." Diddy no sólo amaba a aquel muñeco más que a cualquier otro regalo, sino más que a cualquier persona. Más que a sus padres. Cosa fácil, puesto que Diddy les tenía miedo. Más que a Paul. Más que a Mary. Pero el pobre Andrés acabó de mala manera, desmembrado, casi irreconocible. Un día en que castigaron a Diddy porque había sacado

cinco dólares del portamonedas de Mary para hacer un regalo a papá, Andrés perdió un puñado de su espléndido cabello de lana. Otro día, al volver Diddy de la escuela inesperadamente, y encontrarse con que su hermano Paul, encamado por el sarampión, jugaba con Andrés haciéndole saltar desde lo alto de sus rodillas, le arrancó al muñeco sus ojos de haba cruda. Conviene distinguir dos clases de provocación. La primera, insultos a Diddy, que Diddy transmitía al dócil cuerpo relleno de su pequeño demonio familiar. La segunda, injurias al propio Andrés, como la infracción de su exclusiva pertenencia a Diddy; también éstas se traducían en términos violentos. Por cada acto provocador, el juguete llevaba en su persona o en su vestimenta un desgarrón o una cicatriz. Nunca se le ocurrió pensar a Diddy que estaba "echando a perder" a su muñeco, como decía irritada Mary y a veces también mamá. Diddy sabía lo que hacía. Con cada nueva herida, Andrés el Desastrado se iba convirtiendo en un tótem histórico más y más valioso, en un álbum de las desesperadas tristezas de su dueño. Ciego, calvo, tullido, manchado, harapiento, deshilachado y roto por varias partes, Andrés era una figura gloriosa. Era precisamente su destrucción lo que aumentaba su valor a ojos de Diddy.

Con este muñeco, arrojado a una hoguera de Todos los Santos cuando Diddy tenía once años, ha soñado el hombre Diddy si es que en verdad durmió. En el sueño, Andrés había vuelto a su poder, un Andrés menos aporreado que en los últimos días de su carrera. Aún estaba ciego, aún le faltaban los ojos de haba cruda, pero eso ya no tenía importancia, porque (ahora) Andrés sabía hablar. La ranura pintada de su boca apenas se movía, pero Andrés habla hablado. Había dicho algo así como "perdóname"... "olvídame" quizá; el caso era que acababa en "me". Fuese lo que fuese, no estaba Diddy lo bastante sumergido en el sueño para dejar de percibir que a la vez veía una película, proyectada en un cine o emborronada y empequeñecida por la televisión. Era una película documental sobre el tema de Andrés, tanto más valiosa cuanto que Andrés ya no existía, Andrés había sido sacrificado a las llamas por el vergonzante deseo de su dueño de congraciarse con los demás chicos, de ser igual que aquellos arrapiezos del barrio con los que jugaba al softbol sin pronunciar palabra. Y que nunca hubieran creído que su capaz y sombrío shortstop se entretenía a solas con un muñeco.

Tuvo que inventar entonces a Diddy el Malvado. Para hacer más verosímil la entrega de la víctima a la hoguera, Diddy contó a los chicos que Andrés era el juguete preferido de una prima que estaba pasando una temporada en su casa. Prima imaginaria, desde luego, ya que Diddy no tenía hermanas ni primas, pero bien dibujada, con nombre, rasgos físicos y un carácter infantil-femenino muy propio, indefenso, llorón. Los chicos admiraron al parecer la brutalidad de la jugarreta y se regocijaron con el disgusto de la supuesta prima cuando descubriera el holocausto de su muñeco. Unos a otros se contaban lo que diría Ann; improvisaron una fábula en torno al llanto incesante de Ann. La prima Ann está en la cama; es muy tarde y no puede dormirse, de pena. Las lágrimas le brotan del cráneo, empapan el delantero de su camión, corren por las sábanas, mojándolas, y ya se sabe lo que pensarán de eso los mayores a la mañana siguiente. Las lágrimas se unen en un río, se deslizan por el piso de la habitación, cruzan el umbral, llenan el corredor y se desploman por las escaleras, estruendosa catarata de fuerza irresistible que derriba la puerta, inunda el jardín, se derrama por toda la calle Drachman arrastrando basura y tapando cloacas, llega a la esquina de Drachman y Main, da la vuelta por Main con un sonido atronador y se dirige a la escuela, a la iglesia, a la biblioteca, a la farmacia, anegándolo todo. Las lágrimas de Ann salen del pueblo, se desbordan de la carretera, derriban los almiareos alzados con esmero en los prados, empapan y pudren los pastizales, arruinan las cosechas de otoño. Un Niágara de llanto que inunda la comarca y troncha los graneros, ahoga las vacas, vuelca los automóviles y hasta los autobuses, arrastra los hoteles, tumba los postes del telégrafo y las torres de la electricidad, quiebra los puentes, precipita los trenes al abismo. Por fin, esta avalancha líquida se funde en el mar amargo y amorfo.

Diddy también regocijado por la visión de incontenible pena que sus amigos han concebido. En ella reconoce las bellezas del entusiasmo, no las oscuridades de la crueldad. Ni siquiera se considera cómplice de esta maldad imaginaria. Como un pájaro, se ha remontado sobre la gran marea salina que destrozaba el pueblo, la tierra, la gente. Se acerca más y más a la hoguera, como en un sueño. El calor casi le chamusca las mejillas, pero eso no le importa. Los muchachos le observan desde lejos. Diddy arrojó el muñeco a las llamas, que apenas aumentaron con el nuevo combustible. Entonces los chicos empezaron a saltar y a gritar: "¡Diddy ha quemado a

Andrés! ¡Diddy ha quemado a Andrés!" Diddy sintió que el corazón se le convertía en hierro. (Ahora) comprende. Todos sabían que Diddy atesoraba secretamente el muñeco de su niñez; Paul debía de haberlo divulgado. ¡Espera! ¡Un momento! El cuerpo ennegrecido de Andrés aún visible, torcido sobre uno de los leños, torpemente extendidos los miembros abrasados. Demasiado tarde. El muñeco estaba irremisiblemente perdido. "Perdóname", murmuró Diddy, con los ojos ardorosos del humo. Sólo del humo, aunque hubiera querido desahogarse en lágrimas. "Olvídame", murmuraría también al volver, vacilante, a su casa, sin un solo reproche ni insulto a los amigos. Su insensibilidad y la traición de Paul eran ofensas demasiado grandes para merecer venganza o permitir reparación.

Con este pobre Andrés, familiar inútilmente sacrificado, sosia disminuido, había soñado Diddy (ahora), domingo por la noche, en su cuarto de hotel. Si en realidad soñó. El recuerdo del juguete y su inmolación era demasiado vivido para haberse soñado. Parecía más bien esa memoria aguda, amplificada, que florece en el tránsito del sueño a la vigilia.

Una prueba, en cambio, de que había sido un sueño, era que los recuerdos se habían proyectado en una película, Diddy se había encontrado en una solitaria sala de proyecciones, sentenciado por sí mismo a ver una y otra vez la inconsciente ejecución de aquel acto terrible, innecesario, por su ingenuo yo infantil. Verlo todo de nuevo, más y más, hasta derivar de este error alguna lección de conducta futura.

Más pruebas: la presencia intermitente de algo o de alguien que no podría haber formado parte del recuerdo. Mientras se repetía la hoguera-Andrés. Mientras se proyectaba la hoguera-Andrés en la distancia de la cinematografía. Gradualmente surgía entre los cortes elípticos del argumento un nuevo personaje, como si un rollo suplementario, bañado antes en la emulsión de la cámara oscura, se revelara poco a poco y se fuese intercalando con torpeza en la trama. Al principio, los personajes eran Diddy y sus compañeros, como había sucedido en realidad. Luego Diddy empezó a percibir otra figura, algo borrosa. Una persona extraña, pero que dominaba la escena. Un adulto; una mujer de edad, de revuelto pelo gris y facciones pronunciadas, que vestía un ropón de arpillera, con capucha, y mascaba una pera castaña con sus agudos dientes. Una vieja terrible; una bruja de Todos los Santos. En el sueño, Diddy se había esforzado por no mirarla y lo había conseguido. Aunque flotaba cerca de la hoguera, al nivel

de los ojos de Diddy, la vieja nunca se había posado del todo en tierra. Pero en cuanto lograba Diddy expulsarla de su campo visual, mirando al suelo o a las llamas, perdía claridad. Todos sus pensamientos se estremecían y se retorcían, como se retorcían Billy y Chris, Ira y Mark, vistos a través del aire abrasador que rodeaba la hoguera.

Diddy sospecha (ahora) una difícil posibilidad. Algo que alteraría toda la estructura. Pero no puede desterrar la idea, la insidiosa comprensión, de que Andrés no era suyo, que nunca lo había sido. Diddy había envidiado el tesoro de su prima y había fingido ser el dueño del muñeco. Era verdad que a la pobre Ann le esperaba una larga desdicha. Era verdad que Ann iba a llorar al descubrir que Diddy había asesinado a su querido e indefenso Andrés. No lloraría un Niágara ni un Mar Rojo que fueran a anegar el universo, pero sí lágrimas copiosas y saladas, demasiado fuertes para sus ojos. Al saber que Diddy le había arrebatado su muñeco y lo había lanzado a la hoguera, Ann iba a llorar tanto que iba a quedarse ciega.

¿Qué hacer con esta confusión? Diddy paralizado ante su sueño, si es que ha sido un sueño. Ya les había contado a los chicos lo que pudiera haber ocurrido, lo que ojalá ocurriera, lo que debe ocurrir: una mentira. La mentira referente a la propiedad del muñeco. De modo que (ahora) no les puede preguntar si esa mentira es cierta. Tampoco se lo puede preguntar a la bruja, que flota a la deriva, demasiado cerca de su rostro, palpitando en el aire socarrado. ¿Quién, dígame por favor, quién es el dueño de Andrés? ¿Soy yo, o es mi prima? La bruja era fea; Diddy le tenía miedo. Sólo un idiota habría esperado generosidad de una criatura tan repugnante. ¿Por qué ha de ser una hechicera lo bastante bondadosa para revelar un enigma, para conceder el perdón de la verdad? Diddy tiene que decidir, él sólo, a quién pertenece el muñeco. Le ayudará el consejo del propio Andrés, un Andrés milagrosamente resucitado con gran alegría de Diddy, y (ahora) refugiado en sus brazos; un Andrés que sabe hablar, casi con claridad, por su boca pintada. Perdóname. Olvídame. Diddy no ve contradicciones en esta situación. Permite que el oráculo sibilino de Andrés, difuso, sin contornos, brusco, incierto, le inunde la inteligencia.

Quizá Diddy no ha soñado con el muñeco. Quizá se ha limitado a recordarlo. Ocurrir, ocurrió: cuando Diddy tenía once años tiró a Andrés a las llamas. Un acto de jactancia sin sentido que Diddy ha llegado a considerar, recientemente, como su primer intento suicida.

A las siete menos diez el timbre del teléfono le arrancó de dentro de sí mismo. No sería exacto decir que le despertó. Diddy se levantó, y mientras se duchaba, afeitaba y vestía con presteza, escuchó la televisión. Unos minutos de Mickey Mouse, y las noticias de las siete, sin alusión alguna a la muerte de un ferrocarrilero en un túnel, ayer por la tarde. Sólo la guerra, la misma guerra, e inundaciones en Italia, hambre en la India, descubrimiento de una banda escolar de traficantes en drogas, noticias locales, etcétera. Diddy decidió brindar a los medios de información otra oportunidad de probar su eficacia. Bajó al vestíbulo del hotel y compró la edición matutina de la *Gaceta* en el mostrador de la administración. Ya no estaba el amable estudiante; en su lugar habla una señora gruesa, cuarentona, de anteojos, que vestía un chaleco de trencilla naranja y hacía media con estambre verde. Periódico en mano, Diddy echó un vistazo por el vestíbulo, vacío al parecer. No quería toparse con algún colega que surgiera de pronto de alguna columna o dormitara en un butacón a la sombra de una maceta. Pero a las siete y cuarto lo más probable es que no haya bajado nadie. Sólo Diddy, la señora de los lentes, y un mozo que pasea un barredor de alfombras. Diddy escogió un sillón tapizado, adosado a la pared bajo una marina al óleo de retorcido marco, se sentó y encendió un cigarrillo. Desplegó el periódico y empezó a leer ávidamente, desde la primera página. ¿Se va a desperdiciar el afán concienzudo de Diddy? Esta edición "Matutina" parece idéntica a la de "Última Hora", la que leyó arriba a media noche. ¿Dos ediciones exactamente iguales? ¿Broma pesada o afectación? Un diario provincial que imita a los de las grandes ciudades insinuando urgencia, pretendiendo que hay más noticias de las que hay en verdad o de las que se puede transmitir... Diddy furioso. Pasa las hojas despectivamente. ¡Alto! Se equivoca. Página 16, segunda columna, siguientes titulares:

**OBRERO ATROPELLADO POR TREN
EXPRESO
COMPAÑÍA DE FERROCARRIL
INVESTIGA**

Bajo los titulares había un artículo de cuatro párrafos. Con sorprendente calma Diddy empieza a leer:

Un guardavía que llevaba trece años trabajando en la Standard de Ferrocarriles Nueva York-Boston murió trágicamente ayer tarde. Angelo Incardona, de 37 años de edad, domiciliado en el Bulevard Maplewood número 1863, se encontraba en el túnel de las Lomas de Hudson, a 700 kilómetros de esta ciudad, practicando ligeras reparaciones en la vía, cuando fue al parecer arrollado por el Pirata, el expreso ultramoderno que recorre a diario la ruta Nueva York-Buffalo. El cadáver fue hallado por el maquinista del correo de Summerton, un tren que pasa por el túnel poco después del citado expreso.

El Pirata salió de Nueva York, Estación Central, a las tres y diez de la tarde, su hora señalada. Según nos informan los funcionarios del ferrocarril, en el viaje no se registró incidente. El tren llegó a ésta a las nueve y cuarto, y entró en Buffalo sin retraso, a las diez y cinco de la noche. El primer maquinista, Martin Peltz, de Albany, declara que ni él ni los demás tripulantes del Pirata vieron al señor Incardona al cruzar el túnel de las Lomas de Hudson, y a la velocidad de este convoy no se habría sentido ningún golpe de haber chocado con algún obstáculo. Los funcionarios de la compañía aseguran que los trabajadores de la vía están al corriente de los horarios de trenes, y no se explican por qué el señor Incardona no se apartó del curso del Pirata. Como todos los túneles de esta ruta, el de las Lomas de Hudson cuenta con un equipo de monitores electrónicos. Los trenes, al acercarse, ponen en función una sirena de gran volumen que permite a cualquiera que se encuentre en la vía retirarse con tiempo de sobra, y buscar albergue en alguno de los numerosos refugios practicados en ambas paredes del túnel. Estos refugios miden tres metros de alto por tres de ancho y metro y medio de profundidad, y todo el que entre en ellos debe permanecer alejado del borde al paso de los trenes, según lo estipula el reglamento de ferrocarriles.

Un funcionario, que se negó a darnos su nombre, afirmó que las circunstancias del fallecimiento no excluyen la posibilidad de suicidio. La policía no acepta esta tesis pero tampoco considera solucionado el caso. La Escuadra de Investigación de Accidentes, recientemente reorganizada bajo la dirección del capitán Arthur G. Mallory, ha abierto un expediente y piensa determinar el grado de responsabilidad de la compañía. El capitán

Mallory, entrevistado anoche por la Gaceta, declaró lo siguiente: "Aunque no puedo asegurar nada por ahora, es muy posible que las precauciones tornadas por los directores en beneficio de los obreros de vía sean insuficientes." Agregó el capitán que se propone examinar la iluminación del túnel, el sistema de refugios y almacenes y el funcionamiento de los monitores electrónicos. Los representantes de la Standard de Ferrocarriles Nueva York-Boston nos informan que sus reglamentos de seguridad son más estrictos que los estipulados como mínimo por la ley federal y estatal, pero piensan proporcionar a la policía toda clase de facilidades en el curso de la investigación.

¿No se ha dejado llevar el anónimo autor del artículo por la ligera tentación de una noticia más importante? ¿No ha olvidado su asunto principal, el simple ser humano Angelo Incardona, en beneficio de una investigación que pueda llevar a los tribunales, acusada de negligencia, a la segunda compañía ferroviaria del Estado? Pero el celoso periodista tiene que descender, tarde o temprano, a las trivialidades de la necrología; tiene que resumir una vida tan esquemática como la lista de sus actos públicos. Quizá el redactor jefe ha eliminado otras suposiciones del articulista respecto a la empresa de ferrocarriles, para llegar de plano al hombre Incardona tal y como existía antes de su brusca expulsión de este mundo. Unos cuantos datos, y nada más, en este cuarto y último párrafo:

El señor Incardona nació en Utica y se trasladó a esta ciudad a la edad de catorce años. Se tituló en la Escuela Secundaria McKinley, donde se había destacado como defensa central del equipo de fútbol en su último curso de estudios. Luego se alistó en el ejército y prestó servicio en la guerra de Corea. Era miembro del Puesto 701 de la Legión Americana y socio del Sindicato de Guardavías, AFLCIO. Deja a su esposa Myra y a un hijo de once años, Thomas Francis. El oficio se celebrará mañana a las dos de la tarde, en la Funeraria Floral Gardens, de la avenida Schuyler 303.

Las gruesas hojas del periódico se escapan de las manos temblorosas de Diddy.

Resueltas las dudas: ayer murió un hombre. Un hombre que vivía, por inefable coincidencia, aquí, en la misma ciudad en que Diddy debe permanecer una semana. (Ahora) Diddy goza de un amargo triunfo sobre Hester. Ha acabado la mortal, desordenada incertidumbre, gracias a la funesta pero exacta noticia periodística. Qué alivio saber que no se ha

perdido la razón. Si alguien tiene vacíos mentales, es Hester. Y también, recuerda Diddy irritado, el que escribe titulares en la *Gaceta*. ¿No sabe leer la gente? Las titulares no sólo mienten, sino que contradicen el artículo. No es la compañía de ferrocarriles la que investiga o se dispone a investigar el asunto del túnel; es la policía.

Conque (ahora) no hay duda de lo que ha pasado. ¿Qué va a hacer Diddy hoy, esta mañana? ¿Presentarse ante el capitán Mallory, notificar a este digno funcionario que su caso de presunta negligencia es en realidad un asesinato? Quizá no deba hablarse de asesinato en el sentido legal de la palabra. Diddy piensa que, si confiesa pronto, tal vez le rebajen los cargos. ¿No habrá dramatizado su crimen? Desde el punto de vista jurídico, no se trata de un asesinato común y corriente. A Diddy el Profano le parece más bien asalto a mano armada, ya que no conocía a su víctima: no hubo premeditación. En un asesinato, el asaltante conoce al asaltado y se prepara anticipadamente.

¿Podría defender este argumento el abogado de Diddy? ¿Podrían juzgarle, en el peor de los casos, por mero asalto o por asesinato sin premeditación, alevosía y ventaja?

Un momento. Diddy va demasiado aprisa. Ya está firmando tratos con el capitán Mallory, con el sargento de policía, con el fiscal. Prematuro todo, puesto que todavía no ha decidido si va a entregarse o no.

Hay un tormento al que Diddy no piensa someterse. La burla, el ridículo. Es posible que la policía no le crea. Diddy el Demente, uno de tantos maniáticos de la culpabilidad que, ansiosos de castigo, comparecen ante la policía para confesar crímenes que quisieran haber cometido tal vez, pero que no cometieron, que vieron relatados en los periódicos. No; su confesión debe apoyarse en pruebas. Testigos. Sus compañeros de viaje declararán que estuvo ausente del compartimento lo bastante para hacer lo que hizo. Los demás no pueden haber sufrido el lapso de memoria que padece Hester. ¿Por qué no se le ocurriría apuntar el nombre y dirección de todos ellos? Ojalá se les pueda localizar (ahora). Y no olvidemos que en la barreta aparecerán las huellas dactilares de Diddy. A menos que algún imbécil de capataz haya entregado ya las herramientas del difunto a otro operario, que las emplea en este mismo instante, deshaciendo las huellas bajo una nueva capa de sudor y de mugre. Y la autopsia. La autopsia revelará que el mismo tren que aplastó el tórax de Incardona no podía

haberle fracturado el cráneo. No hay tiempo que perder. Antes de que el sacerdote y el filatelista se derritan en el olvido como imágenes de azúcar; antes de que el cadáver de Incardona, retocado por las artes mendaces de la funeraria, baje a la tierra y empiece a pudrirse.

Pero no, no, no. Calma. Aquí hay algo que no funciona. El periódico dice que en la ruta del Pirata no se registró incidente. Que el tren no se detuvo en el túnel. Ya sabe Diddy que el mundo está fundado sobre la mentira. ¿Pero por qué decir una mentira tan clara, tan fácil de descubrir? La empresa ferroviaria debe de sentir una desesperada urgencia de ocultar su falibilidad, de negar que suceden averías, accidentes imprevistos. Pues no permitiremos que esos cretinos, esos burócratas irresponsables, se salgan con la suya. Todos los pasajeros del Pirata podrían atestiguar que el tren estuvo parado más de cuarenta minutos. La misma Hester se acordará de eso.

A trabajar pues, y pronto. A trabajar, o a no moverse. Diddy el Dilatorio no se levanta del sillón tapizado. No puede dejar de pensar: ¿por qué? ¿Para qué? ¿Por qué empeñarse en confesar un crimen del que nadie le acusa, y cuyo castigo puede eludir si quiere? La justificación de este impulso, que antes le parecía evidente, se ha disuelto hace poco en una masa oscura y evasiva de discurso interior, y casi no se oye. Pero el llegar a una decisión no va a impedirle a Diddy seguir pensando. Pensemos pues. Pensemos.

Quizá no era la sentencia y la retribución lo que Diddy deseaba, sino la claridad, la certidumbre. Tanto las deseó, con tanta pasión y tan poca esperanza de encontrarlas, que puede haber confundido este afán con el anhelo de castigo. (Ahora) ya está seguro: ya tiene la certeza en el puño cerrado. Como un manojo de esquiras de cristal que, milagrosamente, no le hieren. ¿Para qué proseguir? ¿Acaso quiere la muerte Diddy? Diddy el Moribundo. No: quiere vivir. Pero, ¿es ésa razón suficiente para quedarse en el sillón?

¿Y la hermosa muchacha encerrada en el hospital? ¿No se había trazado Diddy dos proyectos para esta mañana? Descubrir si es un asesino, y mandarle flores a Hester. Uno de los proyectos ya estaba realizado. Antes de entregarse, Diddy tenía que realizar el otro. Diddy arrancó del periódico el artículo de la página 16 y se lo guardó en la billetera. Luego salió del hotel y echó a andar calle abajo, súbitamente alegre, respirando el fresco y húmedo aire de la mañana. En el aire, ligeras sensaciones de tráfago y de

aglomeración, como si la ciudad fuese una miniatura de Nueva York a las cinco. Autobuses abarrotados de oficinistas soñolientos y furiosas compradoras. Diddy cruza la calle. El florista, con una bolsa de papel entre el codo y el costado, se dispone a alzar el cierre y abrir la puerta cuando llega Diddy, su primer cliente. Diddy se pasea por la tienda oscura y fragante. Todos los lugares oscuros deberían oler así. El tendero le observa pacientemente, sin protestar, mientras bebe café en un vaso de cartón.

—¿Qué hermoso día, verdad?

—Muy hermoso.

Interesante, esto de comprar flores para quien no las verá. Para quien las flores han de ser perceptibles y complacientes en todos los terrenos menos el habitual, el de la vista. Diddy escogió lilas por el aroma, sargas por la suavidad, y seis tallos de anturio por su forma, de sugestión erótica. "Créame, son carísimos. Me los traen de Hawaii en avión." Diddy contestó que lo sabía y que no importaba.

Una tarjeta para el ramillete. "Espero verte hoy. Dalton." Después, Diddy se volvió al hotel. Ahora va más despacio. Se aleja de la vida; se aproxima de nuevo a la muerte. Ciertamente es que casi se ha convencido de que no adelanta nada con entregarse a la policía. Pero falta el último paso. La convicción no cuaja. Todo el razonamiento ha resultado estéril. Diddy va camino de la confesión, la humillación, la cárcel. Entrará en el Rushland, subirá a su cuarto, telefoneará a la policía. Paso a paso, un pie tras otro. Pero Diddy no ha cruzado el vestíbulo, está a cinco metros de las puertas del elevador, cuando le llaman: "¡Eh, Dalton!" Jim Allen, del departamento de ventas. Diddy sabía que Jim formaba parte del grupo neoyorquino que viene a la junta. Pero, ¿cuánto hace que ha llegado? ¿Es posible que haya bajado antes, que Diddy no le haya visto, que él en cambio haya observado a Diddy cuando leía febrilmente el periódico, cuando arrancó el artículo y se lo guardó en la cartera?

—¿A qué hora llegaste, Dalt?

—Anoche, temprano -contestó Diddy, volviéndose a él. Se sorprendió de ver a Jim muy cerca, a la distancia de un apretón de manos, y logró dárselo.

—Vine en el Pirata -añadió lentamente, no muy seguro de la prudencia de la afirmación. Apresurado, antes de que el otro piense en algo que puede haber leído en el diario, pregunta:

—¿Y tú cuándo llegaste?

—Hace unos minutos. Tomé el Pájaro Madrugador. Ya no tengo paciencia con los trenes.

¿Qué puede replicar Diddy a eso?

—Oye, ¿va a venir Duva? Ese tipo nunca me habla claro. Es más frío que un besugo. No sé cómo puedes trabajar con él.

Diddy contestó que Duva, si es que venía, llegaría el miércoles. Increíble que Diddy haya pronunciado estas palabras. En este tono despreocupado.

Jim miraba distraído por el vestíbulo. Luego a Diddy:

—¿Has desayunado?

No, contesta Diddy.

—¡Pues vamos! Yo tampoco, y tenemos que estar en la fábrica a las diez. A las diez menos cuarto mandarán un coche al hotel, para que nos recoja a nosotros y a esos tíos... ya sabes, Bill Katz y Fred No-sé-cuántos.

Diddy se iba apartando de su firme propósito, y lo sabía. Lo que había proyectado, lo que tenía que hacer, no estaba en vías de realizarse. Diddy el Aplazador. Pero, ¿qué le podía decir a Jim? "Perdona; tengo que subir a llamar a la policía." "¿Sí? ¿Por qué?" "Para confesar un asesinato que cometí ayer tarde." "¡Hombre! ¿Qué dices?" Diddy asiente con gravedad. "Venga, Dalton. No te burles, caray"... En otro tono: "Está bien. ¿Dónde?" La respuesta de Diddy: "En el Pirata. No: delante del Pirata." Y una broma amarga: "Yo sí que tengo paciencia con los trenes. Lástima." Diddy el Cómico.

Diddy no podía representar una escena tan torpe y previsible. Tenía que buscar otra cosa. Se alejó un poco del elevador, titubeando. Allí mismo, junto al afable y gelatinoso Jim Allen, se extendía en toda su longitud el camino de su existencia. Lo único que Diddy debía hacer era seguir caminando, sin volver la cabeza. Aunque el camino tenía curvas pronunciadas: las curvas son naturales.

Nadie sabría nada. Sólo Hester sabe la verdad de Diddy, y no se la cree. ¿Por qué habría de creérsela ahora? No es probable que le hayan leído en voz alta el periódico de hoy, de cabo a rabo, junto a su lecho de hospital. Tarde o temprano el periódico abandonará el asunto, si no se presenta algún loco que lo haga interesante con alguna versión descabellada. Puede templarse el celo investigador del capitán Mallory, o puede convencerle la compañía de ferrocarril, con los habituales medios persuasivos, de que

suspenda la pesquisas. Una vez desaparecida de la prensa la historia de la muerte de Incardona, Hester no volverá a oír hablar de ella. Nadie podrá relacionar a Diddy con el fallecimiento accidental de un ferrocarrilero.

¿Es ésta la decisión final de Diddy? Cruzando el vestíbulo del hotel con Jim Allen, Diddy reconoce que es la decisión de la vida. Entregarse ahora a la policía no va a resucitar a Incardona. No es más que otra manera de suicidarse, y esta vez con éxito. Diddy ahora no quiere morir. Diddy está madurando con respecto a sí mismo. Se empieza a amar, ama su cuerpo, flaco y pálido desde la triste aventura del mes pasado. El calor de la conciencia revitalizada se traduce en un sentido inusitado de vigor físico. Ahora Diddy está dispuesto a respirar el aire enrarecido de Nueva York; se imagina caminando con entusiasmo, corriendo, nadando; hasta de trabajar tiene ganas. Hay que peinar las crines enredadas de Xan. Hay que mandar dinero a Joan para que acabe sus estudios de derecho. Hay que dar a Jim Alien la impresión de que no pasa nada. Hay que acercarse a Hester.

—Tengo hambre -dice Diddy, sonriente-. Anoche no cené.

En compañía de Jim, Diddy recuperó el apetito. Los dos dieron buena cuenta de un desayuno abundante, mientras hablaban de la junta, estudiando las posibilidades de que se hiciera en ella algo útil.

Era muy posible que todo lo que la empresa había edificado estuviera a punto de derrumbarse. No estaba prevenida; se había confiado en la seguridad de no tener competidores. Somos los fabricantes del micro-registroscopio, conocido en el ramo por su nombre familiar de Scopio-21. Piedra angular del prestigio de la compañía y de su solvencia económica, y origen del cincuenta por ciento de las ganancias. Un aparato de unos veinte centímetros de alto, que combina las cualidades de un instrumento magnificador de gran exactitud con los recursos de una excelente cámara fotográfica. Un aparato sin rival.

Pero ahora la cosa ha cambiado.

Hace cuatro años, apareció en el mercado una cámara microscópica sueca que se comparaba en todos los sentidos con el micro-registroscopio. ¿Y por qué no? Estaba construida según principios casi idénticos. La presencia del instrumento sueco había reducido a la mitad las ventas del Scopio-21 en el mercado europeo. Pero como su precio era más alto que el del micro-registroscopio, los suecos no se habían atrevido a abordar a la clientela norteamericana.

Este año ocurrió algo muy grave. Una firma de Belgrado, dotada según se cree de capital francés, había producido un instrumento de principio distinto al del Scopio-21, pero tan manejable, sensible y eficaz como él. Y mucho más barato, a pesar de los derechos de importación. Desde la apertura de una agencia de los yugoeslavos en Nueva York, habían adoptado su aparato microfotográfico algunos de los mejores clientes de nuestra compañía. Un gran hospital de Filadelfia, un instituto biológico de Chicago, el laboratorio de una importante facultad de medicina del Nordeste.

Ahora se anuncia algo peor. El modelo japonés.

Desde hacía varios meses corrían rumores de todas clases acerca de la agencia que habían abierto en Nueva York los yugoeslavos. Alguien había dicho que ni siquiera existía. Diddy observó que quizá fuera el alto mando de la propia empresa el que propalaba el rumor, a fin de estimular al trabajo a los empleados superiores, o de prepararlos para una rebaja de sueldo, para el despido incluso.

—No sé, no sé -dijo Jim-. No es que les sobre honradez para apelar a un truco de ese estilo. Es que les falta inteligencia. Yo, francamente, sí me he asustado con ese coco japonés.

Diddy no estaba seguro. No es fácil deshacerse de una sospecha, no es fácil decidir si lo peligroso es verdad o mentira. Además, ¿qué importa? ¿No es mejor creer siempre en lo peor?

—Tienes razón, Dalt -dijo Jim-. Sobre todo cuando se recuerda que detrás de lo peor suelen venir cosas aún peores. Que nos traigan desastres, ¡qué caray! Les llevamos la ventaja de haber contado con ellos.

Dijo Diddy que no le parecía tan desastroso el porvenir de Watkins y Compañía.

—¿Que no? —exclamó Jim-. ¡Si son cadáveres ambulantes, y ni siquiera se han dado cuenta! ¿Sabes lo que les pasa? Que están atestados de institucionalismo. Que si la dignidad de la empresa, que si tal, que si cual. Dan ganas hasta de vomitar, cuando nos encajan toda esa hipocresía de ciencia y servicio público. Una manada de avestruces gordos y satisfechos, eso es lo que son. Mucho prestigio, mucha seriedad, pero el negocio es el negocio, y este negocio se está hundiendo.

¿Tan mal anda la compañía? Diddy no lo había notado, ni se había imaginado a Jim tan poco adicto a ella. Pero en fin, lo esencial es saber si se

puede hacer algo.

—Francamente -continuó Jim-, yo creo que ni Watkins ni Reager tienen la menor idea de lo que está pasando. Cuando ven que baja el nivel de las ventas, suponen que tú y yo, o tíos como nosotros, pueden volverlo a levantar a fuerza de propaganda.

Diddy habló de su nueva campaña de publicidad, la que llevaba escrita y clasificada en las hojas amarillas, tamaño oficio, de su portafolio.

—¡Dalton, por Dios! ¿Crees que vas a cambiar el curso del negocio con eso?

No.

Después de haber analizado con sarcasmo las posibilidades de que algo bueno saliera de la junta, Jim empezó a quejarse de las anticuadas tácticas comerciales de la compañía, del hatajo de parientes inútiles e incapaces descendientes del fundador que ocupaba los puestos de responsabilidad.

—Te digo que no sé. Me parece que ya estoy definido, catalogado: soy el perfecto jugador de equipo. A estas horas algún pobre minero boliviano estará sacando el oro con el que harán mi reloj, ya sabes, el reloj que me regalará el señor Reager cuando cumpla treinta años de servicio en la casa. Pero yo no me voy a esperar. La vida es corta. Aquí entre nosotros, si la cosa no ha cambiado en año y medio, si no ha cambiado bastante, yo me pongo en venta. Ahora que he conseguido el título universitario, encontrar un buen empleo no será difícil. Y más vale que no lo sea, porque tengo mujer y tres hijos.

—¡Qué suerte! —exclamó Diddy-. Ojalá los tuviera yo.

—Sí, qué suerte. Pero a veces quisiera que fuera otra la situación. Fíjate en la tuya, por ejemplo. Suponiendo que no se venga abajo la empresa entera, una reducción de presupuesto la aguantas con facilidad. Quizá exagero, quizá no está tan mal la cosa. Pero pon tú que nos obliguen a apretarnos el cinturón: a ti no te hará mucho daño. Y si es cuestión de esperar el ascenso un poco más, también puedes permitirte el lujo de la paciencia. A menos que seas tú el que encuentre algo mejor.

Diddy se encogió de hombros.

—De todos modos -sonrió Jim- puede que acabes por casarte con la hija de Reager, o con alguna otra fulana que esté en línea de sucesión. Entonces sí que lo pasarás bien.

–Sí quisiera volver a casarme -dijo Diddy meditabundo-, pero Evie Reager no es precisamente lo que tengo pensado.

–¿Tienes a alguien ya?

–Puede ser.

–No quieres hablar de ella, ¿eh? Bueno, bueno, no me meto.

Diddy se siente afortunado ahora. Ni siquiera le molestan, como de costumbre, las amistosas bromas de Jim.

–En fin, Dalton: ya sabes que si me quejo no es por considerarme agraviado ni mucho menos. Es que me fastidia ver lo mal que se administra el negocio.

–Ha sido prácticamente un monopolio, y ahora se les va a terminar.

Jim no contestó.

–Vamos a darles una lección de competencia -dijo Diddy, echándose a reír-. Los juveniles genios del comercio que llegan de Manhattan, con trajes astronáuticos de polivinilo, a tirarles de las orejas a estos vejestorios provincianos, a volcarles la mecedora, a apoderarse del digno y agonizante negocio que fundaron y reorganizarlo de pies a cabeza, con una nueva...

–¿Se burla de mí, jefe? – dijo Jim alegremente.

–Sí, claro que sí. Y de mí mismo.

–¡Eh! – gritó Jim, haciendo señas-. ¡Estamos aquí!

Katz y No-sé-cuántos, otros dos delegados de la oficina neoyorquina, acababan de entrar en el restaurante del hotel. Se acercaron a la mesa y aceptaron tomar café en compañía de Diddy y de Jim. Diddy se disculpó al poco rato y subió por la cartera. A las diez menos cuarto, los cuatro hombres salieron del Hotel Rushland, al encuentro de un automóvil negro que ya los estaba esperando. El chofer era un mongol de edad madura y uniforme azul marino. La puerta delantera izquierda llevaba un emblema azul y oro, en forma de cúpula. Lo demás, todo negro. Como una carroza fúnebre, pensó Diddy. Pero no le abrumó demasiado el pensamiento.

–¿Cómo te llamas, muchacho? – preguntó Jim, poniéndole la mano en el hombro al chofer.

–Chang -contestó éste. Jim guiñó el ojo a los demás y se recostó en el asiento.

Diddy escogió sentarse en el plegable. No demasiado cómodo. Le dolía la espalda y tuvo que buscar la mejor postura. De lado, frente a la portezuela trasera. Pero como su asiento era distinto, como lo había elegido

a última hora, Diddy se consideraba sujeto a diferente ley. Exento de la obligación de adherir, a las tiras de palabras indigestas que cambiaban entre sí los tres hombres sentados a su izquierda, otras tiras de palabras, palabras suyas, tan pegajosas como el regaliz y tan duras como el chicle mascado. Alien, Katz y No-sé-cuántos, sentados en fila, hundidos en el fieltro gris del automóvil. Jim no muy diferente, no más humano que los otros dos; Diddy tan poco afecto a él como a los otros. El señor Dalton Harron, el del asiento plegable, siempre ha sido muy exigente en sus relaciones personales, aunque la vida no le promete nada. Sabe que la vacía charla de uno con tres no puede ser el taco de papel y lugares comunes que pasa por lenguaje comercial, imposible de ingerir pero necesario, justificable al menos. Tampoco puede haber conversación verdadera: hay demasiada gente. Uno con tres es un estado intermedio, que no beneficia a nadie. La auténtica alimentación espiritual sólo es posible, cuando es posible, con uno. Con otra persona.

A tiempo. Salimos de la ciudad en dirección noroeste. En pocos minutos el coche dejó atrás la desgredada zona céntrica, las calles hinchadas de gente y acuchilladas por el riel del tranvía, las esquinas viciadas por edificios híbridos, fracturadas por construcciones y demoliciones. El lunes florecía en una tierna mañana soleada de fines de octubre.

Ahora cruzamos el asfalto liso y costoso de los barrios residenciales, sin irregularidades en la superficie ni grave desentono en el paisaje. Calles adornadas de largos céspedes en declive y casas de sesenta a ochenta años, con amplios jardines. Muy bien cuidadas todas, todas del mismo estilo amable, pero violadas en su simetría original por la añadidura de garajes con sus dos automóviles cada uno.

—Aquí viven los Trescientos -gruñó Katz.

—¿Dónde estará el Barrio Chino? —susurró Jim para que le oyeran todos.

A Diddy, que casi ha perdido la sensibilidad en su reciente choque interior, no le molesta la grosería de Jim. También le resulta ahora más soportable Katz, con quien ha procurado tratarse poco en la oficina de Nueva York. Con su despectiva alusión a los Trescientos, Katz se ha revelado, se ha dado a comprender. Pero, ¿por qué se remueve tanto en su tercera parte del cómodo asiento? ¿Acaso porque le perturba el espectáculo de este lujo modesto y común? Katz se habrá criado en una barriada del Bronx, en un piso pequeño y sucio. Su jardín habrá sido el patio de

cemento, cercado de alambre, de la Escuela Pública Número Tantos. Habrá tenido que jugar en la calle, siempre temeroso de que algún pelotazo rompa el cristal de una ventana y provoque los gritos y maldiciones de cien amas de casa, su propia madre entre ellas. No hay que ser demasiado duro con los envidiosos. Hay que alegrarse de tener, o haber tenido, algo envidiable. Diddy se esforzará por ser generoso. Ha vivido a cubierto y con fortuna. Nunca le ha faltado un sitio en que jugar, un sitio verde y fresco. Ya que Diddy ha crecido en una casa así, una casa tupida de enredaderas, en una calle arbolada, en una ciudad del mismo tamaño. Antes de la guerra. Antes de que estos prósperos y antiguos barrios empezaran a ocultar en su aspecto complaciente la inquietud de su próximo destino, de la demolición. Antes de que tomaran su lugar edificios sin rostro, grandes, fríos, metálicos archivos para vidas humanas.

Quizá no fueran a derribar estas casas. Hoy a Diddy le parecían casi inexpugnables los bastiones de la familia provincial, burguesa. El coche se deslizaba por el ancho y poco transitado asfalto que separaba las hermosas mansiones. Ahora silenciosas, en ausencia del padre que va a ganar el pan y de los niños que están en la escuela. Ahora cuidadas y abastecidas por la madre-esposa y sus criados. Las diez menos cinco. Dentro de dos horas los niños volverían a su casa, al paso, al trote, al galope. Una mujer como Mary estaría poniendo la mesa, preparando el almuerzo. Quizá volviera también alguno de los padres, a almorzar con su familia.

—¿Puedo abrir la ventana? — dijo Diddy.

El día no era malo; algo caluroso. Diddy se conformaba con el viaje, aunque no fuera más que por ver estas casas afables y el rojo y oro lívido del follaje de otoño.

No podía negarse a las casas. Hubiera sido igual que negarse a sí mismo. Tampoco sentía Diddy resquemor ni ironía hacia sus habitantes. El industrial y su esposa. El abogado y su esposa. El pastor protestante y su esposa. El médico, que era como su padre, y la esposa del médico, como su madre. El director de la escuela, como el tío Juan, y su esposa, como la tía Alicia. Ni despreciaba Diddy a los hijos mimados y bien comidos, niños que paseaban en bicicletas inglesas de rueda fina y dura, niños que obedecían a charlatanas nodrizas de apellido irlandés, niños que iban todas las semanas a su lección de piano. ¿Cómo podría Diddy despreciar su propia infancia?

Nos detuvimos ante un paso a nivel. El coche nos sacudió irrespetuosamente al cruzar las vías, y entramos en el barrio menos próspero, el barrio que con sus casas de madera de dos y tres pisos, sus patios estrechos, sus tiendas de comestibles, almacenes y lotes de automóviles usados, ceñía los confines de la ciudad. El pavimento estaba desnivelado y surcado de relejes; a lo largo de las aceras, todos los lugares de estacionamiento estaban ocupados. Diddy vislumbra un perfil azul y oro, que se desvanece en un instante. Aquí no hay vistas. Además de los automóviles, circulaban lentos camiones de carga; algunos, parados en doble fila para entregar mercancía, casi nos cerraban el paso. La negra carroza va más despacio ahora, pero Diddy tiene menos que contemplar. Aparece la apaisada mole de la fábrica. Jim lanzó un cómico gemido:

—Quieran o no, señores, hemos llegado. El coche cruzó el pórtico sin necesidad o sin deseo de someterse a la inspección del guarda, quieto como una efigie en su minúscula caseta. Pasamos demasiado aprisa para que Diddy se fijara en su expresión. Sí notó que llevaba un uniforme distinto del que llevaba el chofer. Arrugado, menos elegante. El chofer que recogió a Diddy en el Hotel Rushland la última vez ¿llevaba uniforme azul como el de hoy, o café como el guarda? Diddy reconoce la posibilidad de que en esto le falle la memoria. De lo que está seguro es de que el chofer anterior no era chino.

Larga avenida, entre jardines bien cuidados. Hicimos alto frente a la puerta principal. Se había acabado el viaje.

—Gracias, Chang -dijo Jim, empeñado en tomar a broma el apellido del conductor o sus propios esfuerzos por tratarle con familiaridad. Diddy no estaba de broma. No hay muchos chinos que manejen carrozas fúnebres. Aunque este hombre también valdría para esa tarea. Era un buen chofer, inteligente, cuidadoso. Nunca atropellada a nadie; nunca se vería enredado en un accidente, ni aun por culpa de otra persona.

Diddy bajó del coche y se enfrentó con un edificio que en treinta años no había logrado formar un todo armonioso.

Primero, una estructura de ladrillo. Color rojo, punzante, crepuscular. Cuatro pisos perforados por altas y estrechas ventanas rehundidas, de pesados bastidores de madera. Encima, un tejado oblicuo de pizarra gris.

Poco antes de 1950 se habían añadido a esta construcción dos alas de concreto reforzado, cubierto de una delgada capa de estuco. Sobre el estuco,

una implacable decoración de medias lunas, labradas en cadena. Este revestimiento era blanco; hoy tiene el color sucio y deslucido de un helado de vainilla mancillado de lodo y orines. Tres pisos. Ventanas continuas. Azoteas. Diddy hizo un gesto de desagrado. El edificio original ahora, entre paréntesis de fealdad indescriptible, había perdido su atractivo. Quizá no del todo. Depende de quien lo observe. Para encontrar belleza, hay que mirar siempre con discreción. ¿No es así? Hay que limitar el campo visual, no conceder más que la fracción de una mirada. Sólo de ese modo se puede distinguir lo bello de lo feo, la vida de la muerte.

Limitando su campo visual, Diddy vio sólo el centro del conjunto. Un ejemplo bastante agradable de la arquitectura industrial del diecinueve. En él se encuentran ahora las oficinas, los laboratorios y las salas de exhibición. Los talleres han pasado a las alas. La parte más fea de la fábrica, construida después de 1950 y destinada a almacenaje y embarques, está detrás de las oficinas, afortunadamente oculta a la vista de Diddy.

Jim se había adelantado a saludar a un grupo que bajaba de otro coche. Diddy se quedó aparte, esperando a Jim, mirando al cielo. Y no sólo al cielo, despejado, sin nubes.

La cúpula auriazul que remataba el viejo edificio de ladrillo debía su existencia al capricho del fundador, Amos Watkins (1834-1909). El arquitecto contratado en Boston había trazado ya los planos de la fábrica, cuando Amos exigió que se rehicieran a fin de permitir la añadidura de una capilla. En ella se congregaban a rezar todos los empleados de la empresa, desde el humilde portero hasta los directores, a mediodía y al atardecer.

A fines de siglo el hijo de Amos, Hubert (m. en 1931) mandó desmantelar la capilla. Hubert retiró el altar y los escaños, pero respetó las grandes vidrieras de colores, que representaban el Triunfo de la Industria, y a su sombra colocó varias filas de escritorios y ficheros para el personal, femenino en su mayoría, de la sección de contabilidad. En 1928 alguien persuadió a Hubert de que empleara con mejores fines aquel enorme recinto abovedado. Salió pues contabilidad y entró el laboratorio de investigaciones y renovaciones técnicas. Quedó la cúpula, pidiendo a voces la cruz que le faltaba, recordando el templo que ya no existía.

El Watkins actual, hijo de Hubert (1914-) no conocía más que el laboratorio. La capilla de su abuelo era para él una curiosa chifladura ancestral. Sin existencia alguna. El antiguo entarimado, que aún se veía en

los pasillos entre las grandes máquinas cuadradas y las largas mesas de los técnicos, estaba totalmente desgastado, y los orificios de los pernos que en una época aseguraban los escaños ya se habían tapado hacía tiempo. En las vidrieras de colores habían pegado cintas adhesivas y habían colgado gruesas cortinas pardas, como preparación para la llegada de la clara, segura, uniforme y responsable luz artificial. Diddy, en compañía de sus tres colegas, cruza el vestíbulo alfombrado del viejo edificio. Saluda con un gesto a unos conocidos de la sucursal en Los Ángeles, y con una inclinación de cabeza al personal residente. Los cuatro hombres se identifican ante la secretaria, que les regala una sonrisa a cada uno, y se dirigen a los elevadores. A la izquierda está el ancho pórtico que daba acceso a la capilla. Ahora la entrada es mucho menos pública. "Investigación y Desarrollo." Más tarde entrará Diddy a echar un vistazo, como de costumbre.

Esperamos frente al elevador, que a Diddy se le antoja un túnel vertical, eje del edificio. Un túnel que quizá conduce a la cúpula misma. ¿Se podría subir a la cúpula ahora? Diddy nunca lo ha preguntado. Debería enterarse. El pretexto se le ocurre en seguida. Proponer que se añada la cúpula al recorrido que hacen los visitantes todos los miércoles a las once de la mañana. Muy apropiado. Eso y no otra cosa ha venido a ser la cúpula: un recurso de publicidad. Este Watkins de la tercera generación, al darse cuenta de que la cúpula era ahora una cabeza sin cuerpo, un inútil y presuntuoso adorno espiritual para su atareado y profano negocio, había decidido tomar medidas. Pensó primero en la decapitación; luego se arrepintió y confirió a la cúpula una nueva y secular dignidad. El gratuito ornamento recibió un baño de oro (el primero en más de cuarenta años) y pasó a ser emblema de la casa. Su policroma imagen empezó a aparecer en todos los microscopios fabricados por Watkins y Compañía, en el membrete de las cartas y formularios, en el costado de los vehículos propiedad de la empresa, en los envases de venta al por menor y en las cajas de embarque, y sobre todo en los folletos de publicidad. Miren: hasta la joven del elevador lleva bordada la cúpula en el bolsillo del uniforme. ¿La llevaba también el chofer oriental? Diddy no se había fijado.

Se cierran las puertas corredizas. Arranca el elevador. La reunión es en el tercer piso.

¿Pero no había sido una injuria indultar a la cúpula en esas condiciones? Que descansen los muertos; que goce lo olvidado de su reposo natural. La

adopción de la cúpula como insignia de la compañía se produjo hacia 1944, cuando las contratas de guerra triplicaban las ganancias. Poco antes de que una buena parte de lo ganado se destinara a construir estas desmesuradas alas que ahora ciñen el viejo edificio, y cuya fealdad empequeñece y denigra la cúpula. Cúpula ya en miniatura, vestigio reducido de su gloria de ayer. Una especie de juguete.

Aunque sus colores siguen centelleando, pintados y repintados sin cesar. Aunque se ven de lejos, de muy lejos.

Para Diddy, la figura que aparece en los microscopios, en las cartas y en los anuncios de plana entera es una cosa muy diferente de la maciza cúpula y su azarosa historia. En los diez años que Diddy lleva trabajando aquí, se ha formado su propio concepto de esta reliquia. Diddy, viejo perito, aunque algo errático, en cuestiones de independencia espiritual.

Lo que Diddy respetaba era la fantasía de Amos Watkins al exigir que se añadiera una capilla al plano. Como la fantasía que había engendrado el primer bosquejo de lo que había de ser el micro-registroscopio.

Pensar en unir dos instrumentos tan distintos en una combinación útil y manejable. Audaz idea para 1900, cuando la concibió Amos Watkins. Las cámaras fotográficas eran entonces aparatos enormes, pesados, incómodos y relativamente nuevos; había que colocarlos sobre inseguros trípodes. Los microscopios, en cambio, procedían del siglo dieciséis y eran, como siempre habían sido, pequeños, delicados, utilizables en cuanto se instalaban, firmes en cualquier superficie, hasta en el antepecho de una ventana, gracias a su pedestal de herradura. Watkins aseguraba que no sería imposible unir al aristócrata con el advenedizo. Al grande con el chico. Watkins había pensado en un extraño matrimonio.

La relumbrante y juguetona cúpula que remataba incongruentemente el severo pabellón de ladrillo plasmaba la energía valerosa del viejo Amos. Amos era algo más que un protestante de la antigua escuela, algo más que un maniático de la religión. En opinión de Diddy, Amos Watkins era un hombre verdaderamente piadoso. No tenía la piedad rígida y sólida del patrono de iglesia que paga puntualmente el diezmo, contribuye a la manutención de las misiones chicas y exige a sus empleados que recen además de trabajar. No tenía ni siquiera la piedad insulsa y cómoda que protege a los codiciosos, asegurándoles que el enriquecimiento es un deber, grato a la deidad. Un deber que se agradece en el propio lugar de trabajo.

No; Amos Watkins era piadoso en el más amplio sentido de la palabra. Era piadoso hacia sí mismo; se consideraba feliz, afortunado, bienaventurado. La cúpula proclamaba su placer obstinado y abierto, su orgullo de fabricar máquinas útiles y recaudar ganancias. La alegría de ser el que era, no sólo un negociante americano de éxito, un metodista ardiente y un republicano entusiasta, sino también un excéntrico recompensado. Un hombre que se había salido con la suya.

Aquella enérgica solidaridad con la propia existencia, conmemorada en la recia cúpula azul y oro, era lo que maravillaba a Diddy. A Diddy, que no sentía fácilmente cariño por sí mismo. Que envidiaba y admiraba a los que saben amarse, los que procuran afirmar su vida. Incapaz de piedad reflexiva, Diddy veneraba las reliquias y señales del bienestar inocente. La visión de los hombres que no se limitan a habitar sus vidas, sino que son sus vidas, sin más ni más. Amos Watkins el Píadoso tenía un acólito. O en términos mediatos: Diddy el Píadoso.

Hay ahora seis personas en el atestado elevador, que deja atrás, o abajo, el segundo piso. Un individuo de la oficina de Chicago se ha agregado al grupo de Harron, Alien, Katz y No-sé-cuántos. Charlamos animadamente, pero Diddy no habla. Le tranquiliza, y a la vez le embota la inteligencia, estar encerrado en tan pequeño aposento. Sin alternativas. Dedicado a la tarea de mantenerse en pie sin estorbar a los demás ni permitir que le estorben.

Ojalá pudiera subir a la cúpula el elevador, y anidar en ella. Diddy saldría el primero y dejaría dentro a los otros cinco, sin consideración. O si no, consideradamente, se quedaría arriba y mandaría el elevador al tercer piso. Otra posibilidad: que el aparato se atasque en el túnel. Se apagan las luces y nadie sabe nada. Los demás pasajeros perderán la cabeza, pero Diddy seguirá tranquilo. Se ofrecerá a salir en busca de ayuda; Jim le hará estribo con las manos y Diddy abrirá la trampilla del techo. Negra empresa, la de trepar por el cable: los cables de ascensor están cubiertos de grasa. Pero si es necesario, Diddy el Limpio trepará y trepará. Hasta lo alto. Abandonando el oscuro cubículo inmóvil, atestado de nerviosos pasajeros... Cualquiera de estas situaciones le vendría bien a Diddy. Lo que quiere es llegar solo a la cúpula.

¿Quién sabe lo que Diddy podría hallar en esta exploración? ¿Será la cúpula un lugar amplio y fresco, de gruesas vigas y anchas paredes de

madera? ¿O un cascarón claustrofómicamente caluroso, húmedo, de corteza delgada y vulnerable al sol?

Quizá Diddy no se encontrará solo en la cúpula. Quizá tope con un trabajador que arregla la cubierta interna, desgajando las tablas rajadas y las vigas podridas o clavando nuevos contrafuertes. Puede que al principio no esté visible el trabajador. Diddy creerá que la cúpula le pertenece a él, en exclusiva. Pero pronto divisa una abertura, apenas suficiente para que quepa un hombre. Por la abertura, Diddy ve al obrero, que difícilmente colocado sobre un frágil andamio, entre brochas y cubos de pintura, aplica al exterior de la cúpula nuevas manos de oro y azul. Diddy no quiere más que observar lo que hace, verle trabajar. No quisiera estorbarle, ni preguntarle nada, ni hacer un gesto súbito que asustara al obrero y le precipitase del andamio. Larga caída, casi de seis pisos. Muerte segura. El cadáver del trabajador, aplastado en la hierba. Inerte, destrozado, sangrante.

Diddy ya sabe lo que le posee. Sabe que no son éstos los pensamientos propios de las horas de trabajo. Propios de este pequeño recinto que ahora comparte con otros cuatro delegados a la reunión, de este elevador que ahora se detiene en el piso tercero. Diddy se había prometido no volver a pensar en la sangrienta anécdota del túnel. No aquí, por lo menos.

Hay que salir. Hemos llegado.

Pero supongamos que Diddy no puede retener la imaginación. Supongamos que, a pesar de haberse jurado no resucitar la presencia de Incardona, la solicita y la reconstruye. Ah, contamos con un remedio. Hay otra cosa, otra persona, mejor dicho, en que pensar. Cuando surge el espectro en la visión retrospectiva de Diddy, ella se apresura a acariciar el rostro fatigado, a besar los ojos heridos, a expulsar el fantasma de la víctima, a consolar a Diddy.

Ella nunca falla. Siempre viene. Pero después. Primero Incardona. Luego ella. Diddy impulsado de aquí para allá.

Al salir del ascensor, saludos, apretones de mano.

Diddy piensa en lo que cura. En la que cura. Aunque ya había pensado en ella antes.

Cuando subió al coche en compañía de sus colegas, Diddy tuvo la repentina idea de que, en camino a la fábrica, tal vez pasáramos por el Instituto Warren.

Impaciente. Mira por la ventanilla, pide que bajen el cristal. A punto de preguntar si pasamos por el Instituto. Pero pocos minutos después de que el llamado Chang se alejó del hotel, Diddy se dio cuenta de que no iba a ocurrir. Desde la infancia, Diddy tiene un magnífico sentido de la orientación. En las excursiones nocturnas que hacía con su hermano, cuando veraneaban en la granja del abuelo Edward Dalton, en Ohio, Paul siempre se perdía; era Diddy el que encontraba el camino gracias a su sentido del espacio. También papá respetaba este don de su hijo: Diddy no había salido de la escuela de párvulos y ya le permitían acompañar al padre en las consultas a domicilio, por las tardes. Papá ponía en marcha el Buick, daba la dirección del enfermo mientras salía en reversa del patio, y Diddy se encargaba de buscar el derrotero. Esta aguda memoria geográfica, hasta para los sitios vistos sólo una vez, obliga a Diddy el Navegante a reconocer que, si bien el Instituto Warren está en la misma zona de la ciudad que la fábrica, las rutas de acceso son diferentes.

Diddy recobra la paciencia. Puede prescindir de la mirada rápida que hubiera lanzado al hospital, en el breve momento en que el coche pasara ante la fachada. Puede renunciar a la satisfacción de dejarse los ojos pegados a la pared: copia motorizada e instantánea de la mirada que el pretendiente tímido arroja, paseándose, a la casa en tinieblas de su amor.

De todos modos Diddy tenía pensado telefonar a Hester y decirle que iría a visitarla esa misma noche.

Primer día de sesiones en la fábrica.

A tiempo. Estamos en un salón espacioso, alto de techo, forrado de madera. En las altas ventanas hay cortinones morados. Retratos de antiguos administradores de la compañía. En torno a la mesa oval, diecinueve hombres; cada uno tiene delante un cenicero, un cuaderno de notas y dos afilados lápices. Junto a la pared del fondo, una taquígrafa toma apuntes para el acta.

Diddy está preparado para el combate, dispuesto a demostrar que sabe moverse en la superficie de la vida sin caer en un pozo. Reager pronuncia un pomposo discurso de bienvenida. Otro discurso, más largo, de Watkins, alaba la costumbre de la empresa de resolverlo todo por medios democráticos, y recuerda a los presentes, en términos algo menos sutiles, que todo alto empleado disfruta de participación en las ganancias. Traen café y bocadillos: a trabajar. Circulan por la mesa gráficas y anotaciones;

alguien garabatea cifras en la pizarra. Se habla en voz baja, se cruzan recados escritos; van agrupándose las distintas facciones, trazándose las líneas estratégicas. Jovialidad general. Pero hay un signo tácito, conocido de todos, que iniciará las hostilidades. Los rencores y sospechas escurren de las bocas como café grasiento y frío.

A Diddy le gusta discutir, cuando las consecuencias no son graves. ¿Qué consecuencias podría haber aquí, en un salón tan limpio, de espacio tan generoso? ¿Qué gravedad cabría en un orden tan justo?

Por ejemplo ¿no es mucho más cómodo que nos hayamos dividido en dos grupos, exactamente en dos? De un lado, los que afirmaban que la nueva competencia quedaría derrotada, primero, a fuerza de publicidad, y segundo mediante una total reorganización de los procedimientos comerciales. Había que deshacerse del personal incompetente; había que obligar a los distribuidores a trabajar más, bajo pena de retirarles el distrito; había que adaptar las zonas de cada vendedor a los cambios de población y poder adquisitivo. En California, digamos, duplicar el número de agentes. Diddy supuso que esta actitud contaba con el apoyo del alto mando de la compañía.

De otra parte, una porción de jóvenes directores, aconsejados por algunos de los técnicos, que sostenían la necesidad de revisar el modelo básico del Scopio-21, para que pudiera competir favorablemente con el producto que ofrecían a menor precio los yugoslavos, y quizá los japoneses. ¿De verdad habían logrado los japoneses fabricar un instrumento que rivalizara con el de aquí? Diddy no lo cree mientras no se lo demuestren. Pero un momento: aquí está. El modelo japonés, plantificado en medio de la mesa. El que lo ha traído, un joven físico de calvicie incipiente, explica que se trata, probablemente, de una versión provisional del aparato microfotográfico nipón. Todavía en etapa de prueba, aún no distribuido por la fábrica, ni siquiera en el mercado japonés. Pero ya, tal y como viene, un magnífico instrumento. Sin duda llegará dentro de poco a los Estados Unidos.

Si los mandones de nuestra compañía eran tan incapaces, según Jim, ¿cómo hablan conseguido apoderarse de este modelo experimental? ¿Quizá por medios legales? O quizá no. Diddy se imaginaba a un empleado desertor, a un jefe de sección insatisfecho, que sacara a escondidas el aparato de la fábrica de Nagasaki. Un hombre igual que Jim, pero de piel

cetrina, ojos oblicuos, oscuro pelo lacio. Tal vez el propio "Chang".
Recompensado ahora con la nacionalidad americana, un bonito uniforme, y un puestecito cómodo que no le exige más que servir de chofer de vez en cuando... Chang, que en realidad se llama Mayamoto, o algo por el estilo.

No nos engañemos, dice alguien a tres sillas de Diddy, este instrumento japonés es superior al nuestro.

A los jefes no les hace ninguna gracia.

—Corra las cortinas, Goldberg -gruñe irritado Reager-. La luz me da en los ojos.

Ahora Reager toma la palabra. Afirma que el problema debe y puede resolverse en Washington. El gobierno tiene la obligación de proteger mediante aranceles a la industria del país. Si no, ¿cómo podríamos competir con los precios del extranjero, rebajados más y más por el escaso costo de la mano de obra? ¡Vaya con los dichosos yugoslavos y japoneses! Y en cuanto a revisiones técnicas, demasiado saben ustedes que nunca hemos escatimado esfuerzo ni dinero. Llevamos a la espalda, señores, ochenta años de investigación renovadora e imaginativa. Sólo así hemos logrado crear instrumentos como el micro-registroscopio, que sigue siendo el mejor de su tipo en todo el mundo.

Diddy está harto de jactancias y mentiras. Harto de que pongan su fe a prueba. Si Reager se empeñaba en convertir la auténtica amenaza a la preponderancia de la empresa en una crisis de confianza entre los empleados, Reager era un imbécil. Nadie quiere creer lo que no puede creerse. Aunque todos queramos creer en algo.

Probablemente Reager no había deseado que se celebrara esta junta. Que no suceda nada; que suceda lo menos posible. Los negocios van bien. ¿A qué imaginar situaciones distintas a las de hoy? Pero los tiempos cambian. Los jóvenes saltan del asiento y adelantan sus opiniones en cuanto el viejo deja de hablar.

¿Quién tiene razón? Todos. A Diddy le parecen acertadas las actitudes de ambos bandos. ¿Qué política, entonces, debe adoptarse? Pues las dos. Claro que eso no ocurrirá. Poco probable es que la casa se lance, después de una semana de reuniones, a dos programas generales que se excluyen mutuamente. No: tendremos que elegir uno, y uno solo. ¿Cuál escogerá Diddy? Su recomendación, que presentará esta tarde y que le ha llevado quince noches preparar, se funda en una nueva campaña publicitaria. Lo

cual no tiene nada de raro. Diddy se ocupa de lo suyo. Ojalá se ocupara de lo suyo cada cual. También sabe Diddy que, en la discusión decisiva, Reager y la vieja guardia cuentan ya con él. Mayoría fácil de reunir, aunque Watkins no ha dicho nada aún: se limita a fumar su pipa al extremo de la mesa ovalada. De los otros dieciocho, calcula Diddy, sólo cinco se declararán de parte de Comensky y Goldberg, los técnicos de Investigación y Desarrollo. Quedarán diez votos a favor de Reager, contando al propio Diddy.

Pero Diddy no quiere que le cuenten todavía. Hoy se siente con ganas de hacer lo inesperado. Le impresiona la opinión minoritaria, la eficacia aparente del grupo técnico que ha traído complejas gráficas en tinta china y modelos a escala duplicada del micro-registroscopio revisado, y que se expresa en opacas, largas y tortuosas frases. No ha decidido todavía Diddy qué actitud va a apoyar, pero sospecha ahora que se pronunciará de parte de los técnicos. Si Reager se pone furioso, allá él. Estoy harto de llevarle la corriente.

Ya era la una y media cuando suspendieron la junta para almorzar. Hoy comíamos aquí; ya venían las meseras de uniforme con carritos cargados de alimentos. Diddy entró en la cabina telefónica del pasillo y llamó al Instituto Warren. Al enterarse de que Hester aún no tenía teléfono en su cuarto, dejó recado a la enfermera.

En el salón de juntas habían quitado de la mesa el material de trabajo y habían colocado diecinueve cubiertos sobre un inmenso mantel de plástico amarillo. Hasta ahora no se había dado cuenta Diddy de lo fuerte que era el olor a tabaco del ambiente. Antes de sentarse a comer, abrió a la mitad una de las altas ventanas. Quizá no sólo porque le molestara el humo, sino para hacer tiempo. No era fácil comer, después del heroico desayuno de hoy. El filete no estaba muy bien asado, y las habas con maíz tenían un aspecto feculento y grumoso, pero Diddy comió más de lo que esperaba.

La sesión de la tarde fue larga y penosa. Diddy se levantó a presentar su campaña publicitaria, pero manifestó dudas de que este método neutralizara los adelantos de la competencia. Si hubiera que elegir entre asignar más fondos a la cuenta de publicidad y destinarlos a la investigación científica, "yo propondría que se dedicara a la investigación hasta el último centavo". Cuando Diddy se sentó, Jim le envió un saludo irónico.

Puede que este discurso no haya agradado a ninguno de los dos bandos. Pero a Diddy no le importa. ¿Está Diddy satisfecho? Eso es lo importante. ¿Le ha servido de nuevo el trabajo, su antiguo narcótico, para atenuar el dolor, para sacarle de sí mismo? ¿Ha logrado transformarle en una mera función de las circunstancias? Quizá han pasado demasiadas cosas en las últimas veinticuatro horas. Diddy ya no puede opacarse como antes. Se está vitrificando, como un papel empapado en aceite.

De la discusión que sigue, Diddy no escucha nada. Las palabras se espesan, adquieren un curioso embotamiento, como un eco amortiguado, que las materializa y les quita el sentido. Diddy quiere privar de sentido a todo lo que le rodea. No ha observado que para las cuatro de la tarde le ha empezado a doler la espalda de tanto reclinarsse en la silla, una silla demasiado ancha, madera toda ella con una simple muestra de cuero en el asiento. Para bien o para mal, Diddy no ha observado nada esta tarde. Está encerrado dentro de sí mismo. Lo cual no quiere decir que esté forzosamente dentro de su cuerpo. ¿Dentro de su espíritu, entonces?

Y aparte del fracaso del lenguaje, de su hipermaterialización, a Diddy le han fallado otros medios de comprender el mundo. Todas las sensaciones declinan y se apagan.

Excepto la percepción de cambios en la temperatura y aumento en la densidad del humo de tabaco.

Excepto el desagrado con que Diddy ve a Ambergate, tesorero de la compañía, rebullir en su asiento y fumar un cigarro tras otro.

Excepto la advertencia de que Pete La Salle, jefe de exportación y sobrino de Watkins, se ha dormido hábilmente sin que nadie más lo note.

Excepto la moderada repugnancia que suscita Buchanan, jefe de producción, al morderse con furia el pellejo de las uñas.

Excepto la contemplación del crepúsculo que sutilmente se filtra por los ventanales de la sala. Aleatoria secuencia de puntiagudas impresiones. Fuera de ellas, Diddy no está presente. Desde algún rincón de sí mismo piensa en el porvenir, en esta noche. Una y otra vez, Diddy el Romántico se aconseja prudencia en cuanto a Hester. En los tiempos que corren, hacer el amor con una mujer en una sola ocasión no quiere decir nada. A ella no le importa ni más ni menos que a uno. Y aun si el encuentro es tan audaz y emocionante como lo fue el nuestro, ¿quién asegura que vaya a perdurar su tono y su carácter en la cita de hoy? En otro ámbito, bajo distintos

demonios. No; no hay que esperar nada. Ayer fue un día único. Diddy estaba penetrado de asombro, de terror, de culpabilidad y anhelo de caricias; Hester estaba sola en su tiniebla infinita y asustada por la inexplicable parálisis del tren. El encuentro de ayer en el Pirata fue demasiado urgente, intenso, eléctrico. Su sabor acerado va a diluirse sin duda en la lechosa atmósfera de las circunstancias ordinarias.

Diddy hizo bien en prepararse. Ya que la visita al hospital, opulenta y vacía a la vez, le agotó por completo.

Mal principio. Hester le dio las gracias por las flores, sin entusiasmo, por cumplir. De nuevo comparten un recinto cerrado. Ahora un cuarto de medianas dimensiones, en el séptimo piso del pabellón central. Para ser habitación de una sola cama, tiene bastante espacio. Y una magnífica vista del parque Monroe. Ojalá pudiera Hester mirar por la ventana. Diddy se siente perturbado por la infinita soledad de la muchacha ciega. Mucho más perturbado que ayer. Pero Hester parece hoy disminuida, menos absoluta que en el compartimento, en el pasillo, en el cuarto de baño, en el bar. O en la memoria de Diddy, cuando de vez en cuando aparecía en el curso de la abrumadora vigilia de anoche.

Calma. Quizá no haya cambiado Hester. Quizá no es culpa de ella, como no es culpa de él. ¿Será culpa de la famosa tía? Porque Hester y Diddy no están solos. La señora Nayburn estaba en la habitación cuando llegó Diddy, y no se fue. No se fue y no se iba. Rodeando a Diddy de atenciones; sin hacer el menor caso de la enferma. A medida que la señora intensifica su locuacidad, sus lisonjas y su pesadez, Hester cae más hondo en la inerte pasividad que Diddy observó con impaciencia en la primera parte del viaje.

Sólo en otra ocasión han estado los tres juntos en un mismo lugar: cuando fueron en taxi de la estación al Instituto Warren. ¿Estaban tan incómodos como ahora? Diddy hace por recordar y no puede, al menos en lo referente al taxi. Lo único que recuerda es que en la sala de espera quiso escaparse un momento. A comprar un periódico. Pensando que, por algún milagro tipográfico, una muerte violenta de la tarde pudiera aparecer en la edición nocturna. Pronto se dio cuenta de lo absurdo de la pretensión. Aun así, en el taxi, deploró varias veces no haber buscado el periódico. Esto, y la renovada ansiedad y entumecimiento interior que había sentido antes, en el tren, era lo único que Diddy podía reconstruir del viaje estación-hospital.

Volvemos al hospital. La señora Nayburn bombardea a preguntas a Diddy. Su familia, su trabajo, su carrera universitaria. El tamaño y ubicación de su departamento neoyorquino. "¡Oh, qué bien! Por lo que leo en la prensa, hay que tener mucho cuidado, buscar casa en un barrio seguro... Hoy en día los blancos corren peligro en casi toda la ciudad de Nueva York..." Como el departamento de Diddy no está en un "barrio seguro", hay que decidir si la señora Nayburn, además de ser mal pensada por naturaleza, es ignorante en cuanto a Nueva York, tortuosa o sencillamente distraída. Más preguntas. Quizá la señora haya oído hablar del hermano de Diddy, pianista de concierto. La señora alza el grito una octava: "¡Dios mío! ¿Que su hermano es Paul Harron? ¿De veras? ¡Qué interesante!" No sólo ha oído hablar de Paul, sino que tiene su disco del Concierto de Tchaikovski. ¿No quisiera Diddy pedirle un autógrafo?

No es la primera vez que Diddy se arrepiente de haber hablado de su hermano con una nueva amistad. El nombre de Paul nunca brota de sus labios con ligereza, hacia el aire, sino que se desploma como un bólido. Tal parece que va lastrado de jactancia. Diddy sospecha que es esto lo que piensa Hester; su silencio le desconcierta y le aflige. Pero sabe que la señora Nayburn no se detiene en esas nimiedades: la modestia y la discreción no son de su reino. Con una mujer así la única delicadeza posible consiste en callarse; todo lo que se dice en su presencia le produce euforia.

Ya llegamos, como se esperaba, al punto culminante. La señora se arriesga a preguntar si Diddy es casado. Diddy, furioso, trata de pronunciar la palabra "divorciado" despreocupadamente. ¡Maldita vieja entrometida! Debe de haber pensado en él para marido de su sobrina inválida en el mismo momento en que llegaron esas extravagantes flores. Quizá no cuenta con el éxito de la proyectada operación. Y su abrumadora solicitud hacia Diddy indica que Hester no tiene pretendientes, o si los tiene su tía no sabe nada, o no tiene ninguno que merezca la aprobación de la señora.

Diddy no está acostumbrado a que le entreguen sin esfuerzo lo que quiere o pudiera querer. Aunque las mujeres le han mostrado simpatía, Diddy nunca se ha fiado por completo de ellas. Tiene un sentido bastante precario de su propia virilidad. El desprecio de sí mismo que le invadió cuando notó que Paul le había alcanzado, y superado, en fuerza y en talento. La envidia vergonzosa de esa ciega energía sin piedad tan evidente en hombres como Incardona, hombres de un tipo que Diddy siempre ha temido

y odiado, hombres que siempre le han odiado a él. Si Diddy quisiera conquistar a Hester, debería enfrentarse con obstáculos casi invencibles. No es éste el caso, parece afirmar la señora Nayburn: no estamos ahora en circunstancias normales. Hester es propiedad de su tía, y su tía se la ofrece tácitamente a Diddy, sin combate, sin competencia.

¿Sin competencia? ¿A pesar de la belleza de la muchacha?

Largo y sedoso cabello rubio, ojos escondidos, delicada nariz aguileña, boca ancha, cuello esbelto, hombros carnosos, amplio seno, talle robusto y flexible... Qué hermosa es, ¿verdad? Diddy procura ser justo, hace por verla ahora con los ojos de ayer, cuando le pareció dominadora y única. Pero la charla incesante de la tía y las reacciones, forzosamente mecánicas, de Diddy, le han embotado la percepción, le han acallado los sentidos, le han helado los nervios. Diddy el Estupefacto. A punto de levantarse y despedirse de las dos mujeres. La mayor, por fortuna, ha intuitido que quizá no favorece los supuestos intereses de su sobrina quedándose más tiempo, y se levanta antes.

—Hija, ahora me acuerdo de que debo ir de compras. Querrá usted hacerle compañía un ratito, ¿verdad, Dalton? ¿Me permite que le llame Dalton? — Desde luego -contesta Diddy. Con un paquete y una atestada bolsa de mercado como las de ayer, la señora Nayburn sale de la habitación. Casi inmediatamente el aire se despeja. Se respira con más libertad. Diddy empieza a sentirse más desahogado y más entero. La sangre le circula, los nervios le palpitan, la vista se le aclara. Puede mirar de veras a Hester.

Envuelto en camisón, mantas y sábanas, el cuerpo amorfo no da señal alguna de los finos contornos que Diddy conoce. Lo que no ha cambiado es el rostro de Hester, enmascarado en una cuarta parte por los lentes oscuros. Hester parece estar mirando a Diddy.

Como ayer, le dirige una especie de mirada, un facsímil intencionalizado por los movimientos de la cabeza. En realidad no mira: sale de sí misma mediante la mirada, mutua connivencia de ojos con ojos. Las caras de los ciegos no dialogan con otras caras como caras, sino con otras caras como carne. Carne con carne: el cómplice es el tacto. No se ha alterado perceptiblemente la expresión de Hester desde que salió su tía.

¿Era el rostro de la muchacha tan inexpresivo ayer como ahora? Diddy no se había dado cuenta, por lo urgente y profundo de su necesidad de unirse con el cuerpo. Claro que la idea misma de colocar "la cara" sobre "el

cuerpo" es propia y privativa de la gente que ve. Para los ciegos, la cara es una parte del cuerpo y nada más.

La vida independiente de las caras depende de la vista. Si la vista se pierde, muere en gran parte la expresión facial. O pasa a ser temporal, momentánea, vacilante. Una mera representación, quizá bien concebida, pero no usa cara de verdad... Una cara-objeto.

Los rostros de los ciegos descansan sobre sus cuerpos como faroles atenuados o extinguidos. Un rostro de ojos muertos, desprovisto de claves visuales para aprender de otros a expresarse, nunca llegará por sí solo a inventar todo el vocabulario.

Podrá aventurar señales aproximadas o fortuitas, en su afán de adaptarse a un ideal uniforme, pero en su estado propio no tiene medios ni motivos para ser más expresivo que una mano, un pie o un seno.

¿Cómo envejece un semblante sin expresión? Más despacio, probablemente. Sin vista, sin saber cómo hablan otras caras, la del ciego permanecerá lisa y limpia muchos años después de que se hayan arrugado otras de la misma edad, a fuerza de ejercicios de expresión. Quizá Hester no es tan joven como parece. Tiene otro ritmo de uso, otro ritmo de tiempo.

¿No estará mirándola Diddy con demasiada atención? ¿Con un microscopio demasiado fuerte? Retroceder, para ver sin ayuda. Tal vez la inexpresividad de Hester se debe a que no habla, porque espera que él hable primero. Algo se mueve ahora en torno a su boca. Ahí es donde debe fijarse Diddy. Si en la gente común y ordinaria son los ojos los que gobiernan la cara, en los ciegos debe de ser la boca. Ahí está la complicidad que Diddy busca. No en los ojos, no en la mirada, sino en la boca y en el tacto.

Y sin embargo Diddy no siente deseos de besar a Hester. Hay algo en ella que es demasiado pasivo, algo en él demasiado afanoso. Y luego este cuarto de hospital, inerte, neutro. Qué diferencia con el compartimento del tren de ayer, flotante, boyante, vehículo independiente y acondicionado para largas distancias. O el recinto cerrado, estremecido, del baño donde se abrazaron y se mezclaron y se confundieron ella y él. Diddy se recuesta en la silla que hay al pie de la cama, y revive levemente el dolor de espalda que empezó a molestarle hacia las cuatro, en el salón de juntas.

—¿Ya te han hecho las primeras pruebas? —pregunta con cierta sequedad.

—Esta mañana me sacaron sangre. Luego un electrocardiograma, una muestra de orina, y nada más.

—Sí, los análisis preoperatorios de costumbre. ¿Los ojos no te los han examinado?

—Todavía no.

Diddy ya no sabe qué añadir. Está como enajenado. Mira por la ventana, disfrutando lo que Hester no puede disfrutar. Un pequeño paisaje. Colores. Formas móviles. La distribución y debilitamiento de las cosas en el "cerca" y el "lejos".

—¿Quieres bombones? La tía Jessie me ha traído una caja, pero a mí no me gustan.

¿Dónde está la caja? En la mesilla de noche.

—No, gracias.

Diddy inspecciona el cuarto de Hester, como si fuera a servirle de recurso mnemónico. Estancia de memoria, conjunto de lugares al que Diddy podrá regresar imaginariamente dentro de cierto tiempo, para extraer de cada cosa la impresión que en ella ha depositado. Pero la habitación, impersonal, sin carácter, se resiste a desempeñar ese papel.

Todos los muebles y enseres del hospital se reúnen en un solo color. Las paredes son de un blanco mate, como los visillos de muselina. La cómoda de madera también tiene un matiz blanco lechoso, al igual que la cama de hierro. Sobre las blancas sábanas de rigor hay una manta blanca. La mesilla de metal blanco tiene un tablero de fórmica blanca, y es muy leve el contraste que ofrece la brillante porcelana blanca de la lámpara con el opaco blanco de la pantalla de plástico. Las dos sillas (¿no se le permiten más que dos visitantes a cada enfermo?) están forradas de cuero imitación, blanco rugoso. Si Diddy no tuviera la certeza de lo contrario, habría supuesto que los oftalmólogos consideran el blanco menos perjudicial para la vista que los demás colores.

La caja de bombones, violeta y oro; la bata amarilla extendida a los pies de la cama, las sandalias de cuero color nuez y las flores de Diddy son las únicas cosas que desentonan del blanco absoluto de la habitación.

—Me gustan tus flores -dice Hester, como si le estuviera adivinando el pensamiento-. Cuando te di las gracias antes, no me creíste, ¿verdad? Y sé por qué. Porque estaba mi tía. Pero deberías haberme creído. No soy ceremoniosa. Cuando digo algo, es porque lo siento.

Radiante sonrisa. Y Diddy ve por fin lo que tanto quería haber visto. Una nueva cara, delicada y viviente.

Vuelve Diddy de la región inhóspita en que se había perdido, de la luz fría, pétrea y cruel. Vuelve contento a la pequeña órbita de ternura que rodea a la muchacha. Se funde en una súbita fiebre de felicidad sensual y fatigada; se acerca de un salto a la silla contigua al lecho, donde se había sentado antes la señora; aprieta la mejilla contra el brazo de Hester. Pero no contra la carne, ni contra un tejido que se le parezca. La joven lleva ahora un camisón de manga larga, cuya gruesa franela desmiente todo recuerdo carnal, y le niega a la mejilla izquierda de Diddy mayor familiaridad con este brazo firme y torneado. También a Hester le desagradará el contacto con la tela. Más todavía si el camisón no es de los provistos por el hospital, sino suyo, comprado por la señora Nayburn en algún saldo de tienda barata...

—En fin -suspira Diddy-. ¿Cómo estás? De verdad.

—Triste.

Diddy alza la cabeza, como sorprendido. Ella empieza a acariciarle el cabello. Diddy cabizbajo otra vez.

—¿Por qué triste?

—No creo que la operación vaya a salir bien. Y he estado preocupada por ti, pensando en lo que quisiste hacer. Tenía miedo de que hoy te arrepintieses y lo volvieras a intentar.

Diddy tiene que forzar la voluntad para no arrancarse bruscamente a Hester, para no enderezarse:

—¡Escúchame! Ya te dije que no es eso lo que pasó. Esa locura la cometí hace un mes...

Esfuerzo por seguir en silencio, en reposo bajo las caricias. Por seguir aceptando su contacto, plácido aunque imperioso.

—¡Créeme, te ruego que me creas! ¿No puedes perdonarme por haberte mentido al principio? Lo que pasó ayer es otra cosa, una cosa completamente distinta... Es lo que te conté luego, lo de la pelea con el trabajador...

¿Continuar hablando? Diddy no tiene la menor intención de sacar el recorte de periódico y leérselo a Hester. Después de haber llamado a la enfermera para que sirva de testigo, para que lea por encima del hombro de

Diddy lo que él lee y le asegure a Hester que es en realidad lo que dice el periódico.

Si Diddy ha resuelto no sacar el recorte, ¿ha hecho bien en hablar? ¿No debería haberse callado? Recordemos que es Hester quien se engaña, y no él; son las facultades de Hester las que fallaron, de momento al menos. Probarle ahora su error sería fácil, pero peligroso. Vale más que siga pensando que Diddy tuvo una alucinación.

—Qué demonio, ya sé que no me crees. ¿Verdad que no? En tu opinión, no salí del tren. Ni siquiera del compartimento.

Con esto, Diddy espera haber disfrazado la pista. De todos modos, poco importa lo que diga Diddy. Por mucho que trate de convencer a Hester, Hester no dará crédito al episodio del asesinato. A menos que Diddy le enseñe la prueba irrefutable del artículo impreso, en su poder desde esta mañana.

Ahora bien: aunque Hester no crea la confesión de Diddy, aunque se niegue a compartir su secreto, puede reaccionar de modo lamentable. Aferrada a su creencia en Diddy el Inocente, puede sentir temor a Diddy el Obcecado. Reacción natural, de legítima defensa: el que está relativamente cuerdo teme por instinto al enfermo mental. A Diddy esto no le agradaría.

Y si Hester no se asusta, se preocupará. Cuando la preocupación le resulte demasiado dolorosa, puede comunicársela a alguno de los médicos, por ejemplo. No con el fin de traicionar a Diddy, puesto que Hester no cree que haya hecho nada, sino en busca de dictamen profesional, en solicitud de la respuesta más adecuada a un amigo lunático que se empeña en probar la verdad literal de su fantasía. La tercera persona, el médico, o quien sea, podría relacionar la supuesta manía de Diddy con el suelto de la Gaceta, y llamar a la policía.

Hester lleva ya un rato en silencio.

—¿En qué piensas? — pregunta Diddy. Ahora sí se atreve a mover la cabeza. No está furioso, y no quiere huir. Se retira un poco y se vuelve a acercar, para frotar los labios en la tibia mejilla de Hester. Un beso que ella no recibe con mucho entusiasmo.

—¿Qué te pasa, Hester?

—No sé. No deberíamos hablar de esto. Por lo menos, no ahora. En ese asunto del túnel... yo no te puedo ayudar. Quizá llegue a hacerte daño.

—¿Daño? — repite Diddy, incrédulo.

—Sí. No es que tenga deseos de lastimarte. Pero algo me dice, no sé qué, no puedo explicarlo, que de mí te puede venir algún mal. No me preguntes qué; es una idea muy poco clara. Debes fiarte de mi opinión. Si yo sé muy poco de esto, tú no sabes nada.

Diddy queda perplejo. ¿Cómo puede llegar tan pronto Hester a conclusiones importantes acerca de ellos dos? ¿No debe insistir Diddy ahora en que ella se lo explique? Pero no: no se puede exigir explicación. Hacer más preguntas sería intimidar a la muchacha. Diddy, a la vez, se siente aliviado. Por otra parte, si hacen un pacto que elimine el tema inagotable del túnel y su mundo, ¿de qué van a hablar? No es fácil hablar con Hester. Y Diddy necesita conversación. Diddy el Mudo, condenado de nuevo, por intensa que sea su repugnancia de malgastar palabras, a la charla vacía. A la ráfaga de preguntas insensatas, al montón de respuestas inútiles. ¿Qué le vamos a hacer? Adelante.

¿Es cómoda la cama?

¿Las enfermeras te tratan bien?

¿Es simpático el doctor?

¿No está muy mal la comida?

¿A qué hora te operan?

—No, por favor -dice Hester firmemente-. No es así como quieres hablar conmigo. Ni yo quiero que me hables así.

Diddy asombrado. ¿También se ha dado cuenta de esto? Pero, incapaz de agradecer la intervención de Hester, pasa sin comentario a palabras más sanas.

—Bien sabes que no me gusta preguntar por preguntar. Es que estoy violento, no sé qué decir ni dónde meterme.

Ella le vuelve a acariciar el cabello.

—Lo que debes hacer es levantarte e irte. Sin decir nada.

Retira la mano. Diddy mira a Hester con fijeza. Qué razón tiene. Es más sincera y más animosa que él. Pero hay una pregunta imprescindible, por estúpida que parezca.

—Si me voy... digo, cuando me vaya... ¿me oirás, verdad? No creerás esta vez que he quedado contigo.

Hester se incorpora un poco en la cama, se apoya en las almohadas, cruza las manos en el regazo, mira hacia Diddy. En silencio, asiente.

Diddy no se quiere levantar. El aire se ha espesado de sentimientos mágicos, dolorosos, eléctricos, paralizados. Diddy se siente cargado de magnetismo, y empieza a marearse. Una especie de vértigo metálico. Con un delgado forro de terror. En el pasillo resuenan las pisadas de los visitantes y las enfermeras con un eco monumental. Quizá Diddy se quede pegado a la silla, eternamente hechizado. A pesar del mareo, tiene una leve sensación de paz. De tranquilidad inefable.

—Creo que entiendo por primera vez lo que quiere decir ser ciego.

—¿De veras?

—Reconozco lo aprisionante que debe de ser, lo cruel de esa privación de libertad... Libertad en el sentido ordinario. Pero me parece que en el fondo hay algo bueno. Facilita, y hace necesaria, una forma de vida única y envidiable. Hay que estar siempre atento, no abandonarse nunca. Todo se aclara y se complica a la vez.

—Sí, algo hay de eso.

Hester parece sonreír.

—Y he pensado en otra cosa, más difícil de explicar... (Diddy cierra los ojos.) El mundo de los ciegos... el mundo que tú ves, y que yo a veces recorro en mi imaginación, es un mundo horriblemente inseguro. Siempre tiene uno un foso delante. Lo sabes, pero sigues andando. Y estás mareado... Y libre. No importa... no importa como importan las cosas de todos los días... que... que te caigas.

—Sí. Eso también.

Diddy abrió los ojos con esfuerzo. Avergonzado. El insensible y egoísta Diddy.

—Quisiera poder callarme -dice tristemente.

Hester no contestó. Tal vez iba a ayudarle. La brisa removía los visillos. Aunque ya era de noche, parecía que la calle se oscurecía más. Diddy se quedó un rato, mirando a veces a la muchacha, a veces comparando matices de blancura o dejando correr la mirada por la habitación. Luego se levantó, se echó el abrigo al brazo y salió sin decir una palabra.

Diddy volvió al hotel en taxi y se encontró con Jim, que paseaba desconsolado por el vestíbulo fingiendo esperar a alguien. Casi las ocho y media. El encuentro no fue muy del agrado de Diddy. Hubiera preferido estar a solas lo que quedaba de la noche. Temía que el contacto ordinario

con la gente le llevara a rechazar, o desgastar, su delicada relación con Hester.

Por otra parte, se alegraba de haber tropezado con Jim, ya que no confiaba en su propia soledad. No creía merecer todavía tan noble condición. Al verse a salvo en el cuarto 414, ¿no cederá de nuevo a pensamientos lúgubres e indecisos? Su resolución de no entregarse a la policía, al menos por ahora, es poco firme, demasiado reciente para obligar. Aunque no es un capricho, tiene la contingencia ligera, invertebrada, de un gesto caprichoso. Le falta la gravedad que toda verdadera decisión lleva dentro, o debe adquirir. Con el tiempo. Como un niño prematuro que va a la incubadora hasta cobrar el peso y tamaño normales. Este recién nacido anhelo de vivir necesita cuidados, régimen especial. Sólo se salvan los fuertes, y los fuertes son gruesos.

Diddy cenará con Jim en el hotel. Alimentará su decisión, alimentándose. Puesto que, al parecer, la alimentación adecuada requiere la presencia de otra persona. Diddy ha descubierto algo respecto a sus costumbres de las últimas semanas. Sobre todo por qué, y cómo, ha dejado de comer.

Hasta la fecha Diddy ha concedido una doble hipótesis en cuanto a su inapetencia. Un castigo inconsciente dictado por su cuerpo a raíz del fracaso de hace un mes, o una lamentable secuela del humillante régimen de hospital. Pero ha pasado por alto un detalle de gran importancia. Al salir del hospital empezó a comer solo. Rechazó todas las invitaciones. Y a fin de escabullirse de las comidas de negocios, inventó un compromiso médico diario, a las doce: una serie de inyecciones para evitar la recaída en su enfermedad. ¿Náusea convaleciente o ayuno religioso? Las dos cosas. Pero sea lo que sea, tiene que acabar. Diddy, que ya ha dado buena cuenta de dos comidas, se va a enfrentar con la tercera. ¿Ha cenado Jim? ¿No? Magnífico. A Jim la invitación pareció quitarle un peso de encima.

Diddy se ha revestido de buenas intenciones. Acompañará a Jim, le hablará de lo que le interesa. Y seguirá respirando. Hacia fuera, hacia dentro. Respirando. Con tal de no estar solo.

Diddy encargó langosta y el apetito para consumirla. Llegaron una y otro, afortunadamente. Pero ¿podremos engordar el espíritu? ¿Echar carnes a la voluntad lampiña y desmedrada? ¿Recubrir la raquítica armazón de una piel dura, que no se magulle al más leve contacto? Ah, eso ya no es tan

fácil. No es tan fácil respirar, hacia dentro, hacia fuera. Las bromas de Jim, que en el desayuno de esta mañana eran un refugio de irónica salud inofensiva, ahora se le clavan a Diddy en el cerebro. Diddy escucha con dificultad, y lo poco que dice le sale rígido y forzado. Hasta Jim se da cuenta, y pregunta varias veces si Diddy se siente mal. No, no, estoy perfectamente. Jim insiste:

—Tienes muy mala cara de unos días a esta parte. Deberías esquiar, o jugar al tenis, o ir al gimnasio.

Diddy no acertaba a entender el fracaso de la conversación, y se esforzaba por sacarla adelante. Por eso tardaba en consumir su abundante cena, no porque le faltara apetito. También por eso pidió más café, y una copa de coñac que no quería tomarse. Hacer tiempo, en la esperanza de aprender a hacer ambiente.

Inútil. Diddy se avergonzó de explotar a este compañero, que si no le era simpático tampoco le inspiraba antipatía, y que se iba animando a medida que pasaban las sombrías etapas del reloj. Diddy notaba que ahora Jim había entrado en su segundo periodo de vitalidad, que estaba deseando salir a la calle a "armarla", como él decía. Si se quedaba al lado de Diddy era por consideración al amigo enfermizo y desgastado, incapaz hoy de vida nocturna; por no dejarle solo en el casi vacío restaurante del hotel. Clara responsabilidad de Diddy: romper el lazo de las ceremonias, abrirle a Jim las puertas. Lo cual logró con un bostezo y una falsa confesión de sueño y cansancio.

—Parece que ese bicharraco del mes pasado no te ha soltado todavía - dijo Jim, sin poder ocultar el placer de desembarazarse de su colega.

Salieron al vestíbulo. Jim le dio una tímida palmada en la espalda:

—Buenas noches, Dalt. Y que duermas bien, ¿eh? Vamos, nada de locuras.

En la puerta giratoria le hizo una señal de despedida. Diddy correspondió desde el elevador, y subió a su cuarto.

Contempla rencoroso, en el espejo, su lúgubre semblante. Intenta derretir el hielo de su espíritu a fuerza de voluntad. Qué carga es este Diddy el Desalentado, sobre sí mismo y sobre el prójimo.

Se duchó y se metió en la cama. Sabía que no se iba a dormir sin la larga odisea de costumbre, pero la cama era el único lugar, en esta pequeña y mal amueblada habitación, en que se podía reposar un poco. ¿Qué pasa?

Diddy no se conoce tan bien como cree. Ni tiempo ha tenido de empezar a fijarse en el parpadeante anuncio amarillo de la ventana. Diddy el Exhausto, exhausto de verdad, se durmió con las luces encendidas, sin darse cuenta ni de que tenía sueño.

Aquella noche Diddy volvió a soñar. Un drama menos desagradable de lo que él podría haber supuesto. Ninguna imagen del operario caído, ni de la ambigua catarsis sexual junto a Hester. Era un sueño verboso, el sueño de un hombre agotado.

Dos pasajeros del tren, el filatelista del traje de espiguilla y el afable sacerdote, hablan de su afición común. Pero no es la filatelia. En el compartimento, frente a frente, se muestran una hermosa concha marina. Un ejemplar soberbio y sonrosado de una especie que Diddy reconoce: *Conus gloriamaris*, la Gloria del Mar. Los dos hombres alaban la concha, se indican mutuamente sus volutas y adornos. Diddy no sabe quién es el dueño de la Gloria del Mar. Si la concha pertenece a uno de los dos hombres, el otro no da señales de codicia ni de envidia. Si la posesión es común, no parece causar disputa ni conflicto.

Diddy, a la vez espectador dentro del sueño, sentado junto al hombre del traje de espiguilla, y testigo lejano desde fuera, desde algún sitio, desde ningún sitio, se muere de celos. Desea intensamente la concha para sí, aunque reconoce que ha sucumbido a un sentimiento vergonzoso. Ya que Diddy ni admira la concha ni entiende su belleza. Si paseando por la arena húmeda, parda y burbujosa de una playa desierta, Diddy encontrara la Gloria del Mar, ni siquiera la honraría con una mirada. A menos que tropezara en la hermosa concha: entonces la apartaría de un puntapié o la pulverizaría de un talonazo. Diddy el Malo sólo codicia la Gloria del Mar porque ve que el sacerdote y el filatelista le atribuyen gran valor.

Pero no tiene ningún derecho a poseerla. Es muy poco probable que estos hombres cedan su tesoro a Diddy. Diddy colecciona sellos de correos.

Definitivamente excluido de la perpetua alegría que comparten los otros dos, Diddy se siente más y más defraudado. Algo tiene que hacer. Arrancarles de las manos la concha, no. Por oscuros motivos sabe que no puede apoderarse de ella; al menos no (ahora). Lo que sí puede es disminuir el placer de sus dos compañeros. Tomar, como quien dice, posesión moral.

Acto instantáneo. Antes de que empiecen a gemir los escrúpulos de conciencia; antes de que se cierren sus herrumbrosos y conocidos grilletes.

Diddy interviene con brutalidad. ¿Cómo? Pronunciando un discurso que destila rabia y envidia, la rabia y la envidia que le ahogan.

A fin de dominar al auditorio, salta de su asiento a la redecilla del equipaje. Allí se instala como puede, inclinado, doblado, y con los pies en el aire y la cabeza torcida inicia su perorata.

Artículo primero: ha pasado, irremisiblemente, la edad de oro de la conquiliología. No hay por qué empeñarse en volver atrás. Diddy observa el efecto de estas primeras palabras. Los dos conquiliólogos ya parecen menos entusiasmados. Este pasatiempo, continúa Diddy, floreció en el siglo diecinueve, cuando aún se podían descubrir especies nuevas. (Ahora) todo está descubierto y clasificado; estos objetos no merecen la atención de una persona respetable. Coleccionar conchas ha venido a ser actividad de aficionados, gente sentimental que se conforma con muestras y combinaciones arbitrarias, y que se deja embaucar por cualquier falsificación. Ya que, perdidas las antiguas normas de la conquiliología, todo se vuelve cacharros esmaltados, lijados y teñidos, que pasan por auténticas conchas de molusco y son en realidad cadáveres embalsamados. Esta abusiva abundancia ha ocasionado una disminución del respeto con que debe tratarse todo cuerpo natural, y una irrevocable corrupción del gusto conquiliófilo. Y en verdad, grita Diddy llevado de su afán de convencer, se ha corrompido el gusto en todos los terrenos. ¿Quieren ustedes que les haga una pequeña revelación esotérica? El maldito deseo de enmendarle la plana a la naturaleza empezó con el primer mortal que se propuso convertir las conchas en obras de arte. Ahí está, dice Diddy el Caprichoso, escupiendo con furia al sacerdote, ahí está la verdadera causa del pecado original.

El sacerdote se limpia de saliva la pechera, tranquilamente, mientras Diddy sigue hablando. Si estuviera aquí la señora Nayburn, le habría dado un pañuelo al pobre pastor de almas antes de que él hubiera sacado el suyo.

Artículo segundo: las desdichadas conchas, tan indefensas como los moluscos que en un tiempo albergaron, no han podido remediar esta denigrante metamorfosis. Unas se entregaron sin resistencia; otras lucharon en vano. ¿Y cómo hubieran sido capaces, no ya de vencer, sino de resistir? Las conchas no tienen ojos. Es decir, no sólo se alteró su cantidad: también su misma esencia. Las conchas se embrutecieron, se abarataron. Miren ustedes de cerca, exhorta Diddy, esa concha que tanto acarician. Cierto es

que la Gloria del Mar fue en una época la más rara, codiciada y preciosa de su género. A principios del siglo diecinueve no había más que dos ejemplares conocidos en todo el mundo. Los dos se hallaron en las aguas orientales de Nueva Guinea. Pero a fines del mismo siglo la concha se multiplicó indecentemente. El precio se vino abajo. (Ahora) cualquiera puede encargarse uno de estos ejemplares modernos, decaídos. Y no hablemos de las cuidadosas imitaciones fabricadas en serie en el Japón. Diddy castañetea con brusquedad los dedos:

—¡Quiero ver ese ejemplar!

El hombre del traje de espiguilla se levanta apresuradamente y le alcanza a Diddy, encaramado en la red, la venerada concha. Diddy no necesita estetoscopio ni martillo de reflejos. Los defectos de esta Gloria del Mar, declara, se perciben a simple vista. Con un negligente papirotazo, Diddy señala que la voluta principal va en sentido contrario al del genuino *Conus gloriamaris*, y que las reticulaciones son oblicuas a las de toda concha de verdadera casta. También muestra a los avergonzados conquiliólogos que el labio está muy descascarillado, y que el margen es grueso donde más delicado debía ser. El desprestigio del tesoro produce la aflicción consiguiente, pero Diddy, implacable, insiste: "¡Los han estafado! ¡Esto es un cachivache sin valor!" Y se lo arroja, sin más contemplaciones, para que lo atrapen si pueden. "En resumen, caballeros", concluye Diddy triunfante, "lo que tienen ustedes ahí es una concha mutilada, asesinada."

Diddy mira con desprecio a los coleccionistas, que (ahora) manosean frenéticamente la concha y la observan por todos lados, en la esperanza de poder rebatir argumentos tan sólidos. Diddy sabe ya con qué clase de gente trata. El sacerdote y el filatelista son hombres gordos, corpulentos; por lo tanto se inclinan a las cosas pequeñas. Sellos de correo, conchas, muñequitas, llaveros, cajas de fósforos, revistas en octavo, flautas dulces, automóviles chicos, perros miniatura, cuadros de gabinete, virtudes menores. A Diddy le gustan las grandes virtudes y las cosas fuertes, voluminosas. Que no le hablen de placeres frágiles y exquisitos. Un buen trago de ginebra, y no una taza de jazmín de la China. Aun así, puede y quiere proteger lo débil y vulnerable. (Ahora), por ejemplo, le molesta que el sacerdote ocupe demasiado lugar en el asiento, más de la tercera parte que le corresponde, en perjuicio de Hester y la señora Nayburn. Preciso es

que Diddy intervenga para remediar esta descortesía. Las dos mujeres son demasiado delicadas para quejarse.

Pero la joven rubia y su tía ya no están en el compartimento. Quizá las puso en fuga la discusión. Discusión de hombres solos. En el debate que (ahora) se aproxima, Diddy, que ha escogido audazmente un punto de vista minoritario, tendrá que defenderse.

El sacerdote de la voz sedena pregunta a Diddy, que se ha reconocido profano en conchiliología, cuál es el origen de sus argumentos. Diddy sabe que todo su discurso es falso. Pronunciado, no obstante, sin el menor escrúpulo de conciencia. ¿Diddy el Intrépido o Diddy el Depravado? Pero esperen: tal vez es verdad lo que ha dicho. Sin que él lo sepa. La suerte de haber recortado un artículo de periódico que hablaba extensamente de todo lo relativo a la Gloria del Mar.

Diddy responde, en triunfo, citando el autorizado e incontrovertible artículo. Ni que decir tiene que lo lleva, como siempre, guardado en la billetera. Para estas crisis de credibilidad. Los dos hombres piden que se les muestre el recorte. ¿Sospechoso? El hábil Diddy presiente algún peligro en esta razonable petición. Supongamos que sus enemigos piensan apoderarse del artículo, ya sea para romperlo o para apropiárselo. Diddy habrá perdido la única prueba fehaciente de su fraudulenta argumentación contra la concha. Diddy declara, pues, que traerá el artículo otro día; (ahora) sus rivales no tienen más remedio que aceptar su palabra de honor. Y sin más, vuelve a pronunciar su discurso desde el principio.

En plena jaculatoria, desde el pulpito de la redecilla, Diddy empieza a sospechar que ha ido demasiado lejos. Una tesis tan ajena a la verdad acaba por no convencer ni engañar a nadie. Para que no sea tan patente su intención destructiva, el astuto Diddy resuelve subrayar algunas de las virtudes de la caracola. La hermosa granulación de la valva externa, el sutil resplandor de los anillos. Pero en el momento mismo de iniciar el elogio, Diddy observa que estas cualidades ya no existen. La concha es (ahora) tan inequívocamente fea como en el malicioso retrato que de ella hizo. Los dos coleccionistas lo comprenden con tanta claridad como el propio Diddy. Disgustados, arrojan por la ventanilla su antiguo tesoro. "Prohibido arrojar objetos por la ventanilla del tren."

Y Diddy se arrepiente. Se vitupera por haber sido tan mezquino y falso, por haber calumniado una cosa tan bella. Ignorante de su propio poder, la ha

convertido en un monstruo. En el sueño, Diddy recuerda a Andrés carbonizado, retorcido en la pira funeral entre las risotadas de los chicos. Y se propone recobrar la concha, con la esperanza de poder resucitar una parte de su anterior belleza y devolverle la estimación de sus ingenuos y defraudados ex-propietarios. "¡Esperen!" grita... "Pronto regreso." Se lanza de lo alto de la red, con los ojos fuertemente cerrados, y cae del tren en marcha. ¿Prohibido arrojar por la ventanilla?

Caer es fácil, si no se piensa en ello. Diddy se ha raspado un poco las rodillas y la palma de las manos, como un niño, el niño Diddy, al deslizarse contra el cojín de primera base. El dolor palpita un momento y se calma. Diddy se pone en pie, se sacude el polvo y ve que está en un túnel oscuro. Aunque el tren, a toda velocidad, ha desaparecido, Diddy sabe que puede alcanzarlo más adelante. Cuando haya encontrado la concha.

Si hubiera luz, Diddy emplearía un microscopio. Objeto: ver lo no visto. Método: aumento de dimensiones. Pero sin luz externa, los microscopios ópticos son inútiles. Diddy no debe menospreciar la dificultad de su propósito. No es fácil localizar una concha cónica de diez centímetros de longitud, solo y a oscuras. La tarea de Diddy es más compleja que las empresas refinadamente difíciles con que los príncipes de los cuentos de hadas probaban su valor y su bondad. Ya que al príncipe, mucho antes de que le venza la desesperación, se le acerca una benévola anciana de revuelto pelo gris y ojuelos penetrantes que le brinda un artículo mágico de primera categoría, o un fiel animalejo dotado de habla humana que le da una secreta contraseña y un juego de utilísimas instrucciones. A Diddy nadie le ayuda.

Diddy recorre de punta a punta el húmedo túnel, y vuelve atrás. Luego hace otro viaje de ida y vuelta. Siempre temeroso, por la falta de luz, de pisar y destrozar la preciada concha. Esa leve, calcárea estructura inanimada ¿sangraría? ¿Ocultaría aún un molusco chiquito y aterrorizado? Pasan blandamente unas horas interminables, y Diddy no ha encontrado nada. Diddy el Desalentado. Entonces algo cambia en la topografía de la búsqueda, y el fracaso se volatiliza; todo queda resuelto. Otra victoria de la inteligencia, metódica y discreta, del buen Diddy. ¡Bendita inteligencia! De súbito, aunque no muy claramente, ha comprendido por qué, a pesar del repetido y cuidadoso examen del terreno, no ha encontrado la rosada y ebúrnea Gloria del Mar. Es porque ya está dentro de ella. La desechada concha es (ahora) tan extensa y capaz como el túnel. Concha y túnel se

sustituyen mutuamente para que Diddy pueda pasear a su gusto por una y otro.

En este instante Diddy camina y trepa a la vez por la resbaladiza y espiral superficie interior de la caracola, lo cual le tranquiliza en cuanto a un detalle observado en el curso de sus infructuosas exploraciones. Le había alarmado que la curva de la vía fuese (ahora) mucho más pronunciada que antes. Diddy no se detiene a analizar ese "antes", sabiendo como sabe todo el mundo que en los sueños, por regla general, no hay tiempo, sino espacio. Pero las reglas del pensamiento se han concebido para criticarse, para ser superadas. Si Diddy no analiza, ¿es por pereza, por cobardía o por estupidez? Debería saber que no sólo hay tiempo, sino tiempos; muchos tiempos, unos continuos, otros intermitentes, simultáneos, paralelos, disyuntivos. Debería saberlo y lo sabe, sin duda. Pero Diddy no tiene muchos deseos de pensar en el tiempo anterior, en la última vez que estuvo en el túnel.

Según instrucciones, el empleado de guardia telefoneó al cuarto 414 a las siete menos diez del martes. Diddy, despierto ya, pidió que le subieran inmediatamente la Gaceta. Hoy podrá sondear más a fondo este complejo asunto. Primero buscará la continuación del artículo que apareció ayer en la página 16. Cuando la encuentre (y tiene la certeza de que la encontrará) estudiará su longitud y colocación. ¿Ocupará algo más de los cuatro reducidos párrafos de ayer? ¿Estará más cerca o más lejos de la primera plana? ¿Cuál será el tema principal? ¿La vida y muerte de Incardona, o la investigación de la posible negligencia de la compañía?

La ansiedad de Diddy se convierte en decepción. El periódico de hoy, examinado tan cuidadosamente como los dos de ayer, no dice ni una palabra del asunto. Ni un párrafo "siquiera en la sección de necrología. Ni la menor alusión a las pesquisas de las autoridades. Nada. ¿Tan poco dura el interés de la gente, la fuerza de un acontecimiento? Una muerte violenta y arbitraria, ¿no se merece más que media columna de prensa?

Naturalmente, Diddy no ha olvidado el entierro de Incardona, que según la edición matutina de ayer habrá de celebrarse esta tarde a las dos. Si Diddy se presenta, no será para ver el cadáver magullado de su víctima. Todavía no ha nacido Diddy el Sádico. Aun si quisiera verlo, no podría, ya que cuando el difunto llega mutilado se cierra de inmediato el ataúd. Tampoco iría Diddy a condolerse. No ha sentido de verdad la muerte de

Incardona. Lo único que siente todavía es horror. Un horror algo más remoto.

No: el motivo de su deseo de asistir a la ceremonia fúnebre es muy distinto. Quiere ir al oficio de la funeraria (en el cementerio no podría pasar inadvertido) a fin de ver con sus propios ojos a la viuda y al hijo del guardavía. Su realidad física tiene que fundirse con la experiencia de Diddy. Quizá al mirarlos en carne y hueso Diddy podrá eliminar definitivamente la dolorosa duda residual, no del todo disipada por el irrefutable testimonio de la Gaceta, de que haya sido cierto el encuentro del túnel. Diddy tiene particular interés en conocer al niño Thomas Francis. Si es el hijo del hombre que Diddy ha matado, Diddy notará en él alguna semejanza con el padre. Entonces no habrá duda de que Diddy bajó del Pirata. De que peleó con alguien. De que ese alguien era Angelo Incardona, fallecido.

Otro dilema solicita la atención de Diddy. ¿Irá o no irá a visitar a Hester? Al despertarse esta mañana, tuvo la sensación de que no quería ir. Ayer, Hester casi le había echado. Diddy carece de conocimiento, desfallece en conducta. No debería volver mientras no comprendiera mejor los obstáculos que le separaban de la joven. Además, Diddy no quiere dar a entender, ni a Hester ni a su tía, que pueden contar con una visita diaria mientras Diddy siga en la ciudad.

Bien: eso está resuelto. Resolverlo no ha sido difícil. No hay más que aplazar el viaje al hospital; Diddy podrá volver otro día, mañana por la noche. El entierro de Incardona no se celebra más que una vez.

Ahora: ¿sí o no? ¿Irá Diddy al entierro? Diddy no contesta. Pregunta repetida. ¿Va o no va? Silencio. Qué complicado parece todo. Qué complicado es. En este plan hay algo desagradable. Diddy el Malsano. Diddy el Mirón. El espía del dolor ajeno por motivos egoístas y tortuosos. Y qué mal gusto: un asesino que se introduce en el entierro de su víctima, no a regocijarse, sino a darse baños de piedad. También hay algo de masoquismo. Tal vez Diddy quiere ponerse en coyuntura de abrazar las rodillas de la viuda y el huérfano y confesarles todo entre sollozos. Tal vez es el afán de confesión el que empuja a Diddy, cohibido por la complejidad del trámite jurídico, hacia esta funeraria Floral Gardens donde a las dos habrá un oficio de difuntos. Y sin embargo...

Suena el teléfono. Un telegrama de Duva. No viene a las reuniones. Escribe por entrega inmediata.

¿En qué estaba pensando Diddy? Lo mismo da. Decidir (ahora) es imposible. Y hay que atender a los negocios del día, que no plantean dilema. Hay que ponerse a tono con el trabajo, aunque no sea más que temporalmente. Hacer acto de presencia en el vestíbulo, desayunar con Jim y los demás, ir a la fábrica, tomar parte en la junta. Las decisiones graves, que se queden para la hora del almuerzo. Un pie delante de otro, paso a paso. Diddy acabó de vestirse, revisó el portafolio por si algo le faltaba, y bajó.

En el elevador, Jim hablaba en voz baja con Katz:

—Oye, qué pueblo éste. Cómo han cambiado las cosas en los últimos tiempos. Me quedé de una pieza. Hay cabarés por todos lados, y varias casitas en la calle Parker.

—¿Dónde? —preguntó Katz.

—A unas quince cuerdas del jodel.

Jim siempre se reía de sus propios chistes.

Reager llegó a la puerta de la sala de juntas al mismo tiempo que Diddy.

—Buenos días, Harron -dijo con frialdad, y entró primero.

Esta vez me ahorro la visita a la familia, pensó Diddy. Y quizá también la cena en el club. Haber caído en desgracia con Reager le servía de tónico, cristalizaba el blando revoltijo de sus pensamientos.

Hoy no es como ayer. Ayer toda la sesión de mesa ovalada fue una lucha continua y fantasmagórica. Hoy Diddy tiene humor para el trabajo. Tanto, que después de una acalorada discusión sobre descuentos comerciales, en la cual defendió la actitud minoritaria y acabó por ganarse a la mayoría, Diddy bajó a almorzar al comedor del segundo piso sin mirar el reloj. Había devorado plato y medio de pollo a la crema cuando se le ocurrió ver la hora. ¡Ya las dos menos diez!

Conque nada se habla decidido. Diddy había dejado escapar la idea del entierro. Mucho antes de que Diddy pueda salir para la funeraria, la viuda y su hijo habrán llegado a la sepultura. Si no es que están ya en ella, arrojando terrones al ataúd. Horrorizado, Diddy se acusa de criminal descuido. Ya no puede seguir comiendo. El pollo se le antoja mucosa hervida. Y la actuación matinal del brillante, amistoso, enérgico, tenaz y un poquito gazmoño Dalton Harron parece (ahora) grotesca. Ni como actuación se justifica; ni como la hábil máscara de un hombre que debiera meditar en cuestiones más graves. ¿Qué derecho tiene a la tranquilidad?

Inmediatamente piensa en Hester. Diddy no alterará su anterior resolución. Ya que ir a visitar a la muchacha, después de haberse olvidado del entierro, confirmará su imagen de hombre sin voluntad. Eso sí: antes de que le traigan el café, llamará al hospital por teléfono a preguntar cómo sigue la internada.

Para esa noche Diddy se señala una pequeña penitencia. La soledad. Nada de distracciones; nada de cenar con Jim ni con otros compañeros. Se llevará a su cuarto algo de comer, y meditará, para variar. Volverá a hacer contacto directo con el hombre interior. Ha descuidado bastante esa tarea, y (ahora) paga el precio de su descuido. Las cosas ya no tienen el peso que debieran tener. Diddy ha tratado con ligereza los asuntos graves, y con solemnidad los de poca importancia. Diddy el Tonto. Debe esforzarse por pensar. No por preocuparse, ni por censurarse, sino por pensar. Aunque no es fácil estar solo. Quizá le espere Hester, a pesar de que él ha anunciado, a las dos, que no irá a visitarla. (A Hester ya le han puesto teléfono en su cuarto.) Le duele imaginársela inmóvil y sin vista, envuelta en la horrorosa bata de franela, aprisionada por la charla incontenible de la señora Nayburn... Diddy volvería a telefonar, si no fuese porque esta tarde le resultó embarazoso hablar por el aparato. Vale más esperar a encontrarse con Hester cara a cara.

Entonces se le ocurre otra llamada telefónica. ¿Cómo no lo ha pensado antes? No habrá ido al entierro, pero sí puede hacer averiguaciones. Si llama a la funeraria, fingiéndose redactor de una revista cualquiera (la del inverosímil Sindicato de Guardavías, por ejemplo) podrá pedir detalles del sepelio sin despertar sospechas. Y si quiere, no le será difícil ver a la viuda y al niño con un pretexto semejante. ¿Quién habla? ¿Floral Gardens? Diddy da un nombre supuesto y dice ser redactor de la revista sindical. "Tengo casi terminado el artículo de Incardona" añade cautelosamente "y necesito unos informes..." El individuo de la funeraria se ofrece a ayudarlo en lo que pueda. "A ver... Ah sí. (Diddy trata de hacer una pregunta inofensiva.) ¿Podría decirme en qué cementerio le han enterrado?"

—No, si no le han enterrado. Le han incinerado. — ¿Que le han incinerado? ¿Y dónde están... dónde depositaron las cenizas?

—Se las enviamos a su madre, que vive, creo, en Texas. Sí, así es. A petición del difunto. En el testamento aparece.

A Diddy le ha abrumado la noticia. No puede pronunciar palabra; mucho menos seguir preguntando. En silencio, se esfuerza por encajar lo que ha oído.

—¿Desea usted algo más, señor Douglas?

—Sí, por favor... O no, creo que no... Saber únicamente si ya... si han mandado las cenizas.

—Esta misma tarde, por correo certificado y asegurado, entrega inmediata. Le advierto que nos salen bastante caras las remesas postales de este tipo. La funeraria no recauda más que los honorarios de cremación. Y no son muy altos.

Diddy se siente incapaz de hablar y escuchar más. Da las gracias y cuelga el teléfono.

¿Por qué le alarma y aterra que hayan incinerado el cuerpo de Incardona? Porque entonces su víctima parece regresar al reino de los fantasmas. Un cadáver sepultado en el polvo y abandonado a la putrefacción tiene realidad. Todavía se asemeja a lo que fue: una mole animal, densa y extensa. Mucho tiempo después del sepelio sigue relativamente intacto. Hasta un cuerpo tan mutilado como sin duda lo estaba el de Incardona podría exhumarse varios meses, y hasta años, más tarde; podría ser objeto de una autopsia que probara el acto criminal. ¡Pero la incineración! La incineración no deja huellas; las cenizas no existen. No tienen cuerpo, no tienen peso. No hay nada que exhumar, nada que examinar; no queda rastro de la persona viva.

Diddy ha perdido el gobierno de las cosas. Algún misterio se le escabulle. ¿Por qué querría Incardona que incineraran su cadáver? El de la funeraria habló de un testamento, pero quizá se equivocaba. Un hombre apellidado Incardona habrá sido católico, y la Iglesia prohíbe la cremación. Tal vez el empresario de pompas fúnebres, o su ayudante, o quien fuese, había mentido. O no sabía la verdad. Tal vez era la Standard de Ferrocarriles Nueva York-Boston la que había ordenado la irrevocable destrucción del cuerpo. O si no, la propia esposa de la víctima. ¿Qué pretendían ocultar unos y otros?

Supongamos que la voz telefónica no se equivocara ni mintiera. Es muy raro que un obrero joven, sin más instrucción que la secundaria, haya hecho testamento. A menos que Incardona presintiese su muerte prematura. Y la

incineración es de lo más inverosímil. Un patán como el difunto no habría pensado en dar a su cadáver suerte tan refinada.

En la perpleja mente de Diddy ya no cabe duda de que tiene que apelar a otros recursos. No puede limitarse a informes telefónicos y a noticias ambiguas. Diddy el Crédulo debe emprender pesquisas por cuenta propia. Hablar con la viuda, con los funcionarios de la compañía, con el personal del tren, con todos los pasajeros que pueda localizar. Ciertamente es que para averiguar lo que en realidad ha ocurrido se necesitarán numerosas entrevistas, y Diddy seguirá sin saber cuál es su verdadera proporción de culpa y de inocencia. Pero algo es algo. Empieza a calmarse la agitación de Diddy. Vislumbra ya cierto dominio. ¿Es el fracaso lo que le impulsa a la actividad, lo que le arranca de la inercia?

Porque Diddy se siente fracasado a raíz de esta última gestión. A pesar de sus titubeos, siempre había supuesto que se efectuaría una investigación de la muerte de Incardona. Para ello se necesitaba un cadáver intacto, o algo que se le pareciera. Diddy había contado con un entierro común y corriente. Un almacenamiento del cadáver, con miras a su empleo posterior.

Algún día, si no (ahora) o muy pronto, llevarían a cabo la autopsia. Diddy lo había pensado, se lo había imaginado. El olor fecal de la sala de disecciones. Una larga mesa de acero. Armarios de metal, con anaqueles de vidrio. Frascos cerrados, rotulados con tinta violeta, y llenos de reliquias y trofeos conservados en formol. Los órganos acribillados de notorios criminales muertos en las batallas del hampa.

Fragmentos de las víctimas de los últimos accidentes de aviación. Una fila de laringes, seccionadas para revelar los trucos de la muerte: un camarón, una tachuela, un trozo de filete, una moneda de cincuenta centavos. Otra fila de fetos en distintas etapas de desarrollo. Y cerebros envenenados, nervios narcotizados, corazones atrofiados por los calmantes, pulmones gaseados, estómagos perforados por esquirlas de cristal.

Diddy aguarda. Un negro de blusa y pantalón blancos, y que huele a vómito, trae un cadáver sobre una camilla de ruedas. El negro alza el cobertor de la camilla, y se adelantan cuatro hombres: el médico forense y sus ayudantes. El médico se pone unos guantes de goma, apretados, translúcidos, ambarinos; empuña un bisturí, y practica dos incisiones: una a lo largo del torso, de clavícula a pubis, y la otra a lo ancho del vientre. (Ahora) deja a un lado la brillante herramienta y mete las manos en las

entrañas del cadáver, apartando cortésmente la mirada. Los demás observan con gran atención.

Cualquier muerte repentina, o no certificada por un médico; cualquier muerte traumática o sospechosa, debe ser investigada por el forense. ¿No lo estipula así la ley? Continúen su examen, señores doctores. Hagan el favor de examinar a fondo. No se apresuren a cerrar el expediente. En la ciudad de Nueva York, como sabe Diddy, el médico forense tiene que autorizar todas las solicitudes de incineración. ¿Le habían hecho la autopsia a Incardona? Quizá en esta ciudad no hay tal ley, así como en muchas el forense ni siquiera necesita el doctorado.

Un forense experto, según dicen, trabaja intuitivamente. Olfatea el homicidio. También sabe razonar. Un forense experto es un patólogo de primera, y cuenta con seis pisos de laboratorio: histología, química, serología, radiología, microfísica y toxicología. Pero hay demasiadas pruebas. Una autopsia puede revelar varias causas posibles de defunción. Además del daño causado por el cobarde golpe de Diddy, además del horrible atropello del tren, Incardona podría haber muerto de un infarto al miocardio, de cirrosis hepática, de una úlcera no descubierta, de sífilis. ¿Cuál sería la verdadera causa? Quizá la muerte tiene apariencias de crimen, y ha sido natural. O quizá no las tiene, y no lo es. Si a una persona la atropella un tren ¿a quién se le va a echar la culpa? No al monstruo de hierro, que no ha hecho sino su labor de siempre, que se ha portado como tenía que portarse, a gran velocidad, sobre ruedas mortíferas. Claro que la gente recurre a la misma excusa, como si el ser humano se fabricara en serie, como si compartiera la inocencia de las máquinas. ¿Es culpable, de algún modo indirecto, el primer maquinista? ¿Cualquier otro miembro del personal del tren?

Además de la vaga cuestión de encontrar y aprehender al criminal, si es que ha habido crimen, se plantean problemas de otro orden. La cantidad percibida por la viuda y el huérfano, por concepto de seguro y compensación, variará según las circunstancias del fallecimiento. Y no olvidemos la posibilidad de que salgan a luz negligencias o faltas en las medidas tomadas por la compañía para evitar accidentes de trabajo.

El crimen huele mal. Ahí está la clave. ¿Por qué delicadeza inoportuna aparta la vista el forense? ¿No está ya inmunizado a los horrores de su

profesión? Si alguien es capaz de ver sin miedo ciertas cosas, es este hombre.

Pero mirar de cerca duele.

Incardona está tendido en la mesa de disección. Tiene la cabeza echada hacia atrás, el cuerpo abierto de parte a parte. Le han sacado minuciosamente todas las vísceras. La carne de su tórax rebasa las esquinas de la mesa en dos enormes lonjas pardas, que dejan al descubierto la columna vertebral desde el cuello a la pelvis. El cirujano esgrime sus brillantes aceros...

El miércoles por la tarde, Diddy se fue derecho de la fábrica al hospital. Una breve visita a Hester antes de la tarea detectivesca que pensaba emprender por la noche. Llegó con las manos vacías. Demasiado impaciente para comprar un regalo. Además, ¿qué podía llevarle a Hester, como no fuesen flores? En la florería del hospital compró un ramito apresurado, de compromiso.

Afortunadamente, no estaba la señora. Hester alzó la cabeza al entrar Diddy en el cuarto. ¿Verá algo, a través de los lentes oscuros? ¿Y qué pruebas desagradables y frías le habrán hecho? Hester parece armada de paciencia, pero es sin duda una paciencia aparente. Como Diddy, estará vibrando de esperanza o abrumada de desesperación.

Diddy arrojó el abrigo a la silla de los pies de la cama.

—No hables -dijo Hester-. Ya sé que eres tú.

Y sonrió. Diddy feliz. Se acercó rápidamente a abrazarla. Arrimó la otra silla al borde del colchón y se sentó. Con la mano izquierda tomó la de Hester; con la derecha empezó a acariciarle la mejilla. Hester se llevó a los labios la mano de Diddy, le besó los dedos. Él se inclinó a besarle el cabello y la boca.

Continúa este diálogo íntimo, hasta cuando comienzan a hablar. Hester menos ensimismada y enigmática que el otro día. (Ahora) sentada en la cama, con las piernas recogidas y el dorso levemente arqueado. Sostienen una conversación trivial, de las que a Diddy suelen resultarle insufribles; ésta, en cambio, le agrada y le sosiega. Diddy traza la historia de Watkins y Compañía; bosqueja la actual situación del negocio; describe la fábrica, y añadiendo a sus propias impresiones las de Jim, relata los sucesos de estos tres días de juntas, tanto en escena como entre telones, tanto las fatigosas

sesiones oficiales como las intrigas y secreteos. ¿Podría interesarle a Hester la elegante rutina del trabajo de Diddy? ¿El dudoso porvenir de la empresa?

¿El discutido informe sobre requisitos de calidad preparado por varios representantes de la industria y distribuido en la reunión de esta mañana?

¿Las estadísticas del tercer trimestre? ¿Las payasadas de Gus Rike, abogado de la compañía?

¿La nueva contrata, jubilosamente revelada ayer por Reager, para proveer de instrumentos a los laboratorios de guerra biológica del ejército?

¿La preocupación moral de Diddy respecto a esa contrata?

¿La última desavenencia de Watkins y Reager? ¿Los errores cometidos en la venta de treinta unidades del Scopio-21 a la Universidad de Lima?

Aun si no le interesa a Hester nada de esto, aun si finge interés por no ofender a Diddy, Diddy se siente halagado por lo bien que escucha. Ojalá no tuviera que ocurrir lo que Diddy tiene planeado para esta noche; así podría estar más presente ante Hester esta tarde. Orientado hacia ella, nutrido de ella. Diddy se esfuerza por permanecer en este cuarto, pero no puede. Ya está ejercitándose, en un remoto bastión de su espíritu, para el próximo asalto. Casi las seis. – ¿Viniste hoy más temprano porque tienes una cita a la noche?

Diddy descubierto. Parece imposible ocultar a Hester la menor vaguedad, el menor debilitamiento de la atención.

–Sí.

–¿Negocios?

–No, un asunto personal. Alguien a quien no he visto nunca.

Con una respuesta así, a la vez misteriosa e informativa, invita a Hester a seguir preguntando. ¿Es eso lo que quiere? Si. ¿Se siente defraudado cuando, con evidente firmeza, Hester no vuelve a preguntar?

Se inicia la incomodidad de Diddy. El blanco redundante del cuarto de hospital le aprisiona. Aquí residen la inmovilidad y el silencio, y Diddy se reconoce libre. Tiene permiso para irse ¿no? Un cuerpo lo bastante vestido para poder salir a la calle, ojos que le llevan a donde quiere ir. La habitación es una celda estática, el arsenal de la mortalidad. Bien lo saben las flores del lunes: ya se están marchitando. ¿Nota Hester el decaimiento de las flores, su lento arrastrarse hacia la muerte? ¿Cuándo empieza la muerte a hacerse perceptible? ¿Cuánto camino han de recorrer las flores para que su aroma se diluya, para que su carne se reseque y oscurezca? ¿Dónde está el límite?

Las seis. Hester debe de haber observado la inquietud de Diddy, que se remueve en la silla de cuero imitación. Debe de comprender la queja de su mano sudorosa, encerrada en la de ella. ¿Pero sabe con exactitud la proporción de su desasosiego? Como no le ve, no puede darse cuenta de que su incertidumbre en cuanto a la aventura de esta noche se refleja en una confusión indumentaria poco frecuente en él. La corbata no hace juego con la camisa, ni la camisa con el traje, ni el traje con los zapatos. Lo único que le falta para el caos total es un par de calcetines de colores diferentes. Hoy nada le ha salido bien.

Hester, que está muy sola y que evidentemente le va tomando cariño, quiere que se quede. Diddy no pretende suscitar nuevas muestras de afecto mediante su inevitable desapego de esta tarde; no es hombre de esa índole: no acostumbra jugar con las mujeres fingiendo apatía. La atracción que siente por Hester puede y debe manifestarse, pero no (ahora), o es un sentimiento más virtual que actual, o las circunstancias exigen que se aplace.

Más vale ponerse en marcha. Hacer lo que hay que hacer.

Diddy se encuentra en una calle estrecha y mísera. En la mano lleva el trozo de papel donde ha copiado la dirección que venía en el recorte de periódico. Filas y filas de casas de dos pisos, casi iguales. Como las casas que aparecen en las ventanillas del tren, rechazadas sin vivir en ellas, sin ver sus interiores. (Ahora) llega al número que busca. 1836. Una mujer achaparrada y curvilínea le abre la puerta. Sandalias doradas, pantalón marinero estilo Op Art, blusa amarilla de satén, cigarrillo.

—La señora Incardona, por favor...

—¿Qué quiere?

La mujer está a la defensiva. Emanan del pasillo un tufo de humo agrio, un olor a fritangas.

—¿Es usted Myra Incardona?

—¿Para qué?

—Represento a la compañía de ferrocarriles. (Diddy se quita un sombrero muy poco ferroviario.) Siento tener que molestarla con unas preguntas... Por lo de su esposo.

Las fofas mejillas de la mujer se ensanchan en una sonrisa que muestra dos filas de dientes podridos. "Pase, pase." La visita no le desagrada. ¿Cuántos investigadores habrán venido ya? "¡Tommy!" grita la mujer con

otra voz, una voz ronca. "¡Cierra la maldita televisión! Está un señor de los ferrocarriles..." Luego a Diddy: "¿No me da usted el abrigo?"

Diddy le entrega el abrigo y el sombrero, que la mujer coloca sobre el barandal de la escalera, y entran los dos en una sala abarrotada de muebles. Humo por todas partes. Su hedor, a cigarrillos, a pescado y a aceite de cocina, parece dividir el aire en tres capas. En la más baja, la del pescado, Diddy distingue a un niño, que de rodillas ve desvanecerse la imagen de la televisión. Si no miente la Gaceta, el niño tiene once años. No los representa. Mucho menos fornido de lo que debiera ser, con los padres que tiene.

—El señor...

—El señor Dalton -dice Diddy.

—Saluda, Tommy.

El niño alza la vista y baja la cabeza sin hacer el menor caso, esperando quizá que reaparezca el fantasma de la televisión, apagada (ahora).

—Debería estar en la cama, o haciendo las tareas de la escuela. ¿Me oyes, Tommy?

—¿Nos van a dar dinero los del ferrocarril, mamá?

—El chico está muy removido, señor Dalton. Con lo de los funerales de ayer... No se fije.

—No... perdón -dice Diddy, confuso.

El niño no se parece a su padre. Al menos no se parece al hombre que Diddy recuerda. Es enclenque, rubio, pecoso, de cara triangular y brillantes ojos castaños. Incardona era corpulento; tenía la piel morena, la mandíbula cuadrada, el pelo y los ojos oscuros. La mujer es de tipo escocés o irlandés: ojos azules, cabello rojo. Pero el color del pelo es demasiado escandaloso para ser natural. Imposible saber su tono verdadero. Diddy recorre con la mirada la mísera habitación, esperando encontrar una fotografía del difunto. No la hay. Ni para ocultar una mancha del florido empapelado. Ni en la chimenea, entre los recuerdos de la Feria Mundial. Ni encima de la televisión, junto a la imagen del Santo Niño de Praga.

—Te puedes quedar si te estás callado -dice la mujer. Sonriendo, le indica a Diddy la mesita baja, con un dedo manchado de nicotina-. Siéntese. Oiga, ¿no quiere un poco de helado de fresa? Lo tengo en el refrigerador.

Diddy dice que no.

—¿De verdad? Bueno. Ahora dígame en qué puedo servirle.

La amabilidad de la mujer le pone frenético. Quisiera levantarse y echar a correr. Pero hay que hacer preguntas. Diddy el Cauteloso debe tener tacto.

—Verá usted. Como sabe, estamos llevando a cabo una investigación... Me temo que necesitamos ciertos informes personales...

Diddy se detiene y mira al niño. La luz del entendimiento dilata el rostro de la mujer.

—Tommy, vete a la cama.

—Pero mamá...

—Ya me has oído. Lárgate.

El chico sale de la habitación, arrastrando los pies y dando un puñetazo, al pasar, en una de las sillas.

La Incardona se sienta pesadamente:

—¡Ese muchacho! El mejor día acaba conmigo.

Diddy no se siente con fuerzas para seguir. Hay algo en el tono, en la voz, en el habla de esta mujer que le resulta familiar y desagradable. ¿La habrá conocido en algún otro sitio?

—Señora Incardona, ya sé que su esposo tenía un horario irregular y que trabajaba con frecuencia fuera de aquí. ¿Le veía usted muy a menudo? Digo, cuando no estaba trabajando.

¿Por qué pregunta Diddy esto? ¿Para saber si Incardona existía de veras? Una última y absurda esperanza. Quizá esta pelirroja se imaginaba casada con un ferroviario de apellido Incardona, y en realidad llevaba muchos años sin verle.

—Bueno, Joe no era precisamente un hombre casero...

Diddy interrumpió, sobresaltado:

—¡Un momento! ¿Cómo ha llamado usted a su marido?

La esperanza renace. ¡Hay un error! Diddy se ha equivocado de casa.

—¿Qué?

—El nombre de su esposo. Usted le llama Joe, pero yo... en el registro aparece como Angelo.

¿Una equivocación a favor de Diddy? No.

—Nunca usaba ese nombre italiano. Sólo su madre le llamaba así.

Bastante se reían de él los amigos, porque lo de Angelo venía en las tarjetas del horario y en el sobre de la paga. Aquí todos le llamábamos Joe. Como Angelo, pero más corto.

—Entiendo -dijo Diddy, reclinándose en el sillón, agotado por su rápida esperanza de ida y vuelta-. Perdóneme por haberla interrumpido. ¿Qué decía usted?

—¿Qué decía, señor Dillon? Todo se me va de la cabeza en estos días.

—Me llamo Dalton. Decía usted que su esposo no era un hombre casero.

—Ah sí. De casero no tenía nada. Como todos los del ferrocarril. Si fueran hormiguitas de su casa no serían ferroviarios, ¿verdad, señor...?

—Dalton.

Diddy frunció el ceño. La mujer estaba totalmente despistada. ¿Se podía dar crédito a sus informes? (Ahora) insistía:

—¿Verdad que sí? ¿Tengo razón o no?

—Comprendo lo que dice usted -repuso Diddy, sin dejarse intimidar.

—Me pregunta si venía por casa cuando no estaba trabajando. Ya sabe usted que no. Yo estaba enterada de todo, y buenas broncas que le armaba. Pero de nada servía. Usted me entiende. Un hombre no es lo mismo que una mujer. No hay remedio.

Diddy suspiró. Incardona existía, aunque le hubieran cambiado el nombre.

—Gracias por su ayuda -dijo.

—Encantada. ¿Y por qué no? ¿Qué adelantaría yo con no ayudarle? ¿Eh? Dígame usted, señor Dillon.

Joe se ha muerto y eso no hay quien lo arregle. ¡Y lo que lloré! Se lo puede figurar. ¡Me hubiera visto ayer, en la funeraria! Pero me sequé los ojos, y pensé: Myra, tienes que dominarte. A Joe no le vas a resucitar. Y se acabó.

Cada vez que la mujer decía "Joe", Diddy daba un respingo. Ya sabía que mucha gente no atiende al nombre con que aparece en la partida de nacimiento. Pero en este caso, ¿era el cambio una mera costumbre inocente? ¿Y la extraña familiaridad de la voz y los gestos de esta mujer? ¿No le había impresionado tanto como el nuevo nombre de Incardona?

—Lo que lloré -repitió Myra.

Estaba pidiendo a gritos que la alabaran. Diddy, cansado, decidió complacerla.

—Es usted muy valiente.

—Lo mismo me dijo el padre McGuire. El del Inmaculado Corazón de María. Myra, me dijo, tienes mucho valor.

—Me alegro -murmuró Diddy, perdido en sus pensamientos o en algo parecido. Muy lejos, o muy atrás, había una mujer corpulenta, como Myra Incardona. Pero de pronto era muy pequeña.

—¿Qué iba a hacer, señor Dillon? Señor Dalton. ¿Matarme? ¡Nada de eso! Tengo que criar al chico, y además, aquí entre nosotros, no deja de ser una suerte que Dios se haya llevado a Joe. Aunque me esté mal el decirlo.

Se inclinó hacia Diddy, con aire confidencial. Diddy sacó un cigarro, se lo puso en la boca, lo encendió. La mano le temblaba. Ojalá no lo note la mujer.

—¿Usted me entiende? Que como marido, vaya, no era gran cosa. Que Dios me mate aquí mismo si miento. La familia le importaba muy poco. Había que ver cómo pegaba al muchacho, con una de esas perchas de madera. A mí es que me partía el corazón. Pero no pude impedirlo. Quise, pero no pude.

Diddy, agotado, se dio cuenta de que no había oído ni una sola palabra. Tenía la cabeza vacía de imágenes, como una pantalla de televisión al terminar el programa del día: una pared grisácea, cristalina, temblorosa, que emite un largo y tenue zumbido. Hay que hacer un esfuerzo por recordar lo que ha dicho esta mujer, hay que pensar, establecer contacto. Ha dicho que no quería a su difunto esposo. Quizá es ése el motivo de que le hayan incinerado. Nada de ocultar pruebas: una simple venganza. Una mujer amargada y rencorosa. La muerte no es bastante. Deshacerse de él para siempre, del todo. Pero Diddy, que comprende perfectamente estos sentimientos, no sabe cómo determinar el grado de verdad de su nueva hipótesis.

La mujer le mira a los ojos. ¿La ropa, quizá? ¿Por qué le cuesta a Diddy tanto trabajo hablar (ahora)?

—¿Está seguro de que no quiere helado? ¡Es muy bueno!

¿Qué se propone? ¿Tranquilizarle? ¿Reconciliarle con el ambiente?

—No, gracias.

Diddy chupa hondamente el cigarrillo. Tiene que combatir este letargo. Por fin resuelve lanzarse, con audacia.

—Señora Incardona... ¿por qué incineraron a su marido? ¿No le parece un poco extraño?

—¡Válganme los Santos Inocentes! (La mujer alzó los brazos al cielo.) No me lo recuerde usted, señor Dillon. Joe lo había puesto en el testamento;

yo no tuve nada que ver. ¡A buenas horas se me ocurre a mí una tontería como ésa! ¿Y tirar el dinero a la calle? Todo fue por presumir, como si eso sirviera para algo, como si no acabara uno tan muerto como los demás. Cuando yo estire la pata, que me echen al caldero de la basura, si quieren. ¿Tengo razón o no?

¿Dirá la verdad? Y si la dice ¿a dónde va a parar la hipótesis de Diddy?

—Pero su esposo manifestó una preferencia -dijo Diddy, procurando volver a Myra al tema-. Su esposo quería que le incineraran.

—¡Vaya usted a saber lo que quería! Joe nunca hablaba por las claras. Decía hoy una cosa y mañana otra. Para fastidiarme. Luego se moría de risa.

Diddy exasperado.

—Pero la incineración está en el testamento...

—¡Claro que está! ¿Y sabe usted lo que yo pensé? Pensé que Joe había sido muy tonto. Siempre fue así, tan idiota como su hermano. Ya ve: podrían haberle enterrado baratito en el Cementerio Nacional de Arlington, y con una bandera encima. Joe tenía derecho. Había estado en la guerra.

¿Qué hermano es éste? ¿Otro operario del ferrocarril, de apellido Incardona? ¿Muerto o vivo? Diddy no debe despistarse. Si no se anda con cuidado, la inteligencia se le desparramará por los rincones, como la de Myra Incardona, seducida por frases pasajeras y sus derivados. ¿Qué había dicho esta mujer? Ah sí.

—Entonces -preguntó Diddy-, ¿por qué cree usted que su esposo prefería la incineración? ¿No le parece raro?

—¿Cómo raro? Es una locura. Cuando me enteré de lo que decía el testamento, me puse como una fiera. Les pedí que lo cambiaran, pero no me dejaron. Que si la última voluntad, que si tal, que si cual, como si fuera una cosa sagrada. Yo creo que Joe lo hizo por molestarme a mí, por darme en las narices. Sabía que me iba a molestar porque va contra el mandato de la Iglesia. (Mirando a Diddy, como en espera de una contestación.) Pero usted no entenderá de esto. ¿Es católico?

—No. Protestante.

—Lo mismo da. Hay gente mala y buena en todas las razas, y yo no soy de ésas que andan por ahí diciendo que los católicos son los únicos buenos y que todos los demás se van a ir al infierno de cabeza. Que lo sepa usted.

—Gracias -dijo Diddy. Se aflojó la corbata, se desabrochó el cuello de la camisa.

—Hace calor aquí, ¿no? — dijo la mujer-. ¿No quiere tomar algo? A mí me vendría bien.

—Tome, tome usted. Yo no quiero nada.

La mujer se levantó y salió un momento. Volvió con dos latas de cerveza, dos vasos que tenían esculpida una sirena y un abridor; lo puso todo en la mesita laqueada. Diddy el Caballeroso se hizo cargo: abrió uno de los botes. Mientras vertía la cerveza en el vaso, la mujer empezó a hablar, lentamente:

—Lo que decía antes de los no católicos que van al infierno. No está bien decir esas cosas, ¿verdad? Pero yo creo en ellas y, ¿qué le voy a hacer? Es lo que enseña la Iglesia Católica y lo que me enseñaron las hermanas en el colegio. Nunca se me ha olvidado. (Gran trago de cerveza.) No se me ha olvidado nada... ¡Bien tiesa que la llevaban a una! Lo que aprendías, lo aprendías de verdad. Y si contestabas mal, o no estudiabas, o pasabas recaditos en clase, entonces sí que te daban una buena lección. ¡Con el trasero como una brasa volvía yo de la escuela! (Se echó a reír.) Perdone que le hable así, señor Dillon. (La risa le impide seguir hablando.) ¡Me podían haber puesto a calentar la cama, de encendido y colorado que traía el pompis! (Más risas, y de pronto una mirada torva.) Ya no es lo mismo, ¿eh? Los chicos de ahora se dan la gran vida. ¿Cierto o no? Mi Tommy va también a un colegio de monjas, pero nunca le pegan, y las tareas que trae no son ni la mitad de las que a mí me daban. El otro día...

—Señora Incardona, me estaba usted contando lo del testamento y los funerales.

—Sí, ahora llego a eso. (Echa en el vaso lo que quedaba en el bote.) Cuando encontraron a Joe se lo llevaron a un sitio que está ahí cerca de la estación, pero me dijeron que para el lunes había que sacarlo. Fui allá y no me dejaron verle. Yo tampoco quería ¿eh?

Hizo una pausa. Diddy asintió.

—Por los nervios. A veces los nervios me fallan.

Diddy esperaba algo más. ¿O se ha acabado el cuento?

—¿Seguro que no quiere cerveza?

Diddy dijo que no.

—Pues no vamos a desperdiciarla. (Gran sonrisa.)

Diddy abrió la otra lata y la vació en el vaso de la mujer.

—¿Qué pasó después de eso? No permitieron que viera usted el cadáver, ¿y qué más?

—Me volví a casa. Ya era domingo por la noche y había venido mucha gente, parientes de Joe, y amigos, todos bebiendo y llorando, bebiendo más que nada, y abrimos el testamento. En cuanto lo leí vi que algo andaba mal, y me subí al teléfono y llamé al padre McGuire. Y eso que era más de medianoche, y yo llevaba encima lo mío, como podrá usted suponer, de tanto llorar y apenarme. Total, que el padre me dijo que no hiciera caso del testamento y que mandara a Joe a una buena funeraria católica, como la de Donoghue, que está enfrente de la iglesia, y que él, el padre, se encargaría de todo lo demás. Entonces, como a las tres de la mañana, se presenta el hermano de Joe, Charlie. También él tiene uno de esos nombres italianos, pero le llaman Charlie. Acaba de comprarse un Pontiac, y se había venido derecho de Waltham, Massachusetts, que es donde vive. Yo le había telefoneado a las nueve para contarle lo del accidente de Joe, pero él no me había dicho que pensaba venir. El caso es que vino, con su buen Pontiac nuevo, y le di el testamento para que lo leyera. Pues verás: Charlie le tiene tirria a la Iglesia Católica: dice que en el colegio las monjas le daban de reglazos porque era zurdo, y los curas también se metían con él, y que luego por la noche le entraban pesadillas, y lo mal que lo pasaron de chicos él y Joe...

La mujer se reclinó en el asiento. Apuró la cerveza: las últimas gotas le resbalaron por la barbilla. ¿Se ha acabado la historia? A Diddy le cuesta más y más trabajo adivinarlo.

—¿Un cigarrillo? —dijo, ofreciendo el paquete por encima de la mesa.

—Gracias. No viene mal.

Se inclinó hacia adelante para que Diddy se lo encendiera. Diddy también tomó uno. Se alegra de no haber aceptado la cerveza, con el cansancio que siente (ahora).

—¿Por dónde iba?

Conque hay más.

—Por la terrible infancia de su esposo y su cuñado.

—Mire, yo no me creo ni la mitad de lo que dice Charlie. Es un hablador. Y un resentido. Joe sí que era otra cosa. No le guardaba rencor a la Iglesia, y no andaba por ahí lloriqueando que si fue desgraciado de chico, que si tal.

Apuesto que a Joe le pegaban tanto como a Charlie. Pero le gustaba ver el mundo por el lado bueno.

La mujer sonrió anchamente, y adquirió de momento una expresión airoso, casi noble. Retorciendo el collar de cuenta moradas que lleva sobre la blusa amarilla, mirando a Diddy de vez en cuando.

Diddy notó que se le empequeñecía la habitación, y que Myra Incardona crecía al mismo ritmo. A pesar de que los separa metro y medio de alfombra, más la mesita ovalada y los dos butacones idénticos, Diddy tiene tanta conciencia de la carne de la mujer como si se le hubiera sentado en las rodillas. Carne fofa, gruesa, acida. Desde hace varios minutos, ciertas partes de su cuerpo brillan con una lumbre casi hipnótica:

sus senos, sus manos regordetas, los dientes de oro que se le ven al reír, las raíces negras de su pelo cobrizo.

Diddy el Desconcertado. Acometido por sensaciones inconexas. Como si se le hubiesen trastornado los ojos y la piel. Necesita un parapeto, un trozo de materia impersonal, dura y amorfa, que le proteja de esta mujer rezumosa y charlatana. En fin: no tiene la obligación de mirarla al hablar. Pero Diddy ha vuelto a perder el hilo. Debe reconstruir pacientemente la complicada historia de esta conversación. A Myra no le importa extraviarse. A Diddy sí. Es forzoso ceñirse a los hechos. Un hecho: Angelo (Joe) Incardona no deploraba su desdichada infancia.

—Pero su cuñado pensaba de otro modo, ¿verdad? — continuó Diddy en alta voz.

—¿Charlie? ¡Ya lo creo! ¡Si le oyera usted, señor Dillon! ¡Qué lengua tiene! ¡Nadie le busca pleito así como así!

—Entonces es legítimo suponer, señora Incardona, que dejó usted a cargo de su cuñado todos los trámites funerales...

—Bueno, el domingo por la noche vino y me dijo que todo corría de su cuenta. Usted comprenderá que yo no iba a discutir. Si él quería pagar la cremación, que la pagara. Le confieso que me pilló de sorpresa. Él y Joe no se llevaban muy bien. Digo, para ser hermanos. Cuando Charlie se ofreció a pagar, me reí un poco de él, le llamé borrachales. Yo también me había tomado unas copas. La noche se nos estaba haciendo muy larga.

—Dice usted que su cuñado vive en Massachusetts. ¿A qué se dedica?

De pronto Diddy se da cuenta de que ha hablado como la entrometida y fatua señora Nayburn. Pero es inevitable. Se trata de un caso de urgencia y

hay que echar mano de todos los recursos. Mientras Diddy siga haciendo preguntas, Myra Incardona le parecerá menos gigantesca. Para algo sirven las palabras vacías, al fin y al cabo.

—Es albañil. Los albañiles ganan mucho, ¿lo sabía usted, señor Dillon? Y el sindicato pone una condición, para que en invierno...

Diddy intervino más aprisa esta vez: —Entonces, si de usted hubiera dependido, habría enterrado a su esposo en sagrado, con ataúd y todos los ritos de la Iglesia, ¿no es así?

No tuvo más remedio que interrumpir. Se estaba desmayando. No buscaba informes; la respuesta a esta pregunta, y a muchas más, Diddy ya la sabe. Aquí no hay solución a sus enigmas. Toda pista prometedora se disuelve al momento.

—Oiga, ¿qué es lo que insinúa? —dijo la mujer. En un tono súbitamente desagradable que sobresaltó a Diddy, acostumbrado ya al otro tono, flácido, chismorrero, simpático-, ¿Que Joe no habría podido enterrarse como Dios manda, si hubiera querido? Usted me está tirando de la lengua. Y es por lo que dijo la mierda del periódico, que alguien de su maldita compañía cree que Joe se suicidó... ¡Qué poca vergüenza! Hay leyes contra eso, por si no lo sabe usted. Al periódico yo le podría poner un pleito de cien mil dólares, por calumniar a mi pobre Joe. Y a los del ferrocarril también. Joe era un buen católico y nunca hubiera hecho una cosa así.

Diddy intentó cortar la arenga varias veces, pero le fue imposible. (Ahora) había callado la mujer, sin perder su expresión iracunda.

—Señora Incardona, no tiene usted por qué enojarse. Comprendo su actitud ante el informe del periódico, pero créame, mi pregunta no iba por ahí. Lo único que quiero saber es cómo y por qué incineraron a su marido. Se lo he preguntado sencillamente y con claridad. Le he preguntado si habría preferido usted enterrarle como suelen enterrar a los católicos.

La mujer no está convencida. Cruza los brazos en un irritado desplante:

—Mire usted, señor Dillon. Me parece que hay una cosa que no ha entendido bien. A mí me educaron las hermanas, que Dios bendiga, y soy católica y católica moriré. Y si mi Tommy viene un día a decirme que se quiere casar con una chica que no sea católica, apostólica y romana, le pego una paliza que lo mato. Le agarro por mi cuenta y...

—Por favor -volvió a interrumpir Diddy-, sólo me interesan las circunstancias de los funerales.

—Pues es lo que le estoy contando -repuso la otra agriamente-. ¡Vaya unas prisas! ¡Ni que fuera bombero!

—Señora Incardona, le agradezco su hospitalidad y su franqueza, pero tengo que cumplir con mi deber.

—Ya lo sé, ya lo sé -suspiró-. La compañía de ferrocarriles. Bueno, espérese un momento. Voy por otra cerveza. ¿Seguro que no quiere tomarse una conmigo? Está bien.

En ausencia de la mujer Diddy se recostó y cerró los ojos. Pasos. Ya vuelve.

—Oiga -continuó, sentada en el mismo sitio-. Que esto quede claro. Usted entra aquí y empieza a preguntar y yo no me pongo en plan de ceremonia ni nada, y a falta de otra cosa que hacer le doy conversación. ¿De acuerdo? Pero lo que quiero que sepa es que todo lo que le he dicho, de la primera a la última palabra, es la pura verdad, y que Dios me castigue si miento. ¿Me explico o no?

Diddy asintió, adormilado.

—Esa porquería de la cremación, que a usted tanto le interesa, aunque no veo por qué tiene el ferrocarril tantas ganas de saber lo que hicieron con los restos del pobre Joe... Usted me pregunta si yo estaba a favor o en contra. O por qué dejé que le quemaran. Pues le digo lo mismo que le dije esta tarde al padre McGuire, allá en el Inmaculado Corazón de María. Y eso que usted es un extraño. ¿Creerá que el cura tuvo la desvergüenza de echarme la bronca? ¿Y por qué? Pues por eso precisamente. Porque dejé que quemaran a mi marido. Dice que ahora el alma se le va a pudrir en el Purgatorio, y que no se alzaré con las demás el Día del Juicio, y otras fantasmoneías de ésas. Para que yo me pusiera triste. Para que creyera que le había hecho algo malo a Joe.

—Lo siento -dijo Diddy. Y lo sentía de veras.

Myra no pareció oírle, y siguió adelante:

—Conque le dije: padre McGuire, con el permiso de su paternidad, no tiene derecho a hablarme de ese modo. En lo de los funerales yo no me metí; Charlie es el que se hizo cargo. Si quiere hablarle alto a alguien, o darle un disgusto, dáselo a él. (Risotada.) Eso sí que me gustaría verlo. Si Charlie agarra al cura le hace rajas. Pero como Charlie ya se ha vuelto a Massachusetts, tuve que plantarle cara yo solita. El padre McGuire es uno de esos curas jóvenes, ¿sabe?, y cuando están recién salidos del seminario

tienen unas ideas un poco raras. Es muy seriote, se lo toma todo muy a pecho, ¿me entiende? Está un poco verde el hombre. Pero yo le puse en su lugar. Ahora ya sabe dónde le aprieta el zapato.

Diddy suspiró. Hablar con esta mujer era como ahogarse. Un ratito más; luego se despedirá y se irá al cine. Pero todavía no ha situado del todo a Incardona y a su familia. Por ejemplo, la relación que había entre los hermanos. Diddy echó una sonda:

—En su opinión, ¿cuál era la actitud de su esposo respecto a la Iglesia?

—Oiga, ¿me da otro cigarrito? La marca que yo fumo es malísima... Gracias. ¿Qué me decía usted? Ah sí, lo de Joe... Joe se quejaba a veces. Como Charlie. Cuando Joe quería también sabía armar jaleo, ¿eh? Se ponía a decir pestes de la Iglesia, o se reía de mí por irme con el chico a misa, todos los domingos, sin falta... Él a misa no iba; se quedaba aquí, en camiseta, dando vueltas por casa, tragando cerveza o aguardiente, gruñendo, gritando, echando maldiciones.

Éste es el Incardona que Diddy conoce. Las cosas empiezan a encajar en su sitio.

—¿Era... era el señor Incardona un hombre violento?

—Violento, violento no. Era algo atravesado, cuando le daba por ahí. De lo que hacía conmigo no hablo, porque yo sé defenderme. Pero con Tommy... Ya se lo he contado. A Joe no le gustaban los chiquillos. Ni siquiera el suyo, por raro que parezca. Él y Tommy no se llevaban bien.

—¿Tommy le tenía miedo?

—¿Miedo él? ¡Nunca! Se le encaraba como un hombre. Pocas veces lo habré visto yo, el padre con el cinturón en la mano, a punto de desollar al chico por algo que había hecho (Tommy es un demonio, aunque sin mala intención) y el chico bien entero, diciendo: anda, papá, pégame, que aguanto.

—¿Eso decía? — preguntó Diddy, envidioso.

—Bueno, no con esas palabras. Pero Tommy también tiene su geniecito. Sale a su padre. Había que oír cómo insultaba a Joe. Yo me reía; a Joe no le hacía ninguna gracia.

Se echó a reír y se llevó a los labios la lata de cerveza.

Diddy se imaginó una vez más, con mayor claridad que nunca, la vida de esta familia en su nido miserable y lleno de humo. Un cuadro fotográfico: en medio el padre corpulento y brutal, a un lado la madre

puerca y lasciva, al otro el chico huraño y aturdido. Todo cambiado (ahora), y por su causa. Pero no hay que perderse en sentimentalismos, en remordimientos. No es a esto a lo que ha venido Diddy. Es a determinar el grado de culpabilidad objetiva, de inocencia, si cabe. Y a averiguar el motivo de la incineración.

De esto último ya puede olvidarse. El que hayan reducido a cenizas a Angelo Incardona no parece tener gran importancia para su familia. A Diddy sí le ha impresionado lo terrible del veredicto. Es, entre otras cosas, una invitación a la amnesia. Y Diddy no debe permitir que la realidad de Incardona se le convierta en una imagen frágil y dudosa. Este hombre existía y ha muerto, aunque la presencia de su cuerpo se haya disuelto y miniaturizado.

—¡Eh! — Myra Incardona manoteaba frente a sus ojos-, ¡ Que está usted en las nubes! Y eso que tenía tanta prisa. ¿Se acuerda? Bien poco que esperó para brearme a preguntas.

¿Empezará a dudar de la identidad de su visitante?

—Sí que estoy de prisa -dijo Diddy-. Por mi trabajo. Tengo una cita más esta noche, y siempre hago el informe antes de acostarme.

Myra Incardona tampoco parece escuchar. Probablemente oye una palabra de cada tres o cuatro; todo lo demás lo inventa. Lo único que ha oído de la generosa y adornada mentira de Diddy es la frase "por mi trabajo".

—Sí, por su trabajo -dice, con una sonrisa suspicaz-. Trabaja usted en la compañía de ferrocarriles.

—Así es.

—Pues le voy a decir una cosa. No tiene tipo de ferrocarrilero. Va demasiado elegante. Los de ferrocarriles llevan pantalones anchos, y no como los suyos. Y no llevan corbatas tan finústicas. Ahora que le miro bien, me parece uno de éstos que sacan en los anuncios del periódico. ¿Y la cara? Bien se ve que de chico no le salieron barros en la cara. Hasta por la manera en que se afeita un hombre, sé qué clase de hombre es.

Pausa.

—Usted es un hombre guapo de verdad. A su salud. Hizo un saludo con el bote de cerveza. — Guapo, sí señor. ¿Lo sabía?

Diddy se encogió de hombros. De pronto se dio cuenta de lo que pasaba: la cerveza empezaba a hacer efecto. Diddy tenía que escabullirse

rápido, antes de que la mujer se quitara el pantalón Op Art.

—Sí, Myra entiende de eso.

Lengua estropajosa, cabeza oscilante.

—Se lo habrán dicho muchas jóvenes... No le hará mucha impresión que se lo diga ahora un vejestorio de casi cuarenta años... ¿verdad que no?

Diddy ha resuelto no contestar. Se concentra en reunir las energías necesarias para ponerse en pie, llegar a la puerta y escapar de esta casa. Entretanto la libido errabunda de Myra Incardona se asienta (¿por cuánto tiempo? ¿minutos, meses?) en un comportamiento más amistoso, menos seductor. Desde luego ella tiene más energías que él: mientras él piensa en levantarse, ella ha vuelto a salir de la habitación. ¿A buscar más cerveza?

Casi a gritos, quizá de la cocina:

—Oiga, ¿cómo se llama? Su nombre de pila, claro. Con el otro me confundo...

—Paul.

—¿Cómo? Sí, sí, le he oído. Muy bonito nombre.

La voz está (ahora) más lejos, pero Diddy logra distinguir lo que dice.

—Conocí una vez a otro Paul... Paul Follet se llamaba. Un tipo grande, fortachón. Vivía aquí cerca. ¿Le conoce?

—No.

—Lástima.

Myra, con dos latas de cerveza, aparece en el umbral.

—Era buen hombre. Le habría sido simpático... No: pensándolo bien, creo que no.

Esta vez no interviene Diddy el Caballeroso. Myra tiene que abrir el bote ella sola. Bebe por la abertura.

—¿Cuántos años tiene, Paul?

—Treinta y tres.

—¿Treinta y tres? (Le dio una palmada en el muslo). ¡Está de broma! No los representa. Le han empezado a salir canas, eso sí. Pero bien repartidas. Y yo siempre digo que las canas hacen más atractivo a un hombre. La cara no la tiene arrugada. Aparenta unos veintiocho años. (Mirada rápida.) Sí, unos veintiocho. (Dejó el bote de cerveza en la mesita, observó a Diddy de arriba a abajo.) Ya sé qué empleo le vendría bien. Con esa ropa y su manera de hablar y el tipo que Dios le ha dado, no debería trabajar en ferrocarriles. Los ferrocarrileros son una piara de marranos. Usted debería estar en una

agencia de seguros o en un banco. Sí, un banco sería lo mejor. O si quiere ganar más dinero, puede ir a la escuela por las noches y estudiar para contador público.

Diddy no sabe qué pensar. ¿Sospecha de él la mujer, o es todo esto parte de la seducción? Aunque el instinto le asegura que es lo primero, no acierta a decidir. ¿Por qué no decide? ¿Por qué sigue sonriendo, afable, inocuo, como si nada ocurriera? Un momento: algo ocurre. Diddy rescata el cigarro encendido de Myra, que rodaba del borde del cenicero a la mesa laqueada.

—A decir verdad, señora Incardona, no trabajo en ferrocarriles.

—¿Que no? —gritó la mujer, en pie sin que Diddy la viera levantarse—. ¿Entonces qué coño hace usted en mi casa? ¿Qué es esto, un chiste, o qué? Si es un chiste, se va usted de cabeza a la calle.

—Bueno, bueno -dijo Diddy, alarmado-. Cállese, señora Incardona. No me dejó usted acabar. Iba a explicarle que trabajo en una compañía de seguros que investiga las reclamaciones iniciadas contra la Standard de Ferrocarriles Nueva York-Boston. Como decía usted (débil sonrisa) que no tengo aspecto de ferroviario, creí necesario aclarar...

—¡Vaya! —suspiró la mujer, dejándose caer en el sillón-. Menos mal que no soy cardíaca. Me ha pegado un buen susto, Paul. Paul, ¿verdad? ¿Así se llama? Pensé que era usted uno de esos monstruos que se meten en las casas con engaños, ya sabe de quién hablo... El tío ése... el Estrangulador.

Diddy se echó a reír. Por primera vez estaba a gusto en casa de Incardona. Todas las mentiras que había contado, de puro irónicas y absurdas, llevaban camino de convertirse en verdades. ¡Si no tuviera tanto sueño!

En este momento, Myra dice que le descubrió en seguida, por la ropa que lleva.

—Esa corbatita...

Diddy mira involuntariamente su corbata. ¿Qué tiene de particular? A él le parece corriente, discreta.

La mujer le observaba:

—¿No quiere un poco de helado de fresa? Todavía lo tengo ahí guardado, en el refrigerador.

—No, gracias.

—O le preparo un whisky con soda... También hay ginebra. Y un par de botellas de tinto italianini, ahí metidas entre las escobas. A Joe le gustaba el

vino, pero yo no me lo voy a beber.

—No, gracias. Es usted muy amable, pero no quiero nada ahora. Dentro de poco tendré que irme.

—Pues no sé -dijo Myra con aire picaresco, cruzando las piernas-. No he visto ningún hombre a quien no le gustara lo bueno. Y hay muchas cosas buenas en esta casa. Pero se nota que usted es un muchacho exigente, y que no se conforma con lo primero que le dan. ¿De acuerdo?

Diddy, de pronto, cansadísimo. Una ola de fatiga que casi le ha derribado, que le asfixia.

—¿De acuerdo? — volvió a preguntar la mujer.

—De acuerdo -dijo Diddy con voz espesa. Se desmaya, se hunde. Como si le hubieran inyectado una droga. ¿Sería una torpeza pedirle a la mujer que le dejara echarse un ratito?

—Mire, de repente me encuentro mal... ¿Le molestaría que me quitara los zapatos y me acostara en el sofá un momento?

La Incardona se levantó:

—Sí, sí, acuéstese. Le habrá hecho daño la cena... ¿Le traigo un Alka-Seltzer?

Diddy, sentado aún, dijo que no. — Sólo quisiera echarme un momento... No quiero incomodarla. Y por favor no se preocupe; se me pasará pronto.

La mujer le acompañó hasta el sofá: -No, si no me incomoda. Ni me preocupa. Oiga: tengo una idea. Los muelles del sofá están todos rotos; no va a descansar bien. ¿Por qué no sube a mi cuarto y se echa en la cama? (Tocó el brazo de Diddy mientras él se desataba los zapatos.) Allí hay menos ruido. Puede usted estarse todo lo que quiera. Yo me encargo de acostar a Tommy. Luego iré a ver cómo sigue usted, a ver si necesita algo.

Diddy, sentado en el borde del sofá, miró a la mujer. Como con una lupa vio aquella cara enorme, los anchos poros de la nariz, el colorete mal puesto, los colgajos de carne de la quijada, el pescuezo arrugado. Y la fría, casi muerta, aterradora expresión. No era la expresión de quien quiere hacer el amor.

Aunque Diddy está (ahora) para recostarse, se arrepiente. Quizá no tiene ganas de descansar; lo que (ahora) siente es náusea. Teme que va a ponerse a devolver, y que la mujer entenderá el motivo. Cierto que la pobre es repugnante pero también es un ser humano; ansiosa, como muchos, de tocar

a alguien, de que alguien la toque. Ojalá no la encontrara Diddy tan opresiva y antipática.

—Creo que no me voy a echar -dijo Diddy con firmeza, y empezó a atarse el cordón del zapato. — ¿Por qué no? ¿Qué pasa?

—Nada. Ya estoy mejor. Le dije que no era grave. Lo que necesito ahora es un poco de aire fresco.

Diddy no tenía la voluntad de hierro que se necesitaba para mirar de frente a Myra Incardona. Sabía que para ella este momento era el del rechazo definitivo. Tampoco tenía Diddy la dureza de corazón de abrir la puerta (ahora) y marcharse.

—¿Se va usted?

—Dentro de cinco minutos. Fumaré otro cigarrillo. Vamos a sentarnos.

De pronto, Diddy furioso consigo mismo. Desde hace media hora ha olvidado el por qué de su visita. Diddy ha matado al marido de esta mujer y viene a averiguar cómo y en qué sentido es culpable.

Sentados de nuevo en los idénticos sillones.

—Supongo que querrá usted preguntarme algo más -dijo la mujer torvamente-. Pero creo que no voy a contestarle. Más vale que vuelva otro día.

¿Había algo más que preguntar? ¿No había dicho Myra Incardona todo lo que podía servirle a él de algo? Verdad: no había resuelto el ambiguo concepto que de sí mismo tiene Diddy, inocente y culpable, víctima y agresor. Pero por lo menos había dejado viva la posibilidad de escoger, había evitado el cierre del expediente por falta de pruebas o de testimonio de la parte contraria. Ya no podía pronunciarse un veredicto inequívocamente adverso a Diddy. El difunto era un hombre brutal, según lo ha revelado la viuda, y Diddy puede ahorrarse de ahora en adelante el escrúpulo de que Incardona no pretendiera hacerle daño.

¿Cabe una exoneración aún más clara? Hasta hoy, Diddy no lo creía. Pero quizá se ha condenado demasiado pronto. Con informes detallados del carácter y costumbres de Incardona, es muy posible que el acto de Diddy se califique de legítima defensa. Aun sin testigos.

Con un estremecimiento, Diddy se da cuenta de que sus ojos, clavados en las rodillas de su pantalón, no ven nada; tampoco ha hablado ni ha oído una palabra. Alza la vista y topa con la de la mujer, fría, opaca, indescifrable.

—Me va a hacer más preguntas, ¿sí o no? Es tarde y no puedo perder toda la noche.

Diddy sabe que la mujer está de mal humor, pero no acierta a pensar en nada que no empeore la cosa. Su plan: sacar al señor Paul Dalton lo más rápidamente posible de esta casuca ruin, hedionda a podredumbre y a brutalidad y a fantasía barata. Pero mientras siga aquí tiene que desempeñar el papel de falso detective, a fin de preparar un expediente para el abogado que defenderá al señor Dalton Harron ante el tribunal.

—Creo que sólo me queda una pregunta. La he dejado para lo último porque supuse que se prestaría a malas interpretaciones. ¿Bebía su esposo?

El rostro de la mujer se oscureció:

—¿Qué quiere decir?

—Que si bebía... No alguna que otra cerveza, sino... ¿Se emborrachaba?

—Está diciendo que Joe fue borracho al trabajo, ¿no? Que por eso le pilló el tren... Habrase visto...

—Un momento, señora Incardona. (Era absolutamente necesario evitar otro acceso de ira. Si esta mujer se enfurece Diddy no podrá volver a visitarla, en caso de que se le ocurran más preguntas. Diddy alzó la mano, conciliador.) No intento probar nada. Sólo quiero que me conteste usted a las preguntas de costumbre...

—¡Ya le he contestado! Le he ayudado bastante. Usted mismo lo ha dicho. ¿Sabe una cosa? Que si me diera la gana podría ponerles un buen pleito. Hasta un millón de dólares tendrían que aflojarme por la muerte de Joe. Así se hace, que lo he leído yo en el periódico varias veces. Tommy y yo viviríamos a cuerpo de rey. Con la justicia de mi parte, su compañía de ferrocarriles no tendría más remedio que soltar la guita, don Presumido...

—¡Señora Incardona, por favor!

La mujer se puso en pie, se acercó a la televisión y dio la vuelta a la perilla. Una mirada de odio:

—¿Qué hora es?

—Señora Incardona, nadie se propone criticar a su marido. Lo que yo...

—¡Tommy!

El chico apareció inmediatamente en la puerta ¿Habría estado escuchando?

—¿Qué, mamá?

—Ven aquí a mirar tu programa. Ya sé que es tarde. Pero el señor Dillon no va a decir nada que tú no puedas oír. Quiero que sepas que tu padre era un hombre decente. Y lo repetiré ante quien sea.

El muchacho le hizo una mueca a Diddy y cruzó triunfante la sala. Los maderos del suelo crujieron a su paso.

La pantalla de la televisión, donde Superhombre o algo parecido bailotea en blanco y negro, atrae la inquieta mirada de Diddy. Con esta mujer no se va a ninguna parte. Diddy no tenía la menor intención de ofenderla, y la ha ofendido. Ella (ahora), alarmada por los indeterminados poderes de este señor Dalton de la empresa de ferrocarriles, empieza a arrepentirse de sus indiscreciones. Rechazada, obligada al desprecio de sí misma, ha acusado a Diddy de haber dicho lo que no debiera. Por reconocerse a la defensiva, ha resuelto atacar. Pero Diddy no tiene por qué corresponder a la ira con ira. Si la viuda Incardona es tan grosera y tan estúpida como el gañán de su marido, Diddy cuenta con la fuerza de la razón. La justicia le indica que es él el más fuerte, aunque se crea débil, y ella la débil, con toda su cólera y su energía. Ella no sabe que Diddy la ha perjudicado. Y si, como parece, el porvenir se le presenta oscuro, debe contribuir a esclarecérselo el asesino de su esposo.

—Señora Incardona, la última pregunta. ¿Tenía su marido seguro de vida? ¿Ahorros? ¿Cuenta usted con recursos para el día de mañana, además de lo que le dará el sindicato?

—¡Hijo de puta! (La mujer, furiosa, abrió los brazos y tiró al suelo el cenicero lleno de colillas.) ¿Conque no necesitamos el dinero que le voy a sacar a los ferrocarriles? Pues óigame bien: mi primo es abogado, de los mejores, y ayer me dijo que pase lo que pase Joe murió trabajando, atropellado por su tren de mierda puñetera... ¡Me pagaran hasta el último centavo, aunque tenga que sacárselo del culo!

—Dejémoslo... Ya basta- dijo Diddy, mareado, aprisionado por el aire... ¿Cómo podía haberle atraído aquella...? Se levantó, pisoteando las colillas, los fósforos gastados, la ceniza desparramada. La mujer ya había salido de la habitación. Diddy se volvió al chiquillo, anhelando decirle (ahora) las cosas que hubiera debido decir. Por ejemplo: ¿Eres tú el hijo de aquel hombre, del hombre del túnel? O: Perdóname. O también: Te daré dinero, para ti, para tu madre. Diddy el Silencioso, mirando al niño. Y el niño, tranquilamente, empuñó la perilla de la televisión y subió el volumen.

Diddy se encontró en el corredor con la mujer, sofocada. La mujer le metió por la cara el abrigo y el sombrero, le abrió la puerta de la calle.

—Se arrepentirá usted de esto, señora Incardona.

—¡Usted es el que se va a arrepentir, amigo!

Diddy esperaba el portazo, pero no la sensación de vacío interior que le sobrecogió al pisar la calle. Qué tontamente había echado a perder la visita. Hubiera querido encontrar un buen pretexto para ofrecer dinero a la mujer y al niño. Y sin embargo, en términos egoístas, no ha desperdiciado la noche. La Incardona le ha dicho, sin duda, todo lo que sabe; suponiendo, claro, que sea tan inocente como parece y que no haya mentido. Diddy ha averiguado, por lo pronto, que la viuda no le da demasiada importancia a la incineración. Anoche, después de haber hablado por teléfono con Floral Gardens, Diddy negó la posibilidad de que en el testamento figurara la orden crematoria, y concluyó que alguien, la policía, la viuda, o la empresa de ferrocarriles, tenía interés en ocultar algo. Hoy esta conclusión no se justifica. Aunque un deseo así, por parte de un obrero del tipo de Incardona, sea una excentricidad, no por eso deja de ser auténtico.

Diddy el Confuso debe procurar no ver demonios por todos lados. Eso es casi tan malo como no ver nada. O peor. Si Diddy no se anda con cuidado, acabará por limitar la actividad de su cerebro a la formulación de hipótesis macabras.

Recordar que hay un mundo de actos lúcidos, racionales, de curso apacible. Así como hay un mundo tunelario, un mundo de episodios opacos, ciegos, veloces, que se encogen y dilatan, se expanden y marchitan, sin lógica aparente.

Recordar el primer mundo, el primero sobre todo. En ése hay que pensar, en el mundo de las claridades. Un mundo de bajo voltaje y ordinaria iluminación, en el que pueden tomarse al pie de la letra los artículos de periódico, los presupuestos, las cifras estadísticas; un mundo en el que la gente habla, si no con cortesía, al menos cuando se le hace una pregunta. Un mundo donde es lógico esperar que las casas estén limpias y ordenadas, o sucias y revueltas.

Sí, hay cierto comentario profético de la acción de Diddy en la incineración de su víctima. Pero es el propio Diddy el que imagina ese presentimiento, ya que es el propio Diddy quien consumó la muerte de Incardona y con ella la realización prematura de su capricho testamentario.

En términos generales: a consecuencia de la violenta y opresiva visita a la viuda de Incardona, Diddy tiene un sentido mucho más claro de la realidad de todo este episodio. Ya no hay causa, dentro de los límites de la razón, para dudar de la existencia del obrero. Ni hay por qué vacilar en identificarlo con Incardona, cuyo carácter ha adquirido tan precisa verosimilitud a la luz de la pésima impresión producida por la viuda y el chiquillo. Así que la visita ha sido, al fin y al cabo, un éxito. A menos que Diddy se empeñe en introducir un elemento tan inesperado que se le confundan todas las teorías anteriores y se le descompongan todos los recuerdos. ¿Es eso lo que Diddy quiere? ¿Sorpresas? ¿Confusiones?

Pero si se ha logrado algo esta noche ¿por qué se niega Diddy a volver al hotel? Ya son las once. ¿Y a dónde podría ir que mejor le fuera? Un miércoles, a estas horas, en una ciudad no muy grande. Los cines están a punto de cerrar. Los restaurantes ya están cerrados, y los bares no tardarán en hacer lo mismo. Se podría pasear por el parque, pero el parque está muy lejos, en el barrio de la Universidad y del Museo de Ciencias e Industrias. Quizá el parque también cierra a las doce.

Más le vale regresar a pie al hotel. Desde aquí al centro hay varios kilómetros, y con eso saciará Diddy su deseo de quedarse más tiempo en la calle. Aunque vino en taxi, Diddy espera volver sin ayuda, contando únicamente con su magnífico sentido de orientación. (Ahora) Diddy ha recorrido unas diez manzanas. La calle está casi desierta: unos adolescentes, algún viejo. El bulevar Maplewood deja de ser residencial: circula (ahora) entre tiendas baratas que delatan el bajo nivel económico del distrito. Tiendas de comestibles y de ropa; casas de préstamos; dulcerías y licorerías; distribuidoras de artículos eléctricos, cubiertas de carteles: "No vendemos a crédito." "Facilidades de pago, sin anticipo." Casi todos los comercios tienen sólidos cierres metálicos, y los pocos que quedan abiertos están vacíos.

Menos uno, en la esquina: el letrero vertical de neón dice small's place, con un vaso de cóctel dibujado en neón sobre las iniciales. Entra y sale gente. Diddy mira por el cristal y ve un bar que parece muy lleno para el barrio y la hora.

Diddy, sentándose a la barra, pide un whisky doble con hielo. En el taburete de al lado una mujer rubia, delgada, de unos treinta y cinco años. Lleva un vestido rojo tierra y zapatos a tono, y apoya la barbilla en la palma

de la mano. Por encima de las uñas pulimentadas le envía una sonrisa. Diddy se la devuelve maquinalmente. Pocos minutos después, con la mirada fija en el vaso, Diddy recuerda la sonrisa de la mujer; se vuelve a verla y sonríe de nuevo, esta vez con más convicción. La mujer mueve la mano del mentón a la frente, como preocupada.

—¿Se siente mal?

No parece sorprendida de que él le haya hablado.

—Cansada nada más. Será la victrola. Al cabo del tiempo me marea.

—¿Lleva usted mucho aquí?

Ella le mira (ahora) de otro modo:

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—No sé. Dejémoslo. La invito a una copa.

La mujer pide un vodka martini; él otro whisky. No hablan. Diddy sólo puede decirle una cosa, y tan seguro está de la respuesta que tiene que pensarlo con cuidado, decidir si en verdad quiere irse con esta mujer. Calla también porque la victrola está tocando una canción de los Beatles que le gusta bastante.

—¿Ahora qué? — pregunta ella cuando él vuelve a mirarla.

—No eres cliente, ¿verdad? Trabajas aquí.

—¿Qué esperas que te diga?

—¿Tengo cara de policía acaso?

—No sé qué cara tienen los policías.

—Di la verdad.

Diddy le ofreció un cigarrillo.

—Podrías ser policía, pero no vas vestido como ellos.

Hoy Diddy no va vestido como debiera.

—Llamas la atención. A lo mejor no eres más que un marido incomprendido.

—Tampoco. Exmarido sí. Me despidieron hace tres años.

—¿Tengo que decir que lo siento?

—No. No tienes que decirlo -contestó Diddy, poniéndole la mano en el muslo-. ¿Estás libre ahora?

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Querrás saber si tenemos dónde ir ¿verdad?

—¿Tenemos dónde ir?

—No lo sé.

La mujer sacó una polvera del bolso (satén rojo, más claro que el vestido y los zapatos) y empezó a empolvase la nariz.

—Oye -dijo Diddy-. No quiero que hagas nada a disgusto. ¿Entendido? No estoy borracho. Si me dices que no, no me enojo.

Ella cerró el bolso, giró sobre el taburete. Con las manos en la cintura:

—Muy bien. Si no me engañas, no te engaño. Sabrás por qué llevo aquí tanto tiempo. La bebida es barata, pero yo no.

—Me lo figuro. No te preocupes.

—De acuerdo, amor. Trato hecho.

—¿Otro martini?

—No, gracias.

Diddy pagó. Al bajarse del asiento, el piso de madera le pareció poco firme. Aunque era imposible que él estuviera borracho.

—¿Cómo te llamas?

—Doris.

—Yo. Dalton.

—Ah.

—¿Traes abrigo?

—Sí. Aquél de ante.

Diddy recogió el abrigo y la ayudó a ponérselo.

—Hasta luego, Angelo -dijo la mujer al barman.

Diddy abrió dos palmos de boca. Otro Angelo. Y éste no se ha cambiado el nombre. Diddy no quiso mirarle, por temor de ver algo que no había observado al entrar.

En la calle se le despejó un poco la cabeza. La mujer le tomó del brazo. Cinco o seis cuadradas más allá se detuvo ante una casa de tres pisos, que tenía en la puerta un letrero. "Cuartos amueblados."

—¿Es esto lo que esperabas?

Diddy se encogió de hombros:

—Mira, niña. Deja de tratarme como a un lugareño.

—No te gusta que te gasten bromas, ¿verdad?

Subían las escaleras.

—¿Que no me gusta? — dijo Diddy-. Me encanta. Me enloquece.

Puso la mano en el trasero de Doris, y no la retiró hasta llegar al último rellano.

—Veo que no es eso lo único que te enloquece.

—Me enloquecen muchas cosas -dijo Diddy, sonriendo y apretándole las nalgas.

Quietos (ahora). La mujer abre la puerta de un cuarto del tercer piso.

Dentro. Dos ventanas con las cortinas corridas. Mínima cantidad de muebles. Paredes de color indefinido, que no se han pintado en mucho tiempo.

—Hemos llegado. ¿Qué te parece? Una porquería ¿no?

—No te entiendo, muchacha -dijo Diddy-. ¿Por qué me preguntas eso? ¿A ti qué te importa que me parezca bien o mal?

La mujer se quitaba el abrigo.

—¿Quién ha dicho que me importa? Estás chiflado.

—Te importa. Ahora no lo niegues.

Diddy sabe que no debe seguir por ahí. Doris no es una persona. Pero no puede evitarlo.

—No es que te importe yo. No me conoces. Y quizá vale más que no te fijas demasiado en el individuo que está contigo, y que creas que él no se fija en ti. Pero yo te veo. ¿Qué quieres que haga? En el bar noté que estabas deprimida. Por la calle venías nerviosa, y te pusiste aún más nerviosa en la escalera. Por eso me hiciste esas preguntas bobas. ¿Cierto o no?

La mujer le miró. Incredulidad. La blandura de su expresión. Sus ojos, momentáneamente iluminados. Una ráfaga de verdadero contacto. Diddy sonrió, sin acercarse.

Pero no. Un error quizá. Una falsa lectura. El rostro de la mujer volvió a ensombrecerse. Su sonrisa era (ahora) profesional. No iba dirigida a Diddy.

—¿De dónde eres?

Diddy entendió. Lo había visto nacer, vivir y morir en menos de un minuto. Ya estamos de vuelta en el mundo de los muertos. Como Diddy no contestaba, la mujer continuó:

—Sé que no eres de aquí. ¿De dónde eres? ¿De Nueva York?

—De Nueva York.

—Me lo supuse. (Alisando la cama.) Eres de los callados. Por eso. Hay mucha gente callada en Nueva York.

Diddy rió suavemente. Pobre Doris. Pobre humanidad.

—¿Has ido alguna vez a Nueva York?

—Dos o tres veces. Con un novio que tuve. Nunca he vivido allí.

—¿Te gustaría?

—¡Que si me gustaría! ¡Dios, las ganas que tengo de salir de este agujero! No te imaginas lo que entra en este cuarto. Niños de escuela, con la cara llena de granos, a pedirte que los hagas hombres. Sicilianos del ferrocarril, tan borrachos que ni saben a qué han venido...

—Pues vete. Múdate.

—No... Creo que me da miedo competir con las enganchadoras de la ciudad.

Diddy, apoyado en la cómoda, observa cómo se desnuda la tal Doris. De pronto la abraza:

—La competencia no debe asustarte.

La mujer se desasíó:

—Oye, ¿podríamos...?

—¿Tratar lo del precio?

—Sí. Ya me entiendes. En ti confío, pero viene por aquí cada ejemplar...

Diddy le tapó la boca con la mano:

—No expliques. ¿Te parece bien treinta?

—¿No tienes más?

—Podría darte cuarenta.

—Hecho.

Diddy saca el dinero de la cartera. Se lo entrega a Doris. Se acuestan en la enorme cama y Diddy empieza tranquilamente a hacerle el amor.

—Tú sí que vienes preparado, ¿eh? — dice ella, y ya no vuelve a hablar.

En silencio y sin moverse, quieta en brazos de Diddy. Diddy quería preguntar qué podía hacer para darle gusto, si había algo que ella prefiriera. Pero tenía poca experiencia con las prostitutas (sólo las había tratado en sus breves vacaciones europeas) y temía que aquella insistencia en agradar, y agradarle, pareciese impertinente o descortés.

Diddy hará pues lo que él quiera. No es que a Doris le moleste, ni que deje de apreciar lo bueno. Es que está muy alejada. Diddy tiene que acercarla todo lo posible, adaptarla al tamaño necesario. Tiene que estar aquí, en compañía de Doris, y no encerrado en sus pensamientos. Ya que Doris está en su compañía, está a su lado, y mientras Diddy no permita que se le escape la memoria hacia el cuerpo rotundo de Hester, hacia el placer apasionado de Hester, esto le basta. Y aun le consuela. Una especie de bendición.

Después, Diddy se quedó mirando al techo, sin intención de dormirse. La mujer, de costado, había apoyado la cabeza en el pecho de Diddy y la pierna derecha, doblada, sobre sus muslos. Si el sueño consiste en no rebullir y respirar acompasadamente, Doris está dormida. Cambiar de postura la despertará.

La habitación, a oscuras: sin luces azufrosas y parpadeantes. Y la cama, tan cómoda como la del Hotel Rushland. Diddy podrá descabezar una pequeña siesta. No hay prisa. Sólo le aguarda un domicilio sintético, un cuartucho enemigo de su verdadero descanso. Como no tiene que ir a ninguna parte, igual le da quedarse aquí. Un poquito más.

Diddy abraza a la mujer dormida y pegajosa. Ella susurra algo que él trata de entender:

—¡En la puerta! No esperes...

—¡Doris!

Un ruido extraño, como un gemido.

Diddy sigue atento, esperando oír más.

(Ahora) la tiniebla del silencio. Diddy siente en el pecho una cosa húmeda y fría, y se da cuenta de que la mujer está babeando ligeramente, con la boca entreabierta, entre sueños. Mucha gente lo hace. A veces se dormían Joan y él, después del sexo, y Diddy recuerda haberse despertado con una mancha tibia y líquida en el hombro.

—Doris...

Nada. Diddy cierra los ojos y duerme, más hondamente de lo que esperaba. Sueña.

Un sueño claustrofóbico, mal iluminado y peor articulado. Uno de esos sueños en que, al despertar, no queda movimiento ni diálogo ni trama, sino un resumen. Un sueño sin director de escena.

El tema es una serie de resoluciones. Diddy resuelve y decide entre luces mortecinas y decorados borrosos. Primero, sentimiento, deseos, propósitos, frutos de voluntad. Luego, para que haya verosimilitud, se improvisa o bosqueja un contenido, un ambiente real.

Decisión: Diddy ha decidido casarse con Myra Incardona y ser padrastro de Tommy. ¿Dónde le había pedido la mano a la viuda? Al parecer, en el pasillo de su casa. Pero eso no está claro: puede ser reconstrucción.

Después, la boda, en una iglesia católica. El sacerdote se parece mucho al que venía en el tren el domingo por la tarde. En el altar, con la cabeza baja, al lado de esta mujer entrada en curvas, Diddy se pregunta si todo esto es necesario. Pero no tiene tiempo de arrepentirse: la nueva familia ya se ha aposentado en su hogar.

(Ahora) el sueño condensa toda una vida en una serie de repugnancias.
Vida de gritos y llantos y quejas de la mujer y el chico.
Vida de platos rotos y de olor a pescado y a grasa.
Vida de ceniceros de loza rebosantes de colillas.
Ropa sucia amontonada al pie de la escalera sin alfombrar.
Televisión a mañana, tarde y noche.
Mil filamentos de pelo cobrizo enredados en el tapete de la sala.
Sobados y retorcidos librillos de historietas bajo el cojín de todas las poltronas.

Botellas de cerveza, vacías, en el porche.
Cucarachas en el azucarero destapado.
Leche agria en el refrigerador.
Hormigas en el maíz.
Tubos de dentífrico despanzurrados.
Sostenes, corsés y calzones sucios apilados en el fondo del armario.
Tubos para el peinado entre las sábanas de la semana pasada.
—Doris...

Desnudo, revolcándose en la cama con su vacuna esposa, Diddy tiene la preocupada sensación de que alguien le vigila hostilmente. Pero no puede parar. El valeroso Diddy, más fuerte de lo que creía. La mujer suspira de gozo, clava las uñas en los delgados hombros de Diddy. (Ahora) él está boca arriba, y ella a su derecha, de costado, con la cabeza, el brazo y la pierna sobre el cuerpo de él. ¡Cuánto pesa! Diddy la empuja y se vuelve del otro lado, empapado en sudor. ¿Quién le vigila?

¿Se atreverá Diddy a usurpar el puesto de Incardona, padre y marido, agravando la destrucción de una vida con el robo de una identidad? Tommy no parece tener inconveniente. Diddy se asegura de que al muchacho no le falte un buen plato de helado de fresa a la hora de cenar, y se esfuerza por mostrar un interés seudopaternal en la tropa de Boy Scouts a la que Tommy pertenece. Pero, ¿y el obrero asesinado?

Al perder su corpulenta humanidad en el rito insensato de la incineración, Incardona ha dejado de ser lo bastante tangible para dar forma a un fantasma. Por otra parte, su muerte es demasiado reciente para que su cuerpo tenga la incolora y frágil impotencia de los espectros. Aun reducido a un charco de cenizas, Incardona sigue siendo alguien. O algo. Algo voluminoso, recio. Y digno de lástima. Como un viejo marino perdido en un naufragio, que reaparece al cabo del tiempo y, desconocido de sus vecinos porque tiene el pelo blanco y la barba crecida, se detiene, temblando entre la nieve, frente a su antigua y miserable casa. Luego se acerca disimuladamente al ventanuco helado, y ve a su amada esposa, joven y lozana todavía, abrazada a su nuevo marido y a su hijo.

Sin embargo, y aun en su papel de Enoch Arden dolorido y rencoroso, Incardona tiene que reconocer que Diddy no gana nada con esta nueva vida. Diddy sólo quiere satisfacer el agravio que hizo.

Pero los sueños nunca se conforman con exponer un solo pensamiento. Por eso se confunden con la fantasía consciente y la exacta memoria. Por eso pueden ser exegéticos, y hasta didácticos. (Ahora) el sueño de Diddy procede a explicar un enigma que a él le había preocupado en el curso de la conversación con Myra, y que no había logrado resolver.

La mujer del sueño no es sólo la señora de Incardona, luego herencia de Diddy y su legal responsabilidad. Es también Mary, la niñera de Diddy y de Paul. Bovina, alocada, vagamente piadosa; la fiel Mary que daba de comer a los dos chicos, los bañaba, los vestía, los castigaba y apagaba las luces después de haberlos acostado en la habitación que compartían. Myra Incardona tiene (ahora) la cabellera de Mary, su pelo corto, lacio, castaño desteñido, en lugar de los bucles de cobre reluciente con que recibió a Diddy. Y el habla de la viuda se identifica con la charla incesante y vacía que brotaba de los labios de Mary. Habla tan material e inexplicable como el puré de patata del jueves por la noche, como la avena del desayuno vertida a cucharadas en las dos boquitas por la mano segura de Mary todos los lunes, miércoles y viernes. Habla tan invariable como la ancha cintura de Mary o el extraño olor que emanaba de sus sobacos.

¡Aquella charla! Maravilla de repetición. Todas las noches, Mary les leía a los dos niños, en voz alta, la nota roja del periódico. Accidentes horribles, violaciones, asesinatos, de preferencia múltiples. Mientras pasaba la aspiradora o quitaba el polvo o guisaba o hacía conservas o pegaba

botones, Mary contaba una y otra vez la consabida historia de sus ocho hermanas, vivas todas, enfermeras y monjas y amas de casa, y de su hermano muerto, un taxista soltero y alcohólico que un día se había matado de una caída por las escaleras. De la misma baraja de reminiscencias salían sus difuntos padres, cochero él y cocinera ella en una gran hacienda de Pennsylvania. Por fin, el supercuento, consagrado por cien mil narraciones: el señor y la señora habían tenido la amabilidad de llamar a Mary, a la sazón niña de ocho años, a que jugara con la señorita una tarde, en la Casa. ¡Oh tarde inolvidable! "La señorita llevaba un vestido precioso. Y me dieron de cenar. ¡La cara que pusieron mis hermanas cuando volví aquella noche! No entendía por qué me habían llamado a mí, y no a ellas. Porque era yo la más bonita. ¡Qué envidia me tuvieron!"

¡Charla inmortal! Batallas enigmáticas con el lechero y el carnicero y el abarrotero, que se creían con el derecho de estafar a Mary. Batallas que, según ella, ganaba siempre. "Les puse las peras a cuarto." Y la fe, la fe cristiana incesantemente expuesta y predicada ante los dos chiquillos. Mary se solazaba con la Iglesia, o al menos con la idea de la Iglesia. El padre Fulano había dicho que no importaba que Mary se hubiera perdido la misa de los tres últimos domingos: la pobre tenía que educar a dos niños ella sola.

Cada mañana, recitación paciente de lo que iban a desayunar, almorzar y cenar. Para Diddy y Paul, que comían con Mary las tres veces al día, el menú semanal era conocidísimo. Sin que Mary les diera el boletín gastronómico, sabían lo que tocaba, sólo con recordar qué día era. Desde tiempo inmemorial, Mary reconocía la existencia de veintiuna comidas posibles. Ni una más. Cada terna quedaba enclavada, para siempre, en un día de la semana.

El día libre de Mary era el miércoles. Alguna que otra vez les había referido una anécdota ininteligible acerca del muchacho con quien había salido a pasear. Eran varios, y anónimos; Diddy había oído hablar de un marinero. Pero ninguna de estas relaciones duraba lo bastante para que Diddy y Paul, sin saberlo sus padres, conocieran al amigo de Mary en una esquina. Cada vez que surgía un nuevo pretendiente, la pobre Mary concebía esperanzas. No tardaban en disiparse. Éste, contaba Mary desilusionada, se había querido propasar con ella. Otro intentaba hacerle cosas sucias en la galería de un cine, cosas por el estilo de las señas que les

hizo a los niños, desde detrás de un árbol, el viejo de Moors Park, aquel domingo en que ella se los llevó casi corriendo a casa. "Pero ya sé que mis nenes no serán así cuando crezcan." Durante muchos años Diddy y Paul no lograron comprender una palabra de esto. Poco importaba que lo comprendieran, ya que cuando Mary estaba hablando no esperaba ni pedía contestación. Le bastaba con la presencia física del auditorio. Paul y Diddy nunca la escuchaban.

Paul tenía seis años, y casi había acabado el primero de primaria, cuando reclamó audiencia ante su madre para quejarse de la inflexible rutina de Mary y de su abrumadora solicitud. Diddy, que ya se andaba en segundo año, halló en esto un motivo más de admiración a Paul, una nueva razón para emularle. ¿Está para nacer Diddy el Audaz? Todavía no. No es tan sencillo. Generalmente, lo que Paul conseguía primero a Diddy le resultaba mucho más difícil de realizar. "Me ha abandonado uno de mis nenes" dijo Mary, dando la vuelta con ostentación a la cama de Paul para arropar a Diddy en la suya, "pero todavía me queda otro". Y se inclinó a apretar contra su seno enorme a Diddy, parcialmente aprisionado por las sábanas. Héroe de siete años, Diddy se sintió triste y sin escapatoria, apenado de verdad por el dolor de Mary. Irreprimible compasión, como un rumor contra el cual es inútil cerrar los oídos. El rumor dice que Diddy no se puede unir a Paul en su declaración de independencia. Diddy era ya único tesoro de Mary, el último objeto de su ya-demasiado-limitado anhelo maternal. ¡Qué responsabilidad, convertirse en el Placer Postrero de una persona! Habría que destetar a Mary como a un bebé gigante y codicioso, con tacto, con paciencia. Y emprender un proyecto semejante con Myra Incardona. En el sueño, Diddy sabe que no estará casado con ella para siempre. Sólo una temporadita. Hasta que Myra se rehaga del disgusto causado por la muerte de su esposo. Entonces. Diddy volverá a ser libre.

Pero Diddy piensa que no está bien, eso de casarse con la propia niñera. Mary debe de ser mucho más vieja que él. Paul debería ayudarle, en lugar de invocar su libertad como un chiquillo alegre y desaparecer para gozarla a solas, dejándole a su hermano la misión de remendar los corazones rotos y curar los orgullos heridos de los adultos. Si Paul se casara con la viuda de Incardona, el proceso de recuperación sería mucho más rápido. Paul es menos paciente y sensible que Diddy. Con Paul, Myra tendría que encargarse de una parte de la tarea.

¿Ha avanzado la tarea bastante? Diddy observa a Myra Incardona, que ha empujado la sábana con los pies y duerme (ahora) destapada y desnuda, alzado el camisón por encima de los pechos. Sí que parece más feliz. Diddy se mantiene alejado de ella, acurrucado en el filo de la cama. Si va a marcharse, mejor será mientras la mujer duerme. Antes de que se despierte y empiece con su charla caudalosa y gemebunda, que Diddy no podrá escuchar en serio. El lenguaje es sagrado. Tan sagrado como el cuerpo. Myra Incardona es una de sus profanadoras, verdadera discípula de Mary. Milagro era que Diddy no hubiera ensordecido, a fuerza de oír a Mary. Con la otra, con Myra, mucho cuidado. Diddy, aunque no tan fuerte como en otros tiempos, no piensa ser (ahora) tan indulgente como en su niñez.

El colchón es muy blando. Diddy se desliza sobre él y cae de rodillas al suelo. Ojalá no se haya despertado Myra con el crujido de los muelles. ¿Dónde están los zapatos...?

—¿Te vas, amor? — dice la mujer, soñolienta.

Diddy está despierto (ahora). No sueña ya. Ha cambiado otra vez el decorado, y esta mujer es rubia. Tiene los senos pequeñitos y un lunar en el hombro.

—No puedo quedarme toda la noche. Me he dormido, y ya son (vistazo al reloj) las cuatro.

—Como quieras, hijo -dice la otra.

Sin encender la luz, Diddy recoge del suelo su ropa y se viste.

—Me voy, Doris -dice suavemente.

—Está bien. Puede que nos veamos algún día.

Parece haberse vuelto a dormir.

Las cuatro y media de la mañana. En el vestíbulo del Rushland, Diddy compra la edición de "Ultima Hora" de la *Gaceta*, pero en su cuarto le echa una mirada rápida y apaga la luz. Antes de entrar en el elevador, Diddy le ha pedido al empleado de guardia que le despierten a las nueve. Ni siquiera parece una victoria levantarse a las siete, como todas las mañanas anteriores, a leer la edición "Matutina". ¿Qué puede traer el periódico del jueves que no hayan dicho los del martes y el miércoles?

Diddy está exhausto. Cuatro horas más de sueño no le van a ayudar. Piensa prescindir del desayuno, darse un baño caliente y bajar a tiempo para tomar el coche.

Apenas lo consigue. A las diez y un minuto se precipita a la puerta principal del Rushland. Jim y los otros dos están ya en el vehículo, y el chofer oriental ya ha encendido el motor.

—Llegas por los pelos, Dalt -dice Jim-. Un poco más y nos vamos sin ti.

—No importa. Habría tomado un taxi.

—¿Qué te pasó? ¿Te dormiste?

—Dormí más que de costumbre.

—¡Sí, hombre! A las dos de la mañana pasé por tu cuarto a pedirte el informe Butler, y no estabas.

Diddy, otra vez en el asiento plegable, no contestó. Salimos del centro. Día claro y soleado. Le duelen los ojos, de no haber dormido.

Pasamos por las tranquilas calles residenciales. Los tres hombres debaten un rumor persistente: la compañía va a aceptar por fin la oferta de un consorcio que desde hace varios años quiere comprar la fábrica.

—Reager tratará de presentárnoslo como una gran cosa -dijo Jim-. Una fusión de empresas. Pero en realidad es el acabóse.

—¿Qué opinas tú, Dalton? — preguntó Fred.

—No le preguntes nada -dijo Jim-. Todavía está dormido.

Diddy, que ha vislumbrado ya el perfil azul y oro de la cúpula, en su primera y tentadora visión, no piensa en los negocios de la casa. Ojalá pudiera. El trabajo le serviría de antídoto a su angustia. Pero Diddy no tiene trabajo. Sólo tiene proyectos misteriosos. El porvenir de la compañía, su propio empleo cómodo y bien cuidado, pasan a segundo término. Lejanos, intangibles.

Ya es la cuarta mañana. No queda más que un día.

La entrada. La avenida. La cúpula brilla hoy con un vigor peculiar. Nuestro coche hace alto. Diddy piensa en la cúpula, recuerda sus orígenes, desprecia su reciente adaptación. Y vuelve a admirar la fantasía que la creó, la gallardía excéntrica del hombre que le puso esta brava corona a su empresa temporal.

Diddy penetra en el edificio, en el elevador. Por el atestado pasillo del tercer piso. A la extensa y rectangular sala de juntas. Casi todos estaban ya sentados. Diddy abre el portafolio, saca los apuntes.

Envidiaba a la gente que ama su trabajo. Con un amor capaz de extravagancias, como la cúpula azul y oro de Amos Watkins. La desgracia de Diddy era la falta de vocación, de alguna actividad que pudiera

desempeñar con verdadero cariño. Ojalá hubiera seguido una carrera, medicina, derecho, enseñanza, en vez de limitarse a un mero empleo por el cual había fingido sentir una afición que en verdad no sentía.

Años atrás, la equivocación trágica. Hoy Diddy paga las consecuencias. Después del largo y penoso aburrimiento de la escuela primaria y secundaria, Diddy habla emprendido con entusiasmo los estudios de preparatoria médica, en la Universidad de Dartmouth. Ya habían aceptado su solicitud dos facultades de medicina de primer orden. ¿Por qué no había ingresado en alguna de ellas?

En julio, un mes después de titularse de bachiller, conoció a Joan. En agosto se casaron. En septiembre Joan se empeñó en establecerse en Nueva York, y Diddy no opuso resistencia. Pero, ¿era ésa la verdadera causa? ¿Podía echársele toda la culpa a Joan? No, en justicia no. Si Diddy hubiera querido estudiar medicina, habría sabido persuadir a Joan de que le acompañara, de que se resignara a vivir en Ithaca o en Baltimore para que él pudiera asistir a Cornell o a Johns Hopkins. Pero fue Diddy el que se dejó persuadir. Ella le convenció de que hiciera lo que en realidad quería hacer. De que rechazara lo que en el fondo quería rechazar. Diddy el Irresoluto. Cada cual tiene la vida que se merece.

Uno de los técnicos presenta (ahora) el presupuesto de investigación para la reforma del micro-registroscopio.

Diddy nunca ha tenido la vocación de amar. Al cabo de ocho difíciles años, también perdió a Joan. Otro déficit que debe cargársele en cuenta.

Cuando Joan se fue, dijo que él nunca la había querido. Quizá estaba en lo cierto, aunque Diddy se sintió calumniado. ¿Qué tenía Diddy, además de necesidades y costumbre sexual? ¿Dónde estaba su amor? En su almacén de energías no había nada que pudiera engendrarlo. Sólo el trabajo auténtico habría suscitado amor de veras. Cualquier cosa, cualquier tarea, desde la solución de problemas delicados al trabajo manual. Amar el trabajo es una manera de amarse a sí mismo, y deja en libertad de amar a otros.

Pero hay que tener en cuenta la diferencia importantísima entre amar el trabajo y abandonarse a él. El domingo por la tarde, Angelo Incardona, por estar absorto en su tarea, había olvidado la amabilidad. Había reaccionado con violencia a la intromisión de Diddy, se había vuelto irascible y amenazador. Había intentado destruir a Diddy. Mientras que, si Incardona apareciese (ahora) en el salón de juntas, no habría peligro de que Diddy

estuviera demasiado entregado a su trabajo para recibirle con los brazos abiertos. Diddy se levantaría, saldría al encuentro del operario, y tras haber pedido perdón por interrumpir se lo habría presentado a Reager, Watkins y los demás. Que dijeran lo que quisieran; que se asombraran al descubrir que Harron, "uno de los nuestros", era amigo de un porcallón grosero y de baja clase. Si Diddy consintiera en dar explicaciones a aquellos presumidos, les diría que Incardona era hermano suyo, perdido y ausente desde la infancia. O casi hermano, el hijo de su nodriza, por ejemplo. A Incardona le desarmaría aquella recepción; comprendería entonces que Diddy le estimaba y que no pretendía hacerle daño.

Incardona no va a llegar. Ni entrará discretamente, con un golpecito en la puerta, ni la echará abajo entre baladros y maldiciones. Diddy hace por escuchar lo que se dice (ahora), ¿Van a votar el nuevo presupuesto de laboratorio? ¿O lo han votado ya? Es posible que Diddy haya alzado la mano maquinalmente.

Diddy sorprende a Jim mirándole con atención. ¿Tendrá esa inteligencia amistosa y suspicaz alguna idea remota de lo que (ahora) preocupa a Diddy? Poco probable. No están en la misma onda Jim y él. El caso es que Jim le está mirando. Diddy arranca una hoja de su cuaderno, garabatea una frase, dobla el papel y ruega a Ayres, jefe de relaciones públicas, que le pase la nota al señor Alien. Al verla venir, Jim alarga el brazo y tose. Desdobla, lee, vuelve a mirar a Diddy, esta vez con aire de sorpresa. Escribe entonces en la misma hoja, vuelve a doblarla y se la manda a Diddy por el mismo conducto. Diddy la abre furtivamente.

Lo que él ha preguntado: "Jim ¿sabes si hay una ley estatal que exija autopsia antes de toda incineración?" La respuesta de Jim: "Sí, creo que sí. Casi seguro. ¿Por qué?"

Diddy alza la cabeza y asiente con un gesto que quiere ser astuto y agradecido.

Puede que Jim tenga razón. Pero lo que le hicieron a Incardona el lunes o el martes no es la autopsia que Diddy quisiera. Si Diddy se propone seguir investigando, nada se lo impide. Ya que todos los informes que le han dado le han producido efecto tranquilizador, debería calmarse aún más con la resolución de esta incógnita. ¿Por qué no ha llamado a la *Gaceta*, o a las oficinas municipales, para enterarse de si hay o no hay una ley de esa naturaleza?

Más tarde podrá hacerlo. (Ahora) debe concentrar la atención en lo inmediato, Watkins y Compañía, el presente. Diddy tratará de comportarse como si el motivo de su estancia de una semana en esta ciudad fuera exclusivamente profesional: la casa le ha señalado con la envidiable distinción de citarle a la junta. Diddy lucha por convencerse a sí mismo y deja que los gestos rutinarios del joven administrador que lleva dentro convenzan a los demás.

Diddy el Bueno había emprendido un viaje de negocios. Toda gestión personal quedaba pues desterrada. Dos gestiones en particular: continuar la investigación de la muerte del obrero y visitar a Hester en el sanatorio, así como examinar los sentimientos referentes a estas dos situaciones. Ninguno de los dos proyectos iban por buen camino, lo cual no preocupaba demasiado a Diddy pero sí le causaba una sensación de mareo y levedad. Como si la falta de éxito confiriera pureza a sus esfuerzos.

Watkins pronuncia una serie de evasivas respecto a la supuesta fusión de empresas. El consejo de administración está estudiando el asunto. No se ha llegado aún a acuerdo definitivo.

Por fin nos disponemos a votar. Los técnicos, jefes del grupo que Diddy ha respaldado, ganan la partida. Un último intento de mejorar el Scopio-21, de restituirlo a su eminencia, de elevarlo por encima de todos los modelos semejantes. La divisa: ¡No darse por vencido! Diddy concuerda en todo. El lunes por la mañana le habían parecido razonables los argumentos de ambos bandos. Hoy jueves le sorprende que la cuestión sea tema de disputa. ¿No está claro que unos saben más que otros? ¿No conocen los técnicos el Scopio-21 mucho mejor que Reager y Watkins? La gerencia no tiene más remedio que confiar en los técnicos. En cuanto a la fusión, quizá no es mala idea.

Almuerzo en la cafetería del segundo piso. Pero hoy no hay que ponerse en cola para pedir la comida. Gracias a la presencia de un visitante que nos va a dirigir la palabra, el almuerzo es de más ceremonia que en los dos días anteriores. El invitado, director de la estación televisora de la ciudad, explica el programa especial (media hora de entrevistas y mesa redonda) que suele dedicar a la "Empresa del Mes". Este mes, Watkins y Compañía.

—Necesitamos tres voluntarios para la mesa redonda -dijo el señor Reager cuando acabó el orador (su apellido empezaba con H.)-. Si no tienen ustedes inconveniente, propondré varios nombres. Cualquiera de los

nombrados está, desde luego, en libertad de negarse a asistir. Los que no salgan elegidos, que no se ofendan. Esto no es una calificación de aptitudes.

Reager soltó una risita ronca.

—Comensky.

Un joven moreno, bioquímico, que estaba sentado al extremo de la mesa principal, escupió en la cuchara un bocado de ensalada de frutas e hizo un gesto con la cabeza.

—Michaelson.

Jefe de ventas de la Costa Oeste. Otro gesto inexpresivo.

—Harron.

Aunque Diddy sabe su apellido, vacila unos segundos, y se da cuenta, avergonzado, de que una vez más se le ha ido el santo al cielo. ¿Espera que alguien diga que sí por él? También él asiente.

—Bien -dijo Reager-. No llevará mucho tiempo. Esta noche, a las nueve y cuarto, preséntense a ensayar en los estudios del canal 10. Allí estaremos el señor Watkins y yo.

—Será un ensayo rápido -dijo el de la televisión, oficioso.

Reager fingió no haber notado la interrupción.

—Nos reuniremos poco antes del programa, que se proyectará en vivo a las once de la mañana del sábado.

—Precisamente -apostilló de nuevo el televisionista, sin que nadie le pidiera su opinión. Reager frunció el ceño.

Trajeran café. La mesa principal, donde comían Reager y Watkins, dejó de ser el centro de la atención. La intensidad del ruido crecía poco a poco. Diddy se había tomado una taza de café e iba por la segunda cuando sintió que le tocaban en el hombro. Jim se inclinó, cuchicheando:

—¿Por qué le dijiste que sí a Reager, bobo? Podrías haberte ido a Nueva York el viernes. Ahora tienes que quedarte aquí un día más.

—No importa -contestó Diddy-. Pensaba pasar aquí el fin de semana, de todos modos. Operan a una amiga mía en el Instituto Warren.

—Lo siento -dijo Jim-. Pero oye, antes de que se me olvide ¿a qué venía ese recadito?

—Quería saber... algo que se me había ocurrido de pronto.

Ernst Wildhaber, uno de los técnicos, que estaba a la izquierda de Diddy, se levantó. Jim se colocó en su asiento.

—Muy raro que me lo preguntaras en medio de todo este lío. (Sonriendo, con un amplio y elocuente ademán.) Como si te hubiera fastidiado lo de la fusión y pensaras eliminar a Reager. ¿Revelará la autopsia la presencia del arsénico que le echaste al pollo a la crema?

—Sí, algo así -dijo Diddy.

—Bueno, pues cuando tengas todo preparado, y el veneno en funciones, avísame. Cuentas con un colaborador. ¿De acuerdo?

—De acuerdo -contestó Diddy-. Seremos cómplices. De ahora en adelante no mataré a nadie sin tu ayuda.

—Tú búscate algo que no deje señal, y llámame. A menos que me anticipe y eche por la ventana esta misma noche a uno de estos mequetrefes. Soy bastante impulsivo, como sabes.

Diddy siente la cabeza liviana, casi aérea. ¿A dónde va a llevarnos esta conversación? ¿Cuál va a ser la próxima frase? ¿Y la siguiente? ¿Va a confesarle a Jim el crimen secreto que ya ha cometido? ¿Va a adquirir un nuevo confidente incrédulo?

Sentado en el borde de la silla, Diddy sorbe el café. Jim, de espaldas, habla (ahora) con Dentón, de Investigación y Desarrollo. Diddy espera que de un momento a otro le brote de los labios el pegajoso chorro de palabras. Una tromba de sangre le desciende de la cabeza al pecho; en la garganta tiene un nudo espeso, cúbico. Lentamente se vuelve hacia Jim. Pero en ese instante regresa Wildhaber y reclama su sitio. Wildhaber hace seña a la mesera: este café está frío, tráigame otro. Y Jim desaparece rumbo a su mesa.

En el programa del jueves por la tarde figuraba una visita general a la fábrica. Watkins quería enseñar al personal la nueva maquinaria que había comprado, y de la cual estaba muy orgulloso. Deseaba que la vieran, sobre todo, los agentes de ventas que habían venido a la junta. Una de las tareas de Diddy, antes del viaje, había

sido precisamente la preparación de un prospecto para vendedores, en el que se explicaban las características y funcionamiento de estas máquinas. Los agentes que no participaban en la reunión recibirían el prospecto por correo.

Diddy resolvió no parecer por la fábrica. Nadie iba a notar su ausencia y a nadie iba a importarle. Primero pensó telefonear a Hester y decirle que llegaba de inmediato, en lugar de esta noche. Luego decidió presentarse sin avisar, con la esperanza de que la dichosa tía no estuviera o tuviera que irse temprano. Pero al dar la vuelta por el corredor, Diddy ve a la señora Nayburn, que se pasea frente a la habitación de su sobrina. Como si aguardara la visita de Diddy. Sin perder ni un segundo, la señora empieza a hacerle fiestas. Admira, triunfante, la flor que Diddy trae en la mano. Qué vergüenza. Esta mujer es casi el chulo de la pobre muchacha.

—¿Ha dicho algo el médico? — pregunta Diddy automáticamente.

La señora Nayburn anuncia que ya han acabado las pruebas. Si se dispone de una córnea adecuada al injerto, se hará la operación mañana mismo.

—¿Pero qué dice el médico? — preguntó Diddy, presintiendo que lo que acaba de oír es una mala noticia.

—Que no debemos esperar demasiado. Pobre hija mía. Qué bien se está portando.

—Voy a entrar a verla.

—Sí, entre, entre, querido. Se alegrará mucho la pobrecita... creo que los voy a dejar solos.

Obsequio inesperado.

Al entrar, le sobrecogió la palidez de Hester, contra los anteojos oscuros. Hester alzó la cabeza.

—Soy yo -dijo Diddy.

—Ya lo sé.

Sin saber qué decir, Diddy llena de agua un florero y pone en él la rosa. Coloca el florero en la mesilla y se sienta junto a la cama, lo más cerca posible de Hester.

—¡Rosas! Muchas gracias.

Satisfecho, Diddy le toma la mano, la besa en la palma.

—¿Cómo estás?

—Triste.

—¿Preocupada por lo de mañana? ¿Nerviosa?

—No mucho -ríe Hester, sombría-. Sé que la operación no va a salir bien.

—¿Por qué estás tan segura? ¿Es por algo que ha dicho el doctor?

—No. Aquí tratan de subirme la moral. Pero sé que no va a salir bien.

Diddy la mira. En su cara hay una hondísima expresión de tristeza. ¿Cómo puede haberle parecido inexpresivo este rostro inocente y vulnerable?

La cama está deshecha, las sábanas arrugadas. Habrá dormido mal anoche.

—Mira, Hester: es cierto que muchos trasplantes de córnea fracasan. Pero otros salen bien. No es un injerto de la piel de otra persona; no es el riñón de un desconocido. En buena parte de los casos, el injerto ocular arraiga. El ojo es muy especial: no tiende a rechazar, como otros órganos, las sustancias extrañas. Tiene menos anticuerpos, y en la córnea no hay vasos sanguíneos. Pero todo esto ya te lo habrán dicho aquí.

—¿Cómo es que sabes tanto?

—Mi padre era médico. Y yo hice la preparatoria de medicina.

Diddy, al repetirse en mente estas últimas palabras, volvió a notar la grotesca intersección de los dos destinos. Hester, incapaz de visión con los ojos desnudos y acuosos que Dios le ha dado. Diddy, publicista del ojo artificial que asume las facultades

normales del humano y hace por superarlas. Para el hombre que mira por un microscopio, sus propios ojos, ojos vivos, videntes, son inútiles.

La muchacha parecía estar pensando en lo que Diddy había dicho. Luego meneó la cabeza; cayó de nuevo en el abatimiento. ¿Será tan ingenua como para creer que lo único que necesita para la felicidad es recobrar la vista? Si así es, cómo debe de sufrir, segura como está de no recobrarla. ¿Nunca? La imaginación nos engaña: siempre anhelamos lo que no tenemos, y sobre todo lo que hemos perdido, como si la posesión o recuperación fuera a salvarnos. Además, piensa Diddy, la imaginación localiza el sufrimiento. Crea y recrea anatomías ficticias: cavidades exóticas, cartílagos mágicos, órganos de la vida secreta.

Sí, los ojos son algo especial. Pero además de los ojos de carne, de los ojos de agua, están los ojos secretos. Que ven o que no ven. Éste es el único consuelo que Diddy se atreve a ofrecer a Hester, puesto que ha tomado en serio el presentimiento de que la operación fracasará. ¿Sabes, le dice, que no has perdido la vista? Ves de un modo imposible para muchos de los que creen ver. Y lo que ven los que ven no es más que un montón de escombros.

Gertrude, la enfermera, entra con el termómetro en la mano y se lo encaja en la boca a Hester. Mientras espera a que el termómetro registre la temperatura rebulle por la habitación con un aire vagamente censorio. Por fin se va, no sin haberle dado a Hester una gran píldora blanca para que se la trague.

—Qué desagradable es esta mujer -exclama Diddy. No han hablado delante de la enfermera.

—Mucho.

¡Malditos sean todos! Pero habíamos dicho algo.

—De lo que te dije antes, Hester. ¿Qué opinas?

La muchacha se removió en la cama, tratando de arreglarse las almohadas. Diddy corrió en su ayuda.

–¿Qué opinas, Hester?

–Que tienes una idea demasiado elevada de mí.

–No. ¿Por qué?

–Porque crees que la ceguera me ha dado una sabiduría particular.

¿La ceguera? Diddy no cree haber dicho eso. Tan sólo ha vuelto a descubrir la paradoja del sabio que, además, es ciego. Está a punto de pedir perdón por su falta de tacto, cuando la chica continúa, en un tono algo tímido:

–Quizá tienes razón. La ceguera sí es un modo especial de ver las cosas. No hay nada feo ni bonito. Y eso quita mucha escoria del pensamiento y del sentimiento.

Diddy, sentado, ha recibido estas palabras como un golpe abrumador. Aunque tardan unos segundos en recorrer cierta distancia. Un golpe seco y fuerte, como el de un osteópata al enderezar un hueso dislocado. Al principio no duele, pero luego se ensancha en círculos concéntricos. Diddy se siente (no hay otra palabra) exacto. Se siente exactamente donde está, exactamente en el sitio y el modo en que quiere estar. ¿Puede lograrse eso con unas cuantas palabras tranquilas? ¿Qué han arrancado, qué han arrebatado, para crear esta sensación, que él nunca, nunca ha tenido en su vida? Está como en el centro de algo denso, móvil, elástico. En el centro, pero sin presiones laterales. En plenitud. En plena y desgarradora lucidez.

(Ahora) el golpe, que se ha alejado ya, que está a cien mil años luz, empieza a dolerle. Se le llenan los ojos de lágrimas. Diddy cae de bruces sobre el colchón, y con la cabeza contra el muslo de Hester, se deshace. Sus hombros se estremecen de sollozos que él no puede, no se atreve a contener. Pero Hester no se inclina a abrazarle. Sólo alarga la mano y la coloca entre los omóplatos temblorosos de Diddy.

Diddy espera que el tacto de estos dedos le cure, le restañe el dolor cálido y abundante. Pero el dolor corre y crece.

—Háblame -dice la muchacha.

—No puedo.

Sí puede. Las palabras le han bajado la temperatura, le han refrescado el torrente ardoroso de la pena. Se limpia los ojos:

—Lloro por muchas cosas. Por ti. Por mí. Por lo que dijiste antes. Si supieras lo que sufro con mi vista, con mi manera de ver... Lo que duele ver el horror de todo, de casi todo...

—El horror de ti mismo.

—De mí mismo también.

Más palabras. Sin duda ha notado Hester el efecto que a él le hacen las palabras, y trata de intensificarlo. Diddy tiene ya los ojos secos. Él dolor seco, marchito.

—Por eso te acusas de crímenes.

¡Ojalá fuera así! suspira Diddy... Hester sabe tanto, y qué poco sabe.

—Perdóname. Dije que no debíamos hablar de eso, y soy la primera en quebrantar la regla. Cuéntame otras cosas, Dalton. Si quieres a alguien, y a quién.

—Quise a mi esposa. O creí quererla. También quiero a mi hermano, en cierto modo. Pero no le veo mucho. Quizá no le quiero, sino que quiero ser él... Me parece que no quiero a nadie más que a ti.

La muchacha no contesta.

—¡Si pudiera abrazarte!

Se da cuenta (ahora) de que está a unos centímetros de ella, que podría abrazarla si se lo propusiese. Pero como no es un simple abrazo lo que desea Diddy, no se lo propone.

—Quiero acostarme contigo.

Diddy la mira. ¡Otra vez! No mentía la memoria. El mismo rostro inexpresivo que vio ayer. Como un animal muerto, como un

órgano interno, creado para no verse. Palpitante, opaco, sin relación con él ni con nadie. De pronto Diddy se siente horriblemente desasosegado. Tiene que levantarse y pasear por la habitación. De vez en cuando mira a Hester, mientras camina, gira y camina como un centinela. Hester sigue en silencio, cabizbaja.

(Ahora) Diddy desconfía de sus sentimientos hacia la joven. Es una especie de vértigo, que Diddy trata de vencer caminando. Alarma. ¿En qué lío se ha metido? Su actitud es positiva, sin duda. Pero quizá no es más que compasión, como la que sintió por el gato tullido que recogió en su infancia. Compasión, y no amor.

Diddy mira la hora. Sólo las cuatro y media. Pone fin al silencio con sus primeras excusas: debe irse pronto. Entretanto, pasea, desgarrando el ambiente. Aunque nota la decepción de Hester ante la inminente y temprana despedida, no puede contener la imperiosa necesidad de irse.

—No te vayas, Dalton. Aún no ha acabado la hora de visita.

Diddy no quiere quedarse tan sólo porque ella se lo pide. Para ser un poco más amable, inventa:

—Tengo un compromiso de negocios a las cinco. Me fue muy difícil venir a verte hoy.

No es la primera mentira que le ha contado a Hester.

Naturalmente, ella no conoce bien a Diddy el Embustero. O quizá sabe que miente, pero decide otorgar a la mentira valor de verdad. Consentirá en su deseo de salir a la calle, de aspirar aire libre. Acepta la despedida con aire despechado y hasta rencoroso.

Cuando Diddy se inclina a besarla, ella le agarra del brazo:

—Espera. No te llevará más que un momento. Péiname, por favor. Cuando mi tía me peina, me hace daño. Péiname tú.

—Voy a retrasarme...

—No es más que un minuto. ¡Por favor!

—Está bien.

Diddy, inquieto y distraído, saca el peine del cajón de la mesilla y se sienta en el borde de la cama. Ya tiene el abrigo puesto y abrochado. Con la mano derecha encaja el peine en la cabellera larga, rubia, sedosa; con la otra mano sostiene la parte superior de la mata de pelo. De este modo, si el cabello se enreda al paso del peine, puede agarrarlo más arriba y evitar el tirón de raíz.

–Ya sabía que no me harías daño. Me gusta.

Diddy, satisfecho de poder complacerla, vuelve a ser el que ha sido tantas veces. Se inclina un momento a oler la cabellera y rozarla con los labios.

–¿No quieres quedarte?– suplica Hester, oprimiéndole los dedos.

Diddy cae de nuevo presa del pánico. El antiguo pánico, el de no comprender. La boca se le reseca; la cabeza, la nuca y las axilas se le inundan de sudor. Deja el peine, sin haber acabado con él.

–De verdad, debo irme -dice obstinado-. Lo siento, por ser la víspera de tu operación, pero...

–Eso no importa. Quédate.

Diddy huye.

Y no tiene dónde ir. En el estudio de la televisión no le esperan hasta las nueve y cuarto. Lo mejor es buscar un taxi y regresar al hotel. Tratar de dormir unas horas.

Pero todavía no. No encerrarse aún en otra celda. Diddy prefiere quedarse fuera, en el amarillento crepúsculo. Y aunque está cansado, quiere pasear. Por calles vagamente conocidas, hacia el centro. Probablemente recorrerá todo el camino a pie, si bien no es necesario decidirlo con anticipación.

Densas emociones le animan (ahora). Algo le desahoga tener que mover las piernas. Tan pronto como salió del hospital, el terror cedió paso a la vergüenza. Diddy está avergonzado de sí mismo. Vergüenza gruesa y vítrea, menos cerca del agua que del humor viscoso; flema que le apelmaza los conductos del cuerpo. Y en el

atardecer acetrinado, fúnebres pensamientos violeta. Diddy sólo dispone de sombras de energía, suficientes apenas para izarse, mano sobre mano por una cuerda ríspida, hacia la luz. Pero lucha como los valientes. Arrastrándose. Desarrollándose las palmas y las rodillas. Empeñado en no darse por vencido, en no ver la muralla impenetrable que se alza ante él.

¿Qué es lo que le pasa? Como si el cuarto de hospital fuese una trampa como lo era, o él creyó que lo era, el oscuro compartimiento del tren. (Ahora) nadie le persigue, nadie le acorrala. Una mujer hermosa le ha ofrecido su amor y ha despertado en él una ternura y una nostalgia inusitada. ¿Acaso es eso una prisión? ¿No es la libertad? ¿La gloria? ¿El milagro?

Hacia el centro. Los huesudos y nerviosos brazos de Diddy, envueltos en el traje de espiguilla y el abrigo Chesterfield, apuñalan el aire. Diddy, furioso consigo mismo por haber huido del bien. Por haber lastimado a su nuevo amor. De costumbre, Diddy no es indeciso. Casi nunca es tímido con las mujeres. Si se ha comportado con Hester de manera tan errática y cobarde, debe de ser por motivos ajenos, súbitamente oscuros. Según una antigua regla del contagio psíquico, la confusión o falta de claridad en una zona dada acaba por infectar el juicio entero.

Diddy, como todo animal, tiene dos ojos. Supongamos que uno de los dos sufre una enfermedad o un trauma. La muerte de Incardona, por ejemplo, y todos los enigmas adyacentes. El otro ojo conserva su perfecta salud. Es su lazo con Hester, la relación que va ahondándose entre ellos. Pero qué tonto ha sido. ¿Cómo ha podido esperar que el ojo sano se mantenga a salvo de la contaminación? El hombre, criatura de visión binocular, emplea los dos ojos a la vez, y con los dos, en acción conjunta, percibe el espacio. Si un ojo se inflama o se encona, o si padece condición tan grave como el desprendimiento de retina por herida causada a ese

ojo tan sólo, el otro ojo adquiere, tarde o temprano, la misma enfermedad. Una reacción simpática.

Esta simpatía por la parte herida de su ser es la que enturbia sus relaciones con Hester. Si no se anda con cuidado, todo se le desploma. Como siempre, Hester y el obrero se le aparecen juntos. En él los dos destinos se entretejen. El ojo bueno, y el ojo malo; la visión delectable y la pesadilla. Para aclarar sus sentimientos en cuanto a uno de los dos, debe resolver de una vez por todas qué es lo que siente respecto a ambos.

Respecto a la muerte de Incardona. ¿Se considera culpable o no? Desde su visita de anoche (¿sólo fue anoche?, parece que han pasado tres mil años) se considera menos culpable. Y así debe ser. Gente como Incardona, como su viuda, no merece trato humano. Son animales; no hay por qué desperdiciar en ellos la emoción. Diddy no tiene culpa. En su vida no cabe el sentido de culpa. Si le abre la puerta, o la ventana, el sentido de culpa, como un monstruo que crece y se hincha, acabará por llenar toda la casa y desahuciar a Diddy.

Respecto a la muchacha. ¿Qué siente Diddy por esta delicada y atormentada criatura? Fuerte quizá donde él es débil, pero débil sin duda en los puntos fuertes de él. Aquí sus sentimientos son mucho más precisos, ¡Qué estupidez fue huir! (Ahora) Diddy cree que la ama de verdad, y quiere que ella lo sepa si saberlo va a hacerla feliz. Que lo sepa esta noche, antes de que la lleven, en camilla de ruedas, al quirófano de mañana.

El corazón le late más aprisa que de costumbre, y le duelen las plantas de los pies, cuando se acerca al centro. Ya no es hora de buscar un taxi. El reloj del banco marca las seis menos cuarto. Diddy entra en una farmacia y le pregunta al chico del mostrador si hay por aquí una agencia de correos. Sí la hay. Diddy llega a las seis menos cinco y se encamina al pupitre tapizado de secante marrón, a redactar su telegrama.

A su izquierda, en la mesa, una negra de edad, con el atuendo de la pobreza respetable, suspira y rompe su primer formulario amarillo. Petición de dinero, tal vez. O anuncio de la muerte de un pariente.

El telegrama de Diddy llegará al Instituto Warren en menos de una hora. ¿Quién se lo leerá a Hester? Esperemos que no haya regresado la señora Nayburn. Será entonces la desagradable enfermera la que lleve el mensaje. Y aunque sea la antipática y entrometida tía la que lea la declaración, ¿qué importa? Diddy no tiene nada que ocultar.

A su izquierda, la mujer sigue luchando por dibujar las letras. Que forman las palabras. Que forman la noticia, mala sin duda, o la petición de auxilio. Diddy, que siempre ha sacado buenas notas en caligrafía, también hace las letras una a una, tan despacio como esta pobre mujer. Pero Diddy tiene otros motivos para apretar contra el papel el sobado bolígrafo unido al pupitre por delgada cadena. Cree que es esta misma hoja lo que le van a entregar a Hester, y quiere ahondar en ella todo lo posible para que pueda leerse a estilo Braille, pasando por la huella de la pluma la yema de los dedos. Naturalmente, sabe que no va a ser así; los telegramas van escritos a máquina, y se leen en voz alta a los ciegos. Quizá Diddy escribe con tanta fuerza para grabar las palabras en sí mismo.

Te amo. Estoy contigo mañana por la mañana. Dalton.

Diddy no volvió al Rushland. Siguió andando hacia el centro. Después del telegrama, caminar era mucho más fácil. Si no tuviera tanta hambre, podría continuar así hasta su última hora. Entró en un pequeño restaurante chino y pidió un tazón de sopa y un plato de costillas de cerdo. La sopa era agua; las costillas, huesos quemados. Diddy jugueteó con la comida un rato, pagó y se fue. Todavía tiene hambre. Hay que ser menos exigente. Entra (ahora) en una pizzería, y engulle sin quejarse un triángulo de masa semicruda,

salpimentado de tomate y queso insípido. Otro pedazo, y otro: cuatro en total.

Desde las ocho, Diddy recorre de arriba a abajo una calle muy bien iluminada, a unas quince cuadras del hotel.

Diddy observa. "La ciencia ha demostrado que el noventa por ciento del conocimiento se adquiere por medio de la vista." ¿Y el diez por ciento restante? Los que tienen que conformarse con esa fracción, ¿consideran el noventa por ciento un extravío, una adulteración de la sabiduría verdadera?

¿O es la vista una necesidad? ¿Como el agua que forma el noventa por ciento del ojo? ¿El medio viscoso indispensable para albergar y alimentar los órganos minúsculos? ¿El blando océano donde flotan los laberínticos tesoros de la visión?

Diddy mira y observa.

¿Necesita mirar?

Una calle muy bien iluminada, donde se apiñan un bataclán, un cine al desnudo, dos galerías de diversiones llenas de motociclistas enchamarrados y muchachas de minifalda, y varias tiendas dudosas. Tiendas que venden discos festivos, ceniceros escatológicos, revistas atrasadas, artículos para bromistas de mal gusto y pornografía en general.

Diddy observa.

Compara el tamaño de los senos que exhibe en sus fotos el Casino Burlesco con el de los que muestra el Cine Victoria. Pasa de librería en librería, mirando aquí la *Revista Geográfica*, allá las *Noticias de Hollywood*, acullá *El Juez Severo*, *El Azote de las Jovencitas* y *La Escalera Secreta*. Diddy el Mirón. ¿Qué siente Diddy ante todo esto? ¿Regocijo? ¿Repugnancia? ¿Curiosidad? Algo, no mucho, de las tres cosas. Y Diddy quiere, se propone, sacar una impresión. Lo que más le impresiona es una fila de máscaras monstruosas, en una de las tiendas de variedades. Diddy se prueba una del monstruo de Frankenstein, una máscara de

caucho, blanda y fresca, y se mira al espejo. Es la cara de Boris Karloff, rectangular, cosida, lastimosa. La triste y agria burla de Diddy el Monstruo, soñado por Diddy el Bueno.

Todo este hurgonear le ha puesto nervioso, de una manera vagamente sexual. Al salir de la tienda, Diddy se para frente a otro espejo y admira su perfil, ya depurado de monstruosidades. (Ahora) se observa de tres cuartos; alza y dobla el brazo izquierdo y palpa el bíceps, satisfecho, con la mano derecha.

Caminando por una de las galerías, hacia el tiro al blanco. Diddy ya se ha pesado (ocho kilos menos de lo que debiera pesar) y ha leído la suerte que le augura la báscula. "Hará usted un viaje importante." Diddy se ríe y guarda en la billetera la tarjetita blanca. También ha probado la fuerza de sus manos: "poco común", si la máquina no miente. No está mal, para un hombre tan pálido como el encarcelado de un castillo y más flaco que la raíz de la mandragora. Luego ha jugado seis partidas en el tragasueldos y ha mostrado su destreza automovilística tras un falso volante: "asegurable sin exceso de prima". (Ahora) Diddy se ejercita con un fusil de retrocarga; al poco rato tumba uno de cada diez gansos y gana el premio.

—¿Qué quiere usted, señor? ¿El juego de seis vasos, el encendedor de importación o el osito panda?

Pide el osito panda, un bigardo de treinta centímetros, con orejas redondas y cintajo escarlata al pescuezo. En la calle, con su premio bajo el brazo, Diddy busca un taxi y da la dirección del Canal 10.

Que no está muy lejos, así que Diddy llega antes que nadie. Son las nueve menos cuarto. El funcionario que almorzó en la fábrica sale a recibirle, y le pregunta si prefiere esperar en el salón de recepciones y ver televisión, o visitar los estudios y observar lo que se transmite en este momento.

—Visitar los estudios -dice Diddy-. ¿Dónde puedo dejar esto?

El osito panda. Sin explicación.

—¿En la mesa de la secretaria? — titubea el director—. No va a volver ya esta noche.

¿Querrá saber este hombre dónde ha conseguido Diddy el premio, y por qué lo lleva a cuentas? Diddy lo deja en la mesita de la secretaria y cruza con su guía unas puertas batientes. "Silencio." Por un corredor hasta lo que el otro llama "nuestro estudio A." Un salón enorme, de dos pisos de alto, con el techo erizado de lámparas. En un rincón, la compañía de aficionados de la ciudad graba *Largo viaje hacia la noche* de O'Neill; su gran éxito de la temporada. Saldrá el mes que viene, informa el director, por la Red de Televisión Cultural.

Diddy mira por la ancha ventana. Imposible ver bien a los actores, o el decorado: los camarógrafos mueven continuamente sus máquinas negras para sacar distintos ángulos de enfoque. Desde el otro lado de esta muralla de vidrio, el drama parece una pantomima. Pero Diddy ha visto la obra en Broadway, así como la película, y reconoce la escena. No sólo la escena, sino una parte de los parlamentos. El drama le conmovió; sobre todo este pasaje. El inteligente hijo menor, retrato del propio dramaturgo, reprocha a su disoluto hermano el constante fracaso de su vida. Se lo reprocha con amor, con piedad, con desprecio. Pero la situación de estos hermanos es sencilla, si se compara con la que hay entre Diddy y Paul. ¿Cuál de los dos, Paul o Diddy, debe hacerle reproches al otro?

Hacia "nuestro estudio B." Una sala mucho más pequeña.

—Estamos grabando parte del noticiero de las once. Casi todo el noticiero sale en vivo, y ahora medimos la película que nos envían del exterior.

¿Es el mismo individuo, el de "aquellas" noticias?

Pues sí. En su cubículo a prueba de sonidos, detrás de un escritorio, con el mapa a la izquierda y la pantalla de proyección a

la derecha, está el señor afable de cuyas palabras estuvo Diddy tan pendiente hace cuatro noches. El domingo, su cara era una imagen borrosa en la vítrea superficie del aparato de televisión, y sus rasgos se componían de líneas diminutas. (Ahora) es la propia carne del hombre, su rostro de verdad, lo que ve Diddy. Sigue presente el vidrio, la gran pared rectangular que separa a Diddy del locutor, pero (ahora) al menos no es el vidrio el que crea la imagen.

—¿Podríamos oír lo que dice? — pregunta Diddy en voz baja.

Por supuesto. Su guía aprieta un botoncito rojo que hay junto a la puerta.

La misma voz untuosa y desnaturalizada. A pesar de lo claro del sonido, Diddy podría estar en su cuarto del Rushland, echado en la cama, viendo la televisión. Pero no es culpa del sonido, ni de los aparatos. Recordemos que ésta es la voz del hombre que lee las noticias, pero que no dio noticias, que no tenía nada que informar. ¿Y esta noche? Esta noche tampoco. Más y más de la guerra inconcebible, la guerra en la que no se gana ni se pierde terreno, en la que la victoria se mide únicamente por la cantidad de pequeños cadáveres amarillos que yacen abrasados por el napalm o destrozados por las bombas. Cadáveres pacientes, en espera del recuento. El locutor cita las absurdas cifras, repite las trilladas redundancias de la falsa justificación. Serio, tranquilo. Sus mentiras son terribles y sonrientes.

El director se ha ausentado un momento, y Diddy se queda solo frente al ventanal del estudio B. Aprieta la cara contra el vidrio y escucha. Si Diddy fuese afecto a pronunciar discursos, ésta sería la ocasión de lanzarse. Las palabras le queman la garganta. ¿Contra quién iría el látigo de su censura? Hay muchos que la merecen; el propio Diddy el primero. Diddy el Autocensor. Pero no es él lo único que anda mal en el mundo.

El locutor se pone en pie y señala el mapa con un puntero.

(Ahora) la rabia de Diddy ya no conoce límites; se desborda sin economía. ¿Cómo aplacar la sed de enmienda de sí mismo? Una vez más, acicateado por las mentiras y vaciedades del locutor, Diddy tendrá que emprender la tarea infinita de corregir sus sentimientos.

En la pantalla de proyección aparece una fotografía. Un soldado americano interroga a un prisionero de guerra. El prisionero, con los ojos vendados, de rodillas, no tiene más de dieciocho años.

Pero Diddy ya no escucha.

Ante la conducta de su país, dedicado actualmente al prolongado asesinato de una pequeña nación indefensa (uno más en la cadena de crímenes históricos con que se adorna el siglo) la agonía de Diddy por la muerte de una sola persona parece humillante y ridícula. Si se coloca en la perspectiva del planeta y la década, lo que Diddy ha hecho es apenas visible. A escala real, es el pasatiempo de un aficionado. Y su desgarrador remordimiento se reduce a presunción, a una especie de jactancia; como mucho, a la débil y simpática tontería del hombre supercivilizado. Diddy el Demoníaco debe reconocer las diminutas proporciones de su fechoría. Lo cual no quiere decir que pueda perdonarse o atenuarse el involuntario asesinato de Incardona. Un crimen es un crimen, una mancha pútrida y morosa en la tela del alma. Una muerte nunca deja de ser una muerte.

Dalton Harron ya no es Diddy el Bueno, si es que alguna vez lo fue. Tenemos que aceptarlo. Pero los asesinatos cometidos a lo ancho del mundo, con lujo de crueldad y reincidencia, también deben considerarse. Sin olvidar que los asesinos no sienten el menor remordimiento. ¿Y por qué habrían de sentirlo? En nombre de la patria, se puede liquidar cada día, a un centenar de Incardonas, y entre aclamaciones; no sólo es legítimo romperle el cráneo a un hombre, que en ciertos casos sabe defenderse, sino

también destripar a su esposa y tirar a sus hijos por el balcón. Raro es el soldado, el espíritu excepcional, que sufre las angustias de su culpa en medio de las alabanzas y felicitaciones con que se festeja su deber cumplido. Los que, como Diddy, no han sacado licencia de asesino, los que no han entrado en lides donde matar está a la orden del día, también tienen un papel que desempeñar. Un papel igualmente siniestro y candoroso, que Diddy ha aceptado a pesar de su experiencia.

A cambio de la discutible recompensa de vivir en paz con el prójimo, Diddy se ha tragado el anzuelo podrido, y ha convertido en su propia verdad las viejas mentiras en cuanto a la bondad o maldad de un acto.

Si Diddy se atormenta, no es por haber cometido un crimen, como no es por el crimen por lo que le llevarían a presidio o al patíbulo si le aprehendiesen. Es por no poseer la identidad del héroe. Es por no defender una causa. Por carecer de un fin público y redentor. Por matar a un solo hombre, y no a cien mil.

A través del cristal de la ventana, Diddy le da las gracias al afable locutor por haberle recordado lo que es el mundo. Su acción del domingo se le aparece (ahora) en una perspectiva mucho más razonable. También adquiere otro aspecto, y esto importa bastante más, su largo calvario de culpa.

¿Cómo es que no sabía todo esto Diddy el Instruido? ¿Cómo había ignorado que el extravagante moralismo de la gente de paz que se flagela no sirve más que para consagrar la autoridad del asesino en masa? Nuestros escrúpulos fortalecen al poderoso, aseguran su inviolabilidad. Hoy en día nadie tiene derecho a ser inocente, y Diddy se avergüenza de su inocencia. Por Incardona, qué desperdicio de sufrimiento. Por Hester, cuánto riesgo de amor.

Crujen unas bisagras; unos gruesos zapatos fingen la discreción de cruzar de puntillas la alfombra. Es James Watkins, el corpulento hijo de Hubert.

–¿Qué tal, Harron? Veo que ha llegado usted antes que nadie. Diddy se volvió maquinalmente, desviando la vista del sonriente heraldo del genocidio racional. Tendió la mano:

–Buenas noches, señor Watkins.

Pasaron a la sala de recepciones. Comensky, reclinado en un sofá, hojeaba un sobado ejemplar de *Life*.

–Los demás vendrán dentro de poco- dijo Watkins, frotándose las gruesas manos rojizas. Una vieja costumbre.

Diddy se sentó y sacó un cigarrillo.

–¿Me da usted uno? – preguntó Comensky-. Como quiero dejar de fumar, ya no compro.

Diddy le acercó la cajetilla.

–Oiga, Harron, ¿ha visto lo que acabo de publicar en el *Boletín de la Sociedad Microscópica Americana*?

Diddy no lo había visto.

–Menos mal que me he traído varias separatas.

El cigarro, sin encender, en la mano izquierda. Los fósforos en la derecha. Comensky se metió el cigarro en la boca y empezó a bucear en el bolsillo interior. Se ha equivocado de mano. ¿No se acuerda Comensky de que no es zurdo? Por fin tiene que dejar los fósforos en alguna parte para poder sacar la separata y entregársela a Diddy.

–Gracias.

Poco después aparecieron Reager y Michaelson. (Ahora) estábamos listos, el grupo completo. Diddy adivinó de la evidente alegría de los recién llegados que venían de casa de Reager, donde Michaelson había sido invitado a cenar. A cambio de la fuerte comida, bañada en salsas, que le habían servido los señores de Reager, el pobre Michaelson había tenido que hacer de plato principal para la señorita de la casa, Evie, todavía soltera y cada vez menos atractiva. Reager y Michaelson parecían venir hablando de Evie.

–Oye, Alex -le dijo Comensky a Michaelson-, ¿has visto mi artículo en el número de verano del *Boletín*?

Michaelson dijo que no.

–Espera, te he traído uno. Un momentito. No te vayas. Lo tengo aquí mismo...

Sin manifestar el menor entusiasmo por el regalo, Michaelson se dejó caer en el otro lado del sofá. Diddy (ahora) en el medio. Se aparta todo lo posible del codo en movimiento de Comensky. Ya que Comensky ha vuelto a deshacerse de los objetos útiles que le estorban invariablemente. En el estrecho brazo del sofá ha colocado un vaso de papel lleno de agua. En sus rodillas resbala la *Gaceta*, y el cigarro a medio fumar se consume en el cenicero de latón. Comensky mete la mano en el bolsillo y tira de algo. Da la impresión de que quiere desnudarse, con horrible torpeza. Como un hombre que se muere de ganas de mear y que descubre, en lugar de su cierre relámpago de siempre, una larga bragueta abotonada.

A Diddy le divierte este celo personal. La persistencia del coleccionista nato. Comensky, otro coleccionista que se ofrece a la vista de Diddy, no se interesa por minúsculos trofeos, como timbres postales, caracolas. Colecciona sus propias ideas, y las regala con verdadera furia, en transcripción impresa, a los que no las quieren. Los artículos que proporciona no son originales, no tienen valor intrínseco, como las estampillas y conchas de verdad con que negocian otros coleccionistas. Comensky es un tratante en recuerdos.

(Ahora) todos estamos sentados. Los dos jefes, Watkins y Reager, se han apoderado de los cómodos sillones que desde las esquinas hacen juego con el largo sofá. En el sofá, los tres empleados. Michaelson ya ha recibido su separata y se la ha guardado en el bolsillo. Comensky lee el periódico. Diddy existe. O procura existir.

Breve espera. Apareció en la sala de recepciones el productor de "La Ciudad en que vivimos", con el brazo en los hombros del locutor del noticiero.

—A ver si puedes añadir eso, ¿eh?

—Está bien -contestó el locutor, en camino a la puerta-. Vuelvo dentro de una hora.

—Hasta luego -dijo el productor, y se acercó a los cinco que esperaban-. ¿Estamos todos? ¡Perfecto! Pasemos a uno de los cuartos de ensayo, y empezaremos en seguida.

—Yo preferiría que empezáramos aquí -dijo Reager, puntuando las frases con chupadas al puro-. Va a venir otra persona dentro de un rato. Entonces podremos pasar a otro sitio.

Nueva chupada al puro, como para mostrar lo cómodo del sillón y lo poco dispuesto que está el cuerpo de Reager a moverse.

Diddy adivinó inmediatamente lo que Reager se proponía. Iba a provocar al productor y ver cómo reaccionaba.

¿Cómo reaccionó? — Naturalmente, señor Reager. Con mucho gusto.

Ha perdido la partida. Reager, hombre caprichoso, desprecia a los que ceden a sus caprichos sin ofrecer al menos la apariencia de una protesta. Y el productor no ha protestado. Ha cambiado los planes para agradar a Reager, sin preguntar siquiera el por qué de su antojo. Reager debe de tener ganas de pelea. ¿No se da cuenta de que ha ganado ya?

Ah, pero el productor cuenta con un aliado. Watkins, que no teme las discusiones y se complace en hostigar a Reager. Watkins, que sonríe y acaricia su pipa apagada:

—Vamos a ver, Howard. ¿Por qué no nos dices quién viene?

Reager se volvió a él, fríamente:

—Es una sorpresa.

¿Quién vendrá? se preguntó Diddy. ¿Ha agregado Reager a alguien, sin consultar con los demás? ¿Algún jovencito de porvenir

cuya carrera quiere promover? ¿O su adorada Evie, encajada a la fuerza en el programa a fin de aumentar las posibilidades de que algún caballero se fije en ella?

El productor, naturalmente, no sabía lo que pasaba. Ni a qué etapa habían llegado las cosas. Optimista aún, o insensible, seguía organizando nuestras actividades temporales. Buscando en esa organización el medio de afirmar su autoridad. Salió un momento, y volvió con una silla plegadiza de metal que colocó en mitad de la sala de recepciones. A horcajadas en la silla, abrazó el respaldo:

—Como saben ustedes (mirándonos a todos, uno por uno) el programa es muy flexible, muy poco ceremonioso. "La Ciudad en que vivimos" es una emisión mensual de beneficio público, patrocinada por la Asociación de Comerciantes de la Zona Céntrica. Tiene por objeto familiarizar al tele-auditorio del Canal 10 con el principio de la libertad de empresa y con los problemas y responsabilidad del negociante norteamericano. La compañía de ustedes, una de las más antiguas y respetadas de nuestra región, es ideal para este programa. Lo que no me explico es por qué no han aparecido ustedes antes en él.

Diddy se da cuenta de todo. Hasta hace poco, la dirección de la empresa no reconocía la necesidad económica de entablar relaciones con el público. El hecho de que Watkins y Reager accedan (ahora) a dirigirse al tele-auditorio es una prueba más de la crisis de confianza que padecen en lo que va del año.

—En fin, ya los tenemos agarrados a ustedes -continuó el productor-, y bien que nos alegramos. Pero este programa no será como el del mes pasado. La "Empresa del Mes" era los Almacenes Casablanca. De almacenes entiende todo el mundo. Por lo menos cree entender. De microscopios casi nadie entiende. Es un ramo científico. ¿No es cierto?

—¡Por Dios! —dijo Reager, mirando a Diddy, que desvió la vista-. No me va usted a decir que no sabe nada de microscopios.

—En cuestiones de ciencia, señor Reager, casi todos estamos en el abecé. Lo que quiero decirle es que nuestro programa no es cultural. Ojalá lo fuera.

—Mire, Harvey -gruñó Reager, con una mueca-. Déjese de rodeos y vaya al grano.

¿Harvey? ¿Nombre o apellido? El productor, Nombre Harvey o Harvey Apellido, se removió inquieto en su silla de metal:

—No hay por qué preocuparse; es una cosa muy sencilla. Ya saben ustedes que tenemos patrocinadores. Y nuestros patrocinadores quieren que el público se divierta. (Sonrió, como para mostrar la exacta cantidad de diversión en que estaba pensando.) Muy bien está que el público aprenda algo en la televisión, pero también tiene que pasar un buen rato con nosotros.

—¿Con nosotros?

—Sí, señor Reager; debo añadirme al grupo, ya que se me concede el privilegio de ser el anfitrión del programa. Y puesto que de mí se ha hablado, aprovecharé para explicarles lo que voy a hacer. De eso deducirán lo que les corresponde hacer a ustedes.

—Adelante -dijo Watkins, de buen humor.

Diddy había observado que Watkins se esforzaba por ser amable cuando notaba que Reager estaba fastidiado.

Y el fastidio de Reager era evidente. Qué raro, pensó Diddy, lo fácil que resulta irritarse por nimiedades. Este No-sé-qué Harvey o Harvey No-sé-qué no había ofendido a Reager en nada. De acuerdo, era un idiota efusivo. Pero también lo era la mayoría de la gente con quien Reager trataba. ¿Por qué había escogido a este hombre? ¿Y sabe una persona cuándo suscita antipatía, no por algo que ha hecho, sino por su manera de andar o su olor o su aspecto o su mera existencia? Si tiene los instintos en buenas condiciones, debe saberlo. No andarían muy bien los instintos de Diddy cuando no conoció que había provocado la antipatía de Incardona desde el momento en que se presentó junto a él, en el lugar de su trabajo. En

cambio, el aparato sensorial de Incardona parecía funcionar perfectamente. Muy probable que percibiera en Diddy la misma calidad de antipatía instantánea. Y por haberla percibido, reaccionó con hostilidad, mucho antes de que Diddy pudiera analizar sus propios sentimientos. ¿Cómo la había percibido? ¿Por la vista? ¿Por el olor?

El señor Harvey o Harvey Lo-que-fuera parecía captar alguna que otra vibración de la furia de Reager, pero no estaba dispuesto a reconocerse derrotado. Calló un momento; miró en torno. Diddy le observaba, desde el otro lado del muro de silencio. ¿En qué piensa el amigo Harvey? ¿Ya le ha hecho perder el equilibrio Reager? Tal vez. De pronto el productor da la impresión de haberse decidido a tomar posiciones. (Ahora) o nunca. Si no es demasiado tarde. Sin referirse a las últimas palabras, quizá porque sentía tácitamente a Watkins de su parte, y sin mirar a Reager, se dirigió a los tres hombres del sofá.

—Señor Michaelson, señor Harron, señor Comensky: ustedes no han dicho nada. ¿Querrían hacer alguna pregunta?

Diddy sabe que esto constituye una represión a la agresividad de Reager, pero duda que este esfuerzo por diversificar la conversación dé resultado. Por lo pronto, ni Comensky ni Michaelson han prestado atención. Hace ya un buen rato, Comensky sacó del almacén otra separata, la colocó sobre el ejemplar de la *Gaceta* que aún tiene en las rodillas, y desde entonces la lee disimuladamente. Michaelson parece estar tomando apuntes con un cuaderno y un lápiz; en realidad, ha cubierto varias hojas de mujeres desnudas y aeroplanos. Diddy es el único que ha escuchado lo que se decía. Pero no tiene muchas ganas de hablar ¿A qué atacar a este pobre tonto, cuando Reager se ha dedicado a ello con tanta energía? ¿Y a qué lisonjearle o ablandarle si esa tarea ya ha recaído en Watkins?

¿Qué decir?

–Señor Harvey... Harvey ¿no es eso?

El productor asiente afablemente. Diddy ha acertado por casualidad.

–Señor Harvey, ¿cuánto tiempo hace que dirige usted este programa?

Diddy quería dar a sus palabras un sentido neutral. Pero le han salido en un tono francamente sarcástico, y el pobre productor se ha quedado de una pieza ante ataque tan inesperado.

Desde su rincón, Reager ofrece a Diddy uno de sus valiosos puros, en señal de bienvenida al círculo de agresores.

Diddy el Deprimido. Qué difícil es decir algo en sí y por sí. Con la mejor intención, acaba uno por hablar en provecho de alguien, de alguien a quien no tiene el menor deseo de servir. Ojalá pudiera Diddy recobrar lo que dijo.

Comensky seguía leyendo su propia creación; Michaelson seguía haciendo dibujitos. Diddy, que cree haberse ruborizado, se imagina que está en otra parte.

–Bien, vamos allá -dijo el productor, lanzando simpatía como si fuera una red para apresar a los demás-. Todos estamos muy ocupados, y cuanto antes acabemos, mejor.

Reager bostezó. Watkins encendió por fin la pipa.

–Éste es el formato del programa. Primero, yo doy una ligera idea de lo que es un microscopio. Como una preparación ¿verdad? Después pondremos unas fotos fijas, con comentario mío, que muestren las actividades de la empresa desde su fundación hasta hoy. Luego la mesa redonda, dirigida por mí: en ella participan los señores Comensky, Harron y Michaelson. Entonces presentaré al señor Watkins, que nos hablará, espero, de su abuelo, de su padre, y de sí mismo. El elemento humano, ¿verdad? Después, unas palabras del señor Reager, director gerente; unas vistas de la fábrica y las oficinas en su estado actual, y para terminar, escenas de la excursión que hizo la empresa al Lago Canandaigua el pasado mes

de mayo. Las fotos nos las ha proporcionado el señor Wurst, y hemos seleccionado de entre ellas las que luego les mostraré a ustedes.

Diddy miró a Reager, para ver qué impresión le iba causando esto. No muy buena. Pero el productor parecía ser de otra opinión. Tan confiado estaba en que su adversario se había calmado ya, que se permitió el lujo de decir algo con el único fin de agradarle.

—Quizá alguno de ustedes no sepa que muchas de estas fotografías las sacó la señorita Evie Reager.

—Con una Bolex -apuntó el papá.

—Sí, señor Reager. Son magníficas.

—¡Claro que lo son! Esa muchacha tiene mucho sentido fotográfico. Le he pedido que pase por aquí esta noche. Su ayuda nos vendrá bien a todos. Pero ya debería estar aquí. No sé lo que le habrá ocurrido.

Diddy se apoyó en el respaldo del sofá, estiró las piernas, encendió otro cigarrillo. La noche iba a ser larga.

Después del ensayo, Reager y su hija invitaron a los asistentes a tomar una copa en su casa. Ninguno de nosotros tenía muchas ganas de ir. Watkins dijo que no en el tono experto y brusco del hombre acostumbrado a decir que sí pocas veces. Los jóvenes, para quienes era en realidad la invitación, vacilaron un momento. Diddy, que desconfiaba de su tendencia a llevar la corriente a los jefes, trató de parecer despreocupado y resuelto: pretextando cansancio, se disculpó.

Salimos del estudio. El coche de Harvey estaba casi a la puerta, así que le perdimos de vista inmediatamente. Poco después llegó el Lincoln Continental de Watkins, con su chofer. Evie dijo que había tenido que estacionarse a dos cuadras, y guió hacia allá a lo que quedaba del grupo. Comensky y Michaelson daban escolta a Reager. Diddy, que pensaba acompañarlos hasta el coche y despedirse, cerraba la marcha. Con el osito panda debajo del brazo.

–Le llevaremos hasta el hotel, Harron -dijo Reager.

Habría sido prudente aceptar: así le verían todos entrar en el hotel, en camino al descanso. Mientras que si tomaba un taxi, Reager sospecharía que Diddy no pensaba reposar sino salir por su cuenta a divertirse.

Pero Diddy no quería meterse con ellos en el coche. Y la prudencia le importaba poco, después de lo que había tenido que soportar.

–No, gracias, señor Reager. Tomaré un taxi.

Al demonio con el maldito viejo. Que piense lo que quiera.

–Evie, ¿puedo obsequiarle esto?

El osito panda. Evie cargó con la enorme criatura blanquinegra. Y Diddy encontró un taxi casi en seguida.

Ya eran las doce cuando llegó al Rushland. Saludó brevemente al laborioso estudiante de guardia, y subió a su habitación, sin el menor deseo de esperar dos horas a que trajeran la primera edición de la *Gaceta*.

Diddy tomó un baño caliente, abrió la cama, agradecido por las sábanas limpias que le habían puesto, y se acostó. Estaba cansado, pero no creía tener sueño. La ansiedad por la operación de Hester no iba a dejarle dormir.

Se equivocaba. Le resultó fácil dormirse, ya que dormido podía soñar con Hester. Y pensar cosas mucho más aterradoras que las que se permitía en su peor hora de insomnio.

En el sueño, Diddy visita a Hester la víspera de la operación. Entra en el cuartito blanco, exactamente igual al cuarto de verdad. Pero Hester no lleva los mismos lentes oscuros. Éstos son de montura cuadrada, y no redonda; más negros que los que antes llevaba. Y no son de cristal, sino de celuloide grueso. En el centro tienen un orificio minúsculo.

Diddy, rígido en la silla.

–¿Nuevos anteojos? – pregunta secamente.

—Nuevo tratamiento -contesta la muchacha-. Los médicos dicen que debería haber llevado este tipo de lentes desde que se descubrió mi enfermedad.

Hay algo positivo en estas nuevas y extrañas gafas, piensa Diddy. ¿Qué será? ¡Claro! El orificio del centro quiere decir que Hester conserva un grado mínimo de visión. No es ciega del todo. Lo cual no es lo mismo que tener vista. ¿Ve bien Hester? ¿Veía antes? Entonces, ¿por qué no le vio salir del compartimiento el domingo pasado?

Pero de pronto Diddy se intranquiliza. Los nuevos lentes suponen otra cosa mucho menos favorable. Diddy ya los conoce. Son los lentes que suelen llevar los que han sufrido un desprendimiento de retina. ¿Cómo le ha sucedido eso a Hester? ¿Por una herida? ¿Una infección? La semejanza de los dos cristales significa que ambas retinas se han desprendido. Y esto es muy grave. Hay que darse prisa, o la muchacha se quedará completamente ciega. Tan pronto como se emite el diagnóstico, conviene trasladar al paciente al hospital, meterle en la cama y prohibirle todo movimiento. Un simple gesto puede agravar la lesión. Hasta operarse, Hester debe permanecer inmóvil; es tan delicada como un cesto de huevos.

Lo malo es que Hester ya se ha expuesto a riesgos considerables e innecesarios. El viaje en tren, la alta velocidad, el bamboleo de los vagones. La abrupta parada en el túnel. Diddy recuerda el grito que lanzó la muchacha cuando el tren volvió a arrancar, con un tirón convulsivo. Él había creído entonces que, por ser ciega, tenía miedo; (ahora) sabe que gritó de dolor, porque los ojos se le despegaban.

El peor, y el más inútil de los riesgos, fue hacer el amor en el cuarto de baño. ¿Por qué no le dijo a Diddy que era tan frágil? Si él hubiera sabido lo que sabe (ahora), nunca la habría acompañado a aquel cuchitril. Con esa enfermedad, el acto sexual es nada menos

que una agresión. ¿Era eso lo que quería Hester? ¿Provocarle, como le había provocado Incardona para que él le agrediera con la barreta? ¿Eran entonces cómplices los dos? ¿Buscaba Hester la herida física por obra de Diddy? ¿Quería obligarle a cometer un crimen más?

Diddy, dormido, lanza un grito de desesperación. Casi abre los ojos, y vuelve a caer en el sueño.

Cambia la escena al quirófano del hospital. Las lámparas del techo vierten una luz intensa que lo empapa todo: la figura cubierta, tendida en la mesa de operaciones; los cirujanos y enfermeras, de blanco riguroso; las bandejas de instrumentos, en sus carritos; los aparatos de anestesia. Diddy está arriba, en la galería, con muchos otros espectadores. Pero no está sentado entre ellos, y observando. Está de pie en el pasillo, y tiene las manos ocupadas. ¿Con qué? Con una cámara Bolex. Va a sacar fotos de la operación.

¿Por qué está Diddy aquí, con los estudiantes de medicina, si hace años que renunció a serlo? ¿Por sus relaciones con Hester? No: es por motivos profesionales. Diddy se dedica a la fotografía. Trabaja en un estudio especializado en asuntos médicos y forenses. Películas quirúrgicas para uso de las facultades, hospitales y clínicas; fotos de accidentes y homicidios para los pleitos de daños y perjuicios y los procesos de asesinato. Hoy, cuidadosamente, Diddy va a fotografiar la operación de Hester. Una operación muy delicada. Hasta hace poco, el método más adelantado era la criocirugía. Consiste en disparar por un tubito un chorro de gas almacenado a baja temperatura. Si el cirujano tiene buen tino, el gas penetra por el globo del ojo y el humor acuoso, y hiere la pared trasera en el lugar preciso en que ha ocurrido el desprendimiento. Es tal la fuerza y velocidad del gas que en muy pocos segundos se consigue la soldadura o recomposición de la retina.

Pero el médico de Hester domina la nueva técnica, que emplea el rayo láser. El blanco del disparo es el mismo. Y el principio también: asalto y puntura a distancia, con luz y gas en vez de duros instrumentos metálicos. ¡Un arma mortífera que no descubrirían los peritos! El doctor alza el láser miniatura y apunta a la cabeza de la enfermera como con una ametralladora de juguete. Se acerca. Los párpados de la muchacha, abiertos de par en par con unas pinzas. Fogonazo. Sin olor, ni siquiera a carne quemada. ¿Siente Hester el rayo sutil que le abrasa el ojo? ¿Y cómo sabe el cirujano que la luz no ha traspasado la retina y se ha alojado en el cerebro? Hester debe de sufrir: se remueve en la mesa. Los médicos continúan. Diddy quisiera hacer algo, pero está demasiado lejos. Conque sigue fotografiando, atento al "clic" del disparador.

(Ahora) Diddy está en la habitación de Hester, sentado junto a la cama, esperando a que la muchacha recobre el conocimiento. Hester tiene toda la cara envuelta en vendas. ¿Es necesario tanto vendaje? ¿Cómo va a hablar, cuando se despierte? ¿Cómo le va a llamar a él, cómo le va a pedir un vaso de agua? ¿Cómo va a respirar? Y si Diddy no le ve la cara, no sólo no podrá hablar con ella, sino que ni siquiera va a tener la certeza de que es Hester. Diddy empieza a sospechar que le han dado el cambiazo. Esa forma alargada, envuelta en mantas, no es la del cuerpo de Hester. Es demasiado alta, demasiado hombruna, ancha de espaldas, estrecha de caderas. Diddy tiene de repente el horrible presentimiento de que se ha equivocado de cama; algo le dice que no es éste el cuerpo que debería velar. (Ahora) sabe sin duda de qué cuerpo se trata. Pero no recuerda el nombre de su dueño. Aunque Diddy le conoce. O mejor dicho, le conocía. Ya que esta persona es cadáver.

Nuevo cambio de escena. El cuerpo junto al cual se encuentra Diddy es el de Hester. Se ha despertado y grita: "¡No veo!" Trata de arrancarse las vendas con las uñas. Entran apresurados los médicos

y las enfermeras, se aglomeran en torno a la estrecha cama de hierro, se inclinan solícitos sobre Hester. A Diddy le empujan hacia un lado. El personal médico parece estar en consulta. Diddy, apretado contra la pared, junto al cuarto de baño, quiere oír lo que dicen. Pero no le dejan. De algún modo, sin haber oído nada, Diddy logra enterarse. Han dado un diagnóstico equivocado. Diddy, furibundo: "¡Ya lo dije, idiotas! ¡Lo dije desde un principio!" Sin hacer el menor caso de Diddy, los doctores y las enfermeras alzan el cuerpo sin vigor de Hester, lo colocan en una camilla de ruedas y lo sacan de la habitación. Diddy corre tras ellos, por largos e idénticos corredores. A veces la camilla, con su preciosa carga y su séquito blanco, se pierde de vista. Diddy se vuelve loco: nunca encontrará por su cuenta la sala de operaciones. Hay centenares.

Por fin, en otro pasillo desierto, Diddy vislumbra el cortejo fantasmal. Médicos y paciente entran por unas altas puertas de madera, como las de la capilla de Watkins. Diddy quiere seguirlos, pero se lo impide un joven parecido a Comensky.

—No puede entrar, Harron -grita-. En ese laboratorio se trabaja con material secreto.

—¡Imbécil -ruge Diddy-. ¡No es más que una sala de operaciones!

Comensky le cierra el paso. Diddy se esfuerza por convencerle; nada. Por fin el otro consiente en dejarle mirar por el ojo de la llave. Diddy, arrodillado, aprieta la mejilla contra el metal de la cerradura.

Como si mirase por un microscopio. Incluso hay en la chapa piezas de microscopio que Diddy puede manipular.

Una rueda dentada, el piñón, para ajustes menos delicados. Funciona sobre un engranaje y modifica la elevación del tubo.

Dos botoncitos, uno a cada lado, para el ajuste a escala micrométrica. El botón de la derecha lleva una inscripción graduada que permite determinar exactamente el movimiento

vertical. Este ajuste tiene límites fijos; al llegar a uno de ellos, superior o inferior, el microscopio ya no puede moverse. Esta suspensión del movimiento tan pronto como el objetivo toca el vidrio que cubre el ejemplar, impide averías del lente y daños del objeto.

El ejemplar que Diddy observa es Hester. Muy despacio, con ayuda de los botoncitos, Diddy busca en el tubo el enfoque más claro.

(Ahora) sí: claridad meridiana. Lo que Diddy quería encontrar. Hester sobre la mesa de operaciones como una muestra sobre la platina. Pero en este anfiteatro, a diferencia del otro, no hay estudiantes. ¿Se les prohíbe a ellos también la entrada? Estos genios de la medicina, piensa Diddy, no quieren que sus estudiantes descubran los errores del maestro.

Con un escalpelo en la mano, el médico se aproxima a los ojos de Hester. Diddy aguza la mirada, ya que ésta debe de ser la parte más importante de la operación. ¡Pero qué pequeña le parece Hester! Los cirujanos también se han empequeñecido. (Ahora) Diddy pierde el enfoque. Hace girar el piñón, el doble micrómetro; con lentitud primero, luego rápidamente... Inútil: las imágenes se encogen, se emborronan, se vuelven indescifrables. "Tengo un instrumento defectuoso", dice Diddy, sin dirigirse a nadie. Lo que Diddy cree en realidad es que un microscopio, por bien que funcione, no sirve para esta clase de observación. Y aquí no hay nadie a quien se le pueda decir eso. Vivimos en un mundo que adora las pequeñeces.

Arrodillado todavía, Diddy mira a Comensky, que se ha recostado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados, como el aburrido guarda de un museo sin público.

—¿No me puedes decir nada, animal? — grita Diddy-. ¡Por lo menos el diagnóstico!

–Opacidades corneales, creo -contesta el otro perezosamente, rascándose la cabeza.

Diddy se levanta de un salto y derriba el microscopio:

–¡Es lo que yo les dije! ¡Los médicos lo sabían desde un principio!

–Se les habrá olvidado -bosteza Comensky.

–¡No tienen derecho a olvidar! – aulla Diddy-. ¡Es la peor de las crueldades! ¿Por qué la hacen sufrir tanto?

Comensky se encoge de hombros. Y también se destiñe, se esfuma. (Ahora) es otro hombre, de cabello, rasgos, tez y complexión diferentes. Se parece a aquel Harvid, Harvid o lo que fuera, el individuo del Canal 10. Nuevo recurso. Aunque el microscopio de Diddy se ha roto, quedan otros medios visuales. De perspectiva menos diminuta.

–¿Puedo mirar la operación en televisión?

Harvey dice que sí y le indica una puerta, al final del pasillo.

Diddy corre a abrirla, y se encuentra en su cuarto del hotel Rushland. Enciende el televisor. No funciona ningún canal. Muro blanco. Silencio. Diddy comprende que le han engañado. Vuelve a abrir la puerta y sale, no ya al corredor del hospital, sino al del hotel. ¡Le han estafado de veras! ¿Cómo va a regresar al Instituto Warren, con lo lejos que está? Sabe además que Hester corre (ahora) terrible peligro. Ya la han anestesiado, le han rasgado los ojos con el escalpelo: hay que operar inmediatamente. Pero en ese momento se recibe un telegrama en el quirófano. El Depósito de Córneas lamenta comunicar que hoy no cuenta con ninguna adecuada.

¡Esperen! Hay una posible solución. Por suerte, Diddy sabe de un cadáver cercano. Una persona que acaba de morir; una persona fuerte y saludable, que sin duda posee su plena dotación de órganos vigorosos. Si Diddy logra que le entreguen los ojos de Incardona, y si puede llevarlos al hospital a tiempo, Hester se salvará. ¡Hermosa

justicia, y no necesidad! Así no habrá sido totalmente inútil la muerte del obrero. Diddy el Criminal no es culpable del todo. Con los ojos de Incardona, Hester recobrará la vista. Y en Hester, Incardona vivirá. Diddy podrá tenerlos a los dos a la vez.

Diddy se precipita al elevador, pero el elevador no está en su sitio. ¡No hay tiempo de buscarlo! Diddy empuja una puerta y se lanza escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres. A oscuras. Diddy se acuerda del túnel, y de su infancia: la despensa, el sótano húmedo, en los que Diddy niño se aventuraba, armándose de valor. Pero no: no debe volver (ahora) a la casa de Allentown, Pennsylvania. Está todavía más lejos del hospital.

Ha llegado al último escalón. Hay luces, una puerta. Diddy la abre: la calle. ¿Es la del hotel Rushland? ¿Y los rieles del tranvía? Diddy se ha extraviado. ¿Por qué no le han dado un mapa? Su hermano Paul, y todo el mundo, alaba su sentido de orientación. No puede haberlo perdido así como así, haber olvidado una facultad que le permite saber de inmediato dónde se encuentra, aun en situaciones que desorientarían a mucha gente. Paciencia: tranquilizarse, respirar hondo, y esperar a que vuelva ese sexto sentido.

Ya vuelve. Esta calle parece de Nueva York. ¡Qué demonio! Es la esquina de Broadway y la calle Cuarenta y Cuatro. Allí, lo que queda del Astor; de este lado el cascarón oscuro y sucio del Cine Paramount, cerrado y abierto y cerrado y abierto otra vez y (ahora) cerrado para siempre. Su marquesina blanca, sin letreros, una ignominiosa lápida funeral. Diddy de pronto aprisionado entre borrachos, turistas, putas y automóviles que tocan la bocina. ¿Cómo va a salir de la ciudad? ¿Cómo va a recorrer los quinientos kilómetros que le separan de la funeraria donde reposa el cuerpo de Incardona, para arrancarle los ojos y depositarlos, sangrantes todavía, en la mano impaciente del médico? Para cuando llegue Diddy, la operación se habrá suspendido, y Hester habrá vuelto,

ciega de por vida, a su cuartito blanco. No, no, los cirujanos no deben rendirse. Diddy tampoco debería perder el valor. Mientras siga caminando, se acercará. No hay movimiento que no abrevie distancia, por poco que se avance.

Diddy tendrá que tomar el tren. Si echa a correr (ahora) alcanzará al Pirata. Diddy corre. Le duele el pecho, ¡Qué bajo de forma está últimamente! En sus buenos tiempos universitarios, cuando ganó la medalla, corría sin cansarse. Paul aparece por alguna parte, en esta etapa del sueño. Quizá le dice a Diddy que corra más aprisa. Fácil consejo del sedentario Paul, que se pasa ocho horas diarias ante el piano.

A tiempo. El tren, no Diddy. Diddy ha llegado con retraso. Ya no puede comprar el boleto. Busca desesperado el número de la vía de donde sale el Pirata.

Escaleras abajo, volando casi. Han dado la señal: al extremo del largo y sucio andén un ferroviario columpia una lámpara amarilla. Diddy se agacha, toma posición, cuenta en voz baja uno, dos, tres, y se lanza. Deja atrás a los jefes de tren, a los revisores que le gritan y quieren cortarle el paso, detenerle, interrogarle. Diddy no para; le tendrán que alcanzar. El tren está tan lejos, parece tan pequeño... Mirando sin cesar del andén a los vagones que tiemblan y se alejan, de los vagones al andén, Diddy corre jadeante por la infinita plataforma de cemento.

Diddy se despertó sudando. Toda la ropa de la cama estaba en el suelo. Buscó su reloj de pulsera en la mesilla de noche: las cuatro y media. Diddy apenas podía respirar.

Muy cansado. Pero sin deseos de volverse a dormir. Quizá se reanudara la horrible pesadilla, como el segundo acto de un drama después del cigarrillo en el salón. Más valía levantarse, quitarse de la piel, con una ducha, el sudor y la mugre de su odisea, y ponerse a trabajar. Duva le había pedido un informe detallado de la junta. Diddy, como es natural, tenía pensado redactar el informe cuando

la junta llegara a su fin. El domingo, por ejemplo. Pero era poco probable que hoy, último día de reuniones, ocurriera algo digno de mención. El informe podría prepararse (ahora) mismo.

Diddy hizo primero un borrador a mano. Hacia las ocho se atrevería a aporrear la Olivetti. A las ocho empezó; acabó pocos minutos antes de la hora en que el coche salía para la fábrica. Diddy metió el informe en un sobre, lo franqueó y lo dejó en la administración para que se lo echaran al correo.

Esta reunión del viernes se le hace casi insoportable. No sólo porque es la última, y destinada por lo tanto a repetir a guisa de resumen las tonterías de toda la semana y a prodigar lisonjas personales y corporativas. También porque Diddy ha decidido no pronunciar palabra. Como ya ha enviado el informe y ha formulado sus recomendaciones, no quiere decir nada que pueda conducir a nuevas sugerencias y nueva discusión. Lo cual le obligaría a añadir un capítulo a su informe. Hoy nada debe suceder en la junta; los asistentes deben guardar silencio o hablar sólo con frases de cartón, para que Diddy pueda entregarse intacto a Hester.

Se escapó lo más pronto posible y llegó al hospital a las cuatro y media. Le habían dicho que la operación empezaba a las tres y que duraría por lo menos dos horas. Pero al entrar en la oficina de la enfermera a preguntar si había empezado a tiempo, vio que venía por el corredor la maldita señora Nayburn, haciéndole señas desesperadas. Diddy supo instantáneamente que todo había acabado, y mal.

—¡Dalton querido! ¡Cuánto me alegro de verle! La pobrecita ya está descansando en su habitación. No ha despertado todavía, y no podremos verla hasta la noche. El doctor Collins dice que no hay que preocuparse. Es una chica muy sana, dice. Sólo que...

—Entiendo -dijo Diddy.

—¿Cómo?

—Que entiendo. La operación ha fracasado.

La señora le miró, abrió la boca como si fuera a hablar, y la cerró de nuevo. Sacó luego un pañuelo del bolso y se secó las lágrimas.

—Bueno, los doctores nunca tuvieron muchas esperanzas. Pero creí que encontrarían la manera... Al cabo de una hora, el doctor Collins lo abandonó todo... ¡Sólo una hora!

—¿Qué dijo? — interrumpió Diddy ásperamente.

—Que la ciencia de hoy no sabe lo bastante para ayudarla. Que ya se sabía que no tenía más que un cincuenta por ciento de probabilidades... ¿Por qué nos animaron a operarla, si nos iban a defraudar así? ¡No es justo!

Diddy no quería consolar a la mujer, que parecía sufrir más por sí misma que por Hester. Diddy reservará su compasión para la persona que en realidad la necesita.

—¡Y el dinero! Dalton, no tiene usted idea de lo que nos está costando esto al abuelo de Hester y a mí... ¿Y para qué? ¡Para nada!

Diddy, mudo de rabia y de dolor, echó a andar hacia las escaleras. La mujer correteaba a su lado para no quedarse atrás.

—¡Lo que nos está costando!

Era más fácil hablar que escuchar estas sandeces o fingirse de piedra. A las puertas del elevador, Diddy se volvió a la tía, mirándola con severidad:

—Señora Nayburn, tengo la intención de pagar una parte de los gastos de hospitalización. Así que deje usted de preocuparse.

—¿De veras? — dijo la otra, en un tono de incredulidad mitad ficticia, mitad auténtica-. ¿Y por qué, si se puede saber?

Se habían ensanchado los ojuelos agudos que Diddy tanto odiaba.

—Demasiado lo sabe. Porque quiero casarme con Hester, si ella me acepta.

Diddy hizo una pausa para que la mujer ensayara distintas reacciones. Empezó por decir "¡Pero Dalton!" Pronto se dio cuenta de que la sorpresa no era buena política. Sin transición, fingió seguridad: "¿Cómo que si le acepta? ¡Claro que le aceptará!" Pero Diddy adoptó una expresión lo más seca posible, para que la mujer entendiera que tampoco debía ir por ahí. Al fin la señora Nayburn se decidió por una mezcla de sagacidad y afecto:

—Ya me lo figuraba yo. Desde un principio. Por algo nos trajo aquí la Providencia. Ya que no ha querido devolverle la vista a mi pobre niña, le ha concedido un esposo admirable...

Se abrió la puerta del elevador.

—Ojalá sea Hester de la misma opinión, señora. Y ahora, con su permiso, me vuelvo a trabajar. Dígle a su sobrina que pasará más tarde.

La mujer se quedó boquiabierta. Dos deseos evidentes. Uno, entrar con Diddy en el elevador y continuar esta conversación extraordinaria. Otro, correr a la habitación de su sobrina, arrancarla a tirones del cabello de su pesado sueño clorofórmico y notificarle la intención de Diddy. Entre los dos impulsos, la señora Nayburn no supo qué hacer. Se le paralizaron los ligamentos, se le destiñó la voluntad. No acertó a dar ni un paso. Siguió donde estaba y como estaba, mirando a Diddy, aturdida, hasta verlo desaparecer tras la puerta del ascensor.

Diddy bajó encantado de haberse deshecho con tanta facilidad de la vieja. Con un simple hechizo. En el piso bajo se descorrió la puerta con un leve rumor de caucho blando. No había caras conocidas en el vestíbulo del hospital: Diddy era libre.

Estaba lloviendo. A las dos o tres cuerdas Diddy empezó a temblar de frío. No, no era libre; estaba en la calle, y nada más. Y arrepentido ya de haber hablado de modo tan abrupto, de haberse ido tan pronto. Hester se enteraría indirectamente de su proposición, por conducto de la dichosa tía, que no iba a perder ni

un minuto. A estas horas se habría apostado ya junto al lecho de Hester, pendiente del primer estremecimiento, de la primera indicación de que la conciencia vuelve a la superficie. De que Hester se va despertando, poco a poco, lo suficiente ya para recibir la gran noticia. Ojalá fuera sorda, como una serpiente, en lugar de ciega, como los peces que viven bajo oscuras cavernas en lagos subterráneos; ojalá no pudiera oír la voz áspera y turbia de su tía.

Sí, Diddy se ha equivocado de táctica. El burdo entusiasmo de la señora Nayburn va a contaminar la proposición a juicio de Hester. Pero Diddy tampoco se preocupa demasiado. Tiene fe en la independencia espiritual de la muchacha. Hester ya conoce la torpeza e insinceridad de su tía. Sabe desde hace tiempo qué descarado deseo tiene la señora de deshacerse de ella. Diddy no cree, no quiere creer, que Hester le considere cortado por el mismo grosero patrón. No cree que para ella ésta proposición tenga la misma cualidad venal, aunque distintos métodos y metas, que el copioso cariño de la anciana.

Lo más probable es que Hester desconfíe de la inteligencia de su pretendiente. Que no le suponga capaz de distinguir entre el amor y la piedad. Que intente salvarle de sí misma. Él querría salvarla para sí, procuraría convencerla con mayor vehemencia. Diddy tiene confianza en sus poderes persuasivos. (Ahora) más que nunca. Ya que (ahora) sabrá convencer a los demás, por haberse convencido a sí mismo primero.

Llueve. Diddy, destocado, camina por una calle adyacente al Instituto Warren. Podría haber regresado a la reunión, que todavía durará una hora por lo menos. Debería regresar. Es lo más prudente. Su ausencia súbita, aunque escudada en una disculpa verosímil, no les había sentado bien a sus jefes. Diddy nunca ha sabido mentir. Odia la mentira. Cuando la intenta, siempre le delata una combinación de orgullo y miedo. Hoy todo el mundo se habrá dado cuenta de que Diddy no está enfermo de verdad. Pero no

importa. Lo que piensen de él sus superiores le tiene sin cuidado. (Ahora) lo importante es que, si Hester accede a volverse hacia él, habrá dado comienzo una nueva vida.

Diddy el Osado se va a arriesgar a lo desconocido. Se abraza con fuerza a la idea de Hester, de Hester y él, de Hester con él.

No le cabe duda de que la quiere. Y de que acogerá con entusiasmo cualquier cosa que lleve a Hester a quererle. No tiene escrúpulos de falsa dignidad. Si favorece su pretensión la certeza que Hester ha alcanzado de quedarse ciega para siempre, mejor que mejor. Por fortuna para Diddy, Hester no puede escoger entre muchas posibilidades. Si se trata de elegir entre vivir con él y vivir con su tía, la elección no es difícil.

Pero si eliminamos la ceguera, y la consiguiente necesidad de Hester de que alguien la cuide con cariño, como factores que adelantan la empresa de Diddy, ¿es de lamentar que Hester sea ciega? Por ella, sí. Ya que en verdad Diddy no considera ciega a Hester, o no piensa en ella como ciega. La cosa no es tan simple. El mundo no se divide en dos partes desiguales: la de los afortunados videntes y la de los pobres ciegos en minoría. Hay ojos por todas partes. Todo tiene ojos de algún tipo. Ojos bizcos, ojos de pez, ojos de dragón, ojos punzantes, ojos de lobo. Gente sin-ojos y gente toda-ojos. Sin ojos, que no quiere decir lo mismo que ciego.

Además del número, calidad y uso, los ojos se distinguen por su composición. Hay ojos de agua, ojos de vapor, ojos de astillas cristalinas. Los ojos de Diddy son, él cree, de papel, o como mucho de pergamino coriáceo. Los de Hester son de la misma carne tierna que sus partes sexuales. Para Diddy, Hester ve; siempre ha visto, porque tiene ojos por todo el cuerpo. Como el sapo y la rata y el conejo de Indias, cuya piel es tan rica en melanina que responde toda ella a la luz. Como esa muchacha rusa que disfruta de visión extraocular, y que, según los médicos, sabe leer (despacio) con los codos.

Si Diddy tuviera el poder de devolverle la vista a Hester, no vacilarla en devolvérsela. Pero también está agradecido de que haya fracasado la operación. De que la vista y lo demás sigan como estaban.

Que todo siga como está. Seguir andando entre la lluvia. Diddy no regresará a la reunión. Va a pasear, a soñar, por espacio de una hora larga. Después tomará café y volverá al hospital.

En cuanto den de alta a Hester, se irán juntos a Nueva York. Las relaciones de Hester con la señora Nayburn pasarán a ser mucho menos frecuentes y estrechas. Al menos Diddy espera que Hester lo permita, que quiera liberarse de la supervisión de la señora.

¿Cuándo se casarán? El sentimiento de Diddy era (ahora) tan hondo, tan fuerte su deseo de anudar cuanto antes el lazo entre los dos, que hubiera accedido a efectuar la ceremonia esta misma semana, en el hospital. O en el Juzgado Civil, al salir la muchacha de cuidado. A cambio de esa prontitud, estaba dispuesto a tolerar a la señora Nayburn en funciones de testigo y madrina de boda. Pero quizá Hester no tuviera tanta prisa. Diddy se consideraría muy afortunado si consintiera ella en vivir con él una temporada, a prueba.

La señora se iría por su lado, y Diddy y Hester vivirían juntos. La unión legal se celebraría cuando ella quisiera. Vivir, sí, pero ¿dónde? El departamento de Diddy era demasiado chico; no era en realidad un departamento. Diddy pediría dinero prestado y daría anticipo sobre una casa, una casa de piedra del Oeste, o quizá, a menor precio, uno de esos antiguos caserones de madera que hay cerca del Barrio Chino. Como el que en una ocasión le enseñó un agente de bienes raíces. Hester se aprendería de memoria todos los rincones de la casa. No tendría que alargar los brazos para no tropezar con los muebles, las paredes, las puertas. No se lastimaría.

Más lluvia. Diddy está empapado. No pasa nadie por la calle (ahora). ¿Le gusta a Hester caminar por la lluvia? Diddy aún no lo sabe.

Entra en una casilla telefónica y llama al hospital. Gertrude, la enfermera de piso, que ya conoce a Diddy, le dice que la señorita Nayburn todavía no ha vuelto en sí. Habrá despertado para las ocho; entonces podrá Diddy visitarla unos minutos.

Son las seis.

Pasear otro rato; café, dos hamburguesas, un trozo de pastel, otra hamburguesa. A las siete y media empieza a aclarar el tiempo, a disminuir la lluvia. Diddy, casi perdido en sus repetidas vueltas por el barrio, decide volver al sanatorio. Quizá ya ha recobrado el conocimiento Hester.

Nadie le detiene en la oficina de las enfermeras. Diddy corre por el pasillo y hace alto frente a la puerta cerrada de la habitación. El corazón le late fuertemente.

Abre poquito a poco. Hester ya está despierta, aunque acostada boca arriba y sin almohadas. Junto a ella, la señora Nayburn habla en voz muy baja. Diddy se asusta ante la terrible palidez del rostro de Hester, de la parte del rostro que no cubren los gruesos vendajes blancos. Corre al otro lado de la cama, se inclina, acaricia con los labios la mejilla de la muchacha.

—¿Cómo estás?

Una sonrisa triste.

—¿Te duele?

Dice que no, con la mano.

—¿Puedes hablar?

—Sí,

Diddy, ardiendo de ansiedad, se dirige a la señora Nayburn:

—¿Podría usted dejarnos solos un minuto?

—¿Para qué? —susurra Hester.

—¡Hester, por favor! —suplica él.

La tía los mira con altivez:

—Haré lo que tú quieras, hija. Bien sabe Dios que no tengo intención de estorbar.

A Diddy ya no hay que hacerle caso. Como se ha declarado, su opinión ha dejado de tener importancia.

—¡Hester, te lo ruego!

La chica acaricia la mano de la señora:

—Tía, por favor. Un ratito.

La señora suspira, se levanta.

—No la excite demasiado, Dalton -dice al salir.

Diddy presta atención al sonido de sus pasos, pero no oye nada. No se ha ido, está detrás de la puerta. Por lo menos no se la ve.

—Hester, ¿soy egoísta? ¿Me he portado con crueldad? Es que tenía que estar a solas contigo.

La muchacha le toca:

—Llueve, y has venido a pie... ¿Has pasado mucho tiempo en la calle?

—Varias horas. Desde que vine a verte, a las cuatro y media, y no me dejaron entrar.

—Podrías haberte quedado. Me habrías visto antes. Cuando me desperté, hace veinte minutos, ya esperaba aquí tía Jessie.

—No me lo reproches. Tienes razón. Pero no soporto la idea de pasar varias horas con esa mujer. Tuve que irme.

—A mí me da lástima tía Jessie -dice Hester con una voz extraña, débil, que Diddy nunca ha oído.

—Por Dios, Hester, deja de pensar en ella un poco. Dime cómo te sientes. ¿Te duele algo?

—Me duele todo. Será de la anestesia. Pero no, no me duele... No sé.

—Y... ¿la cara? ¿Los ojos?

—No. Ahí no siento nada.

—¿Y por dentro?

—No sé.

—¿Estás muy triste?

—Siempre he estado triste. Siempre he sabido que la operación saldría mal.

—Otra cosa. Importante. ¿Te dijo algo tu tía de lo que hablamos antes ella y yo?

—Sí, me dijo que quieres casarte conmigo.

Diddy cambió de postura. En la que había adoptado, bastante incómoda, estaba inclinado sobre Hester, con los codos y antebrazos apoyados en el colchón a ambos lados de su cabeza, con el torso muy cerca del de la muchacha, pero sin descansar sobre ella a peso muerto. Hester hablaba (ahora) de lo que a Diddy más le interesaba, del porvenir de los dos. Pero qué tono tan remoto y vacío había empleado. Quizá Diddy no debería haber abordado el tema; quizá debiera haberse esperado a mañana, a que estuviera Hester un poco más repuesta. Ya es tarde: Diddy no puede arrancarse del todo a la conversación, no sin saber algo más de lo que ella opina o siente (ahora).

—¿Te llevaste una sorpresa?

¡Estúpida pregunta! ¿Retirla? No.

—Bueno, el telegrama de anoche...

La voz de Hester se apagó.

Diddy no debe hacer más preguntas. ¡Por piedad! Una más. Una tan sólo.

—¿Te alegras?

—No sé. No estoy segura.

—¿De qué no estás segura? ¿De poder ser feliz conmigo?

—Podría ser feliz con cualquiera -dice Hester, cansadamente-. Lo que no sé es si puedo serlo conmigo misma.

—Pero con tu tía no eras feliz. ¿Lo eras? ¿Sí o no?

—No, no lo era.

—Entonces, ¿quieres dejarla a ella y venirte a vivir a mi casa?

–Probaré.

Diddy, mudo de alegría, la abraza y la besa. ¿No hay más? ¿No se necesita una elocuencia apropiada? No; Diddy no tiene nada que añadir. Aun así quiere hablar, y ya ha abierto la boca cuando ve que Hester mueve sus labios pálidos y agrietados; hay que esforzarse para oír lo que dice.

–¿Qué, amor mío?

–Que si podemos llamar a tía Jessie. Estará esperando fuera.

¿Conque éstas eran las palabras inmediatas? Diddy se ofende.

–¿No quieres estar sola conmigo, Hester? ¿Ni un momento más?

–No puedo estar sola con nadie. Estoy muy cansada, como si me hubieran cortado en mil pedazos. ¿No ves, Dalton, que no soy una persona entera? No debes tener celos de mi tía.

–Procuraré no tenerlos.

Qué torpe, qué exagerada ha sido su ternura. ¿Con qué derecho se cree más bueno para Hester que la tía Jessie?

Dejó entrar a la anciana, que se dirigió secamente a la cama de su sobrina y empezó a cuchichear con ella. Diddy, contrito, se plantó en la ventana, permitiendo con magnanimidad que las mujeres ignoraran su presencia.

Volvió a abrirse la puerta y apareció en la rendija el rostro de una de las enfermeras:

–Se ha acabado la hora de visita. Hasta mañana.

Diddy se acercó a la cama, se llevó a los labios la mano de Hester, dio las buenas noches a la señora y salió rápidamente al pasillo.

En la calle, Diddy mira el reloj. Las ocho y cinco. Se ha perdido la mayor parte del cóctel que da la compañía, de siete a nueve, en el Salón Verde del Hotel Congress, el mejor hotel de la ciudad, a cuatro cuadas del Rushland. De lo que no podrá escaparse es del banquete con que se celebra el final de la junta. A

las nueve, en la terraza del Congress. No hay por qué ofender a Reager y a Watkins, con los que tiene que pasar la mañana del sábado en el programa de televisión. Diddy llama un taxi, vuelve al Rushland, se afeita y cambia de traje y llega al banquete unos minutos antes de la hora.

Finge no ver a Jim, que desde una de las largas mesas le hace señas de que le guarda un sitio, y se sienta entre unos desconocidos del Departamento de Producción Consume la cena sin hablar palabra, y con apetito. Se ha hecho la ilusión de que come por Hester, obligada quizá a dieta líquida. Por Hester y por sí mismo; por los dos. Esta noche tendrá él las fuerzas que ella necesita.

El sábado a las doce, después de "La Ciudad en que vivimos", Diddy se despidió de Reager, Watkins y los demás frente al edificio del Canal 10. Todos le felicitaron por su participación en la junta, sobre todo en las sesiones iniciales, y le desearon buen viaje de regreso a Nueva York. Diddy hacía esfuerzos por permanecer callado.

—¿Va a tomar el tren o el avión, Harron?

—El tren.

—Tome el Pirata -dijo Reager-. Es el más rápido. Sale de aquí a las tres menos veinte, así que le sobra tiempo.

—Ya conozco ese tren -contestó Diddy, súbitamente audaz-. En él vine.

Ha desaparecido la tentación de hablar de lo ocurrido a principios de semana. Las palabras que crecen en la garganta de Diddy, que se agolpan a sus dientes pugnando por brotar, no tienen nada que ver con Angelo Incardona. (Ahora) Diddy quiere hablar del porvenir. Todos estamos muy amables hoy. Diddy siente el espíritu enjalbegado de crema. Qué placer sería decirles a los jefes lo que piensa hacer.

Pero no. ¿Qué se adelantaría?

Vuelve al Rushland y pide que le preparen la cuenta. Luego sube a su cuarto y hace el equipaje.

Claro que no tiene la menor intención de tomar el Pirata. Diddy no está loco. Baja la maleta a la administración, paga la cuenta, sale a la calle y pide un coche. Al Instituto Warren. "Mejor dicho, al barrio del Instituto." Pregunta al taxista si le puede recomendar un hotel decente que no esté muy lejos del hospital.

—Pruebe usted el Canadá -dijo el hombre-. A menos que quiera uno baratón.

De acuerdo, dice Diddy. Vamos al Canadá. Cruzan el parque Monroe, plena tarde, sábado, noviembre ya, después de un día de lluvia. El viento y las aguas de ayer han arrancado de los árboles las últimas hojas.

¿Un cuarto sencillo, con baño?

En menos de una hora, Diddy se había instalado. Una sola cama, en una habitación más grande que la del Rushland. Y más agradable también, porque no está en el centro. Desde la ventana se ve el parque. Y a lo lejos, dos torres de piedra amarillenta: el edificio principal del Instituto Warren.

Las dos y media. Diddy telefonea al hospital, y le dicen que puede visitar a Hester hacia las seis. Tiene tiempo de dormir una siesta de dos horas. Y de hacer una última gestión. A las cinco y cuarto, Diddy se sienta a la mesita cubierta de vidrio que hay al pie de la cama, y escribe a su jefe, Duva. Ruega se le concedan quince días de licencia, por enfermedad. En el curso de la junta, explica Diddy, le han hecho una serie de pruebas en el Instituto Warren para estudiar de nuevo la infección viral que Diddy padeció hace cosa de un mes. Hoy le han entregado el informe facultativo, que recomienda un tratamiento de diez días, en el hospital, a fin de acabar definitivamente con los residuos de la infección. Diddy tendrá que pasar dos semanas, por lo menos, en el Instituto Warren.

En el vestíbulo, Diddy compra un sello y echa la carta al buzón. Come un bocado en la droguería de la esquina y da un paseo por el parque. Ya se ha puesto el sol, y el parque está casi desierto. Dos niños, de unos ocho o diez años, juegan en los columpios. Niños fuertes, gordos, normales, como los que Hester y él tendrán algún día.

Al entrar Diddy en la habitación de Hester, la señora Nayburn se levantó, azorada.

—Vuelvo en un momento, querida.

Y salió. Diddy, violento también, se acercó a la cama:

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco más fuerte.

Lo parecía. Ya estaba incorporada, apoyada en almohadones. Diddy se sentó en la silla que acababa de dejar la señora, y que conservaba el calor de su cuerpo.

Hester calla. Cuando Diddy le toma la mano, su carne no reacciona. ¿Por qué? Diddy teme que Hester se haya enojado con él por la súbita salida de la señora.

—Amor mío, siento lo que ha pasado. Lo siento, digo, si es que te molesta. O si molesta a tu tía.

Hester se vuelve hacia él. Los gruesos vendajes blancos cubren su rostro mucho más que las gafas oscuras. Diddy, alarmado, sospecha que no va a poder adivinar ya su expresión.

—Pero me entiendes ¿verdad? Tengo tantas ganas de estar a solas contigo...

—Cuando vivamos juntos estaremos siempre solos. Quizá llegues a cansarte.

—Nunca -dice Diddy ardientemente-. Pruébalo y verás.

—Probaré.

—Es lo único que pido.

—Pero recuerda que te lo advertí.

—Prometo recordarlo.

Diddy quería abrazarla, pero no se atrevió. Estaba tan delgada, tan frágil... Y había algo raro. Una tristeza diferente de la de ayer.

—¿Qué sucede, amor?

—¿Has venido a despedirte?

Diddy se echó a reír alegremente:

—¡No, no! ¿Qué dices?

—¿No te vuelves a Nueva York? ¿No se ha terminado la junta?

—Sí, la junta ha terminado. Mi último compromiso fue esta mañana. Pero no me voy. No me conoces, Hester. Me quedo aquí. Para verte a diario. Me he mudado de mi hotel del centro a otro de por aquí cerca. Desde mi ventana se ve el edificio del hospital.

—¿Cuánto tiempo podrás quedarte?

—Hasta que tú te vayas. Hasta que salgas de este cuarto y te metas en el elevador y dejemos el hospital, tú y yo juntos. Lo cual me recuerda una cosa. Cuando me echen de aquí esta tarde, pienso hablar con tu médico y preguntarle cuándo te dan de alta. ¿Te han dicho algo de eso?

—Dos o tres semanas, según el doctor Collins.

—Muy bien. En cuanto te sientas con fuerzas para viajar, nos iremos a Nueva York.

—Pero, ¿cómo vas a quedarte aquí? — dice Hester con voz quejumbrosa, como si las lágrimas llenaran esos pobres ojos heridos, detrás de las vendas-. Perderás el empleo.

—No te preocupes -contesta Diddy, tranquilizador-. Ya tengo un buen pretexto. Al cabo de once años, no van a ponerme en la calle por tomarme una licencia de quince días.

—Entonces, tan pronto volvamos a Nueva York, reanudarás tu trabajo, ¿verdad?

—Francamente, no lo sé.

Y es cierto. Diddy no está seguro de que quiere regresar a Watkins y Compañía. La idea de dejar a Hester sola, y marcharse a la oficina, le resulta inconcebible. Por una parte, la seguridad física

de la muchacha. Por otra, el afán posesivo de Diddy, sus celos incipientes de todo el mundo. No hay que perder eso de vista.

Como no disfruta de rentas, tendrá que trabajar. Algo habrá que pueda hacer en casa. Pero ya lo arreglaremos. No hay que resolver de inmediato. Mientras Hester y él se establecen, tal vez necesite su antiguo empleo. Por eso ha escrito la carta. Su decisión de hoy es ganar tiempo.

—¿No has vivido nunca en Nueva York?

Hester dice que no.

—Puede que no te guste. El aire es irrespirable, la gente es grosera y hasta cruel, el ruido no se aguanta. Pero quizá encuentres interesante la ciudad. Y si no, nos iremos a otra. O al campo. O al extranjero.

—¿Podríamos? ¿Eres rico?

—No, pero siempre salgo adelante. Cuando me lo propongo, soy un individuo bastante práctico.

Golpes en la puerta. La tía pregunta tímidamente si ya puede entrar.

—Un momentito, señora Nayburn.

—Dalton, por favor. Deja que entre.

Pero (ahora) Hester sonríe. Diddy se anima.

—Sí, mi amor. Prométeme, en cambio, que tu tía se irá dentro de poco. Quiero ser yo el que te cuide, ¿entiendes? Ya le he dicho que pienso hacerme cargo de una parte de los gastos. Ojalá pudiera pagarlos todos. Así que pídele que se vaya lo antes posible. ¿Me lo prometes?

—Prometido -dijo Hester, alzando la cara para que él la besase.

Y Diddy abrió la puerta. La señora Nayburn lloraba, con los ojos encendidos, el pelo más desordenado que nunca; su viejo cuerpo se columpiaba como una hamaca en el umbral. De repente Diddy sintió un profundo remordimiento. Qué injusto había sido con ella, qué mezquino. Nunca la había mirado como persona, sino

como criatura, como objeto a través de un microscopio. No se había dado cuenta de que ella también quería a Hester, que sufría de verdad por su causa. ¿Por qué había sido tan cruel? ¿Por qué había tomado posesión de la muchacha desde el primer momento? Ya en el tren se la había apropiado, para él solo, y había empezado a burlarse de la tía para desprestigiarla delante de Hester.

—¡Perdóneme!

Las lágrimas que debería haber llorado ayer, por el fracaso de la operación, le inundaron los ojos. Con los brazos abiertos se acercó a la anciana y la abrazó -Perdóneme.

El alivio y la exaltación de las lágrimas vertidas en concierto. Como las alegrías del interés común. Diddy hubiera querido que Hester los viese llorar juntos, abrazados. Ya se habrá enterado de lo que ocurre, a pesar de su modorra.

Aparece Gertrude, la enfermera, la de la voz de hierro, a dar una noticia muy poco inesperada: la enferma está demasiado débil para tolerar visitantes. Diddy besa a Hester, se despide de ella, y le dice que invita a cenar a la señora Nayburn, que le dedicará toda la velada. Hester asiente, en silencio. De pronto parece tan cansada que ni hablar puede.

Frente al hospital, mientras Diddy busca un taxi, la señora se echa a llorar de nuevo. Diddy no se da cuenta al principio; cuando lo nota, dice algo que no suena bien: "No llore, por favor. No debemos tener menos ánimos que ella."

—Ya lo sé -gimoteó la anciana-. Es que no puedo contenerme.

Diddy pidió al taxista que los llevara a un restaurante del centro.

—No ha visto usted la ciudad todavía, ¿verdad, señora Nayburn?

—¿Cómo la voy a ver, si no hago más que ir y venir del hospital a la pensión?

Diddy aceptó el reproche con elegancia:

–Eso ya se ha acabado. (Abrazándola.) ¿Me permite que la llame Jessie? Así seríamos mejores amigos.

–Muy bien, Dalton. Si quiere llámeme tía Jessie.

–Algún día, quizá. No me queda ninguna tía, ¿sabe? Tuve una, hace tiempo, y la quise mucho. Era hermana de mi padre, y se llamaba Anne. Nunca supe su nombre hasta mucho más tarde; de niño, por la manera en que lo pronunciaban los mayores, creí que se llamaba Tía Dan.

Ya se le ha despejado la expresión a la señora.

–¿Y qué fue de su tía?

–Cuando yo tenía nueve años se escapó con un maestro de escuela, un hombre casado, y se fue a California con él. Mis padres no volvieron a hablar de ella... Luego supe que había fallecido.

–La familia es una cosa maravillosa.

–Yo no diría tanto -respondió Diddy, casi risueño.

Jessie no hizo la protesta de rigor; incluso esbozó una sonrisa ante la atrevida declaración de Diddy. ¡Profundo alivio! Aun suponiendo que Diddy no se haya equivocado del todo respecto a la señora, no parece ser tan ingenua y previsible como él había creído.

Cavanaugh. Restaurante de lujo.

–Le gustará comer aquí, Jessie.

–No tengo mucho apetito.

–Ya lo tendrá.

Eso dicen, ¿no? Que el hambre viene a fuerza de comida. Diddy dará el ejemplo.

Sopa de almejas, filete bien asado para ella y casi crudo para él, ensalada con salsa Roquefort, pastel de manzana y café. ¡Y no tenía apetito! La buena señora engulle como un dragón.

Afortunadamente, no puede hablar con la boca llena; Diddy, que siempre come despacio, le lleva ventaja. Hoy le toca hablar a él.

Aun así, entre bocados, apartando de la mejilla hebras de descarriado pelo gris, Jessie logra colocar algún que otro

parlamento.

–Dios mío, no me había dado cuenta de que tenía tanta hambre.

–Se lo dije. Ahora se sentirá mejor.

Diddy recordó de pronto las rebosantes bolsas de mercado, y tuvo que sofocar una desagradable sensación digestiva.

–¿No come, Dalton? Es una lástima desperdiciar una comida tan buena.

–No se preocupe por mí. Siempre tardo en acabar.

Pincha con el tenedor una hoja de lechuga.

–Decía mi madre que no había visto a nadie comer tan despacio como yo.

¿Por qué esta manía de aludir a su familia constantemente?

–Su madre ha muerto, ¿verdad, querido?

Otro bocado.

–Sí. Murió estando yo en la universidad. Pero no teníamos una relación muy estrecha. Yo me llevaba mejor con mi padre.

Tiene que dejar de hablar de sí mismo. Por más que esta conversación inofensiva servirá para que esté a gusto con él esta mujer, con la que va a emparentar dentro de poco.

La señora Nayburn come el filete de dos en dos pedazos, lo cual exige larga y detenida masticación. Es el momento oportuno para hacer preguntas, en lugar de ofrecer informes gratuitos o contestar a las de la señora. Preguntas serias, acerca de Hester. (Ahora) que su tía, charlatana por naturaleza, está distraída con la excelente cena y abrumada por su reciente efusión sentimental. (Ahora) que se ha deshecho de sus más fastidiosos gestos y hábitos. Hasta cuando habla, habla con más gravedad. Parece más capaz de la verdad que nunca.

A Diddy le interesa sobre todo saber algo de los padres de Hester. Lo único que le han dicho es que Tessie es la viuda del hermano de su padre, y que su padre abandonó a la familia cuando Hester tenía doce años. Se marchó a Nuevo México a buscar uranio,

y desapareció. ¿Y la madre? De la madre no han hablado ni Hester ni su tía.

Diddy hizo la pregunta. Notó inmediatamente que acababa de entrar en terreno prohibido. La señora Nayburn dejó de mascar. Le miró de una manera extraña, suplicante.

¿Había muerto la madre, acaso?

—No, no ha muerto.

Otra vez a mascar, poco a poco.

—¿Dónde está? ¿La ve Hester?

Imposible eliminar ese verbo.

Jessie se armó de tenedor y cuchillo para cortar el filete, y los volvió a dejar en la mesa.

—No. Hester no ha visto a su madre hace años.

—¿Dónde vive?

—Dalton, creo que no quiero más carne. ¿Terminaría usted este trozo?

Diddy también cesó de masticar.

—Jessie, ¿dónde está la madre de Hester?

—Qué dura es esta carne.

—Jessie. ¿Dónde está la madre de Hester?

Con voz severa. A la gente reacia hay que obligarla a revelar sus secretos.

La señora Nayburn bajó los ojos.

—En un hospital.

—En un manicomio ¿verdad?

La mujer asintió.

—¿Desde cuándo?

—Dalton, ¿puedo pedir un café?

Diddy le hizo una seña al mesero.

—¿Cuándo encerraron a la madre de Hester?

—Hace muchos años.

Diddy pidió café para los dos. En cuanto se fue el mesero, Jessie cambió de idea:

–El café me va a quitar el sueño.

–¿Prefiere té?

Diddy procura localizar al mozo sin aflojar la firme mirada con que tiene sujeta a la señora.

–No... Prefiero no tomar nada.

–Té para la señora. Para mí café, por favor.

La mirada recobra su intensidad.

–Jessie, no se me va a escapar usted. Tengo derecho a saber todo lo referente a Hester. Conque deje de escabullirse y dígame desde cuándo está la madre en el manicomio.

–La niña tenía catorce años.

Jessie desvía la vista, inquieta. En el cerebro de Diddy ha surgido una sombra oscura.

–A los catorce años se quedó ciega ¿no? ¿No es eso lo que me dijo usted el otro día?

–Sí... Dalton, hablemos de otra cosa.

–Entonces hay relación (Diddy el Insistente) entre la ceguera de Hester y la enfermedad de la madre. Acaba usted de reconocerlo.

–Sí... No. Vamos a dejarlo.

Adquirió una expresión cerrada, hostil. Como los niños cuando cantan "yo ya lo sé; tú adivínalo." O quizá algo más serio.

–¡Pero tiene que decírmelo! Si no me lo dice, no podré evitar preguntárselo a Hester. Figúrese lo que le dolerá a ella hablar del pasado, si tanto le duele a usted. Dígamelo, y prometo no volver a tocar el tema.

La mujer echó cuatro terrones de azúcar en la taza de té.

–¿Usted qué se imagina?

–¡Por el amor de Dios, Jessie! – gritó Diddy angustiado-. ¡No es hora de acertijos! ¿Yo qué voy a saber?

—¡Pues piense! — contestó Jessie, rencorosa-. ¡Piense en lo más horrible!

La verdad es que la situación no carece de ironía. ¿Qué ha hecho Diddy esta semana, sino obligar a su pensamiento a concebir horrores?

En fin: ¿qué será esto? Una posibilidad: al perder la razón la madre, Hester había sufrido una crisis de remordimiento adolescente; adrede o sin querer, se había quitado la vista.

Así lo dijo Diddy, muy despacio.

La señora Nayburn meneó la cabeza.

—Algo todavía más horroroso.

Entonces Diddy lo adivinó.

La madre había cegado a la niña.

—Qué barbaridad.

¿Puede decir algo más?

—Pero, ¿por qué, por qué?

Diddy se siente muy alejado de sus palabras.

—¿Se volvió loca de repente?

Insensibles centinelas de su razón.

—Deberíamos haberlo previsto. La pobre Stella se llevó un disgusto muy grande cuando la dejó su esposo. Entonces empezaron a decir unos y otros que estaba loca. Pero nadie lo creía. Y no se nos ocurrió que fuera a atacar a la pequeña. Parecía adorarla. Siempre besándola, abrazándola, llamándola ángel mío, preciosa mía. Por eso no creímos que fuera a desequilibrarse de verdad. Tan entregada a la niña, tan responsable... Demasiado. Se preocupaba por ella a todas horas, si tenía un rasguño, si tardaba en volver de la escuela... Conque un día, mi marido y yo nos habíamos ido a Denver a ver a unos parientes, y Stella... lo hizo. Sin más ni más. Con lejía. Y después sabía perfectamente lo que había hecho, lo comentaba con toda tranquilidad. El fiscal pensó en formarle proceso, pero por fin decidieron encerrarla.

Diddy no ha tocado el café. Oye hablar a la señora Nayburn. Descifra sus palabras, y cifra la respuesta. Por ejemplo:

–¿Dónde estaba Hester mientras juzgaban a la madre?

Dentro, el dolor como un hierro candente.

–Dalton, era una cosa de partir el corazón. La pobrecita estuvo un mes en el Hospital Infantil, con unas vendas horribles en los ojos. Muy valiente, tan valiente como ahora. Cuando la visitábamos mi esposo y yo, nos pedía que fuésemos a la policía a decir que perdonaba a su madre. Para que no la encerraran. Sufriendo por su madre más que por sí misma...

Diddy ya no habla. Está sumergido en una extraña distracción, y se debate en ella. Vislumbra una versión disminuida de la Hester que (ahora) conoce, indefensa en otra cama de hospital. Lucha por apartar de su imaginación la escena fantasmal y terrorífica: la mujer desgredada, con la ropa en desorden y los ojos lucientes de locura, se acerca a la niña, veneno en mano. La niña duerme. O, de espaldas a su madre, sentada a la mesa de la cocina, hace las tareas de la escuela.

Avance.

Asalto.

Gritos.

Policía.

Cárcel.

Hospital.

Cuando cree que ya ha asimilado todas las crueldades de que es capaz el hombre, viene algo más. Demasiado. Demasiado para un solo espíritu.

Callado aún, Diddy se esfuerza por decir algo.

–Sucedió cuando usted y su esposo estaban de viaje, ¿verdad? Entonces es que Hester y su madre vivían con ustedes...

–Sí, en la misma casa, unos dos años. En cuanto George se fue a Nuevo México, mi marido y yo las recogimos. (Rompió a llorar,

dejó en la mesa la taza de té.) No debería decir mi marido y yo. (Sacó un pañuelo del bolso, se sonó las narices enrojecidas.)

No fue cosa mía, sino de él, Dios le tenga en Su gloria... Mi marido nunca quiso a George, nunca simpatizó con su modo de vida. Quizá quería que viese todo el mundo la clase de hombre que era su hermano. Por eso se hizo responsable de la mujer y la niña que su hermano había abandonado.

—No fue sólo eso, señora Nayburn -dijo Diddy suavemente-. Por el tono de su voz sé que considera usted generoso y bueno a su marido.

—Y lo era, lo era -suspiró la anciana-. No está bien decir que las ayudó por ese motivo, ya lo sé. Pero es lo que yo pensaba entonces. Yo no quise que las recogiese. Le pedí a mi marido, le supliqué, que no lo hiciera. Quizá tenía celos de mi cuñada, por ser ella tan hermosa... A veces me imaginaba que mi esposo se interesaba por ella, que había estado esperando a que George se quitara de en medio para probar suerte con su mujer... Y luego, Hester. Yo no había tenido hijos, y eso me dolía. No me hubiera importado recoger a un nenito pequeño, cuidarlo, criarlo. Pero Hester, ya con doce años, y tan encaprichada con su madre, ni me dirigía la palabra. Tal vez por mi culpa. Hester era muy cariñosa, más que muchos niños de su edad. Yo ya me había endurecido. Al principio no le veía nada a Hester, ni bondad, ni belleza, ni nada, y así se lo decía a mi marido, que estaba loco por ella. Y Stella también lo estaba, claro. O así lo creímos. La verdad es que todo el mundo la quería. Y también yo acabé por quererla.

Diddy no sabía qué decir.

—¿Ha vivido siempre con usted?

—Menos cuando estuvo en una escuela para ciegos en Chicago. Los dos últimos años de secundaria. Cuando terminó vino a casa, y conmigo ha estado desde entonces.

¿Sería en aquella escuela donde Hester aprendió a hacer el amor? ¿Con sus maestros, con otros estudiantes? ¿Y qué placeres se procuró al volver a su casa?

Una muchacha ciega no puede salir a la calle de noche, mientras su tía duerme. Pero no es necesario salir. La señora Nayburn trabajaba en la biblioteca pública, y sin duda dejaba sola a Hester la mayor parte del día. Hester podría hacer citas por teléfono, y recibir a sus amantes en su propia habitación. Era innegable que la muchacha tenía experiencia sexual. Lo cual significa, no sólo que se ha entregado varias veces, cosa que a Diddy no le importa si se limita al pasado, sino también que Hester posee un temperamento independiente, afectuoso pero no constante. Su ceguera le impide ser fiel a un solo hombre, renunciar a las aventuras, olvidar el contacto múltiple y repetido. Por su ceguera, obliga a los demás a la reserva vergonzosa; Diddy no se atrevería a hacerle preguntas directas respecto a su vida erótica. La ceguera encadena a los que no son ciegos; frente a Hester, Diddy es ciego también.

No es imposible que Hester haya entablado relaciones esta misma semana con el doctor Collins o con alguno de los practicantes. Diddy, que no suele ser un amante celoso, se imagina rodeado de rivales invisibles. Una chica tan voluntariosa y espontánea, que se entregó a él a los pocos minutos de haber iniciado la conversación, bien podría repetir la hazaña (ahora). El cuidadoso examen de un médico puede convertirse en un preludio alarmante: si Hester suspira, o hace un pequeño movimiento voluptuoso, ¿qué varón saludable opondrá resistencia, aun en el curso de su labor profesional? No todos necesitan el estímulo de pánico y culpabilidad que llevó a Diddy a buscar el apoyo y consuelo de otra persona, el domingo pasado, en el Pirata.

Diddy quiere proteger a Hester, no encarcelarla. Y sobre todo, no quiere que Hester tenga que engañarle.

Sorbió el tibio café, y le pidió al mesero que volviera a llenar de agua los vasos. En realidad, porque no sabía cómo continuar la charla. La escuela de Chicago. A eso no hay nada que añadir. Tampoco podía permanecer callado: el silencio le delataría a los ojos acuciosos de la señora, mostraría una expresión tan amarga como sus sentimientos.

—No sé si Hester será feliz conmigo.

No puede acercarse más a la idea que le envenena. La transmite en un tono distraído, despreocupado. Pero inmediatamente reconoce su error de táctica. Aunque su observación no es del todo sincera, ha preocupado a la señora Nayburn. Le ha dado a entender que Diddy se arrepiente de su proposición de matrimonio.

—¡Es de lo más bondadoso y lo más dulce que hay, Dalton, se lo aseguro! ¡Y tan bonita! No irá usted a creer que...

—¿Qué?

—Que va a pasar algo malo... Por lo que le dije antes. Yo no quería decírselo; fue usted el que me obligó. Tampoco hubiera querido mentirle. ¡No, Dios mío, no a quien va a formar parte de la familia! Pero lo de la madre de Hester... vaya, entiéndame, nadie más se ha vuelto loco, ni en la rama paterna ni en la materna. Nadie, se lo juro.

Diddy le dio unos golpecitos en la mano:

—No pensaba en eso, Jessie, créame. Hablé con torpeza. Pero Hester es una muchacha muy complicada, como usted sabe... Muy retraída.

El mesero llenó los vasos. Diddy pidió otro café, otro té. Jessie se impacientaba por volver a atraer su atención:

—Sí, Dalton, es verdad. A veces pasa varios días sin decirme nada. Pero no es que esté de mal humor; es que no tiene ganas de hablar.

—¿Azúcar?

—Gracias, hijo. ¿Qué está pensando? Cuéntemelo...

—Jessie, mi opinión de Hester no puede ser mejor. No la defienda, como si yo la criticara. Sólo pretendo comprenderla.

Lo que más preocupaba a Diddy era la profunda desconfianza de Hester. Y se entiende que desconfíe, después del horroroso crimen que acaba de relatar la señora. Todo niño normal confía en sus padres. Pero, ¿qué pasa si de pronto uno de ellos abandona el hogar y el otro te echa ácido en los ojos? ¿Puede confiar en alguien quien ha sufrido una traición así? Recordemos que mucha gente se pone en manos ajenas sin necesidad de confianza. ¿Confía Hester en Diddy, o se pone en sus manos, fatalmente resignada? Así se sometió a la operación. Con la certeza de que era lo que debía hacer, y sin esperanza de que sirviera para algo.

Diddy no puede continuar esta conversación. Su intimidad con la señora Nayburn va perdiendo fuerza, y hay que salvar lo poco que queda vivo. Los dos estaban agotados ya. A consecuencia del agotamiento, ella iba resbalando hacia su antiguo tono hipócrita, y él se encerraba en una sequedad violenta y fría. Diddy pagó la cuenta y salieron. Él llamó un taxi y se ofreció a acompañarla a la pensión.

—Pero se va a desviar mucho. Puedo ir sola...

—No me desviaré. Esta tarde me he mudado al hotel Canadá.

Ante esta halagadora noticia, la señora Nayburn lanzó un hondo suspiro de alivio:

—¿Es ese hotel grande que hay al otro lado del parque? Cuánto me alegro, querido. Hester también se alegrará. ¿Se lo ha contado usted?

Para no tener que decir que sí, Diddy asintió con la cabeza. Convenía impedir que la señora hablara demasiado, que le obligara a él a encerrarse en sí mismo y a dejar de verla como persona humana.

Diddy licenció al taxi frente a la pensión. Con las despedidas, volvió a sentir el ardor de su recién hallada ternura por Jessie. Pero

no cedió.

–Hasta mañana, Dalton. Y gracias por la cena...

Diddy se aleja rápidamente, pasa ante el sanatorio. Mira hacia donde supone que está el cuarto de Hester; a oscuras, como es natural. Cruza el parque, y sube a su habitación.

Le asalta de nuevo la tristeza. Quizá no se ha dejado penetrar del horror con que se ha enfrentado antes, y empieza (ahora) a sentirlo. Se acuesta, apaga la luz. ¿Qué pasa? Ya no ve a Hester. Hester es sólo el personaje de una narración, no la mujer que ama. ¿Será porque no ha hecho un verdadero y valeroso esfuerzo por comprenderla? Diddy el Egoísta ha pensado en sí mismo, y en nadie más.

Hay que pensar en Hester. En la catástrofe que lleva a las espaldas, en la herida terrible que le infirieron al salir de la infancia. En la traición de que ha sido víctima.

Pensar en Hester, abstrayendo lo que sólo se puede adivinar, y no calcular: lo que sufre con la patología de los supervivientes. Ya que el superviviente siempre cree que él también debería haber perecido. Sobrevivir es ser culpable. Quedar impune.

Quien sale vivo de una sentencia de muerte por accidente, socorro de última hora o simple casualidad, y no por su propio y empeñoso esfuerzo, sabe que en realidad no debería vivir. Sabe que no tiene derecho a la vida. No puede ser idéntico a ella cuando ya en el umbral de la muerte, resignado a morir, le indultan de manera arbitraria, inexplicable e inoportuna. Por injusto que sea el veredicto que pretendía privarle de la vida, tiene en retrospectión mayor significado que el indulto. Vivir, por consiguiente, es estar sentenciado y haber evitado de algún modo la ejecución de la sentencia. Vivir es una condición radicalmente negativa. Un juicio sin condena. O una condena sin castigo.

¿Estás pensando en Hester? Piensa en ella, demonio. Abandona estas generalidades, olvida su actitud respecto a la sentencia capital

dictada contra su madre. ¿Qué tiene Hester, qué hace, qué es, además de sufrir la patología de los supervivientes?

Imaginarse una fila de muñecas sobre un anaquel de juguetería. Todas son altas, bien formadas, rubias; todas llevan el cabello largo y los ojos cubiertos por gafas de sol. Pero cada cual tiene un distinto repertorio de gestos y de acciones. Diddy, acostado en la semipenumbra (ha dejado encendida la luz del cuarto de baño) entorna los párpados. Las muñecas Hester comienzan a moverse, a gesticular, a pelearse.

¿Cuál es la verdadera? ¿Y de quién es?

Una de las muñecas grita y agita el puño. Otra, sentada en el extremo de un largo banco, al pie de un muro desguarnecido, se encoge de terror. Otra sonríe sin cesar, mecánicamente. Y otra, con un rictus de odio en la boquita, se arroja contra la que está en el banco, le aprieta la garganta; luego corre hacia la sonriente y la abofetea. Parece llevar en el bolsillo de su vestido blanco un pequeño revólver. ¿O es una botella de lejía?

¿Cómo es Hester, de verdad? Puede ser rencorosa. O aturdida. O superficial y aduladora, como para defenderse. O perversa, empeñada en hacer a los demás lo que le hicieron a ella.

No; no es nada de eso. Diddy lo sabe.

Que le llamen testarudo o estúpido: sabe que Hester no es así. No es tan trivial. Quitar del anaquel todas las muñecas; pensar en la otra, la de tamaño natural, que Diddy se imagina (ahora) sentada en el alféizar de su ventana de hotel. Esta nueva figura no mira a ningún lado. Escucha, quizá; recibe gravemente las vibraciones de Diddy. Ésta es la suya, ya que le pertenece sólo a él. Por lo menos la que él ha reclamado. Diddy abre los ojos un momento, los fija en la ventana. No ha bajado las persianas ni ha corrido la cortina. Busca a la criatura de su imaginación, y como no la encuentra, contempla a medias la luna llena que se filtra entre los árboles deshojados. Diddy suspira se levanta, va al cuarto de baño a beber

un vaso de agua. Sí, Hester puede ser rencorosa, aturdida, superficialmente adulatora, o perversa. Pero no lo es. No es ninguna de las muñecas.

Quizá sienta la necesidad de ser una santa. Por haber sido tan perversa su madre.

Entre todas estas posibilidades, Hester escogerá. Diddy ha abierto su corazón a todas ellas. Pero quiere a Hester por lo que ya se atreve a llamar santidad, una santidad que no se manifiesta en las obras piadosas habituales. También la quiere por su sensatez, bien evidente en la firmeza y fuerza de carácter que ha mostrado estos días.

En el espejo del cuarto de baño, Diddy contempla su cara, menos huesuda y macilenta hoy. Luego apaga esta última luz y vuelve a acostarse, alumbrado por la luna.

Haber seleccionado a la Hester de verdad entre las imposturas ha resuelto el problema de su esencia. Pero no el de sus sentimientos. Diddy no sabe aún si Hester es feliz o desdichada, si sufre con mayor o menor intensidad. Y si sufre hondamente, ¿por qué? ¿Por tristeza? ¿Por desesperación? ¿Por la impotencia de la ceguera? ¿Rabia reprimida? ¿Remordimiento? ¿Soledad? ¿Añoranza de su madre? A la aparición del alféizar no se le pueden hacer estas preguntas.

Tal vez es demasiado inteligente para sufrir. ¿No depende la capacidad de sufrimiento de una especie de estupidez superior? Eso cree Diddy, que se va durmiendo. Sufren más los talentos mediocres, que ni brillan ni se apagan; talentos como Diddy el Desesperado, que heredó, recibió o aceptó el don de padecer hace ya mucho tiempo. Por lo menos tres años.

Hasta los treinta, Diddy era todavía menos brillante que (ahora). Difícil de creer, ¿verdad? Pero cierto. Hasta los treinta años (toda su vida) Diddy era demasiado tonto para sufrir. Sub-sufría y nada más, un dolor complaciente y atenuado, una desgracia

sorda y cotidiana. Además, la creencia en que todo acabaría por arreglarse. Cuando Joan le dejó, Diddy empezó a aprender. Más y más cada día. Comprendió que no se había equivocado de espectáculo, sino que se le había escapado el sentido de la representación. Diddy había creído ingenuamente que la vida era una comedia seria, realizada con fidelidad a un significado único. No había penetrado lo complejo y oscuro de la trama, lo estilizado y fantástico de la escenografía, la dirección y la luminotecnia. La luminotecnia, por ejemplo. Desde su butaca de primera fila, Diddy veía mal: la luz del escenario le parecía insuficiente. Pero no se atrevía a dudar: concluyó que así era la obra, que así había que entenderla. Hace tres años, Diddy se dio cuenta de que la obra no era así: estaba concebida y representada a plena luz, y lo único insuficiente era su propia vista. Pero (ahora) iba a empezar a ver. Más y más perspicaz, Diddy el Agudo. Se le alzó la pantalla de tela. La luz tibia y gaseosa adquirió un filo de cuchillo. Cuchillo penetrante hasta la entraña. Diddy empezó a aprender. Y a sufrir, por primera vez en su vida. Lo que le falta (ahora) es la sabiduría necesaria para trascender el sufrimiento. ¿La alcanzará algún día?

Sólo si Hester se la puede inculcar.

Lunes. Después de la fracasada operación, trasladaron a Hester a la sección de convalecientes, quinto piso. Su nuevo cuarto daba a un patio, y no al parque; aunque medía apenas el doble de lo que medía el otro, tenía tres camas.

En la cama inmediata a la ventana, una estudiante que se ha roto el tobillo al caerse de la bicicleta. Después de escayolada la fractura, ha sido menester fracturar otra vez, recomponer el hueso con ayuda de un perno y volver a escayolar; (ahora) la muchacha tiene el pie colgado de una polea.

En la cama de en medio, la esposa de un senador estatal que tuvo a media noche, la semana pasada, una hemorragia gravísima. Úlcera insospechada. Acaban de quitarle la mitad del estómago.

Debido a la presencia de estas dos personas, Diddy y Hester nunca están solos ya, ni aun cuando se escabulle la señora Nayburn. Con todo, Diddy prefiere esta habitación a la particular del séptimo piso. Puede pasar (ahora) más tiempo en compañía de Hester: en la sección de convalecientes hay menos vigilancia de entradas y salidas, menos supervisión de visitantes. Nadie se escandaliza si hay violación de horario: Diddy ha venido incluso por la mañana, y la visita nocturna de siete a nueve se alarga sin dificultad. A veces pasan tres horas sin que aparezca la enfermera con su termómetro por delante: "¿Pero están ustedes aquí todavía? Tienen que irse." Una enfermera desconocida (la formidable Gertrude no trabaja en este piso) poco avezada a dar órdenes y a que se las obedezcan.

Hester no necesita constante atención médica. El doctor Collins entra a verla todas las mañanas, y poco a poco, sistemáticamente, le va rebajando el espesor del vendaje. El octavo día después de la operación, Diddy se encuentra con que Hester no lleva más que dos discos de gasa en los ojos, lo bastante delgados para permitir el peso de los lentes oscuros. Hester va dando señales inequívocas de recuperación.

Parece disfrutar de la presencia de sus compañeras; a veces está en plena charla con ellas cuando llega Diddy. Pero la senadora duerme mucho, y la universitaria recibe interminables y ruidosas visitas de sus padres. Para que Hester no se aburra, Diddy le ha comprado una radio de transistores con auricular.

Como la visita diaria es ya una ceremonia con la que cuentan rigurosamente ella y él, Diddy procura darle más consistencia. Lo malo es que nunca están solos. Diddy teme las consecuencias del tipo de conversación a que se ven obligados. Conversación inofensiva para las otras dos enfermas y para Jessie. Resuelto a no permitir que su relación con Hester se ablande y mecanice, Diddy busca los medios de reducir la charla sin perder el contacto. Pero si

ya les faltan las imágenes, ¿cómo van a sacrificar las palabras? Tienen que sustituirlas por otras. Otras que no sean las cotidianas, corteses, insustanciales de los demás. ¿Qué decir? Ante todo, no convertirse en Diddy el Dócil; mucho menos en Diddy el Callado. No dejar que la señora Nayburn se desborde sin obstáculo verbal. Por desgracia, lo que Diddy quisiera contarle a Hester no cabe aquí; debe esperar a que estén, por fin, los dos a solas.

Encontrar (ahora) otras palabras; otras palabras que no son las suyas. Entregadas, como una mercancía, para cortar el reflujo oratorio de la señora Nayburn.

¿No había dicho Hester que le gustaba que su tía le leyera libros? Diddy aprovecha la sugestión, se ofrece a leer también. Ya se le habrá ocurrido la misma idea a la buena señora, pero la habrá desechado al pensar en el objeto de las visitas de Diddy. Diddy no está ligado a escrúpulos recíprocos hacia la tía de Hester.

—¡Me encantaría! — exclama la muchacha—. ¿Qué me vas a leer?

Diddy quiere sorprenderla con su preferencia, y prometer traer el libro esa misma noche.

Desde un principio, la empresa tiene un éxito aún mayor del que Diddy esperaba. El propósito egoísta de Diddy se ha realizado instantáneamente. Ya no es necesario producir tantas palabras huecas, labradas por compromiso, aceptables a Hester y tolerables para los demás. La primera noche, Diddy lee una hora. El rostro de Hester, pálido de costumbre, se ilumina; parece desteñirse al terminar la lectura. Al día siguiente Hester le ruega que lea más, si no es que se fatiga de leer. Diddy la satisface con entusiasmo, y dedica en adelante la mayor parte de sus visitas al libro. En once días, ha terminado *Orgullo y prejuicio*; al final del periodo postoperatorio ya va por la mitad de *Emma*.

Inesperadamente, la señora Nayburn también aprovecha estas sesiones. Por una parte, la lectura acredita a Diddy como guardián capaz y afectuoso de la muchacha ciega; por otra, rinde un

agradecido homenaje, por imitación, a los cuidados de Jessie, y a la vez sugiere sin violencia que estos cuidados ya no se necesitan. Jessie ya no hace falta, pero Hester está en buenas manos. La expresiva voz de barítono de Diddy, su cultivada pronunciación, denotan una autoridad y exigen un respeto que Diddy el Verdadero, con sus propias palabras, no sabría suscitar.

Otra fuente de sólido respeto es la abstracta certeza, sobre temas de placer y discordia, que muestran las novelas escogidas por Diddy. Escogidas simplemente porque le gustan (aunque Diddy, entusiasta devorador de letra impresa, tiene gustos muy amplios) y porque son los únicos títulos aceptables en la anaquelaría giratoria de la farmacia contigua al hotel Canadá. Elección arbitraria, desde luego. Pero, sépalo Diddy o no, favorable.

La señora Nayburn, Diddy, y quizá Hester, se aplacan y reposan en el severo estilo de Jane Austen, bien pronunciado y mejor entonado por la enérgica voz de Diddy el Culto. Los tres encuentran sosegada inspiración en la segura inteligencia de la autora, que no se humilla ni se disfraza. La sensatez, la buena voluntad, la claridad de espíritu, van pareciendo más y más posibles, y hasta inevitables. Tanto así, que unas páginas antes del sarao de Netherfield, Hester y sus tutores, el mayor ya dispuesto a abdicar y el menor empeñado en la usurpación, se unen en una alianza destinada a evitar preferencias denigrantes. Un tratado nunca escrito, por delicadeza, pero tan firme y obligatorio como si se hubiera grabado en lápida. Un tratado donde los intereses de todos los firmantes tienen idéntico valor y dignidad.

Artículo primero: La señora Nayburn estará presente en la visita de la tarde. Dedicada, esta visita, a una nueva sesión del lúcido relato de Jane Austen, y a una breve charla donde la tía lleva la batuta y Diddy vaga por sus pensamientos.

Artículo segundo: Diddy llevará a cenar a la señora.

Artículo tercero: La visita de la noche está exclusivamente reservada para Diddy. La señora Nayburn regresa a la pensión, a ver televisión en la sala o a hablar en la cocina con la dueña, una viuda de su misma edad. O si no, se va sola al cine; Diddy le selecciona la película y la acompaña hasta la taquilla cuando salen del restaurante. Diddy se vuelve al hospital y lee por espacio de dos horas; de vez en cuando susurra una frase cariñosa, una expresión de su solicitud y anhelo.

Todas las noches, al entrar en el restaurante con la señora, y mientras cenaban juntos, Diddy pensaba en la posibilidad de toparse con Watkins o los Reager o algún otro colega de la fábrica. La misma inquietud le asaltaba en la calle, al llevar a Jessie al cine o volver al Instituto. Pero no quería ocultarse. Tarde o temprano iban a descubrir lo que había estado haciendo últimamente.

Aunque esperaba con impaciencia que dieran de alta a Hester, Diddy gozaba de este régimen de vida.

El tiempo pasaba sin esfuerzo. La regularidad de su rutina le tranquilizaba. Todo estaba en su sitio, donde se suponía que estuviera. Su habitación del hotel Canadá tenía siempre el mismo aspecto. El servicio era, sin duda, irreprochable. Baño limpio a diario, sábanas mudadas, zapatos lustrados, flores nuevas en el jarrón. Y Hester también donde debía estar: en su cuarto, en su cama. La sospecha que Diddy había alimentado de que Hester se entendiera con el médico ya había desaparecido.

Luego, claro, la señora Nayburn. Su infalible presencia era, en su estilo, parte de la consoladora estabilidad de este universo. Sobre todo desde que había dejado de molestar a Diddy con su modo de ser y de hablar. Desde el día en que contó el verdadero origen de la ceguera de Hester. Diddy seguía estimando a la señora, con una estimación que no crecía, pero sí se mantenía firme. Y que tampoco era tolerancia: Diddy estaba demasiado fragmentado en sus afectos. Era más bien una especie de metatolerancia.

Qué absurdo le parece (ahora) haber considerado a esta pobre mujer, no sólo fastidiosa y aburrida, sino amenazadora. Las cenas en común ya no se le hacen insoportables. Aunque la conversación que las acompaña es de lo más superficial. Y de lo más molesto, pues el tema que repite invariablemente es el de los gastos de hospitalización. Pero hasta la señora Nayburn vacila en preguntar sin rodeos cuánto piensa aportar el generoso Diddy. Una noche, él se lo dice. Y le da un cheque.

Como no hay entre ellos la suficiente intimidad para que cada cual hable de sí mismo, hablan de otras dos personas. Y del pasado. Jessie recuerda episodios de la niñez de Hester, episodios, se entiende, anteriores a sus catorce años. A su vez, Diddy habla de la infancia de Paul, de lo que siente un niño prodigio, en la proporción en que lo adivina su único hermano. También cuenta las glorias posteriores, la beca a París, la primera aparición con la Filarmónica de Nueva York, el concurso internacional donde se hizo famoso este pianista de diecinueve años. Es tan inocente el placer que manifiesta la señora, que Diddy no puede ofenderse. Ni perder el ánimo, aunque no resucite en estas charlas la intimidad de la primera cena. Diddy logra acordarse siempre de que no está con una bruja, ni con una reencarnación de Mary, ni con una viajera anónima que lleva a los pies, como perros muertos, dos grandes bolsas de comida. En la Parrilla Olimpia, el Café Greenleaf, o el Restaurante Cavanaugh, está con Jessie Nayburn, una mujer decente, sola, bien intencionada. Después de Diddy, es ella quien más quiere a Hester en el mundo. Ha criado y cuidado a la amada de Diddy desde hace muchos años. Diddy se lo agradece y la respeta: la llama Jessie de palabra y señora Nayburn con el pensamiento. Lo que el pensamiento no le dice es cuándo va a volver la señora a su casa de Indiana, (ahora) desierta. Supone Diddy que será pronto, puesto que la señora parece entender la situación y aceptarla sin protestas. Por lo que a Diddy toca, puede

quedarse aquí hasta que Hester salga del hospital: hasta entonces no podrán estar solos Hester y él.

Antes de la visita a Hester y la cena con Jessie, ¿qué hace Diddy? Pues no hace nada. Lo cual no es raro, si se considera dónde está y a qué dedica la atención. Pero sí es raro cuando se observa la calma de Diddy, la falta de inquietud por su inactividad. Un hombre que no ha tenido tiempo libre en muchos años, a no ser los cuatro días de principios de octubre (seis, con el fin de semana) que pasó en su casa al salir del hospital. Un hombre que lleva media vida trabajando cinco días semanales, que ha desperdiciado sus vacaciones viajando por Europa a un ritmo más cansado y agitado que el del trabajo mismo. ¿Cómo puede adaptarse con tanta naturalidad al ocio absoluto? ¿Cómo es que no se aburre ni se desasosiega?

Quizá Diddy no era tan maniático del trabajo como él creía. Ni tan adicto al insomnio: (ahora) duerme nueve o diez horas cada noche, y sin sueños. No ha dormido tanto desde sus años escolares, cuando Mary exigía que los niños se atuvieran a horario. Durante toda su infancia (por lo menos hasta los catorce años, fecha en que Mary dejó la casa o fue despedida) Diddy se había acostado con decimonónica regularidad. Cada año Mary adelantaba media hora el toque de queda, pero siempre resultaba demasiado temprano: Diddy y Paul tenían que meterse en la cama mientras sus amigos estaban todavía jugando en la calle. Diddy odiaba su cuarto, protestaba airadamente cuando Mary apagaba la luz y desaparecía. Pero nunca pudo resistir al sueño más de diez minutos. Se moría de envidia y admiración al ver que Paul permanecía despierto horas y horas, leyendo música con una linterna debajo de las mantas, para que la luz no se reflejara en el suelo y no le delatase a los que pasaran frente a la puerta. Diddy procuró emular a Paul en esto también: buscó una linterna, se metió bajo las mantas, trató de leer

una novela. Inútil: en pocos minutos el sueño le había vencido y había vencido su orgullo.

El insomnio vino mucho después. (Ahora) Diddy vuelve a su antigua somnolencia. Duerme largas, generosas, voluptuosas horas: casi nunca despierta antes de las diez. Si está vestido, bañado y afeitado para las once, puede desayunar en el café del hotel. Si no, en la farmacia de la esquina. Lo primero que hace al bajar al vestíbulo es comprar la *Gaceta*, como un deber diario. La lee concienzudamente mientras desayuna, para probarse que no tiene miedo de encontrar lo que, en realidad, nunca encuentra. Si no hace demasiado frío, da un paseo por el parque; a veces se acerca al hospital y sube a saludar a Hester con un abrazo matutino, aunque a esta hora están prohibidas las visitas. Con la visita ilícita o sin ella, Diddy hace tiempo hasta la una, hora en que almuerza en el comedor del Canadá, menos los miércoles, día de reunión del Club de Leones, y los viernes, en que monopolizan las mesas los socios de la Cámara Juvenil de Comercio. Esos dos días, Diddy come en la farmacia. Quince minutos de siesta después de comer: Diddy se duerme y se despierta con facilidad. Luego, la visita legítima. Diddy sale hacia las dos y media, y cruza el parque rumbo al Instituto. Cena con la señora Nayburn a las seis, a veces a las cinco y media, y a las siete suele estar de regreso con Hester. Con ella hasta las nueve, o hasta que le expulsen las negligentes enfermeras, y vuelta al hotel, otra vez por conducto del parque, dando un rodeo para variar. En la farmacia compra dos o tres bocadillos y una Coca-Cola, y se pesa en la báscula. También en la farmacia, o si no en el quiosco del hotel, pide una revista o un libro de bolsillo. Sube a su habitación y se mete en la cama con el libro y la comida. Casi nunca enciende el televisor: no quiere interesarse en la película y robar tiempo al sueño. Mucho mejor así. Come, lee, y se duerme en menos de media hora.

Como no hace ejercicio, fuera de los tres o cuatro paseos por el parque, y como engulle tres comidas fuertes, amén de piscolabis intermedios, Diddy engorda a ojos vistas. En los diecisiete días del periodo postoperatorio, casi ha recobrado los diez kilos que perdió en su viaje desesperado hacia la muerte. Hasta los treinta años de edad, Diddy había pesado lo que debe pesar un hombre de su estatura y complexión. Hace tres años empezó a adelgazar lentamente. Hace un mes perdió diez kilos en pocos días. ¿Los ha recuperado de verdad? Le ha faltado valor para buscar una de las básculas que habrá en el hospital, y cuya exactitud está garantizada por su situación. Sigue echando monedas en la máquina de la droguería, insegura como todas las de su género. Pero no importa. Un instrumento inexacto, si se usa con frecuencia, es tan útil como uno de precisión. Aunque la imprecisa báscula de la farmacia de resultados falsos, la comparación de los de ayer con los de hoy bastará para saber cuánto se ha ganado en un día.

Hay fluctuaciones, naturalmente. Una noche, Diddy se encontró con que había adelgazado casi un kilo. Pero se lo explicó al recordar que Hester y él habían tenido un pequeño disgusto, no por sordo menos doloroso, y que con la impresión él se había privado de sobrecena ayer y de almuerzo esta tarde.

Lo innegable es que Diddy está engordando. La ropa ya no le queda bien. Al bañarse, nota un ligero ensanche de cintura, lo suficiente para tener que aflojarse el cinturón.

A Hester no parece importarle, afortunadamente. Debe de haber notado, con la especial perspicacia de los ciegos para estas cosas, que la mejilla de Diddy se redondea. Diddy, por su parte, está encantado. Le agrada ser más grande, más robusto, ocupar más espacio en la tierra. Se enorgullece al ver que su frágil muñeca reclama más soltura en la pulsera del reloj. Goza de la escasez de sus vestidos, de la incomodidad que le produce llevar objetos gruesos, de metal sobre todo, en los bolsillos del pantalón.

Y Hester, repitámoslo, no se queja. Si llegase a pedirle que adelgazara, Diddy adelgazaría sin discutir. En parte, convencido de que ella tenía razón, de que él se estaba descuidando. En parte, por darle gusto a ella.

Doce días después de la operación, la señora Nayburn anunció que se iba a la mañana siguiente. Ya tenía hecho el equipaje y comprado el boleto.

¿No es un poco súbito, esto de avisar el día antes? ¿Qué le pasa a Jessie? ¿Está disgustada? Difícil saberlo. Trata a su sobrina con afecto, y a la vez con cierta frialdad. Hester parece dolerse de la inminente partida de su tía, o al menos de lo intempestivo del aviso. Pregunta a Jessie si está segura, si de verdad se quiere ir tan pronto. Pero cuando la señora reafirma su intención, Hester se conforma, y no a regañadientes; con gran alivio de Diddy, no vuelve a insistir.

Aun así, piensa Diddy, Hester debe de estar inquieta. Probablemente se imagina que su tía no ha dicho toda la verdad en cuanto a su decisión, o cree que, por no ver el rostro de la anciana, no puede adivinar sus verdaderos sentimientos.

Diddy ayudará a Hester: tratará él de adivinarlos. Sí: la señora Nayburn está más impasible que de costumbre. ¿Querrá parecer más digna? ¿Ocultar su orgullo herido, su sentido de pérdida? Si Diddy juzga bien, el tipo de orgullo que obliga a enmascarar las intenciones no forma parte del carácter de esta buena señora. Es evidente que no piensa marcharse mañana. Por eso no está triste.

En su esperanza de mostrar que ya no le guarda resentimiento, Diddy declara que preferiría que Jessie se quedase. A menos que tenga muchas ganas de ponerse en camino.

—De todos modos, pronto vendrá usted a vernos a Nueva York.

Extraño que sea Diddy el que lo diga cuando, sin duda por consideración a su clamoroso deseo de reservarse a Hester, ninguna de las dos mujeres ha hablado de visitas posteriores. Y eso que

tanto a una como a otra se le habrá ocurrido la idea más de una vez. Extraño en verdad que, si alguien insinúa débilmente que Jessie no se vaya, sea Diddy, y no Hester.

Pero Diddy se equivoca. En esta ocasión la señora no finge; sí piensa tomar el tren mañana. Cuando Diddy lo reconoce así, nota una inesperada alegría. Y él que había creído que le daba igual, que no le importaba demasiado que la anciana se fuese o se quedase. Por lo visto, sí le importaba; quería tenerla lejos. Los antiguos sentimientos negativos han vuelto a dominarle. La señora Nayburn sigue siendo una barrera entre Hester y él, un vestigio imponente del pasado. Cuando desaparezca del panorama, el único obstáculo será el hospital, obstáculo superable con el tiempo. Diddy está muy contento, y permite, incauto, que se le vea en la cara. Jessie, más sensible de lo que él creía, capta inmediatamente el cambio de expresión y lo interpreta con acierto. Adopta un tono distante con los dos jóvenes, dispara algún que otro velado reproche. "Si me quedo aquí, Hester, comiendo y descansando y mirando películas, me voy a poner tan gorda como Dalton."

Hester sonríe. Diddy siente (ahora) una maravillosa solidaridad con ella, a pesar de que no pueden transmitirse esas leves miradas irónicas con que se entienden los novios indulgentes ante la quejumbrosa petulancia de sus mayores, de los que ya han perdido la ocasión de ser felices.

Por muy desagradable que sea el trato de la señora Nayburn esta noche y mañana, Diddy no se ofende. Al contrario, compadece a la pobre mujer que tiene que irse sola a casa, dejando atrás al único familiar que le queda, a su única hija, como quien dice. Sin parientes ni amigos, viuda y sola hasta el último día. Aunque Hester le ha asegurado a Diddy que la situación de su tía en Terre Haute, Indiana, no es tan lastimosa. Cuenta con el empleo de la biblioteca pública hasta la edad de sesenta y cinco años, y está

relacionada con muchas personas de su generación a las que ha conocido toda la vida.

Cuando, al cenar juntos por última vez, la señora tocó el tema del matrimonio en tono de discusión, Diddy estuvo a punto de decir la verdad. Decir que dependía exclusivamente de Hester, y que él, por su parte, estaba dispuesto a casarse mañana mismo, si ella quería. Pero lo pensó mejor: la verdad le iba a parecer a la señora Nayburn demasiado complicada, por sencilla que fuera. Así que Diddy la dejó hablar.

—He sido muy tolerante con Hester y con usted, Dalton. Nunca les he pedido que se vuelvan conmigo y se casen por la iglesia. Sé lo que opinan los jóvenes de hoy, y Hester es tan voluntariosa que no me atrevería a proponérselo. Pero usted es más sensato que ella. Es un muchacho razonable y bien educado: en seguida lo noté, en el tren. ¿No podría usted darle ese gusto a la tía Jessie? Ya ha habido bastantes escándalos en nuestra familia. Cierto es que yo no puedo obligarlos a nada; Hester y usted son mayores de edad. Pero sí puedo pedírselo. Déme usted su palabra de que se casará con Hester en cuanto salga del hospital. Por lo civil, si quieren; con ceremonia o sin ella. El caso es que estén casados, que no vivan como los animales. Prométamelo, Dalton, hágalo por mí.

Emocionado, Diddy lo prometió. Se levantó de la silla, y por encima de la mesa del restaurante tomó en ambas manos la cabeza canosa y desgredada de Jessie y la besó en las mejillas, con gravedad.

Al día siguiente, Diddy llevó a la señora a la estación. El tren que iba a tomar, afortunadamente, llegaba a Terre Haute sin trasbordos. Es la primera vez que Diddy pisa los andenes desde aquel día fatídico, hace ya casi tres semanas. El tren de la Standard de Ferrocarriles Nueva York-Boston suele entrar por la vía contigua. Es más, el pizarrón de informes indica que el Pirata, en su viaje de vuelta de Buffalo a Nueva York, estará aquí dentro de

cuarenta y tres minutos. A Diddy le sorprende ligeramente que el tren siga circulando. Sorpresa estúpida, claro. ¿Con qué derecho supone que no habrá más Piratas después del suyo, del que hizo el recorrido sur-norte el domingo veintisiete de octubre?

Diddy pregunta por sus sentimientos; los encuentra dormidos, o amortiguados bajo sus nuevas carnes. ¿Cómo es posible que se haya atenuado tanto el recuerdo de la muerte de Incardona en estos veinte días? Diddy estará viviendo en sueños, o sufrirá de amnesia. Quizá sea éste el principio de la total desintegración de su carácter.

Pensando en esto, Diddy creyó que al subir al tren, cargado con las maletas de la señora Nayburn y sus célebres bolsas, y al entrar en el coche-cama a la zaga de Jessie, no se llevaría una gran impresión. Estaba equivocado. El mundo ferroviario le devolvió las viejas represiones, resucitó la antigua pesadilla. A los pocos momentos, le ahogaba el pánico. Le sobrecogió un temor desesperado de que el tren arrancase de pronto y le alejara de Hester.

—Creo que oigo un silbato -murmuró, con ansiedad.

—Hay tiempo de sobra. El revisor dijo que el tren para veinte minutos aquí. Dalton, ¿quiere bajarme de la redecilla esa maleta grande? Voy a sacar las pantuflas.

—Estoy seguro de que he oído algo.

Aterrorizado, Diddy bajó de golpe la maleta. Calculó mal el peso, y se dio un maletazo en la frente.

—¡Ay Dios mío! ¡Se ha lastimado usted! ¿A ver? Espere, tengo curas de gasa aquí mismo...

—No se alborote, Jessie. No es nada.

—¡Pero si está sangrando! ¿No tiene pañuelo? Tome el mío...

La mujer empezó a rebuscar en su bolso de mano. Diddy creyó oír de nuevo el silbato del tren. Si sangraba por la herida (un rasguño inmediato al arranque del pelo) era porque la sangre le

corría por el cerebro como un torrente. Le dolía el cráneo como si se le fuera a partir en dos.

Diddy rechazó el pañuelo que la señora había localizado al fin; le dio un beso ligero en la blanda mejilla empolvada y se despidió apresuradamente.

De regreso en el andén, reconoció su estupidez. Muchos viajeros llegaban (ahora); otros se paseaban de arriba a abajo, sin prisa. El tren salía a la hora en punto: faltaban diez minutos, según su reloj y el de la estación. Se quedó, claro, hasta el último momento, sonriendo y gesticulando hacia Jessie, que se emborronaba tras la mugrienta ventanilla. La espera se le hizo interminable. Por fin, sonó el silbato; se cruzaron señales del andén a la máquina. ¿No hay nadie en la vía, delante del tren, un trabajador que se pone de un salto fuera de peligro? Diddy no ve nada: el tren es demasiado largo. Ya arranca, poco a poco. Diddy corre unos metros, prolongando su pantomima de gestos sonrientes; el tren acelera, y Diddy hace alto.

(Ahora) de lo que se trata es de salir de la estación sin percance. El capitán Mallory puede andar espionando por ahí, haciendo pesquisas que no aparecen en el periódico. Como se sabe de memoria la lista de pasajeros del domingo veintisiete de octubre, reconocerá a Diddy intuitivamente y querrá interrogarle. O si no, Myra Incardona, que ha venido a la estación a reclamar la mosca que la empresa le debe, y que surge de alguna oficina, sofocada, arrastrando al encanijado Tommy. O el filatelista, o el orondo clérigo, que viven en esta ciudad o la visitan con frecuencia por razón de negocios.

Si Diddy quiere romper con su pasado, tiene que olvidarse no sólo de Joan, sino también de lo más reciente. De lo más horroroso. Para negar el pasado se requiere un valor sublime, mucho más elevado que el que se necesita al exponer el físico. Diddy no es tan valiente. El pasado le atrae. Es un túnel aéreo, donde penetra Diddy

disfrazado de ingenioso modelo de avión experimental. El viento le estremece, le abofetea; Diddy el Avión no se hace pedazos, pero tiembla, se vence, se desvía: es demasiado frágil para cumplir con los requisitos normales de conducta y de seguridad. Con nuevos planes, con más trabajo de laboratorio, los defectos estructurales de este nuevo modelo podrán corregirse. Así lo proponen unos y otros. ¿Pero vale la pena? El avión ya ha sido puesto a prueba, y ha fallado. Más vale dedicar las energías a un proyecto totalmente nuevo, que no lleve encima el estigma del fracaso. La compañía resuelve no invertir más dinero ni esfuerzo en este tipo de avión, y retirarlo del catálogo de productos.

Diddy siente la poderosa succión del viento. El viento le quiebra la vertical, como cuando estaba delegado. Pero ya no lo está; no está gordo tampoco. Será el viento invernal de estas latitudes, más septentrionales y frías que las que Diddy conoce. Además, las violentas corrientes de aire que levantan los trenes al entrar y salir vertiginosamente. Con todo, no basta para hacerle perder el equilibrio; no es tan frágil.

Ni tan fuerte. Ni demasiado valiente. Ciertamente que ya no tiene necesidad de serlo, porque ya no está solo. Si el pasado le atrae, también le atrae el presente. El porvenir, mejor dicho.

Diddy sigue en la estación, pero se aleja (ahora) de las vías, se dirige a la puerta principal. Quizá no se pueda convertir el pasado en futuro, pero sí se puede apelar a una solución indirecta. Tratar el tiempo como si fuera espacio. Una vez consumada esta nueva conversión, un espacio puede tomar el lugar de otro. Por ejemplo, en el caso de Diddy, el pasado está aquí, es el aquí. Aquí es donde brota el sentido de culpa. ¿La solución? Salir de aquí, irse a otra parte. Y Diddy tiene donde ir: al hospital de casi-maternidad donde nace su futuro. Diddy tiene a Hester y posee el espacio que ella ocupa, y que está dispuesta a compartir con él. Y cuando ella

comparte a su vez el espacio de Diddy, cuando él la atrae hacia sí, ese espacio también se transfigura. Se desinfecta.

En el taxi se aplaca el pánico de Diddy. Está más y más cerca del hospital, de la visita vespertina. ¿Se estará dejando llevar de su comodidad? Tal vez. Hasta ahora, Hester no ha sido más que un canto rodado, una suave piedra inmóvil. Y no es que Diddy quiera a Hester con placidez: su amor por ella arrastra la energía de las pasiones románticas. Pero Hester no es una obsesión. Es todo lo contrario, un desahogo, un olvido de todas las obsesiones.

¿Entiende a Hester fuera de sí mismo? Parece que no muy bien. Aun reconociendo que ella no facilita la comprensión, Diddy no hace un esfuerzo tan intenso como debiera. Como la suma de todos sus esfuerzos recientes.

Quizá para entender a Hester tendrá que rebasar el amor, ir más allá de amarla, de estar enamorado de ella. Quizá su unión con ella sólo florecerá cuando Hester se convierta en una obsesión. ¿Pero no nos obsesionamos con lo que es, de una manera o de otra, destructivo? ¿Sí? Entonces Diddy habrá de localizar en Hester la vena destructiva, por sepultada que esté. ¿Absurdo, verdad? No tanto, no tanto. La santidad no es de este mundo.

Por ejemplo, la actitud de Hester respecto a su madre. Imposible que Hester le perdone a Stella Nayburn lo que le hizo de niña. Imposible que Hester quiera a su madre, la eche de menos, y se acabó. Imposible. ¿Y el rencor de la niña traicionada, decepcionada? Podrá reprimirlo, pero eso mismo quiere decir que ahí está, que vive, y que brota invertido, revesado, en forma de bondad. Los fluidos amargos y oscuros se quedan dentro. Tal vez Hester sólo sabe ser buena, no sabe ser más que buena. Pero entonces es buena por las malas; no puede purificar su veta demoníaca. Sólo sabe ocultarla. Diddy debe mirar a Hester con más cuidado. Sin acercarse mucho; sin permitir que ella le mire a él con la misma atención.

Para el taxi frente al Instituto Warren. Diddy se apea y paga. Lleva en el bolsillo la edición en rústica de *Emma*. Entra en la cafetería del hospital: pide un bocadillo de ensalada de huevo y una taza de café; ruega que se lo envuelvan. Hester, que come poco, ya habrá almorzado. Diddy, que almorzó en la estación hace una hora con la señora Nayburn, tiene hambre otra vez. En el elevador, con la bolsita de comida en la mano, se le hace la boca agua; doble estímulo: el del animalejo hambriento que sabe que va a comer, y el del amante anheloso que corre al encuentro de su amada. Por reducida que sea la situación, Diddy estará con Hester, gozará del intenso placer de estar con ella.

Y la situación, en realidad, ha mejorado bastante. La señora ha desaparecido: ya no habrá que charlar por cortesía. Hester ya está mejor, se mueve más. Desde que le dieron permiso de levantarse de la cama (hace una semana ya) puede recibir a Diddy en su cuarto o en la galería que hay al final del corredor. Y en el horizonte, a dos días de distancia, la gran elección: la posibilidad de recortar espacio para ellos dos en la tela infinita del mundo.

Qué estúpidos le parecen (ahora) sus anteriores pensamientos. Qué mezquina y perversa su intención de escudriñar el alma de Hester para desenmascarar sus perfecciones. Si la muchacha muestra vicios de carácter, y quién está libre de ellos, Diddy será un amante delicado y gentil. Como el caballero del libro, que aguarda pacientemente, sin revelarse, a que Emma reconozca sus locuras, se avergüence y reniegue de ellas. Entonces ofrece él, con oportuno tacto, el curativo bálsamo de su amor generoso.

¡Ah, presumido Diddy! Lo más probable es que sea Hester la que descubra los defectos, tus defectos, la que tenga que armarse de paciencia para soportarte. Pero, ¿no podríamos evitar ese doloroso proceso? Si Diddy percibe ya sus errores, ¿por qué no los corrige?

Ya que se ha avergonzado de su locura, ha renegado de ella con ahínco, una y otra vez. Pero no entiende. Es un extraviado y

ridículo turista en el laberinto de su propia conciencia.

Laberinto punitivo.

Laberinto iniciatorio.

Laberinto arquitectónico.

La muchacha de los anteojos oscuros, segura de su paso en las tinieblas, le guiará hacia la luz.

—¡Hester!

No está en su habitación. Diddy pregunta a la senadora y a la estudiante si saben dónde ha ido.

Quizá a la galería.

Diddy echa a correr pasillos abajo, hacia la galería de cristales. Al ver a Hester, le da un brinco el corazón. Pues Diddy no ha logrado librarse del temor de que Hester no exista. O de que se evapore, como Incardona. O de que la suspendan, como la información periodística del supuesto accidente ferroviario. A Diddy le perturba todavía la aminorada sustancialidad de la muerte de ese hombre, el hecho de que (ahora) no le obsesione tanto.

Hester, reclinada en un sillón de cuero, arropada en su bata amarilla, tiene la cara vuelta hacia el sol. Su largo cabello rubio, recién lavado al parecer, se desborda por el respaldo de la butaca. Qué pálida está la pobre. Qué necesitada de sol, de aire puro, de ejercicio, de alimentos que aviven el hambre, del cuerpo ardiente de un amante joven. El sol, por lo menos, ya lo ha encontrado. Está de cara al sol. Que relumbra y rebota en sus lentes oscuros.

También Diddy ha encontrado el sol que buscaba.

Hester, el sol negro.

Miércoles por la mañana, tres días más tarde. Hester salía del hospital a las diez.

Diddy llegó a las nueve, pensando que quizá la dieran de alta más temprano. ¿Precaución excesiva de Diddy el Inquieto? No. Llegó una hora antes por el placer de ser cortés y afectuoso, protector vigilante y cumplido enamorado. Prefería esperarla una

hora a exponerse a que ella le esperase un minuto. También hay un motivo menos noble. Nota que Hester desconfía de él. Es algo más que esa desconfianza natural en los ciegos o en los encomendados al cuidado de otros. Es de él, de Diddy, de quien no se fía. Diddy tendrá que acreditarse ante su novia.

A las diez en punto, Hester sale del elevador, acompañada de una enfermera que le sirve de guía y le lleva la maleta. Diddy aplasta el cigarrillo en un cenicero y salta del diván donde ha estado fumando sin cesar y hojeando revistas atrasadas. Corre hacia Hester, la abraza, se hace cargo de la maleta y de la responsabilidad. Al cruzar el imponente portal de salida, Diddy observa la roja hinchazón del hermoso rostro de Hester. ¿Habrá llorado? Imposible saberlo sin preguntar, ya que los ojos de la muchacha se escudan en los habituales antifaces de vidrio oscuro. Pero no importa. Diddy la hará feliz de hoy en adelante. Se siente inundado de energía. Energía bastante para los dos.

—Vamos a dar un paseo -dice-. A tomar el sol.

Para fines de noviembre, el día es caluroso. Diddy ayuda a Hester a quitarse el abrigo de pelo de camello, y se lo echa al brazo. El parque Monroe está a tres cuadras. Diddy, jubiloso de pensar en ella, en ellos dos, nota con desagrado la impresión que va causando Hester por la calle. Los hombres se detienen, se vuelven, miran groseramente a la muchacha envuelta en el vestido ligero y ajustado. Un vestido como el que llevaba en el tren, más para el tacto que para la vista. De ordinario, a Diddy le gustaría que los hombres se fijasen en la mujer que le acompaña, que le tuviesen un poco de envidia. Cuando miraban a Joan, Diddy se sentía halagado. Con Hester, ya es otra cosa. Joan veía a los que la miraban, podía mirarlos a su vez, calibrarlos, rechazarlos, reafirmar a Diddy. Hester, que no ve a nadie, no puede elegir. En este mismo instante, pasa contoneándose un imbécil de pantalón azul. Abre unos ojos

como platos, saca la lengua en un gesto obsceno. Si Hester le viera, quizá preferiría irse con él, abandonar a Diddy.

Aunque hace sol. Aunque Hester le pertenece de verdad por primera vez. Aunque están solos, fuera, en el mundo abierto. Diddy piensa en el mundo, además de pensar en Hester. Y si bien no se alegra de que sea ciega, se alegra de que no vea lo feo que es el mundo.

¡Potente ignorancia! Y quizá contagiosa. Ojalá. Para Hester lo feo no existe; puede que con el tiempo tampoco lo vea él. Qué hermoso sería eso. No ver camiones de basura, borrachos harapientos, anuncios luminosos, alcantarillas, juguetes de plástico, estacionamientos de automóviles, niños tristes, cafés automáticos, viejas adormiladas en los bancos de Broadway. En compañía de Hester, tampoco tendrá nada que temer de Incardona. Hester nunca sentirá parte de su terror. Es una suerte (ahora) que ella no haya creído el episodio del túnel. Otra coraza contra su pánico. Los ciegos, que no ven a la gente de bulto, tampoco ven fantasmas. Los fantasmas podrán confundirlos, pero no perseguirlos y habitarlos.

No, Diddy ya no teme a su víctima. Ya no piensa en sí mismo; Hester (ahora) se interpone entre Diddy y su conciencia. Y Hester no ve. No puede, no quiere ver. No quiere reconocer que en los sueños el ego se desdobra.

Llegan al parque. Ayer llovió, y Diddy se marea de placer con el aroma de la tierra húmeda. ¿Lo percibe Hester? Con el brazo derecho, el brazo que rodea la cintura de la muchacha, Diddy la atrae hacia sí.

—¿No sientes el sol?

Si.

—Hay un estanque con... siete patos. Blancos y oscuros. Un niño quiere echar al agua un bote torpedero de juguete... Pero no puede... el bote se le hunde. ¿Oyes cómo llora? Ahora viene su madre por él.

Queda atrás el estanque.

–¿Quieres un helado? ¿Un pastel? ¿Un barquillo?

Sí. Un helado de vainilla, con hebras de coco. Diddy compra dos. Un poco más allá, donde ya no los ve el vendedor de helados, Diddy busca un retazo de sol junto a un árbol, pone los abrigo en el suelo.

–Dame la mano, amor... Toca la corteza...

Se sienta al pie del árbol, apoyado en el tronco. Hester se echa en el suelo, con la cabeza sobre los muslos de Diddy.

–Has engordado -dice, reclinando la sien en el vientre de él-. Mucho mejor así.

Diddy mira al cielo. Si pudiera conservar en la memoria este instante. No hay palabras. Hester debe de comprenderlo. Lo que Diddy siente por ella no lo ha sentido por nadie, ni por Joan, ni por ninguna otra mujer. Este amor es el sello de su vida.

–¿Estás cómodo, Dalton? Si quieres cambiar de postura, dímelo...

–Estoy muy bien...

Diddy le acaricia el cabello, aprieta su cabeza contra sí, contra el vientre, por encima del sexo palpitante.

–Procura dormir -dice.

Hester parece respirar más despacio, más hondo. ¿Duerme? Diddy piensa en quitarle los anteojos para ver si tiene los ojos cerrados, pero teme despertarla. El sol es muy fuerte, y quizá le haga daño a la vista.

Hester se remueve, se pasa la mano por la frente. No está dormida.

–¿Lloraste esta mañana, antes de bajar? – pregunta Diddy al cabo de una pausa.

La muchacha asiente.

–¿Por qué? ¿Quieres decírmelo?

Puede que llorara por su madre. Si la operación le hubiese devuelto la vista, el crimen de la madre quedaría eliminado. Stella Nayburn, aunque culpable, sería menos culpable. Como disminuiría, sin perderse del todo, la culpabilidad de Diddy si Incardona se alzase de entre los muertos.

—¿Por qué? — repite Diddy.

—Porque todavía tengo muchas lágrimas dentro. Y porque no creo en los milagros.

Diddy sospecha que se acerca algo malo. Pero no quiere desviarlo, sino absorberlo.

—El milagro... somos nosotros ¿no? Nuestra unión. ¿Es en eso en lo que no crees?

—Sí.

—Entiendo. No, no entiendo. ¿Te parece muy importante lo de creer o no creer?

—No. A mí no.

Diddy se estremeció. Entonces, no hay dificultades... Por lo menos las palabras las entendía. Hester alzó la mano, le acarició la barba:

—¿Te he ofendido? No quiero ofenderte...

—Por mí no te preocupes -dijo Diddy con voz ronca.

—Sí me preocupo. Sabes que me preocupo. Para ti es más difícil que para mí, creo. Tienes una verdad distinta de la mía. La mía es dolorosa, pero la tuya es insoportable. ¿Crees que no lo sé?

—No comprendo lo que dices.

—Pues yo no puedo explicarlo mejor. Mira, Dalton, entiendo tus sentimientos hacia mí. Pero la cosa no es tan sencilla. Eres muy piadoso, querido. (Diddy sonrió al oír la expresión cariñosa.) Ahí es donde entra la verdad. Quieres aniquilar tu verdad, y ser como yo. Me parece que no podrás hacerlo. Y si puedes, no debes. Tienes que respetar mis límites. Y los tuyos. No te empeñes tanto en cambiar.

Lo que Diddy oyó, por encima de todo, fue el tono afectuoso de la voz de Hester. Y de algo se dio cuenta: de que le estaban reprendiendo. Pero con ternura. Lo cual hacía aceptable la reprensión. Al menos, Hester no le ha retirado su amor: eso sí que sería asesinarle. Supongamos que un día Hester dice, en su estilo sereno: no te amo. Si eso significa que nunca le ha querido, nunca, Diddy se muere. Si por el contrario significa que no le quiere ya, Diddy hará lo posible por recobrar su amor. Poniendo su propia vida en prenda. Claro que no puede obligar a Hester a quererle. Tendrá que convencerla de algún modo. Pero, ¿cómo? ¿Qué señales o pruebas le va a dar a quien no tiene vista?

—Te quiero tanto...

¿Es un error decirlo (ahora)? ¿Como única respuesta a lo que ella ha dicho? Las palabras no pueden dirigir los movimientos incondicionales del corazón.

—Sabes que yo también te quiero, Dalton. Ojalá no te haga daño mi amor.

Diddy se inclina en busca de los labios de Hester, de su lengua. ¡Si ella supiera de verdad! Él ya está satisfecho: ha expulsado a su oscuro demonio con la clara llama del cariño. Su rubio ángel sin vista le curará, le redimirá. Ya ha empezado a salvarle. Él, en pago, la protegerá a ella, la defenderá del mundo. Un mundo parcelado por murallas de piedra, de ladrillo, de cemento; erizado de objetos agudos que desgarran la carne; cargado de miradas mortales y caricias inhumanas que laceran el espíritu. Diddy se dedicará por entero a cuidar de la muchacha.

No se le escapa al buen Diddy que en esto puede haber recompensas egoístas. La condición de su entrega total a Hester es que Hester no se debe fiar de nadie más. Ha de verlo todo por los ojos de Diddy, y no por otros. Eso ya está definitivamente estipulado. Él no le cederá su posesión a nadie. ¿Se ha dado cuenta ella de este fanatismo? ¿Le odiará por quererla así?

Pero, dejando aparte esta locura por poseer, Diddy no cree estar haciendo un sacrificio al enfrentarse con las arduas responsabilidades que le esperan. Ya que él también sacará provecho de los humildes servicios que va a ofrecerle a Hester a diario. Si Hester se beneficia de ellos en sentido práctico, Diddy obtendrá ganancias de orden espiritual.

Por ejemplo, al narrar a Hester el argumento del mundo visible, al relacionarla con las cosas habituales, Diddy lo percibirá todo en nueva perspectiva, con ojos nuevos.

Hablar a Hester de un antiguo atardecer le mostrará cómo se pone el sol, cómo se puso por primera vez en el primero de los horizontes. Ver que pegan a un niño no le hará llorar sangre días y días. Los campos de concentración de la Alemania nazi no le parecerán la única verdad humana. La muerte de un mosquito pasará a ser un suceso trivial: la muerte de un mosquito. La porquería de las grandes ciudades no brotará de huecos y rendijas para adherírsele a la cara. Las voces groseras, chillonas, metálicas, no se le agarrarán al cerebro como capas de légamo crudo.

Y todas las vidas, imaginarias o imaginadas, de los azacaneados pobladores de autobuses, vagones del metro, teatros, playas, parques, calles y oficinas, perderán su horrorosa tristeza. Aunque su misión es proteger a Hester, Diddy procurará mirar las cosas con algo más de generosidad. El mundo no será una celda de contaminación, sino un ambiente continuamente reconstruido y reconcebido. ¡Si Diddy no tuviera tanto miedo de que le tocaran! Convencido como está de que todo contacto le hiere, en lugar de sanarle. Si Diddy no tuviera tanto miedo de tocar, convencido como está de que nadie desea su contacto...

Los temores de Diddy se modificarían si perdiera la vista. La vista le permite derivar conclusiones a distancia, antes de acercarse lo bastante para tocar y ser tocado. La vista, sin duda alguna, conduce a la abstracción, que es un lujo vedado a los ciegos.

Hester, que es ciega, se ve obligada a suspender el juicio hasta apresar en íntimo contacto el objeto concreto. Donde no hay apariencias no hay categorías. Donde no hay apariencias todo es realidad, realidad directa, palpable, tangible.

Diddy empieza a creer que quizá sus terrores nacen de la dudosa bendición de la vista. Por disfrutar de ella, percibe el universo en abstracción, de lejos. Eso es lo que Diddy debe olvidar. Debe desintegrar esa imaginación que se aferra con incredulidad a impresiones pasadas y contempla con inquietud el frágil porvenir. Esa imaginación que devora su vitalidad, que lo almacena todo en el cajón del tiempo. Vivir en el presente, sin pensar, sin esperar, sin adivinar: vivir.

Naturalmente, Diddy no puede deshacerse de sus ojos. No es su culpa de esa índole. Diddy tendrá que emprender una tarea mucho más penosa. Con sus globos carnosos (noventa por ciento de agua) bien colocados en el cráneo y en perfecto funcionamiento, Diddy tiene que aprender a ver de otra manera.

Si no es demasiado tarde.

En cuanto Hester y él volvieron a Nueva York, Diddy presentó su renuncia a Watkins y Compañía. "Motivos de salud." Con el reembolso de lo que había depositado en la caja de jubilación, la transmisión de unas acciones que la empresa le compró con gusto, y sus ahorros de tres años, Diddy tenía bastante para vivir con Hester varios meses y seguirle pagando a Joan la pensión de divorcio. También pensaba de vez en cuando, vagamente, en algún trabajito que pudiera desempeñar en casa antes de que se le acabase el dinero. Por ejemplo, traducciones técnicas: Diddy tiene sentido de los idiomas, sabe alemán y ruso. O revisión de libros de ciencia y medicina: Diddy conoce el ramo y está bastante bien relacionado con editores y periodistas. Pero hasta la fecha Diddy no se ha esforzado de verdad por conseguir un trabajo de ese tipo. Ni ha ido

al Registro Civil a sacar la licencia de matrimonio. Ni ha empezado a buscar otro departamento.

Los primeros días de este diciembre tan caluroso para la estación, Diddy y Hester los pasaron en la calle, viendo, en lo que cabe, la ciudad. Hester, aunque nerviosa por los rugidos, chirridos y bocinazos de los automóviles, parecía ansiar variedad y movimiento. Diddy organizaba largas excursiones: al Parque Zoológico del Bronx, para oler y escuchar a las fieras; al lago de Central Park para huir de los coches; al transbordador de Staten Island para aspirar el aroma del mar, de la brea, de la creosota, y para sentir el bamboleo y arrullo de las aguas. En Coney Island, Diddy resucitaba los esqueletos desolados de las barracas y toboganes del verano anterior; en la Feria Mundial, describía con lujo de señales las ruinas grasientas y musgosas, pululantes de ratas. Diddy sabe hablar bien, cuando quiere agradar a alguien.

Y algún día silencioso: pasear, de la mano, por la playa de Montauk, desierta en la invernada.

Volver a penetrar en el mundo, paso a paso. ¿Pero no se ha equivocado Diddy, no ha trazado el mapa de un mundo demasiado grande? ¿No abarca más de lo que puede asir? Recordemos quién le acompaña (ahora). Hester, no sólo ciega sino forastera en la ciudad y sus alrededores. Ciega; con eso basta. Para ella, todos los sitios y todas las distancias son iguales. No puede suponer la relación de un lugar a otro. ¿Cómo va a saber dónde está, dónde se encuentra, en un momento dado?

A reserva de adquirir más familiaridad con la topografía de los ciegos, Diddy resuelve limitar las excursiones. Quedarse cerca de casa, en Manhattan, donde las calles se miden por cuadras y las cuadras por pasos. No quiere decir esto que Diddy se aburra, ni que se altere. Aunque vive aquí desde hace más de diez años, no conoce bien su ciudad de adopción. Hasta los barrios del bajo Manhattan, donde siempre ha vivido, le reservan sorpresas.

La segunda semana de diciembre Diddy y Hester se lanzaron a explorar en menor escala. Abandonaron los transportes públicos; se redujeron a lo que podían recorrer a pie. Diddy describe los edificios, los autos, los letreros, la gente de la calle. Al hablar, procura tamizar la pesadilla, depurar sus palabras de horror y repugnancia. Ser neutral, vivido y hasta jocoso. Lo extraño es que, en el momento mismo en que Diddy se anima a reprimir sus sentimientos lúgubres, a divertir a Hester, se divierte él también. De repente todo se le vuelve cómico, tan cómico como trágico le parecía antes. Por ejemplo, los carteles y anuncios de las tiendas, de los camiones, de los almacenes. ¿Han sido siempre así? Diddy los habrá visto miles de veces, al ir de compras, al recoger la ropa limpia, al pasear a Xan, al tomar un taxi. ¿Por qué entonces, al leérselos a Hester, se le hacen tan exóticos, tan arbitrarios, tan absurdos?

Compañía Hulera del Congo.

Reparadora de Radios de Automóviles "Manhattan".

"La Bienvenida del Vecindario." Carnes Finas.

Farmacia De la Peña.

Flores Automáticas.

Compañía Cordelera y Papelera "El Águila."

Lechería L. y S.

"El Mirto." Bar-Restaurante.

Pinturas Góticas, S. A.

Pisos Hércules.

Brause y Brause. Escuela de Obediencia para Perros.

"Eureka." Filatelia y Numismática.

Vidriera Jacob Rice.

Transportes "La Troyana".

Café "El Buen Corazón."

Empresa Laqueadora Universal, S. A.

Pepe y Compañía. Artículos para Pintores.

"La Responsable." Aprestos de Calidad.

"La Imprescindible." Imprenta.

Aserraderos Mensch.

Arreglos y Composiciones "El Siglo."

Blusas "Marigalante."

Círculo Demócrata Reformado del Distrito de Chelsea.

"Adela." Reparto a Domicilio.

OceanofPDF.com

Héroes Fríos y Calientes.[\[1\]](#)

Alquileres, S. A.

Envases Rígidos Kaplan.

Cuchillos Ecco.

Tabiques de Acero a la Medida, S. A.

Tintorería Campestre.

Ben Gentry e Hijos. Salchichoneros.

Galvanoplastia Espectrónica.

La Muralla China.

Junto a la entrada a la Carretera del Oeste hay un vagón restaurante a la antigua, con un anuncio de neón azul en el techo: viejo café holandés. Al iniciar su paseo diario, Diddy y Hester entran a tomar una taza de café y un bocadillo. Ponen música en la victrola, oyen a medias la charla de las meseras con los estibadores y camioneros. Luego caminan descansadamente hasta la calle Cuarenta, compran víveres en las olorosas abacerías griegas e italianas, y tan cargados de bolsas como la tía Jessie vuelven a casa en taxi.

Al principio Diddy llevaba al perro. Pero Xan acabó por estorbar, y Diddy no quería dividir la atención entre él y la muchacha. Hester, cosa rara, no manifestaba el menor interés en el animal.

La tercera semana, cambió el tiempo. Nieve ligera un día, dos días de lluvia, y luego una nevada y granizada de espanto. Ya iba siendo preciso acortar los paseos, no alejarse demasiado, ir rumbo al este para evitar el río, de donde venía el viento con más fuerza. La ruta cruza (ahora) un barrio mísero y triste, menos en la parte del mercado de flores. Una mañana, y sin gran entusiasmo, Diddy trata de describirle a Hester las figuras de Navidad que adornan la fachada de Macy's. Pero tienen que buscar refugio contra el frío en la entrada de la tienda, y la muchedumbre los desaloja brutalmente.

Ese paseo fue el más largo que dieron Diddy y Hester. Era ya menos fácil salir. Y menos necesario. El supermercado próximo entregaba a domicilio, aunque sus alimentos no eran tan variados ni tan sabrosos como los que Diddy compraba en los comercios de la Novena Avenida. A veces salía Diddy a pasear al perro, y volvía lo antes posible para no dejar sola a Hester. El pobre Xan se iba convirtiendo en un verdadero estorbo.

La eliminación de los paseos permite mayor número de actividades hogareñas. Hester no quiere contratar a una criada; se empeña en limpiar

toda la casa sin ayuda. Pero primero Diddy tiene que enseñarle dónde están los objetos, para que ella los toque y aprenda su forma y situación. Mientras los toca y estudia, Diddy le cuenta dónde y cuándo los ha comprado, y si tienen alguna relación con su vida. El hogar como museo o mausoleo en miniatura, como meditación sobre el pasado del dueño. De este modo, Diddy acaba por confesar a Hester buena parte de la historia de su matrimonio, su matrimonio yermo y apasionado. Hasta (ahora) se había abstenido de hablar de Joan, suponiendo que Hester sería tan celosa y posesiva como lo habría sido él si ella hubiera estado casada antes.

Hester escucha con atención, y parece siempre satisfecha con lo poco o lo mucho que él le dice. La verdad, dolorosa para Diddy, es que no parece tener gran interés ni curiosidad por su vida pasada. Quizá no encuentra en ella realidad verdadera; sólo se anima a interrogar a Diddy cuando el objeto, ya sea litografía, lamparilla o sartén, fue encargado, comprado o seleccionado por la propia Joan, que luego lo abandonó al dejar a su marido.

—¿Lo guardas de recuerdo? ¿Para no olvidarla?

Diddy dice que no. Gracias a Dios, es cierto. Diddy saborea esta prueba de que Hester, a pesar de su calma aparente, tiene celos de la otra. También disfruta de la independencia de Hester respecto a los objetos, del escaso cariño que por ellos manifiesta. ¿Es ése uno de los dividendos de la ceguera? No importa; a Diddy no le interesa saberlo. Sea cual sea el motivo, el rasgo es envidiable. Para Diddy, leal a su pasado por ingrato que haya sido, devoto de una serie de memorias y vestigios inútiles, la indiferencia de Hester es ejemplar.

Hester no necesita insultar ni menospreciar estos objetos para liberar o desembarazar a Diddy. Lo único que tiene que hacer es someterlos a la inocente neutralidad de su dictamen invidente. Diddy es quien debe entonces purgar su visión, demasiado retentiva. Y lo logra, lo logra sin esfuerzo. Al presentar a Hester sus posesiones, al llevarle la mano por cada superficie, al relatar la historia de cada cosa, Diddy descubre su patrimonio, lo reconoce como nuevo y recién nacido. A veces se da cuenta de que lo que compró hace mucho tiempo no le agrada ya, o nunca le ha agradado. Por ejemplo, el par de jarrones verdiazules, con relieve en forma de telaraña, que encontró hace dos años en el Mercado de las Pulgas de París. Jarrones fin de siglo, que (ahora) le parecen feos de solemnidad.

El ojo – ventana.

El ojo – linterna.

El ojo – diamante.

¿Qué puede ser más exigente y perentorio que el himen blanco del ojo?

Así que, además de los placeres propios de esta intimidad, Diddy ha encontrado un gozo insospechado en el inventario de su universo. El gozo, por ejemplo, de tirar a la basura cosas intactas, bellas, plenamente vivas. Después de haberse deshecho de los dos jarrones parisienses, Diddy siente la tentación de no volver a hablar de ellos. Pero tiene que anunciar a Hester la desaparición, para mantener al día su mapa ambulatorio. Los dos jarrones son dos objetos menos con los que Hester puede tropezar.

Diciembre toca a su fin. Antes de Navidad llega una onda fría. Diddy y Hester piensan en comprar un arbolito. Aunque Xan, que últimamente se resiste a la disciplina, acabará por hacerlo pedazos. Pero es algo nuevo, algo que olerá bien. Hester sonríe y abraza a Diddy de una manera extraña, casi tímida. Diddy vislumbra a la niña que Hester fue o pudiera haber sido, y se alegra hondamente.

La viste, la arropa, se empeña en ponerle calcetines largos y un chaquetín debajo del abrigo, además de los guantes de lana y la bufanda. Luego, inconscientemente, él sale de verano, o poco menos. Bajan juntos, por primera vez en muchos días. Mareado de felicidad, Diddy compra dos enormes abetos, de dos metros y medio cada uno. Para la sala y para la recámara. Sin aliento (¿cómo es que se fatiga tanto?) los sube uno por uno, cuatro pisos. No vale la pena decorar los árboles con luces y globos y cintas de color: Hester no lo vería, y además los abetos parecen más vigorosos sin adornos. Su penetrante olor trae una ráfaga de vida a la pequeña vivienda silenciosa... ¡Huele éste, cariño! ¡Y luego éste! ¿Huelen igual? ¿Encuentras diferencia? Ahora te quiero oler yo a ti. Antes de colocar los árboles en los vacilantes pedestales rojiverdes que ha comprado en Woolworth's, Diddy lleva a Hester a la cama, a hacer el amor.

Amor fuerte y hermoso. Como los árboles. Como el alimento.

Diddy casi se había olvidado de las ventajas, si no más refinadas no menos agradables, de la convivencia doméstica. Por lo pronto tiene quien le acompañe a comer. Las comidas son placenteras, aunque sólo consistan en conservas y congelados. Diddy, que no era mal cocinero, guisó a diario el primer mes, mientras Hester le hacía compañía, encaramada en el taburete,

junto al refrigerador, y después le ayudaba a lavar los platos. Una noche, al remangarse él para entrar en faena culinaria, Hester le pidió el puesto. Diddy titubeaba, temeroso de que Hester fuera a quemarse, pero Hester le tranquilizó: se sabía de memoria el sitio y función de cada utensilio, el contenido de cada alacena, la forma y peso de las latas, platos, cazuelas, especieros, cucharones y jarros. Para reforzar su solicitud, le recordó a Diddy que desde la edad de dieciocho años había guisado en casa de la señora Nayburn. El enamorado Diddy no va a negarle a Hester nada de lo que le pida, pero, ¿sabrá juzgar una persona ciega el grado de peligro? Diddy se oye hablar más en plan de padre timorato que de amante obsequioso, y teme que Hester lo perciba y se ofenda. Pero no: risueña, le expulsa de la cocina y se pone a trabajar. Diddy, desplomado en la mecedora de la sala, jadea de inquietud. Tiene que levantarse a tomar un vaso de whisky, y otro más. Entretanto, Hester abre una lata de gazpacho, calienta espinacas, fríe en manteca dos lonjas de hígado y hace el café. Todo sin ayuda, menos cuando le pregunta a Diddy si el bote y el paquete de verduras son en realidad lo que ella cree que son. No hay errores: el azúcar no es sal. Ni hay, gracias a Dios, quemaduras ni magulladuras.

Diddy, nervioso, pide que al menos le dejen poner la mesa.

No señor. Tampoco.

Hester tiende un mantel limpio y le entrega a Diddy la botella de sangría para que la destape. En mucho tiempo no han comido con tanta ceremonia. Casi siempre comen sentados en el suelo, frente a la chimenea, o en la cama. El menú de esta noche, reconoce Diddy, es tan agradable como los que él ha preparado. Pero no come con gusto. ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado al buen apetito de Diddy?

—Vamos a tomar coñac -dice Hester, al pasar a la sala después de la cena.

Diddy bebe siempre contra su voluntad. El alcohol le deprime y le atonta; nunca le alegra, ni al principio. Debería haberle dicho a Hester que ya ha tomado dos vasos de whisky, pero no quiere echar a perder el carácter festivo de la velada.

La combinación, en serie, del whisky, el vino y el coñac le dejó apabullado. Tuvo que acostarse en seguida.

Desde entonces, Hester se encargó de hacer la cena... A la noche siguiente, el mantel era nuevo, y el vino Pouilly-Fumé. Al otro día, el

mismo mantel y una botella de Pommard. Diddy acabó por negarse a beber vino. Quizá no sea sólo por beberlo: el caso es que (ahora) se adormece muy temprano.

Poco a poco, volvieron a la antigua costumbre de cenar en confianza. Cuando cenaban en el suelo, Diddy encendía la chimenea, aunque en invierno subía mucho la calefacción. El fuego olía bien, y Diddy, a quien se le va aguzando el oído, disfruta del sonido de las llamas tanto como de su color vívido y turbulento.

Diddy no quiere poner música durante la comida. Reclama para sí toda la atención de Hester. Haya o no conversación (a veces surgen entre ellos largos silencios que a Diddy le parecen, según el humor, sedantes o mortales) no se debe impedir la posibilidad de contacto verbal. Después de la cena sí concede Diddy el derecho de otros elementos a compartir su amor. Le permite la entrada a la música. Pero la música produce una ligera tensión entre Hester y él. Hester prefiere tríos, cuartetos, quintetos y sus inverosímiles ampliaciones. Diddy el Ecléctico también respeta a Papá Haydn. Lo cual no quiere decir que haya que serle fiel a un solo apóstol. Empeñoso, Diddy trata de convertir a Hester a la afición por el blues, el rock-and-roll, el folk-rock. Desde Bob Dylan a Billie Holiday, pasando por los Beatles, a los que Diddy elogia y aclama, a los que considera "el Mozart colectivo de la música popular", Diddy procura revelar a Hester su mundo rítmico. También intenta enseñarla a bailar el frug, como a él le enseñó Joan. Hester sigue obstinada, inmovible. Diddy, naturalmente, acaba por ceder. Por las mañanas, cesa en su adhesión a la estación WOR/FM, que le despertaba a las ocho con su cadena de éxitos; después de la cena, pone discos de música de cámara o busca algún programa de radio de los que a Hester le gustan.

A veces, Diddy lee en voz alta. Casi ha terminado *Sentido y sensibilidad*. Pero a Hester no parece agraderle Jane Austen tanto como en el sanatorio. Quizá no deba Diddy empezar con *Mansfield Park*. Quizá deba escoger otro escritor. O dejar de leer, si es eso lo que va cansando a Hester.

Al final de la segunda semana, Diddy adquirió la costumbre de no encender las luces por la noche. Sólo si había lectura. El hombre y la mujer son una sola carne: si Hester no necesita luz, Diddy tampoco. Diddy se las arregla bastante bien en la oscuridad. Y de todos modos la oscuridad nunca le rodea por completo, ya que entran los reflejos de la luz de la calle.

Para lo que Diddy quiere, no se precisa ni siquiera un reflejo. Diddy quiere aprender a tocar.

Ociosos y tranquilos. Como una pareja de cisnes en el recodo de un estanque.

Semidesnudos, abrazados, en silencio, casi en tinieblas. Tendidos en el sofá de la sala, poco después de medianoche, y unas cuatro semanas después de haber regresado a Nueva York.

De pronto la chicharra del vestíbulo anuncia que hay visita. A Diddy se le estremece culpablemente el corazón. ¿Paul? ¿Incardona? No: retira eso, imbécil.

¿Qué va a hacer Diddy? En realidad, no hay nada que temer. Sólo él tiene llave del departamento; quien haya tocado la chicharra está todavía en la calle y no podrá entrar hasta que Diddy abra la puerta con el timbre automático. Si el visitante es Paul, nunca sabrá si Diddy ha salido esta noche o si está tan dormido que no oye la llamada.

—Debe de ser mi hermano.

Hester no contesta. Diddy se incorpora, se pone la camisa.

—Hester, ¿duermes? ¿Me has oído?

—Sí, amor, te he oído. Haz lo que quieras.

Aunque está despierta, no se levanta. No empieza a vestirse.

¿Y qué clase de respuesta es ésa? ¿Quién es Diddy el Indeciso, para hacer lo que se le antoje? ¡Vana presunción! En fin, veámoslo de este modo: haga lo que haga, no hará lo que quiera. Ya que es Hester quien le ha dado la orden, quien le ha mandado que escoja libremente.

Diddy pasa al corredor, toca el timbre, vuelve a la sala, se arrodilla junto al sofá.

—Ya sube.

Mira hacia Hester, deseando ardientemente que ella le vea a él. Que le dé la señal silenciosa, que le aconseje con los ojos. Doble prenda de amor. Tres golpes en la puerta.

—Como te dije -murmura Diddy-, siempre viene sin avisar. Ni siquiera sé cuándo está en Nueva York. (Ahora) repiquetea el timbre. Xan corre al pasillo, ladra, araña la puerta.

—Hester, ¿quieres conocer a mi hermano?

La voz se le desmaya.

—¡Diddy! ¡Ábreme, Diddy!

Entre los ladridos del perro y los gritos de Paul, el hilo que los une a Hester y a él se ha roto. A ambos lados de la puerta de madera brota otro nivel de sonido, otra forma de energía, que no consiente ya contacto entre ellos dos.

—¡Diddy, despierta! ¡Ábreme!

—¿Cómo te ha llamado, Dalton?

Demasiado difícil de explicar. Y hay demasiado ruido. Sin contestar, Diddy se levanta. De pronto tiene miedo.

Miedo de Paul, de lo que ocurrirá si Paul entra en casa. De lo que Paul pensará de Hester. ¿Se dará cuenta de que es ciega? ¿Qué le dirá? Tal vez algo vulgar, o enigmático, que obligue a Hester a mirar a Diddy de distinta manera, con menos simpatía. O algo descortés que la ofenda hondamente.

Miedo de Hester, de que Hester no quiera conocer a Paul, sin querer decírselo a Diddy por las claras. Diddy no es adivino, por Dios. Quizá se equivoca. Quizá Hester sí quiere conocer a Paul, pero cree que es Diddy el que debe tomar la decisión y hacerse responsable.

—Paul, ¿eres tú?

—Caray, Diddy, déjame entrar.

—¡Un momento!

Diddy busca las llaves y se las guarda en el bolsillo trasero del pantalón de dril. Un pantalón viejo, arrugado. Abre la puerta hasta donde se lo permite la cadencia; pestañea ante la intensa luz del rellano, la expresión lucia, alegre y rubicunda de Paul, su largo bigote rubio, el negro refulgente de su smoking.

—¿Qué pasa, Diddy? ¿Te dormiste, o qué? Ah, es que estás con una chica. ¿Verdad?

—Sí. Y no puedo dejarte entrar. Saldré yo.

Diddy suelta la cadena, abre rápidamente para que Xan no se escape, sale al rellano y cierra. Tarda en acostumbrarse al golpe de luz: los ojos le escuecen; no cesa de pestañear. Mientras, Paul sigue hablando:

—Siento tener que presentarme así de pronto. ¿No me abres? Traigo una borrachera de campeonato, y quisiera dormirla aquí. No te molestaré.

Aunque (ahora) los ojos le duelen menos, Diddy se felicita de contar con otros sentidos. El olfato, por ejemplo, para aspirar el alcohol del aliento de Paul. Y la vista, claro, que ya va notando la hinchazón de los párpados, el leve desarreglo de la ropa.

—Ojalá pudiera, Paulie. Es muy largo de contar, pero créeme, no puedo abirte.

—¿Por qué no? ¿Conozco a la muchacha? ¡No será Joan!

¡Menuda ocurrencia!

—No, por Dios.

—Ah, ya sé. Es aquella actricita que andaba por aquí cuando vine a verte en agosto. Vive en este piso, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Paul, escucha. A esta chica no la conoces, pero la conocerás. Es cosa seria. Llevamos tres semanas viviendo juntos, y dentro de poco vamos a casarnos.

Paul, enojado (ahora), empieza a desatarse el lazo de la corbata negra:

—No te entiendo. No es una mujer casada; no es una menor de edad. Y no es una amiga mía que no quiere que yo sepa que... (a Paul se le enreda la lengua; farfulla algo, se agarra al cuello de la camisa de Diddy, le suelta) que está contigo. Muy bien. No se trata de una aventura, sino de lo otro, de lo de verdad. Entonces, ¿por qué no me invitas? Conocerla hoy, conocerla más tarde, da lo mismo.

Diddy se encogió de hombros. De pronto su hermano se enderezó, como si ya no estuviera borracho. ¿Estaría fingiendo? Paul era muy listo. Sabía más de lo que Diddy podía imaginarse. (Ahora) hablaba con lucidez, casi en broma. Se quitó la corbata, se la guardó en el bolsillo:

—Ya veo. Te has peleado con ella. Bueno, me iré. No es mi noche de suerte.

¿O estará fingiendo esto también?

—Quisiera explicártelo, Paulie, pero necesito tiempo.

—Está bien, está bien. Volveré otro día.

Paul empezó a bajar la escalera, pero se detuvo:

—Oye, Diddy. No pasa nada malo, ¿verdad? Tienes muy mala cara. ¿Por qué has adelgazado tanto? ¿Estás enfermo?

Diddy, asombrado, teme una nueva artimaña de Paul. Pero no puede protegerse contra ella: el asombro ante lo que Paul ha dicho es más fuerte que la desconfianza. ¿Desde cuándo está más delgado? ¿Desde que Hester se hizo cargo de la cocina? Es posible. Él no lo habrá notado porque hace varias semanas que no se pone los trajes. Lleva pantalones de pana o de dril, que le están anchos, y camisas o camisetas.

—No estoy enfermo. No te preocupes.

—De verdad, tienes muy mal aspecto. Y hoy no habrás ido a trabajar así. Llevas una barba de cinco días.

—Hace un mes que no voy a trabajar.

—Lo que te digo. Estás enfermo.

—No. Dejé el empleo.

—¿Que dejaste el empleo? ¿Y por qué?

—¡No grites, Paul! — murmura Diddy—. Ya te he dicho que no te lo puedo explicar. Pero no pasa nada, te lo aseguro.

Paul se apoya en la pared. Le cuesta trabajo mantenerse en pie, o por lo menos no tambalearse. Por cortesía y vergüenza, Diddy soporta su turbia mirada.

—Diddy. ¿Estás tomando algo? Ya me entiendes.

Diddy se echó a reír.

—¿Drogas? No seas tonto.

—¿De veras? A mí me lo puedes contar.

—De veras.

¿Se cae Paul, o no se cae?

—Entonces, ¿necesitas fondos? Gano mucho cuando salgo de jira, ¿sabes? Y prefiero dártelo a ti a dárselo al gobierno, o a mi representante, o a esas niñas que me he estado perforando...

—Cuando sea preciso que me mantengas, te lo pediré.

—Bueno, bueno. No te sulfures. Sólo quiero ayudarte. Además, si te lo doy a ti, no me lo gastaré en líquidos. (Riendo.) Tiene gracia ¿no? (Se doblaba, con las manos en el estómago.) Porque se me han pasado un poco las copas esta noche...

Diddy se acordó de los vecinos, de la joven actriz del cuarto de enfrente. Se acercó a Paul:

—Mira, voy a bajar contigo. Si no, despertaremos a toda la vecindad.

Sigue a Paul a la calle. Un cañonazo de aire frío, cargado de nieve. De repente, Diddy siente que se desmaya. Se agarra a un barandal, se sienta en los escalones. Paul se inclina sobre él:

—Estás enfermo, Diddy, te lo digo. Tienes que llamar al médico.

—Paul, déjame en paz. Estoy bien. Es que hoy se me olvidó comer, y me he debilitado. Además se me está helando el culo en estos escalones. Conque vete. Búscate un taxi, y anda a pasar la noche en casa de una de tus

amiguitas. Mañana sin falta llámame. Quizá haya encontrado manera de arreglarlo todo y te pueda invitar a conocer a Hester.

—¿A Hester?

—Sí, así se llama.

—¿Desde cuándo la conoces?

—Lo bastante. No te metas donde no te han dado baza. Dime dónde vas a estar, y cuánto tiempo.

Diddy se puso en pie.

—Me preocupas, Diddy-dú. Creo que debo volver arriba contigo. (Un eructo.) Perdón.

—Mira, un taxi. Corre por él.

—Va a encerrar...

—No va a encerrar. Corre y pregúntale al señor si quiere llevar a Paulie a casita.

—Sí, más vale, porque me caigo. (Al entrar en el taxi.) ¡Te llamo mañana!

Tiritando de frío, Diddy subió las escaleras. Al llegar al segundo piso, recordó que no había dicho nada del nuevo bigote. ¿Cuándo había empezado a dejárselo Paul? No le sentaba muy bien, pero sí le añadía diez años. Lo cual es una ventaja. Hasta Paul se cansará de ser niño prodigio toda la vida.

Cuarto piso. Diddy abrió con la llave y entró. En lo que (ahora) le parecía oscuridad total, buscó a tientas el sofá de la sala. Estaba vacío. Con las manos por delante, se dirige a la recámara. Allí está Hester, acostada ya, arropada hasta la cintura. Diddy se inclina y siente dos brazos que le rodean el cuello, que le atraen hacia los senos desnudos. Diddy se tiende sobre el cuerpo de Hester. Pronto se levantará, se desvestirá. Todavía no. Engranado, anillado con ella, aunque los aíslan las mantas de la cama y la ropa de Diddy, tiene que confesar, sin palabras al principio, los errores y cuitas de su relación fraternal.

Cuando Diddy necesitaba un hermano, un amigo, Paul no estaba disponible. Pero tan pronto como Diddy se había llevado el disgusto y la lección, Paul reaparecía, sonriente y eufórico y a la vez lleno de mudos reproches, insinuando que Diddy le había abandonado, reclamando su afecto. Diddy se convencía de que había juzgado mal a Paul, le devolvía el

cariño que no podía entregar a nadie más, y Paul, tranquilamente, volvía a evaporarse.

—Paul no es un ser humano.

—Quizá tengas razón -contestó ella-. No sé.

—Lo malo es que yo no lo sé tampoco. No sé si mi hermano es o no una buena persona. Esto me consume. Ojalá pudiera odiarle de una vez y acabar.

—Creo que ves a Paul como una cosa, y no como un hombre. Una cosa que puedes medir y calibrar.

—¡Querida, por favor! No empieces con eso. No me puedo pasar la vida asombrándome de la gente, de su comportamiento, de su maldad y miseria. Y de paso, quedando como un tonto.

Se detuvo, impresionado por el tono autocompasivo de estas últimas palabras.

—Dalton, lo quieres simplificar. Te equivocas. Te dejas fuera la mitad de las cosas.

—Las cosas son sencillas -continúa él, obstinado-. Es la gente quien las complica en su afán de ganar tiempo. De no decidirse. Para eso sí tiene talento casi todo el mundo.

Hester suspiró. ¿Se cree Diddy todo lo que dice?

—Quizá soy un imbécil -insistía Diddy-, pero los imbéciles también tienen derecho a tomar medidas en defensa propia. Eso es lo único que quiero hacer con Paul. Cristo, no soy su juez ni mucho menos. Además, ¿no aseguran unos y otros que los hombres como él, los hombres de mérito excepcional, deben juzgarse con distintas normas? Yo no me lo creo, pero lo mismo da. Sé que Paul es único, y le deseo lo mejor en la vida, y tal y cual. Pero estoy muy cansado. Y llevo encima muchas heridas desagradables.

—Muy bien. No eres su juez. Entonces ¿qué?

—Entonces nada. Que Paul no podrá volver a ganarse mi confianza. Que no me fío de él. (Frotando la mejilla en el hombro desnudo de Hester.) No me fío de nadie más que de ti.

—Y yo no me fío de quien no se fía de nadie.

¿Qué es esto? ¿Se ha ofendido Hester? ¿Por qué dice una cosa tan extraña? Diddy se incorpora sobre los codos:

—¡Oye! Hace un momento me prohibías que juzgara a Paul. Y ahora eres tú quien me juzga a mí.

Quisiera verle la cara. Pero el tono, ya conocido, está cargado de certidumbre. Diddy, furioso, teme que Hester le ha vuelto a encajar uno de sus irrefutables y aplastantes trozos de sabiduría. De los que le dejan sin respiración. Por mucha razón que tenga Hester, Diddy tiene que seguirla atacando:

—Te pones muy altanera y muy cruel, Hester.

—Quizá. Pero a veces tu desesperación me cansa.

Diddy, profundamente herido por la dureza de la observación, se tiende de costado, pero deja una rodilla sobre los muslos de ella:

—¿Mi desesperación? ¿Por qué no hablamos nunca de la tuya? Eres tan desdichada como yo, aunque más estoica. Y yo estoy harto de estoicismo. No soy tan orgulloso; no me niego a acusar a los que me han traicionado.

—¿Y yo sí? ¿Yo sí me niego? ¿Eso quieres decir?

—Eso mismo.

Hester se retira, se sienta en el borde de la cama, con los pies descalzos en el suelo. Se pone la blusa amarilla, que cuelga de la cabecera de la cama con carácter más o menos permanente. Mientras se la abrocha, los senos le brillan a la luz del farol de la calle, y Diddy sólo acierta a pensar en el brillo de sus senos. ¿Comprende Diddy lo que está pasando? La primera disputa de verdad, el final de la luna de miel.

—¿Por qué no sigues? — dice Hester con una voz áspera y gris-. Di por las claras lo que quieres decir.

Se levanta y entra en el baño, dejándose la puerta abierta. Diddy la oyó orinar. Se ahogaba con las palabras que aún no había pronunciado; cuando Hester salió y se detuvo, erguida, frente a él, Diddy se dio cuenta de que había surgido entre ellos algo tan repugnante como peligroso. Pero estaba demasiado defraudado ante la falta de compasión de Hester, y demasiado furioso con su insospechada ráfaga de crueldad, para ceder:

—Lo que quiero decir, bien lo sabes. No habrás creído que no me enteré de lo de tu madre. De cómo te quedaste ciega.

—Sí. La tía Jessie tenía que contártelo tarde o temprano. Pero eso, ¿qué tiene que ver? ¿Qué es lo que tú me puedes reprochar ahora?

Diddy sabe lo que debe decir y lo dice:

—Te reprocho que estás creando un ambiente que me estrangula. Seré yo el idiota, el único en el mundo, que puede soportarlo y adaptarse a él.

—Sigo sin entender -dice Hester-. ¿Hablas de mi ceguera? ¿De que te obligo a tratarme como no me tratarías si tuviera vista? ¿Que te exijo piedad, y mimos, y cuidados?

—¡No! ¡No! Eso es precisamente lo que no he dicho. Si fuera eso, yo lo comprendería y justificaría lo que haces. Pero no explotas tu ceguera, para que te compadezcan o te mimen. Sería una debilidad muy humana. Lo tuyo es peor.

—¡Pues dímelo! — gritó ella, impaciente-. ¡Ten el valor de decírmelo!

—Es la actitud que tomas ante tu desgracia. Y que no sería diferente si tuvieras vista. Vives de un truco; siento decirlo, pero así es. Un truco, una engañifa, con la que yo me dejé estafar. Tu desgracia aparecía como una cosa secreta, oculta, sagrada, mientras la mía aullaba y corría y brincaba y pedorreaba por el paisaje. Hasta ahora no me molestó la diferencia. Si la observaba, la consideraba una prueba más de tu superioridad. Eras demasiado maravillosa para no ser más que desdichada, vulgarmente desdichada. Como la gente común. Como yo. Y una vez seducido por tu engaño, perdí la libertad de humor y de discurso. Ni siquiera podía decirte que sabía tu secreto, que me había enterado del origen de tu ceguera. Me imaginaba que hablar del asunto te resultaría horriblemente doloroso. Como si fueras demasiado elegante para sufrir. Pero ya se acabó; ya no vuelvo a andar de puntillas por tus horrores...

—Dalton, eres un imbécil.

—¡Perfecto! Así te quería ver, sin pedestal, como cualquier esposa americana, cualquier capamaridos. No sabes lo que me alegro de oírte hablar así.

—No protestes demasiado.

—¡Vete al demonio! No voy a dejar que me ganes la mano, ni que te vuelvas al pedestal. ¿Por qué te crees moralmente superior a mí? ¿Por qué? ¿Cómo empezamos hoy? ¿Te acuerdas? Te di una simple queja, una queja muy justificada, de mi hermano. A eso añadí una declaración, sentimental si quieres, de mi fe en ti. ¿Y tú como respondes? Te me echas encima como una fiera y me acusas de ser un cobarde huidizo. Un rebajavidas, como diría no sé quién.

—¿Y no lo eres? — dice Hester, con frialdad.

Sí, algo terrible está pasando.

—Si lo soy -grita Diddy-, tú no lo eres menos que yo. Yo por lo menos confío en una persona, en ti. Aunque quizá debiera ponerlo en pasado... Tú no te fías de nadie. Ni de mí ni de nadie.

—Me fío de mí misma, quizá -dice Hester, lentamente-. Y con eso basta.

(Ahora) se pone la falda, se abrocha las hebillas de los zapatos. ¿Qué quiere decir esto? ¿No pensará irse de casa, verdad?

Desde la cama, Diddy clavaba en el aire su descarnado índice a poca distancia del rostro de Hester, como si ella le viera y fuera a retirarse instintivamente.

—No te creo. Cristo, ¿por qué tengo que decir estas cosas? Pero tú te lo buscas, Hester, tú eres quien me obliga. Y es verdad, no te creo. No confías en ti misma. No puedes confiar, porque no te conoces. Y no es que yo te conozca mejor. Pero sí sé de varias cosas que debes de sentir, y de las que no te das cuenta.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, debes de sentirte humillada, odiosa, inexistente. Por lo que hizo contigo tu madre cuando tenías catorce años. Y aunque eso no hubiera ocurrido, así te sentirías, sólo por el hecho de ser ciega. Porque nunca te verás, ni me verás, ni verás nada. Vas construyendo el mundo a medida que vives, y te crees que con eso es suficiente. Decides querer a tu madre, en lugar de odiarla como la odiaría cualquiera. Consientes en venirte conmigo a Nueva York a compartir mi vida, cuando ni me comprendes ni confías en mí.

—Continúa -dijo Hester-. No te pares ahora...

—No puedo continuar -suspiró Diddy amargamente-. Es demasiado desagradable.

—Por favor -dijo Hester con sarcasmo-. Ahora no te calles.

—No, no me callaré. (Nuevas energías; Diddy se incorpora.) ¿Por qué no hablas con franqueza? Dime lo que piensas de tu madre. De tu ceguera. De mí.

—¿Sabes, Dalton? Eso me lo hubieras podido preguntar en cualquier momento.

—Sí, ya lo sé -contestó Diddy, rencoroso. Como te podría preguntar con cuántos nombres has estado jodiendo. Antes y después de conocerme.

Diddy siguió apresuradamente, porque no quería que le contestaran estas preguntas. Por lo menos, no al principio.

—Te podría preguntar muchas cosas. Y me colocarías toda esa mierda aforística con que me has venido engañando. Que tú tienes tu llamada verdad y yo tengo la mía. No eres la más confiada ni la más accesible de las personas, hija. Aunque supongo que tu elevada opinión de ti misma y tu culto de la honradez te permiten creer que lo eres.

—Dalton, te contestaré a todo lo que me quieras preguntar.

¿Un reto?

—Muy bien.

¿Por dónde empezar? Hay tantas preguntas. Como forúnculos que palpitan en la carne de Diddy. Empecemos por la primera.

—Dime lo que piensas de tu madre.

—La odio.

—¿Desde cuándo?

—Desde que supe lo que había hecho.

Diddy, preparado para una larga y acerba perorata, se contuvo a tiempo, suspiró. Sigamos adelante.

—¿Y nada más? ¿Ni una cucharada de amor cristiano, de misericordia, de perdón?

—Dalton, te juro que aborrezco a mi madre. Odio y repugnancia es lo único que siento por ella.

No era esto lo que Diddy esperaba.

—Muy bien, te creo por ahora. Y por tu ceguera, ¿qué sientes?

—¿Qué voy a sentir, di, qué voy a sentir? ¡Idiota!

A la luz de la ventana, Diddy vio que el semblante de Hester se retorció en un esfuerzo por retener las lágrimas.

—Perdóname, no sé lo que digo. Acabemos ya.

Trató de acariciarla; ella se apartó bruscamente.

—¡No quiero acabar! Querías la verdad, imbécil, y tendrás que tragártela. Si yo puedo aguantarla, tú también.

Diddy se dolió vivamente de estas palabras.

—Sí, yo también la puedo aguantar. Y te volveré a hacer la pregunta. Porque aunque me llames imbécil, loco, o lo que te dé la gana, lo cierto es que no sé lo que sientes por tu ceguera. No pareces odiarla, cuando tienes motivos más que suficientes para lo que yo siempre he llamado odio. Te

retiras. Te disuelves. Como si ya no existieras. Y luego apareces otra vez, toda serenidad. Pero sin relación con la otra persona. Y a cada paso tienes menos que ofrecer, pareces menos generosa, como si te fueses devorando poco a poco. Yo te quería precisamente por esa calma, ese equilibrio. Pero ahora me doy cuenta de que no es más que vanidad. Y lo atribuyo, aunque no tengo pruebas, a tu ceguera. Tanto así, que sospecho que te alegras de no tener vista.

—Tú te alegrarías, si fueses ciego -repuso Hester fríamente-. Habla por ti mismo, y no por los demás.

—Muy bien, entonces habla tú. Habla claro.

—Odio tanto ser ciega que me paso el día deseando la muerte.

Hay que cambiar de rumbo, pronto.

—Y de mí, ¿qué piensas?

Diddy lo ha dicho tan aprisa que no puede prever el golpe sordo y mortal que se avecina:

—Eso es muy complicado. A veces te quiero, te quiero mucho. Otras veces, casi siempre quizá, te aborrezco. Luego me das lástima, y trato de ayudarte. Pero cuando pienso en lo que haría falta para ir en tu ayuda, tengo miedo. Llevas dentro un deseo muy poderoso de destruirte. Y yo temo que, si te doy la mano, me arrastrarás a mí también.

Diddy se queda anonadado. Pero no va a permitir que lo que empezó como una exposición de las debilidades de Hester se vuelva contra las suyas.

—Bueno, me has dicho la verdad, y estoy agradecido. Pero no nos apartemos del tema. Es de ti quien hablamos. ¿Qué me dices de tus deseos de destrucción? La muchacha tardó un momento en contestar. Suspiró, fue a sentarse en la mecedora de mimbre que había junto a la ventana.

—¿Mis deseos de destrucción? Dalton, créeme, no quiero eludir tus preguntas. Pero ésta no la sé contestar, porque ni siquiera he empezado a expresar esos deseos. No es que no existan, ni que estén adormecidos o apocados; es que no sé de qué tamaño son. Lo que sí sé, casi seguro, es hacia dónde se dirigen. No hacia mí. Hacia otras personas.

—¿Has encontrado alguna víctima? — dice Diddy con acritud.

La energía de la riña se va dispersando. Hester ha vuelto a la cama, aunque no sea más que a sentarse. La tibieza y el aroma húmedo de su cuerpo inunda el cerebro de Diddy, emborronándole el pensamiento,

alzando una barrera de vapor entre su capacidad de razonar y las palabras que, como bloques de hielo cristalino, se le aprietan en la garganta.

—Dímelo. ¿A quién has liquidado?

—A ti... creo.

—¿A mí? (La voz de Diddy enronquece más y más.) No te alabes, niña. Yo solito me sé hacer polvo, sin tu sutil ayuda.

—Puede ser.

—Eso, ahora búrlate.

—No, no me burlo. Pienso. Pienso si lo que has dicho es verdad. Mira, Dalton, por mucho que me odies ahora, o por mucho que creas que te odio, debes recordar una cosa. No quiero que te hundas. Y aunque tú quieras hundirte, yo no quiero que sea por mi conducto. Quizá no lo es; quizá no lo sea nunca, y seas tú el único que se está destrozando... ¡Ojalá no tenga yo nada que ver con tu destrucción! Pero sospecho que sí, que tú buscas destruirte y no tienes fuerzas para hacerlo solo. Me necesitas. Y yo no quiero ayudarte, o creo que no quiero...

—Hester...

—Tal vez sí quiero. No soy una santa. Y tú me estás tentando; es la más depravada de las seducciones. No quiero, no quiero acabar contigo. Pero algo me dice, aquí dentro, que es lo que me estás suplicando que haga.

¿Tendrá razón? De pronto Diddy el Engañado vio la luz. Vio la inmensa extensión del laberinto en que se debatía. Lo solo que estaba en él. O no había quien le guiara, o su falsa Ariadna había cortado el hilo.

Quizá la situación no es tan desesperada. Quizá el dolor de Hester y Diddy puede explicarse en términos menos absolutos. Psicológicos, digamos. Diddy, que no vive, sino que tiene vida, es un mal ejemplo para Hester, mucho más joven y más ingenua. (Ahora) ella ha empezado a ver los monstruos, mitad hombre, mitad bestia, que Diddy ve desde hace mucho tiempo. Y ser ciega, sin visión literal, agrava su sensibilidad a estas oscuras alucinaciones.

La entrega total de Diddy al sufrimiento ha contagiado a Hester. La preciosa ración de vitalidad que Hester conservó a través de tantas y tan dolorosas pruebas empieza a evaporarse. Hester sí era su propia vida; vivía de verdad. (Ahora) que comparte la existencia sin ser, pasajera, provisional, de Diddy, va teniendo una vida, como él, y cuanto más exista junto a él más absorberá su enfermiza y tortuosa pasión.

De ahí viene el largo y amargo discurso de esta noche.

–Voy a cavilar bien en lo que has dicho -murmuró Diddy-. Aunque me parece una equivocación, una locura. Creo que yo sí sé lo que pasa.

–¿Sí? ¿Qué pasa?

No, no. Diddy el Verídico tiene que reconocer que no lo sabe.

–Está bien. Tienes razón, en parte.

Diddy ya no está furioso, sino triste. Triste porque Hester le teme, como si fuera un resucitado, como si en lugar de quererle hubiera que respetarle de lejos por su hazaña sobrenatural. Sí, quizá Hester sí tiene razón. Quizá Diddy sí es una criatura póstuma cuyo tacto marchita la vida.

Una última explosión de resistencia al veredicto, aunque es evidente que el juez se va ablandando:

–¡Pero no siempre vas a tenerla!

–¿Por qué no?

–¿Por qué no? – repitió Diddy, incrédulo.

–¿Qué te crees, Dalton? ¿Que tener razón es una garantía democrática? ¿Que hoy tengo razón yo y mañana tú? No es así, amor mío. Por lo menos, no entre nosotros.

Diddy se removía en la cama, sin saber qué responder.

–Dijiste que tenía razón en parte -continuó Hester-. ¿En qué parte?

–En que... en que soy como Lázaro. Recuerda que intenté suicidarme.

–¿Y en qué no la tengo?

–Ojalá no la tengas. Ojalá no la tengas cuando dices que vivir con Lázaro puede ser peligroso para ti.

Hester se había desabrochado la blusa, se metió bajo las mantas de la cama.

–Pero también he dicho que puedo ser peligrosa yo. Que te puedo destruir. Si tú eres Lázaro, quizá yo soy Medusa, la del pelo erizado de serpientes, y te voy a convertir en piedra.

Diddy no piensa (ahora) en piedras. Su cuerpo tiene tanta semejanza con la piedra como una golondrina con un martillo. ¿Debe fiarse de las exuberantes exigencias de su cuerpo? ¿O debe escuchar los escandalosos presentimientos de su intuición? Diddy no se molesta en elegir. La elección ya está hecha. Diddy aprieta a Hester entre sus brazos.

–Quítate esa maldita falda -murmura-. ¿Por qué te acuestas con falda?

–¿Hemos terminado de pelearnos?

—No sé. Tengo la cabeza vacía.

Diddy espera a que Hester diga algo. Hester no dice nada, aunque está desnudándose y amontonando la ropa en el suelo.

—Tú no quieres seguir riñendo ¿verdad?

—No. Estoy agotada.

—Pero prométeme que mañana hablaremos de Paul.

—¿Por qué?

—Porque me importa. Ahora me importa más que antes. Toda esta pesadilla empezó cuando te dije que no confiaba en Paul. Y tú lo interpretaste como algo relacionado conmigo, y no con él. Con mayor razón debes conocerle y ver tú misma lo que es.

Diddy espera que el tiempo se ponga de su parte, al menos en cuanto a su hermano. Si Hester ha sacado la impresión de que Diddy es mezquino y rencoroso con Paul, es sin duda porque no le conoce. No tiene idea de la superficialidad del joven virtuoso, de su talento para explotar a los que le quieren, de su vanidad, de sus engaños de sí mismo. Pero debe adivinar cuánto ha querido a su hermano Diddy, en un tiempo, hace tiempo.

—Le conocerás -repitió Diddy-, y juzgarás si tengo o no razón.

Parece una buena idea. O quizá no. ¿Puede estar seguro Diddy de que Hester entenderá a Paul? Tal vez no vea más que la mitad de lo que Diddy ve. El mundano y simpático Paul que sabe suscitar sonrisas, que sabe hacerse querer, y hacer que cada cual se quiera un poco más a sí mismo. El atractivo artista. Quizá Hester le encuentre más atractivo que Diddy, le prefiera a Diddy.

—Mañana...

—Dalton, no hables de mañana. ¿Dónde estás? Acércate a mí.

—Dijo que mañana nos llamaría. No sé cuánto va a estar en Nueva York, pero quiero que esta vez le conozcas.

Hester apretó su cuerpo contra el de Diddy de una manera que siempre le excitaba. Estremecido, casi doloroso nudo en el vientre. Súbito y duro florecer del sexo. Hester se desliza entre las sábanas, aplica los labios al sexo de Diddy. Diddy gime, aparta la ropa, oprime la nuca de Hester con la mano. Ella le devora, le sorbe hacia su cuerpo, le arrastra lejos de la memoria, del pensamiento, de las palabras, de Paul. Que se acabe todo. No importa. Sí, sí importa. Pero que se quede hasta mañana.

Al día siguiente Paul no telefoneó, aunque Diddy y Hester no salieron de casa, pendientes de la llamada. Un día más, dos días, tres, y Paul no dio señales de vida.

Desde la riña, Diddy y Hester parecían vivir más apaciblemente, casi en silencio. Estaban como atontados por la explosión. Fuera de lo sexual, apenas si entraban en contacto. Luego, poco a poco, fueron recobrando algo de vigor, borrando lo espectral del ritmo de sus días, pero el silencio y la inactividad seguían prevaleciendo. Desde que dejaron de salir a pasear, Diddy y Hester vivían aprisionados entre los cuatro muros del departamento.

Diddy no sabe si es él o si es Hester quien ha deseado esta situación; sí sabe que los dos la desean (ahora). Diddy ni siquiera saca al perro, como antes, una vez por la mañana y dos por la noche: hace poco se decidió a entregar a Xan a la Sociedad Protectora de Animales.

En lugar de desaparecer, como Diddy había esperado, la antipatía de Hester por el perro había ido acentuándose. Xan empezó a reaccionar. Se escondía debajo del sofá cuando Hester entraba en la sala; se agitaba, gemía, se humillaba, cuando Diddy le daba de comer o le peinaba o buscaba la correa para salir de paseo. Si Diddy se hubiera considerado capaz de resucitar al antiguo Xan, vivaz y alegre, no se habría deshecho de él. Pero Diddy aceptó como irrevocable la transformación del perro, y cobró por él algo de la antipatía que Hester le mostraba.

Aunque (ahora) no cree echar de menos a la criatura sobre la que derramó su frustrado afecto en estos dos últimos años, es posible que Diddy padezca cierto vacío sentimental. Sin darse cuenta, claro. Nostalgia del diálogo amistoso que sólo puede sostenerse con un animal, o al menos con quien no está dotado de habla. Es quizá por esto (aunque el motivo no es indispensable) por lo que Diddy ha estado pensando varios días en algo que escribió en su juventud.

En el segundo año de universidad, Diddy empezó a trabajar en una novela. Se titulaba *Historia del Niño Lobo*, y estaba escrita en primera persona, ya que, a juicio de Diddy, sólo el protagonista podía narrar sus hazañas. Nunca se atrevió a enseñarle su obra a nadie, amigo o maestro, porque temía que le demostraran que no tenía talento de escritor. Cuando inició en serio los estudios de preparatoria médica, abandonó del todo la literatura. Pero algún valor debía de atribuirle a la novela, cuando sin

releerla la había conservado hasta (ahora). Tanto el borrador, escrito en tres cuadernos con la pluma Parker que le había regalado su madre cuando acabó la escuela secundaria, como la primera copia en limpio, ya pasada a máquina. Diddy quisiera (ahora) leer su juvenil creación en voz alta, para Hester y para sí.

Sabe precisamente dónde está. En la gruesa caja de cartón que nunca ha abierto, sobre el estante del armario de la entrada. La caja contiene, entre otras cosas,

- calificaciones de la escuela secundaria;
- cuatro anuarios escolares;
- veinticinco números del semanario estudiantil, de la época en que Diddy era redactor-jefe;
- todos sus diplomas;
- sobres manila llenos de fotos infantiles de Diddy y Paul;
- el tirador de resortera que se fabricó a los ocho años;
- sus diarios "católicos" de la adolescencia;
- sus medallas de baloncesto y carreras de pista;
- un álbum de recortes de periódico, reseñas y programas de los conciertos de Paul, junto con otros y variados recuerdos de su carrera (hasta 1960);
- el retrato de Pasteur que Diddy hizo en acuarela cuando tenía diez años;
- distintivos de la campaña electoral de Adlai Stevenson;
- un voluminoso paquete, atado con cordel, de las cartas, (tres diarias, a veces) recaditos y telegramas que se enviaron él y Joan en los dos primeros meses de relaciones.

Diddy encontró la caja. Pero no encontró la novela. Ni el borrador, ni la versión mecanografiada. ¿Cómo es posible? ¡Busca bien! Diddy estaba seguro de que no había tocado el manuscrito; nadie habría podido llevárselo sin su conocimiento. ¿Dónde estará? Metódicamente revolvió otros probables escondites, examinó todos los armarios, cajas y cajones. La novela no aparecía por ninguna parte.

En la gruesa caja de cartón faltaba otra cosa. La medalla de oro que le dieron a Paul cuando ganó el Premio Chopin. "Guárdamela, Diddy", dijo Paul con descuido, al volver de Varsovia. Y sonriendo, la echó sobre el plato de su hermano, a la hora de cenar. Diddy nunca acertó a decidir si Paul le quería más de lo que él había supuesto, o si estimaba en poco su

inesperada victoria y fama súbita. Fuese una cosa u otra, el regalo tenía más de maldición gitana que de bendición fraternal. Temiendo que Paul fuera a pedírsela algún día, Diddy nunca se había atrevido a tirar la medalla a la basura. Pero al notar (ahora), después de haber vaciado la caja en el piso para asegurarse de que no está la novela, que también se ha volatizado la medalla de oro con su precioso estuche de cuero y terciopelo, Diddy siente un profundo alivio.

Pero la desaparición de la *Historia del Niño Lobo* ya es cosa mucho más grave.

Diddy trata de no abatirse demasiado por la pérdida de su manuscrito. Al fin y al cabo, no era más que un capricho de adolescente. Sin valor literario. La pérdida no es tan sensible. Pero sí es dolorosa. Diddy se había entusiasmado con el proyecto de leerle su obra a Hester. Entregarle una parte de su vida que nunca le había ofrecido a nadie, ni a Joan siquiera. Además, sospechaba que la novela habría calmado un poco el escozor casi imperceptible que Diddy sufre por haberse deshecho de Xan. No le habría consolado por completo. Pero sí le habría recordado al perro, por su parentesco con el lobo.

Hester llega de la sala, se detiene junto a Diddy:

—¿Qué haces, Dalton? ¿Buscas algo?

No, nada. Repasando cosas viejas, tirando lo inservible.

Lo más que Diddy puede hacer es reconstruir, en un sueño repetido, un trasunto, parodia o fragmento de la extraña narración. El sueño es el único que tiene (ahora). Feliz modificación de las oscuras pesadillas del mes pasado, que le dejaban hundido y vacío, con la sensación matinal de llevar sobre el pecho una gran piedra plana. De este sueño y sus variantes, Diddy despierta descansado, ligero, casi purificado.

En el sueño, la *Historia del Niño Lobo* conserva algo de su carácter original, de las cualidades "literarias" que Diddy habría admirado en sus días de estudiante devorador de novelas. Un relato grave, de paso lento, un tanto recargado de detalles naturalistas. Aunque el sueño se repite varias veces en el curso de las últimas semanas, la trama se desarrolla sin grandes alteraciones. Lo único que cambia un poco es el final.

En su versión más generalizada, el sueño comienza con un prólogo. Diddy se encuentra con el Niño Lobo, que está llorando. En muchas etapas del sueño el Niño Lobo tiene aspecto humano, tan humano como cualquier

hombre, pero es en realidad un animal. Diddy lo sabe. El Niño Lobo lo sabe. Por eso llora. Porque es un animal, y aspira a ser algo mejor. ¿A qué? Termina el prólogo.

Y empieza el sueño propiamente dicho, dividido en dos partes.

Primera Parte. El Niño Lobo cuenta la historia de su vida. Diddy escucha, con la reacción tan frecuente en los sueños: sorpresa, inquietud, y a la vez convicción de que ya se sabe el cuento, de que se lo han contado muchas, veces, si bien le agrada volverlo a oír.

El Niño Lobo relata, pues, su vida. Nació de padres respetables, artistas de circo, de apellido Shaw. Era hijo único, bautizado Hiawatha por su abuelo paterno, indio cherokee de pura raza. Su padre era alambrista; su madre, originaria de Budapest, domadora de leones. Aristócratas entre la gente de circo, por su destreza rara aunque no monstruosa; por no tener deformidades físicas. El Niño Lobo pasó una infancia afortunada y aventurera, de jira con sus padres. Tenía catorce años cuando en North Platte, Nebraska, donde el circo amenizaba las ferias, su padre y su madre murieron en un accidente de automóvil.

El huérfano fue adoptado en seguida por el mejor amigo de la familia: Lyndon el tragasables, a quien Hiawatha conocía bien y trataba como a un tío cariñoso. Pero en plan de padrastro Lyndon reveló una crueldad insospechada. No sólo descuidaba al muchacho, sino se burlaba de él y le humillaba todo lo posible. Un día, furioso sin motivo, el tragaespadas le infirió la herida más honda: le dijo fríamente que sus padres no eran sus padres. "Pero no te irás a creer que eres un huerfanito desconocido, y que un día vendrá a buscarte una princesa o una artista de cine o algo así. ¡Nada de eso!" Lyndon se echó a reír, se tuvo que dar golpes en la cabeza para contener la risa. Por fin logró seguir hablando, con los pulgares metidos en los tirantes del pantalón. "El final de tu historia no es feliz, como el de las películas cursis. Es mucho más interesante... Verás..."

Hiawatha no era hijo de los Shaw ni de nadie que se pareciera a ellos. Hiawatha había nacido de dos simios gigantes que el circo había traído de África. Era una mutación, un monstruo de la Naturaleza, sin precedente científico. Tan pronto como apareció aquella criatura sonrosada y lampiña en la sucia paja de la jaula, la separaron de sus bestiales genitores y se la entregaron al amable matrimonio sin hijos con el que había de crecer.

—¿Lo saben todos los del circo? — preguntó Hiawatha, ahogando sus sollozos.

—Claro que lo saben -contestó el tragahojas-. Buen susto se llevaron cuando saliste del coñazo de la gorila. Y eso que la gente de circo no se asusta por cualquier cosa. Te querían matar, sin más ni más, sin registrar tu nacimiento. Para hacerte un favor. Un acto de caridad. A nadie le hubieran pedido cuentas. ¿Quién iba a saber, o a creer, que existías? Yo voté a favor de que te eliminaran. El director también. Dijo que eras un insulto a la Providencia, que el Todopoderoso deseaba tu muerte. A mí no me hacía gracia toda esa fantasmonería religiosa, pero le di la razón.

—¿Qué pasó después? — murmuró el desconsolado chiquillo.

—El tipo se rajó. Le convencieron unas almas buenas. Pero como los muchachos del circo tenían hinchadas las narices y se habían empeñado en hacer algo, pasamos el platillo, le dimos la colecta al director para taparle la boca, y fusilamos a tus papas.

Ésta era la prosapia del Niño Lobo, tal y como se la describió a Diddy entre raudales de lágrimas. La historia continúa. El Niño Lobo saca un pañuelo, se suena ruidosamente y relata lo que sigue.

Poco después de la insoportable revelación, Hiawatha huyó del tragaespadas Lyndon, del circo ambulante, de todo. Al principio llevó vida de vagabundo, viajando en trenes de mercancía. Pronto le pareció aquello demasiado sociable, y empezó a apartarse del mundo, a practicar la regla del ermitaño. Fue encontrando albergue en cavernas lejanas, en barrancos, en chozas abandonadas junto a aldeas de granjeros y pastores. Primero en Nebraska, luego en Colorado, por fin en Arizona. Esta vida le agradaba mucho más.

Qué doloroso destino, piensa Diddy en el sueño. Y siente que a él también se le inundan los ojos de lágrimas. ¿Sólo por el Niño Lobo? ¿O por su propio aislamiento sin honor?

La historia del Niño Lobo tiene un capítulo mucho más terrorífico. Empieza al año de vagabundaje, cuando Hiawatha acababa de cumplir dieciséis, y se refiere a su apariencia, con todas las honduras (históricas, biológicas, psicológicas, espirituales) que las apariencias suelen encubrir. Hasta los trece o catorce años, Hiawatha tenía el aspecto normal de cualquier muchacho americano. Aunque era quizá de menor estatura, no debía preocuparse, le aseguró el doctor que viajaba con el circo. Madurez

retrasada, condición poco frecuente pero natural. Hay jóvenes que no llegan a la pubertad hasta la edad de dieciocho años. Algún día agradecería Hiawatha este breve retraso: llevaba traza de crecer bastante.

Se entiende que, cuando le empezó a nacer vello facial, Hiawatha se alegrara. No le importaba no haber añadido ni un centímetro a su talla desde los trece años. Ya era un hombre. Vivía entonces en Arizona, en una vieja cabaña de mineros; se sustentaba de frutos silvestres y algún animalejo que cazaba con trampas o, a veces, con las manos. Después de examinar jubilosamente el vello de su rostro, pecho, axilas, brazos, dorso, ingles y piernas, el muchacho se encaminó a la carretera y logró que le llevaran en auto a Flagstaff, la ciudad más cercana. Se puso en una esquina, junto a un cine, y pidió limosna hasta reunir lo bastante para comprarse hojas y maquinilla de afeitar. Volvió como había venido, se encerró en su cabaña y se afeitó.

Pronto se dio cuenta, le contó a Diddy el Niño Lobo, de que algo andaba mal. Bajo la fina capa de pelo que había rasurado, se encontró con otra más espesa y áspera. Y no sólo en las partes habituales, mejillas, mentón, bozo, sino en toda la cara. En la frente, por ejemplo. En los pómulos. En el cuello, detrás de las orejas. Y luego, en el cuerpo, le iban brotando numerosos y tupidos florones peludos. Más y más, por toda la piel, menos en la palma de las manos, en el empeine y en las corvas. Hiawatha Shaw se estaba convirtiendo en el Niño Lobo.

No podía hacer nada contra esta irreversible, aunque tardía, metamorfosis. Si a raíz de la cruel y gratuita revelación del tragaespadas, Hiawatha ya tenía miedo de la gente, de la máscara humana con su infinita aptitud para la traición, (ahora) su secuela natural debía apartarse por completo de la compañía de los hombres. Aunque nunca había dormido profundamente, Hiawatha aprendió a dormir de día y salir de noche, y a ponerse en fuga tan pronto como oía una voz humana.

Así ha vivido, le dice a Diddy, hasta la fecha.

Cuatro años. Acaba de cumplir veinte. Diddy se alegró de que el Niño Lobo le confesara su edad; él no habría podido deducirla de su aspecto. El Niño Lobo era de escasa estatura (menos de metro y medio) pero tenía gruesas y poderosas extremidades. Se vestía de desechos que sacaba de los basureros o encontraba junto a la carretera; los domingos se ponía su ropa de lujo, arrebatada a la cuerda de tender de algún ranchito aislado. Se

mantenía de lo que robaba en las cocinas o de las sobras de las excursiones. Sobre todo esto último: de la generosa y variada vianda excursionista había logrado vivir varios meses.

Su morada más reciente era la cueva de un puma que poco antes la había abandonado. En el cañón Sabino, al pie de las montañas Catalina, cerca de Tucson. El cañón, extraordinario aun en una comarca tan famosa por su hermosura, era un lugar preferido de los excursionistas, familias y parejas de la ciudad. Desde su nicho, labrado en la pared de una barranca, el Niño Lobo los miraba jugar y reír, escuchaba sus radios de transistores. Disimuladamente los observaba cuando, después de haber devorado una comida de varios platos, los viejos se echaban a dormir a la sombra, las parejas bajaban al río a distraerse y los muchachos corrían tras el balón. El Niño Lobo anhelaba y temía a la vez aquella fácil convivencia humana que él había conocido en otro tiempo. A veces los visitantes tendían el mantel al pie de la ladera donde él tenía su covacha, y él los veía de cerca, a menos de veinte metros, y oía todo lo que decían, gracias a la excelente acústica del cañón. No había peligro de que le descubrieran: las paredes de roca eran demasiado escarpadas para que se atreviera a escalarlas un aficionado, y no lo bastante para incitar a los profesionales.

Sólo una vez las había asaltado uno de los excursionistas. Una niña de doce o trece años, alta, flaca, de largo pelo negro, con zapatos de lona, pantalón vaquero azul, camisa a cuadros rojos y chamarra india de cuero desflecado, comprada quizá en la tienda de curiosidades de la reserva Pima, al sur de Tucson. Del cuello le colgaba una correa con un silbato, que la niña había empleado varias veces para llamar a su perra, una terrier de nombre Lassie. La niña no tenía ni la menor idea de las dificultades del ascenso: era evidente que no estaba acostumbrada a subir montañas ni gozaba de excepcional agilidad física. Pero no se caía. La ignorancia, el tesón, el amor propio y una falta total de terror a las alturas la iban empujando ladera arriba, entre gruñidos y jadeos. Ya había dejado atrás los primeros diez metros cuando se detuvo, como para añadir peso a la angustia del Niño Lobo: una piedra afilada, a la que se había agarrado, le había hecho sangre en la palma de la mano. Pero continuó subiendo. El Niño Lobo retenía la respiración: la niña, como era de esperar, se dirigía a la cueva. Un descanso natural: el único en su ascenso, y a mitad de camino hacia la cumbre.

Diddy empieza a desasosegarse. ¿Cómo acabará el cuento, bien o mal? No quiere pensar en el cuerpo quebrado, destrozado sobre las duras piedras del barranco. El Niño Lobo le tira de la manga, reclama su atención. Nunca ha tenido un oyente tan fiel como Diddy. Escucha, Diddy.

Diddy suspira, angustiado, y el Niño Lobo sigue con sus reminiscencias.

Palmo a palmo la niña subía, se acercaba a la madriguera, y el Niño Lobo se asustó de verdad. ¿Qué iba a hacer cuando la muchacha llegase al umbral de la cueva y le viera, le viera la cara? ¿Podría él imitar (ahora) el rugido del puma ausente, para alejarla antes de que se izara hasta el borde? Quizá. Pero si ella se sobresaltaba, perdía el equilibrio y rodaba al fondo del cañón, ¿qué? Más cerca, más. La tez velluda del Niño Lobo se empapaba en sudor, desde su estrecha frente hasta la planta de sus pies calzados de mocasines; la hirsuta funda de su breve cabeza vigilante se rayaba de surcos húmedos, pegajosos. La indecisión, uno de los últimos vestigios de su disminuyente humanidad, contra el terror. Acurrucado en la cueva, el Niño Lobo se mordía los bellos con sus blancos y agudos colmillos. Dividido entre la compasión humana por el peligro que corría la niña y el sano imperativo animal de defenderse.

El Niño Lobo no desea la animalidad. Envidia el sufrimiento superior de los seres humanos. Diddy ha notado que, al hablar, el Niño Lobo cruza sus peludas piernas, con delicadeza, casi con elegancia. Es un chiquillo, piensa Diddy. Un chiquillo juguetero, como un muñeco grande y desgarrado.

No desea la animalidad, pero tiene que aceptarla. El terror desgarró de tal modo su pequeño cuerpo que lo va a destrozarse, rasgando sus velludas y apretadas costuras. Más vale liberar (ahora) a la bestia, por propia voluntad, que esperar a que el miedo la desencadene. Como error de la Naturaleza, el Niño Lobo no es nadie. Pero vive, vive como animal sediento de vida. El Niño Lobo quiere llegar a ser el Hombre Lobo. Acallado su ángel de bondad, el Niño Lobo se prepara al ataque. Se resigna a la muerte de la pequeña intrusa que no le ha hecho ningún daño. Pero entonces, en el último momento, cuando el Niño Lobo se disponía, fauces abiertas y velludas mejillas anegadas en lágrimas, a saltar de la cueva con un feroz rugido, le salvaron. Los salvaron, a él y a la niña. Tal vez gracias a Lassie, que llevaba diez minutos ladrando tristemente, los padres de la muchacha alzaron la mirada de su cesto de mimbre, buscaron a su hija y la

encontraron en pleno escalamiento de la pared de roca. De pie los dos, gritando, pidiéndole que bajara, que no los asustara. ¡Vergüenza había de darle! El Niño Lobo suspiró de alivio, indultado. Nadie quiere ser asesino si se puede evitar, ¿verdad? Diddy no está tan seguro.

¿Obedecerá la niña a sus padres? ¿Preferirá su orgullo a la autocompasiva ansiedad de los mayores? Sí a la primera pregunta; no a la otra. Al fin y al cabo, no es más que una niña. Niños todos. La ascensión se suspende, y también el peligro. Al replegarse en la oscuridad de su caverna, el Niño Lobo oye la agitada respiración de la muchacha, el suspiro de fastidio que se dirige a sí misma, el murmullo de su voz infantil de contralto: "¡Ca...ramba!" y luego el pregón a los angustiados padres: "¡Está bien! ¡Ya bajo!" Al Niño Lobo se le afloja la tensa mandíbula; el rugido leonino, el aullido feral del futuro Hombre Lobo, queda sepultado en su vientre, en sus rodillas blandas y temblorosas como la hierba.

Diddy está confundido. Olvidémonos de la niña. ¿Qué acontecimientos habrían favorecido los intereses del Niño Lobo? Nadie tiene la obligación de inventar su propia naturaleza desde la raíz. A nadie se le puede exigir que decida si es bueno o malo.

Más tarde, en el luminoso atardecer del desierto, el Niño Lobo invita a Diddy a fumar una pipa de ese matojo seco que crece en las montañas Catalina. Y vuelve a desahogarse de sus cuitas.

Jura el Niño Lobo (ya que Diddy se resiste a creerlo) que su encuentro con aquella niña morena, a quien sólo había visto una vez y con quien no había hablado, fue un sentimiento íntimo casi insoportable. El Niño Lobo no había estado tan cerca de un ser humano en muchísimo tiempo. (Ahora) es un recuerdo que él atesora y repite, con el cual se alimenta. Muchas veces ha entablado conversaciones con la niña, conversaciones imaginarias acerca del dolor y la alegría. Sobre todo cuando está a punto de dormirse en su cubil.

También cuando sale al cañón, después de medianoche, a buscar sobras de comida en los cestos de desperdicios. O a cantar, recreándose en el eco interminable. O a beber y bañarse en el arroyo. Cuando pasea de madrugada en los primeros cerros de la cordillera, gozoso de soledad, aullando a la luna, saltando, dando volteretas, sorprendiendo pequeños topos grises en sus guaridas y desgarrándolos con sus exactos colmillos. "Nunca he estado tan cerca de nadie desde mi niñez", repite tristemente el Niño Lobo,

sentado, con las piernas cruzadas, en un peñasco desnudo, junto a la boca de su cueva. "Hasta que viniste tú."

La emoción que siente Diddy por el Niño Lobo es como un dolor físico. ¿Se puede soportar un sufrimiento así? Si ya es insoportable saber que existen penas tan intensas, ¿qué no será sufrirlas? ¿En qué puede ayudar al Niño Lobo?, piensa Diddy en el sueño.

Entonces el Niño Lobo, avergonzado quizá de su exhibición sentimental, o preocupado de pronto por sus deberes de anfitrión, entra en la cueva y sale con dos enormes tunas.

—Es lo único que tengo. Prueba una. Son muy buenas. Al principio a mí no me gustaban, pero se acostumbra uno.

Diddy acepta el grueso glóbulo verdoso, lleno de minúsculas espinas.

—No te pinches -dice el Niño Lobo-. Dámela un momento. Debería haberlas quitado yo.

El Niño Lobo va a buscar un cuchillo para mondar la tuna. Pero no es él, un pobre huérfano tullido, quien debe ayudarme, piensa Diddy. Soy yo el que debería servirle a él.

Quizá no todo es compasión en este pensamiento. Quizá Diddy se pregunta qué clase de criatura, humana o animal, va a salir de la cueva. Con un cuchillo.

(Ahora) todo se oscurece. Pero así debe ser. Es el intermedio, y lo que sigue es lo que podría llamarse segunda parte del sueño. En la primera, el Niño Lobo y su historia constituían la esencia de la trama. Diddy no era más que un oyente comprensivo, dudoso a veces de su papel, menos actor que lector o espectador. En la segunda, Diddy ha echado raíces en el sueño: sus sentimientos desempeñan (ahora) el papel principal. El Niño Lobo, en cambio, se convierte en una figura silenciosa, sombría y, al final, indeterminada. Diddy no sabe si esto se debe a que la forma exterior del Niño Lobo se altera constantemente. O si se debe a otra cosa.

Ya que esta segunda mitad del sueño no permanece en su memoria con tanta precisión. Lo único que Diddy recuerda es una serie de fragmentos, y una sucesión de sensaciones atormentadas.

De pronto el Niño Lobo parece inusitadamente velludo. ¿Es porque Diddy le mira con atención por primera vez, o porque en realidad le está creciendo el pelo? ¿Estará acelerándose el proceso de reversión a la bestia? Diddy no se esfuerza por explicarse esta extraña situación. Se limita a

observar al Niño Lobo, y nota que su pelo no sólo está más largo, sino también enmarañado y sucio. En cuanto anochezca, bajarán los dos al arroyo; Diddy le lavará. Por (ahora) lo que puede hacer, en la alta madriguera, es peinarle. Diddy sabrá peinarle sin dolor, puesto que ya ha luchado con el pelaje de Xan.

Empieza a peinar delicadamente los nudos y revoltijos de la melena. Luego, con las púas delgadas del peine, desenreda los rizos que le caen sobre los ojos, los mechones de barba que le brotan de las mejillas, el vello menos recio y casi rubio que le cubre la garganta. ¿Y qué es esto? Un objeto duro y frío, oculto en las vedijas del pecho y pendiente de una fina cadena de plata. Una especie de talismán, parecido a la medalla que Paul ganó en Varsovia. Diddy estudia un momento el adornado disco de metal, y está a punto de preguntarle al Niño Lobo de dónde lo sacó y qué representa, cuando ve que la criatura regaña levemente los pulidos colmillos y tiene en sus hermosos ojos negros un velo de ansiedad. Más vale no preguntar nada. Diddy coloca cuidadosamente el amuleto bajo la rota camisa caqui, y vuelve a su tarea. Los ojos del Niño Lobo recobran su mirada tranquila.

Está a los pies de Diddy, y apoya en sus rodillas la velluda cabeza. Aun cuando Diddy teme haberle dado un tirón involuntario del cabello, el Niño Lobo no se estremece. Parece disfrutar de todo lo que hace Diddy: tanto de la sensación física como de la atención que Diddy le presta. A veces ronronea como un gato; a veces bosteza, pone en tensión los músculos del pecho y los vuelve a aflojar. Luego produce otros murmullos, distintos a los del gato. Lo que no hace, de aquí en adelante, es hablar. El Niño Lobo, que parecía tan avezado al habla humana, que era hasta locuaz al relatar con pueril animación la historia de su vida, es (ahora) una bestia sin lenguaje.

Diddy termina su labor. De repente el Niño Lobo empieza a encoger. Ya es del tamaño de un niño; lo bastante pequeño para que lo lleven en brazos. Y eso es lo que hace Diddy. Lo alza del suelo, lo lleva hacia la parte posterior de la caverna, que es mucho más extensa de lo que Diddy había pensado. El Niño Lobo se acurruca en sus brazos, apoya la cabeza contra su pecho. Da la impresión de que no quiere que le suelten, y Diddy no le suelta: le lleva más y más adentro, por las galerías tunelarias de la vieja manida del puma.

Pero Diddy tiene miedo. Resucitan en él antiguas supersticiones. Terror al contagio. Así como creía de niño, a pesar de la burla de sus padres, que si

tocaba una rana le saldrían verrugas en los dedos, (ahora) se preocupa de lo que pueda ocurrirle por haber tocado al Niño Lobo. ¿Se convertirá él también en un animal? ¿Bajará de estatura hasta el metro y medio? ¿Le crecerá el pelo por todas partes? Diddy se mira las manos, enlazadas al dorso de su carga; con una de ellas se palpa el cuello, las orejas, la frente. Nada anormal. En cambio, el Niño Lobo se transforma a ojos vistas. Sólo hace un momento que Diddy le ha mirado con solicitud (tiene que dejar de mirarle de vez en cuando para ver por dónde anda) y (ahora) que vuelve a verle le encuentra más peludo. No sólo le está creciendo el pelo, sino que le crece a una velocidad visible para el más impaciente de los espectadores. También parece ser algo más grande que antes: más musculoso, más fornido, en un estilo tosco y bestial. Y sin embargo, no pesa más: Diddy sigue andando sin dificultades.

En el oscuro interior de la cueva hay un estrecho pasadizo. "Voy a dejarte aquí", dice Diddy suavemente. Quiere dejarle y no quiere. Coloca con esmero su carga temblorosa y gemebunda en el piso helado del túnel. El Niño Lobo se resigna: acurrucado contra la pared mira tiernamente a su benefactor.

Entonces Diddy se da cuenta de una cosa muy importante. Ha juzgado mal al Niño Lobo. No debería haberle temido. Se arrodilla junto a él y le abraza. Torpemente, ya que no sabe cuánto afecto, cuánto contacto físico, puede soportar el animal. Diddy quisiera tenderlo en su regazo y acunarlo. Pero sólo si no ofende con ello el orgullo de la triste criatura, sólo si no socava su fuerza de carácter, penosamente adquirida en una inexorable soledad.

En este momento, sin motivo aparente, Incardona irrumpe en el sueño. No en presencia corporal, sino en memoria, en pensamiento. Mientras Diddy contempla con cariño al Niño Lobo, tratando de decirle con los ojos lo que no puede expresar en palabras, concibe la posibilidad de que exista un camino hacia la recompensa que le debe al obrero asesinado. Diddy quiere cumplir, restituir, pagar. No a Incardona, que es un mero individuo y un extraño. Más bien a lo que Diddy teme y desprecia en él, al vigor animal, por ejemplo.

Diddy ya no se siente perseguido, acosado por Incardona. Diddy es capaz (ahora) de afirmarle. Como un exorcismo: la parte más benéfica del sueño. Quizá por esto Diddy despierta leve y purificado, y no por la larga

historia que antecede. Sobre todo si tiene la suerte de despertar en ese preciso instante, en vez de continuar por la ruta del sueño, como alguna noche. Una ruta en la que Diddy se pierde por completo. Un paso tras otro, hacia la trampa. Viaje de ida sin vuelta. Diddy el Condenado.

No: Diddy se propone suprimir este final. Si pudiera conservar esa sensación de pureza que le inunda cuando va lejos, pero no demasiado lejos; si pudiera detenerla en cuanto aparece... No embalsamarla en ámbar, sino sembrarla, obligarla a echar raíces. Pero es imposible: un ácido que el carácter de Diddy ha destilado disuelve siempre el bienestar, o una fuerza exterior lo recarga de plomo, y arrastra a Diddy una vez más a su conciencia esclavizada.

Por lo tanto, el final permanece incierto. Así que Diddy, que le hubiera leído con gusto a Hester el manuscrito de la inconclusa novela, no puede relatarle el sueño que de ella ha derivado. Y no es porque aparezca en el sueño Incardona, cuya existencia Hester no ha aceptado nunca (aunque Diddy podría convencerla con el recorte del periódico). Es porque hay demasiados obstáculos. Además del que Hester crearía con su ignorancia del episodio del túnel. El sueño es una parte íntima de la vida de Diddy. En él están entretejidos todos sus recuerdos. Su relación con sus padres, con Mary, con Paul, con Joan, y sobre todo consigo mismo. El rápido, arbitrario e indeleble choque con Incardona. Y su amor por Hester.

Diddy siente oscuramente que en este sueño ha derramado toda su alma. Y quisiera compartir con Hester este fenómeno. Ya ha depositado en ella todo lo demás, ya que nunca le ha ocultado nada. Por desgracia, Diddy tiene miedo. Desde la noche de la riña ya no confía en Hester, ni volverá a confiar en ella como antes de la inesperada visita de Paul. Sí quisiera. Pero no puede. Las palabras de Hester le cortaron el espíritu como le cortó las pupilas la luz del corredor, al abrir la puerta y toparse con su hermano.

También le ha lastimado la pérdida de Xan. Aunque fue el propio Diddy, y no Hester, quien propuso la entrega del perro a la Sociedad Protectora de Animales. Renunciar a este antiguo amigo fue una ocasión más de confirmar la visión negativa que Diddy tiene de sí mismo y de un mundo donde es una locura fiarse de alguien o de algo. Pero, ¿qué habría pasado si Diddy el Torturado hubiera sido otra persona? La persona capaz de salvar a Xan, de rehabilitar a aquel pobre animal histérico y miedoso.

¿Qué habría ocurrido si Diddy el Torturado hubiera sido el hombre fuerte y hábil que él cree que debe ser?

Quiere ser Diddy el Bueno. Y vive, moralmente, más allá de sus ingresos sentimentales.

¿No le convendría, entonces, conformarse con algo menos?

Éstas son las preguntas con las que Diddy no puede enfrentarse. ¿Por falta de inteligencia, de vitalidad, de fuerza de carácter? Nunca ha probado a darles una respuesta definitiva. Lo único que ha hecho es pasar por encima, o por debajo de ellas, hasta llegar a un rincón tolerable y estoico. Un lugar tranquilo y fresco donde pueda descansar, expulsar su brillante agonía. Para esto, para hallar un refugio apacible, Diddy sí tiene voluntad. Un ariete de voluntad. Contra la muralla del sufrimiento, un ariete obstinado, cabizbajo, constante. Ciego.

Ya que hay dos clases de ceguera.

La ceguera noble de las estatuas clásicas. Como no tienen ojos, estas figuras parecen mucho más vivas, más concentradas en sus cuerpos, más presentes. Cuando las contemplamos, también nosotros realzamos nuestra presencia.

La ceguera innoble, la ceguera de la rabia y la desesperación. Una ceguera ausente y pasiva, como en la estatuaria de la muerte. En los cadáveres de los ahogados, los ojos son lo primero que se pudre y desintegra; es en las órbitas vacías de un ahogado reciente donde nadan las anguilas.

Diddy quisiera ser ciego a la manera noble, como las estatuas griegas. ¡Ojalá supiera cómo conseguirlo!

No la sabe. Vuelve en cambio, en el circo apretado y atestado de su vida con Hester, a la vieja costumbre de no estar presente del todo. De no estar en su vida.

Un día, al entrar en la cocina a buscar una manzana mientras Hester prepara el almuerzo, se la encuentra en un ahogo de lágrimas desesperadas. No es más que la segunda vez que la ve llorar. La primera, hacia el final de la famosa riña, la noche de la visita de Paul. Y es la primera vez que Diddy la descubre llorando, sin motivo conocido. Aunque ella le ha dicho (y a él no se le olvida cómo ni cuándo) que llora con frecuencia. Luego si es ésta la primera vez desde que viven juntos, quiere decir que Hester ya no llora,

cosa admirable y digna de comprensión, o que llora como antes pero a espaldas de Diddy, lo cual también es fácil de comprender.

¿No debería Diddy haberse dado cuenta de lo importante que es este momento? Otro punto culminante, quizá la última posibilidad de captar a una Hester tridimensional, de entenderse con ella como nunca. Diddy desaprovecha la ocasión. Enredado en la laberíntica madeja de sus propias entrañas, se limita a abrazar a Hester. A desear en silencio y con fervor que no llore por culpa de él, o por algo que él haya hecho.

Y cuando, unos minutos después, Hester se seca las lágrimas y sonrío, Diddy lo acepta sin reservas, creyendo la sonrisa duradera y suficiente.

Diddy y Hester llevan más de mes y medio viviendo juntos en la calle Veintiuno. Desde que se deshicieron de Xan, a los pocos días de la frustrada visita de Paul, no hay en el departamento otro ser vivo.

La terrible disputa parece haberse olvidado. Al menos, por parte de Diddy. Hester nunca alude a ella, ni le recuerda a Diddy sus crueles acusaciones. La desaparición de Paul, supone Diddy, es lo bastante característica para convencer a Hester de que Diddy no ha sido injusto con su hermano. Pero tan sólo lo supone: no han vuelto a hablar de Paul. Hester no sólo parece poco dispuesta a reñir, sino que últimamente no dice casi nada. Sigue mostrándole amor a Diddy, procurando serle útil de mil maneras encantadoras e inesperadas. Por ejemplo, le corta el pelo y las uñas. Cuando rogó por primera vez que Diddy se lo permitiera, él creyó que Hester no podría, sin lastimarse o lastimarle a él. Pero se equivocaba, como con la cocina. Hester no tuvo ningún percance con la tijerilla de uñas. Y el cabello prematuramente canoso de Diddy, visto con dos espejos, está tan bien cortado como si hubiera ido a la peluquería.

¿Es éste el paraíso que Diddy esperaba? Sí y no.

Goza (ahora) de la exclusiva posesión de su amor, cuya belleza física y laconismo verbal le ofrecen inagotables placeres. Pero también se da cuenta de que sus nuevas fuerzas, con las que tanto contaba, están disminuyendo. Un síntoma curioso. A veces Diddy empieza a decirle algo a Hester, tras un largo silencio. Hester oye los sonidos embrionarios que le tiemblan en la garganta, pugnando por brotar. Hester se vuelve, espera. Y entonces Diddy ya no se acuerda de lo que quería decir. Esto puede no ser más que un tic nervioso; nada alarmante. Lo que importa es que Hester y Diddy ya no se pelean. Parecen haberse prometido mutuamente evitar riñas tan dolorosas

como aquélla. Si bien hablan mucho menos, lo que se dicen es afable y cariñoso. ¿No debe ser así, no van eliminando los amantes la necesidad de entenderse con palabras? En un principio fue Hester la que dio el ejemplo; (ahora) Diddy es aún más parco que ella. Si hay menos que decir, no hay por qué hablar.

Muy bien. Pero un momento: no es esto sólo. De vez en cuando, y con mayor frecuencia, Diddy se imagina que está perdiendo el habla.

Esta fantasía le altera y le repugna. Piensa que el deseo de enmudecer significa que hay algo importante que debe decir, que quiere decir, y que no dice. Diddy el Cobarde. Si se queda mudo, ya no tendrá que decir nada. No lo podrá decir, sea lo que sea, y por mucho que quiera. Pero otros días contempla esta obsesión con más indulgencia. Le parece una apasionada metáfora de su amor. Si Diddy no hablase, él y Hester quedarían a la par. Ella es ciega; lo justo es que él sacrifique una facultad equivalente. Desde este punto de vista, la idea de enmudecer le parece tolerable, y hasta agradable.

Con todo, algo hay que no funciona. Diddy y Hester se están encerrando, se están aislando. Y ésta no era la intención inicial de Diddy. Diddy quería habitar en compañía de Hester un espacio más amplio. Y, para él, totalmente nuevo, limpio de la inmortal porquería del pasado y de las decadencias de su vitalidad. Pero no se han mudado de casa: Diddy no ha mirado los anuncios del Times ni ha llamado a un agente de alquileres. Siguen donde están, donde Diddy ha vivido más de tres años. Sí, el departamento es pequeño, lo cual resulta cómodo y seguro para una persona sin vista, pero Diddy también tiene sus necesidades. Por muy bien que le venga a Hester, este departamento no le conviene a él. Es demasiado pequeño. Y demasiado conocido. Las tres habitaciones, que Hester recorre (ahora) con la misma facilidad que él, han encogido. Son ya tan exiguas, tan recargadas de uso, como el compartimento del Pirata.

También se va pareciendo más y más la casa al tren en lo que toca a orden y limpieza. Los pisos, cubiertos de colillas, de platos sucios, de discos nunca reintegrados a sus sobres, de ropa tirada por la prisa de hacer el amor. ¡Y las ventanas! En una ciudad tan sucia como ésta, las ventanas son lo primero que da la señal de falta de atención, y Hester ya ha dejado de limpiar a diario. En la parte exterior de los vidrios se ha acumulado una capa de hollín. En el interior, las gotas de sudor producidas por la

calefacción se funden con esa sutil mugre tan característica de las ventanas neoyorquinas. Interior y exterior debilitan la escasa luz de invierno que penetra de día, y dan a las cosas un tono mortecino y grisáceo. La vista de la calle y de los edificios se oscurece y emborrona, se va haciendo menos y menos vista: en lugar de mirar el mundo, hay que filtrarlo.

Pero, a diferencia de lo que se recorta en la ventanilla de un tren, lo que se ve o se adivina desde la de una casa permanece idéntico. Sólo cambia en algunos detalles.

¿Quién baja las escaleras de enfrente? El muchacho de la tienda de comestibles.

Hay un Volkswagen rojo estacionado junto a la boca de riego.

Ese hombre lleva una hora delante del restaurante mexicano.

La mujer del tercer piso anda desnuda por la casa. Ya no. Ya ha corrido la cortina.

Y así sucesivamente. Fuera de estos detalles, todo continúa igual.

Después de la cuarta semana, el movimiento es menos tentador. Se acerca el otro invierno. Son los días más cortos del año, los de menos luz. Parece natural que Hester y Diddy, como los animales, pasen más tiempo en la cama.

Por lo general se duermen a la vez, pero Hester duerme más horas que Diddy. Diddy se queda a su lado hasta las doce, poco más o menos, que es cuando ella abre los ojos, sonrío, busca sus anteojos oscuros y se pone en pie, desnuda. Al principio, Diddy se pasaba la mañana acostado para hacer compañía a Hester, así como sentir junto a sí la suave tibieza de su cuerpo. Pero de un tiempo a esta parte le cuesta trabajo levantarse cuando ella se levanta. Sigue acostado mientras ella se baña, se peina, se viste y entra en la sala a poner discos o en la cocina a preparar el almuerzo. Hacia la una almuerzan. Si Diddy logra disuadir a Hester de su intención de lavar los platos, Hester vuelve a meterse en la cama. Si Hester insiste en cumplir con sus obligaciones domésticas, Diddy la llama al cabo de un cuarto de hora, le ruega que vuelva.

Cuando vuelve, hacen el amor. Éste va siendo más y más el lazo que los une. Diddy, que al principio estaba algo cohibido, y no muy seguro de sus aptitudes sexuales a causa de los viejos reproches de Joan, se descubrió una sorprendente e infatigable capacidad en compañía de Hester. Un milagro. Y, milagro redoblado, su afán no se alimenta de privaciones ni rechazos: al

contrario, la correspondencia es absoluta. Hester no es menos entusiasta, inventiva y vehemente que él. Al cabo de un mes, hacen el amor con más frecuencia que al comienzo. Tres, cuatro veces diarias. Diddy sospecha que lo que le inspira es algo más que una mera necesidad erótica. ¿Podrá decirse lo mismo de Hester, que parece igualmente ansiosa de la unión sexual y toma la iniciativa en tantas ocasiones como él?

El vértigo del sexo. La lobotomía frontal, en miniatura, del orgasmo. Diddy flota a la deriva, pero no hacia el sueño. A veces deseoso de proponerle a Hester: vamos a morir juntos. Vamos a matarnos, (ahora) que estamos unidos, que somos felices. Y a veces deseoso de hablar con ella. No para reñir, no para sugerirle el pacto suicida, sino para aclarar el ambiente, para sacar a luz lo que no comprende ninguno de los dos. De acuerdo. (Ahora) mismo. Pero en ese mismo instante el pensamiento de Diddy se detiene en seco, gris y zumbante como una pantalla de televisión después de los programas de la jornada. Diddy no tiene idea, ni rastro de idea, de lo que quería decir. Trata de suscitarlo, de reconstruirlo. Pero la carne le pesa, le estorba. ¿Por el esfuerzo de querer pensar, y no poder? Abrumadora lasitud. Si Diddy no está en la cama, se precipita a ella. Si él está acostado y Hester no, la llama desesperadamente, para que le acompañe en su ocio, o para dormir junto a ese cuerpo tierno, abrazándolo con el suyo, su pecho contra la estremecida espalda, su brazo en torno a la flexible cintura, su mano bajo el esbelto flanco. Despertar y besarse y hacer el amor. Soñar y despertar a medias y hacer el amor.

Quizá lo que quiere decir tiene que ver con Incardona. Ya que Diddy no tiene la menor duda de la realidad de su crimen, debe mantener incólume la unidad y franqueza de su relación con Hester, informándola o convenciéndola de lo que él ha hecho y sabe que ha hecho. No debe Hester permanecer ignorante de las secretas capacidades de su enamorado.

Lo malo es que el enamorado se resiste a contar la verdad, a tapar la grieta. Por miedo. La verdad es muy bonita, pero lo que se hace con ella o lo que se piensa al oírla no puede garantizarse de antemano. Con la verdad, Diddy habrá de arriesgarse. Quizá Hester le cobre terror; en el curso de la famosa riña, ya dijo que Diddy la asustaba. Asustada o no, puede persuadirle de que se entregue a la policía. Y por muy persuasiva que Hester sea, Diddy no quiere que le persuadan. Tampoco quiere separarse de Hester, ni centuplicando el peso de su culpabilidad. Ni aunque hubiera

asesinado a cien mil Incardonas. No; en cuanto al crimen, Diddy no va a hacer nada. No lo puede expiar. Tampoco puede justificarlo. Y no se quiere resignar al castigo.

Contarle a Hester la verdad sería egoísmo puro. Sólo se lograría entristecerla, o infundirle un sentimiento aún peor. ¿De qué sirve una confesión que, fuera de abrumar a quien la escucha, no tiene consecuencias?

Diddy, pues, se queda solo. Espera a que Incardona empequeñezca. Se prepara a soportar el vértigo y la náusea que acompañan a ese menguante conocimiento. Aunque prepararse, ¿para qué? La dolorosa conciencia del secreto no va a disminuir más de lo que ya ha disminuido. Al contrario: se congela, abriendo entre Hester y Diddy un abismo insalvable. Diddy sabe que, sea cual sea el sentimiento amoroso que florece entre ellos, se alimenta del engaño que él mantiene, del deseo de engañarse que ella cultiva. Hasta la energía de su primer encuentro, en el tren, era energía sobrante del choque con Incardona.

Quizá a eso se debe que a Diddy le resulte tan difícil salir (ahora) del departamento. A pesar de sus buenas intenciones, de su anhelo de transformar el mundo a la luz de su alianza con Hester, Diddy reconoce que el mundo está hecho de material más recalcitrante de lo que él creía. Él creía poder disolver la fealdad con el ácido de su regeneración, o al menos dibujar sobre ella, como en un palimpsesto, su benigna fantasía. Pero el mundo se cierra sobre él, amenazador, inequívocamente intransformado. Duro y sin corazón como un espejo de acero. Todas las personas que Diddy conoce, desde Paul hasta el amigo más casual, le hablan de Incardona. Sin saberlo, todos parecen ser delegados de Incardona y pedir a gritos justicia en su nombre. Sólo Hester queda fuera de este mágico universo de duplicación infinita. Hester, antídoto de Incardona, no le trae a Diddy más recuerdo que el de sí misma.

Llega el día en que Diddy no puede levantarse de la cama. Esto le desespera. Él iba a ser el más fuerte de los dos; él iba a proteger y alimentar a Hester. Él iba a ser los ojos de ella y ella el alma de él. (Ahora) él no la ayuda en nada. Hester se mueve sola por el departamento, barriendo, quitando el polvo, zurciendo calcetines, tocando discos, escribiendo a su tía de vez en cuando y, desde luego, haciendo la comida. Hester le lava, le afeita, le da de comer y se acuesta con él cada cinco o seis horas.

Una tarde, a mediados de enero, Diddy se despertó atontado. Le dolía fuertemente la cabeza, le faltaba el aliento; sudaba sin cesar. Pero estos síntomas ya son familiares. ¿Cómo ha sucedido esto? Por etapas imperceptibles, quizá. El caso es que sucede, sépalo él o no. Diddy es (ahora) un enfermo encamado, y Hester su enfermera. El cuerpo le falla. Sólo se pone en pie para ir al baño, y tiene que apoyarse en Hester, porque se marea.

Qué oscura está la calle. ¿Qué día es? Diddy se oprime con los dedos el pecho y la cara. Es evidente que ha seguido adelgazando. Los pómulos, las costillas, las rodillas, los codos y la pelvis le brotan dolorosamente de la piel. Con tanta confianza en la vida, tantas esperanzas en la renovación de sus sentimientos, Diddy se ha extraviado en alguna parte. Comprende, con helada y asombrada claridad, que va camino de la muerte.

¡Pronto! Hay que hacer algo, si no es demasiado tarde ya. Hester no está a su lado; no está junto a él su cuerpo desnudo. ¡Dios mío! ¿Habrán salido? Diddy la ha hecho jurar que no saldrá sin él. Pero él estaba durmiendo. ¿Desde cuándo? La llama con ansiedad, y ella aparece en la puerta casi inmediatamente. Lleva una vieja camisa azul de Diddy, una falda aterciopelada y zapatos de lona. En la mano, una escoba que apoya contra el quicio. Entra en la habitación con paso firme, adelantando un poco el brazo para no tropezar. No tropieza, naturalmente.

Eso ya no ocurre. Hester se conoce la casa palmo a palmo, como conoce su propio cuerpo. Sabe dónde está todo: los platos de la alacena; las toallas del armario; los discos, rotulados de nuevo por Diddy con letras en relieve.

Diddy, que lleva mucho tiempo levantándose de noche, en tiniebla total, para ir al baño, tampoco se equivoca. Por el tacto y la memoria encuentra todo lo necesario: el frasco de aspirina del botiquín, el rollo de papel higiénico, las llaves del agua, los pomos de las puertas. El interruptor de la luz ya no hace falta.

Para cuando Hester llega al pie de la cama, Diddy está completamente mareado. La toma de la mano, la sienta al lado suyo.

—¿Quieres que me acueste?

—Hester, tenemos que hablar.

—¿Por qué?

¿Por qué? grita en silencio Diddy. ¿No se da cuenta?

—Porque hay algo que no marcha. Estoy enfermo. No te cuido yo a ti, sino tú a mí.

—Me gusta cuidarte. No tengo otra cosa que hacer.

—¡Es que cuidarme no debería ser preciso! Y podrías hacer muchas cosas... Podríamos hacerlas juntos. Amor mío, ¿te acuerdas de lo fuerte que estaba yo hace un mes? Ahora, por mucho que coma y duerma estoy más delgado y más débil cada día.

—Vamos a llamar al médico.

—Hester, mi enfermedad no es física.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Sé lo que me pasa. Y por qué estoy así.

—¿Por qué?

¿Quiere decirlo Diddy? Sí, lo dirá.

—Porque tengo miedo.

Un movimiento abrupto. Hester le suelta la mano.

—Espera un momentito. Hierve el café.

Hester salió de la habitación. Viéndola por detrás, pensó Diddy, nadie creería que es ciega. Qué orgulloso se siente Diddy de esta seguridad. Y cuánta envidia tiene.

Vuelve Hester con dos tazones de café, se sienta de nuevo en la cama.

—Toma, Dalton. Dime si hay que echar más azúcar. Sólo he puesto un terrón.

Diddy le quitó la taza de la mano, probó el café:

—Está muy caliente -dice, sombrío.

—¡Tonto! Claro que está caliente. Espera a que se enfríe.

De pronto a Diddy se le llenan los ojos de lágrimas.

—Hester, ya no soporto esto.

—¿El café?

—¡Por los clavos de Cristo, escúchame, mírame!

Sí, quiere que le mire, aunque no le vea. Que le mire hasta arañarle la cara, hasta obligarle a bajar los ojos. Pero lo único que hace Hester es volver la cabeza. Cuando la inclina, al cabo de un instante, para beber en la taza, Diddy siente una convulsión de rabia tal que arroja la suya contra la pared. Gran estrépito.

—¿Qué has roto, además del tazón? — pregunta Hester sin alborotarse. —
¿La fotografía de Greta Garbo?

—¡Sí, maldita sea! ¡Demasiado lo sabes! Lo sabes por el ruido ¿verdad? (Diddy se echó a llorar y a reír al mismo tiempo.) Y no tienes... no tienes idea de quién es Greta Garbo.

—Dalton, haz el favor, cálmate. A ver ¿qué te pasa?

Hester puso el tazón en el suelo, le agarró por los hombros y le recostó sobre la almohada. Luego metió la mano bajo la sábana y empezó a acariciarle el pecho. Diddy la rechazó, se incorporó violentamente.

—¡Por Dios, Hester! ¡Deja de tratarme como a un niño con rabetas!

—Eso es lo que eres.

Hester se levantó, dio la vuelta a la cama. Diddy empieza a calmarse.

—Bueno, lo soy. Pero me queda un retazo de hombría, y es a ese hombre a quien quiero que escuches. Al hombre a quien no haces caso. ¿Me entiendes?

—Te escucho.

Qué lejos está.

—Primero, acércate. Junto a mí. Aquí en la cama.

Hester vuelve a sentarse a su lado.

—Te escucho.

¿Se puede hacer algo? Diddy lo intentará. Equilibrar la rabia, el desasosiego y la desesperación.

—He dicho que te escucho.

—Ya te he oído. Pero es difícil... Estoy furioso, y sé que no estoy furioso por tu culpa.

—Dalton, te lo ruego, enójate. Deja ya de pelear contigo mismo. Si te preocupas por mí, no te preocupes. Yo lo soporto todo.

—¿Te acuerdas de lo que dije cuando me interrumpiste, cuando hervía el café? ¿Te acuerdas, Hester?

—Perfectamente. Dijiste que no estabas enfermo por motivo físico, sino porque tenías miedo.

—Muy bien. ¿Qué me ibas a preguntar tú entonces, con cariñosa solicitud? ¡Tu parlamento, por favor!

Expresión dura y sombría en el rostro de Hester. Diddy repiquetea los dedos, ansioso:

—¡Pronto, pronto!

—Dame otra vez la entrada.

Diddy casi se echó a reír. Era inútil tratar de vencerla, o de humillarla. Había que ser paciente.

—Mi entrada: tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—¡Bravo!

—Este juego no me gusta.

—¡No es un juego, Cristo!

—Sí, lo es... Juguemos. Quiero jugar. Mira.

Se lleva las manos a la cara, como los que tienen vista. Se aparta el cabello de la frente, se arregla los anteojos, borra su expresión ceñuda.

—¿Miedo de qué?

Diddy nota que Hester se esfuerza por endulzar el tono. Pero queda en su voz un eco metálico que no se puede ocultar. ¿Por qué está tan enojada? Es natural que una mujer busque fuerza en un hombre. Aún más natural en Hester, ya que, condenada a la ceguera, necesita un apoyo excepcional. Pero, a pesar de su defecto, ella también es fuerte. No tiene derecho a sublevarse contra la confesión de debilidad que Diddy acaba de hacer. ¿Acaso no es capaz de compasión?

—¿Miedo de qué? — repite Hester.

Diddy quisiera arrojar a un lado las sábanas, saltar del lecho, abrir la sucia ventana y dejar entrar el aire helado. Salir a pasear, aunque no sea más que por los almacenes y los muelles, por la orilla del Hudson cuajado de escorias. Tomar el tren y alejarse de la ciudad. Subir a un barco y abandonar el país. Para siempre.

Pero eso sería una mentira. Y el cuerpo de Diddy no puede mentir, no puede conducirlo (ahora) a ningún lado. Ni siquiera a la ventana.

Una vez más:

—¿Miedo de qué?

A Diddy casi se le había olvidado. Sorprendido, barbotó:

—No sé... De la verdad, supongo. ¿No es lo que teme todo el mundo?

—Dalton, no te entiendo.

—¡Sí me entiendes! ¿Por qué dices que no?

¿Es éste el lado opaco de Hester que él esperaba descubrir, que temía encontrar? ¿La manifestación de su energía destructiva? Dura y densa como una muralla.

—Sé que me entiendes tan bien como me entiendo yo, o mejor aún.

Como si (ahora) el ciego fuera él, y estuviera a merced de la bondad de otro. Diddy se desprecia por este tono mendicante, pero tiene mucho miedo.

—¡Hester, no me abandones, no me encierres!

—Pero Dalton, de verdad, no te comprendo. Ni debes exigirme que te comprenda. ¿Te acuerdas de lo que te dije al salir del hospital, en el parque? Dije que tu verdad era diferente de la mía. Eso no ha cambiado.

—Me acuerdo, me acuerdo -dice Diddy, impaciente-. A veces creo que lo entiendo. Otras veces, no. Y te odio por haberlo dicho, por aferrarte a ello. Pero mira, no volvamos a reñir. No creo todo lo que has dicho; aun suponiendo que así sea, me puedes ayudar. La gran diferencia que hay entre nosotros es que tú no tienes miedo de tu verdad, y yo... yo estoy aterrorizado de la mía.

Hester apoyó la cabeza en el pecho de Diddy. ¿Por qué no habla?

—¡Ayúdame, Hester!

—¿De qué tienes miedo?

—Creo... creo que tengo miedo porque debo hacer algo, algo que no hago. Si me estoy pudriendo en esta maldita cama, es precisamente para no hacerlo.

—Pues levántate y hazlo.

—¿Vendrás tú conmigo?

Hester dijo que sí.

A tiempo. A las diez y cuarto de la mañana, el correo de Cherry Valley brotó de la salida norte del túnel. Un tren pequeño, raquítico, ruidoso, que daba una impresión de bastante menos fuerza que el Pirata. Cuando se recordaba el sereno hermetismo de la potente diesel del Pirata, el humo que salía de la chimenea de este tren parecía un símbolo de infinita debilidad.

En el talud, a unos metros de la vía, Diddy observa y escucha; Hester escucha. El último estremecimiento del convoy se disuelve bajo sus pies. (Ahora) la tierra vuelve al silencio. Ayer nevó. Los campos llevan una ligera capa de nieve; en los carriles y durmientes de las dos vías brilla un hilo de hielo. Pero Diddy y Hester no tienen frío. Hace sol, y la temperatura debe de andar en los veinte grados, cosa rara para fines de enero.

Según el horario de trenes que Diddy ha consultado, y que en este momento saca del bolsillo para revisarlo una vez más, el próximo tren que pasa por el túnel los jueves no llegará hasta las once y doce minutos. Queda casi una hora, y Diddy calcula que les llevará quince minutos dar con el

sitio donde se detuvo el Pirata. Con otro cuarto de hora para regresar, hay tiempo de sobra. Diddy no piensa demorarse mucho en el túnel. No necesita más que unos minutos.

Diddy y Hester, del brazo, penetraron en la oscuridad, cautelosamente. Diddy ha traído una linterna de seis voltios, pero su luz no es suficiente para disipar las tinieblas. Como no lo era el diminuto rayo de la linterna de bolsillo que Diddy llevaba en aquella otra ocasión. El túnel sigue siendo, en esencia, iniluminable. Además, Diddy ha adquirido en estos últimos meses una relación mucho más compleja y suspicaz con la luz. Quizá la ineficiencia de la linterna se deba a que no le sirve más que a él. No hay luz que ayude a Hester a ver mejor; con o sin lámparas, el túnel le parecerá oscuro. Pero Hester y Diddy han creado una simpatía tan profunda que él ya no se distingue de ella en ciertas cosas: en la oscuridad, en este túnel, por ejemplo. Por más que Diddy debería recordar que los brillantes campos invernales que se extienden a ambos lados de la vía son también tinieblas para Hester.

El túnel es fresco y húmedo, con un olor denso a petróleo y a piedra mojada. Siguen caminando, Diddy por delante. "No te preocupes, amor. Veo por dónde vamos". Pero es él quien se preocupa. Hester y él son los dos niños del cuento de hadas, perdidos en el bosque. Él, por ser el varón, tiene que ser más fuerte y valeroso; debe tranquilizar a su hermanita, que llora de terror; debe guiarla y cuidar de ella. Aunque al final, recuerda Diddy, es la niña la que resulta más sensata y eficaz. Mientras su hermano cae en poder de la bruja, que le encierra y le ceba para comerle, la niña logra conservar parte de su libertad, más por astucia que por fuerza, y es ella la que acaba salvando al niño.

Diddy trata de ser fuerte y astuto.

Además, el túnel no es sólo un lugar terrorífico y amenazador. Esta vez ofrece una familiaridad tranquilizadora. La ventaja de hacer las cosas más de una vez. Entrar en el túnel es como volver a casa.

La oscuridad es también un elemento conocido. Después de haber vivido con Hester varios meses, Diddy se siente rey de todos los rincones tenebrosos. Podría seguir andando sin alumbrarse. Para hacer la prueba, apaga un momento la linterna. En efecto, la diferencia es mínima. ¿No ha tenido siempre Diddy un magnífico sentido de la orientación? Pero no

quiere presumir, ni bromear con lo grave del caso, y decide encender la luz de nuevo.

Chapotean (ahora) en una fila de charcos. Diddy no se preocupa, porque lleva gruesas botas chaveteadas, pero a Hester se le estarán mojando los pies.

—Querida, déjame llevarte en brazos. No estás vestida para esto. Deberías haberte puesto zapatos sin tacón y pantalones. ¡Qué tontos hemos sido en no pensarlo!

—Estoy perfectamente.

—¿Seguro?

—Sí. Lo que no me gusta es este olor.

—Petróleo diesel.

—Y otra cosa. ¿No la hueles tú?

Diddy sí percibe otro olor, que no acierta a identificar.

—¿Tienes frío?

Diddy el Solícito. Como él empieza a tenerlo, se da cuenta de que Hester no trae más que un vestido ligero bajo el abrigo.

—No. El frío no me molesta.

Diddy iba a decir otra fineza cuando oyó un sonido que no era el de sus pasos. ¿El rumor de un tren que se acerca? No, gracias a Dios. Un repiqueteo sordo.

—Hester ¿has oído? — preguntó Diddy, apretándole la mano.

—Sí.

No tan bajito, amor. Tienes que hablar más alto que el retumbar del corazón de Diddy. (Ahora) escuchan los dos con atención, procurando caminar sin ruido y sin reducir el ritmo de la marcha.

—Dalton, tengo miedo. (Diddy le aprieta la mano aún más fuerte.) De verdad, quiero volver.

Diddy no sabe qué le alarma más: el indescifrable repiqueteo, (ahora) más claro y rumoroso, o la ansiedad de Hester con sus posibles consecuencias. Que le obligue a volver atrás, o que le deje solo.

—No me pidas que vuelva contigo. Sabes que no te dejaré ir sola, y tampoco quiero seguir por mi cuenta. Confía en mí. Quédate conmigo, por favor.

Hester no contesta. Pero tampoco se detiene, ni va más despacio. Ojalá signifique su silencio, y la seguridad de su andadura, que quiere continuar.

Claro que puede cambiar de opinión en cualquier momento. El miedo puede imponerse. Y si Hester decide echarse atrás, lo hará. Diddy no podrá impedirselo, ni disuadirla; tendrá que recurrir a la fuerza. Sabe que tiene miedo. Lo peor es que también lo tiene él.

Ya no hay duda: el ruido crece. El que lo produce o lo que lo produce debe de estar muy cerca. De pronto el túnel deja de ser un ámbito familiar. Ni conocido, ni conocible. Diddy empieza a dudar de haber estado en él antes. Lo único que percibe es lo que tienen en común todos los túneles del mundo: espacio largo y cerrado, aire fresco y húmedo, oscuridad, piso de tierra dura, vías desiertas. Y un amortiguamiento de todos los sonidos: casi un eco.

Sólo tiene este túnel una característica peculiar: la vía se tuerce en curva. Y aunque no hay un tren anillado que dé el índice de la curvatura, Diddy está convencido de que es más pronunciada que la de la vía anterior.

(Ahora) Diddy vislumbra una luz. No una luz directa, sino una aureola que se filtra de las paredes, más allá de la curva. Para cerciorarse, apaga la linterna. "Veo luz", susurra. Hester no responde. Entonces Diddy enciende, vuelve a apagar y se engancha la linterna en el cinturón.

Un minuto más, y de repente la nueva luz y la persona que trabaja en su resplandor aparecen a la vista de Diddy.

Se trata de una armazón de hierro, de brazos desiguales, que cuelga del techo y contiene una docena de focos sin pantalla. Un hombre alto y moreno se ocupa, al parecer, en reparar la vía. Desde lejos, Diddy observa que el hombre va vestido casi igual que Incardona. Botas, pantalón de dril, camiseta. Sólo se distingue en que lleva un mandil de cuero hasta las rodillas, anudado al pescuezo.

—Veo a alguien -murmura Diddy.

—¿Es el guardavía? — pregunta Hester.

La pregunta se le cae encima como una losa de mármol. Pesada, sorprendente, opresiva. ¿Cómo puede darse una mala interpretación así? Como si Hester creyera que este hombre es el mismo de quien Diddy le habló ayer, antes de que salieran, cuando le contó de nuevo toda la historia, sin omitir el recorte de periódico y la entrevista con la viuda de Incardona. Como si todavía no le hubiera entendido. O, con mayor probabilidad, todavía no le creyera.

—Es otro hombre -dijo Diddy, sin atreverse a hablar más.

(Ahora) ya están casi a su lado. En la cara y el tipo, este individuo se parece, en efecto, a Incardona. Y lo más raro es que también se afana en dismantelar una barrera que corta la vía. Pero esta obstrucción es de material distinto: adoquines rectangulares y grisáceos, de piedra de cantera o de cemento. La tarea parece estar casi acabada.

Con el brazo en torno a la cintura de Hester, Diddy se acerca al hombre, que con un martillo y un escoplo ataca las rendijas de argamasa que unen los adoquines. Diddy siente un extraño vapor en la cabeza. Por mucho que quiera negarlo, la semejanza que hay entre Incardona y este operario es diabólicamente estrecha: la misma edad, estatura, complexión, los mismos rasgos burdos. ¿Serán hermanos? Otro Incardona, algo más joven o más viejo, que también trabaja en el ferrocarril y que se llama Charlie. El que sean hermanos está al menos a un paso de distancia de ser éste y aquél la misma persona. No, no: es absurdo. Vuelve a mirar. Diddy trata de agarrarse a las diferencias: éste no lleva una lamparilla en la frente, y sí lleva un mandil de cuero. Su tarea no recuerda la de un minero en la galería, sino, por la apariencia y el estilo de trabajo, la de un curtidor. O un herrero en la fragua. O, remotamente, un sepulturero.

—¿Qué ves? — cuchichea Hester,

Diddy se horroriza. ¿Por qué se toma Hester la libertad de hablar, aunque sea en voz baja? Atento a su trabajo, el hombre no los ha oído acercarse. Por eso no ha mirado hacia ellos, no ha reconocido su existencia. Pero (ahora) que Hester ha puesto fin al silencio, la absorción del operario en su labor adquiere un sentido mucho menos inocente. Ya sabe que hay un hombre y una mujer a su lado; si no se fija en ellos es porque se propone deliberadamente no hacerles caso.

Diddy había concebido la descabellada idea de que si no hablaban permanecerían invisibles. Al hablar Hester, los ha descubierto.

Pero descubierto, ¿a qué? ¿A una situación desagradable, quizá peligrosa? Depende de la persona con quien van a tratar.

¿Está dispuesto Diddy a aceptar que este hosco trabajador es el propio Incardona? Sí, al grado en que puede aceptarse el absurdo. Aunque no hayan argumentos que le convenzan, que apacigüen sus dudas, Diddy ha llegado al borde de la creencia. Más aún: ha penetrado en el cráter. Ha cobrado carta de residencia entre los imposibles. Ha recorrido el circuito de todos los lugares que no caben en el mapa.

Para expresar en términos algo menos radicales su capacidad de creer, digamos que Diddy cree dos cosas incompatibles. Cree que Incardona vive y que Incardona ha muerto. Lo cual no es mucho más difícil de aceptar que otra paradoja paralela: que Diddy vive y que Diddy murió.

Ésta es pues la actitud de Diddy, en su forma menos extremada. Cree y no cree que este hombre es su antigua víctima.

Con tanto refinamiento de afirmación y duda, es difícil contestar a la pregunta de Hester de manera sencilla y directa. Vale más esperar y observar.

Gruñendo de satisfacción, el obrero cesa de picotear los empalmes de argamasa. Se inclina sobre un bolsón de lona que hay en el suelo y saca otra herramienta, un mazo enorme. Luego se pone de puntillas, blande el mazo y lo descarga con fuerza sobre lo que es (ahora) la hilera superior de adoquines. Estremecida por el golpe brutal, Hester da un leve grito. Diddy le tapa la boca con la mano.

Se ha desprendido otro adoquín, y el hombre lo arranca con ayuda de la barreta de uña. Silbando sin melodía, agarra el derrotado trozo de material y lo deposita en el montón que ha ido formando en un rehundido del túnel. Al volver a su trabajo, mira fríamente a Hester y a Diddy. Sin decir palabra, sigue silbando.

—Perdóname, amor. Quiero pensar por ti y por mí, pero si cedes al miedo me confundes y ya no pienso.

El guardavía ha oído quizá lo que ha dicho Diddy, porque alza la cabeza y sonrío. Huele y resuella como un animal.

Hester está apoyada en el costado de Diddy. (Ahora) trata de enderezarse, y descubre que tiene el tacón trabado entre un perno y el riel. Al soltarlo, casi se cae.

—¡Cuidado! — grita Diddy.

El trabajador se echa a reír.

—Dalton, ¿por qué se ríe?

—No sé -dice Diddy-. Quizá por matonería, para intimidarnos.

—¿Está muy lejos?

Aunque se lo ha dicho al oído, es posible que el otro lo haya captado.

—Agárrate a mí -murmura Diddy.

—¡Agárrate a mí! — dice el operario con voz bronca, recia.

¡Por fin! Es un alivio que las cosas emprendan su curso.

–Conque te decides a empezar a hablar, ¿eh?

–Contigo no sé si hablo -dice el obrero-, pero la señorita... ¡ah! la señorita es algo muy distinto.

–¡Dalton!

–¡Dalton! – remeda el guardavía.

Diddy ya está furioso. El hombre se ha puesto aún más insolente que la otra vez. Grosero y amenazador. Pero (ahora) todo ha cambiado: Diddy no está solo. Incardona no parece prestarle mucha atención. Se desentiende de él como adversario; apenas le mira. Esta vez es a Hester a quien va a atacar. En sus burdas facciones no se dibuja el desprecio, como antes, sino la lujuria. Hester, naturalmente, no lo ve. Diddy tendrá que ver por los dos. Tendrá que protegerla, más allá de sus escasas energías, contra las bestias que han invadido el mundo. Diddy el San Jorge.

El obrero se acerca. Diddy aprieta a Hester contra sí y empieza a buscar sus armas.

Incardona ha menospreciado el valor de su contendiente. Esta vez se enfrenta con un Diddy avezado al combate, bautizado en sangre, tembloroso de odio. Diddy suelta a Hester.

El otro avanza, tan confiado en su superioridad física sobre el débil y enfermizo Diddy que ni siquiera lleva un hacha en la mano. Pero Diddy, que se ahoga de furia y de desprecio, no va a ponerse en plan caballeroso, aunque este encuentro sea en cierto orden un combate de honor. Diddy se agacha, empuña la barreta y corre a escudar con su cuerpo a la atemorizada Hester.

–Quieres jugar ¿eh? – ríe Incardona, con un gesto de alusión al arma.

–Da otro paso -grita Diddy-, y verás si es juego o no.

Diddy se siente fuerte, invencible, como de piedra.

–¡En guerra y en amor todo se vale! – vocea el obrero.

Tiene que pegar un salto de costado para esquivar el barretazo de Diddy, que se pierde en el aire. Con la fuerza del golpe frustrado, Diddy casi se va de bruces, o se hiere en las rodillas con la barra.

–¡No, no! – gime Hester.

Incardona le ha manoseado los senos, pero (ahora) se aleja, danzando como un boxeador.

–¡Hester! – grita Diddy.

No se atreve a mirarla por no perder de vista a su enemigo, pero quiere saber si está bien, si el hombre la ha lastimado.

—¡Dalton, no le mates!

Diddy no entiende esta exclamación, o mejor dicho, no la oye, porque se mezcla con un batiboleo de borrosas exhortaciones, como "¡oye!" y "¡despierta!" y "¡ya traigan el oxígeno!"

Además, Diddy quiere matar. Tiene que matar. No puede arrepentirse. O matas lo que odias por encima de todo, o te expones a que te mate a ti.

Aunque Incardona está inerme, la tarea de Diddy no es fácil. Diddy comprende que no podrá vencer si se lanza de cabeza contra su adversario: éste es demasiado ágil, a pesar de su tamaño y musculatura. Diddy tendrá que recurrir a la astucia. Con los dedos dormidos aún por el golpe anterior, aferra firmemente la barreta. Grita: "¡Hester, tírate al suelo!" Incardona deja de brincar y mira a Hester una fracción de segundo. Lo suficiente para que Diddy descargue el arma sobre su cabeza.

Con un rugido horroroso, Incardona se echa las manos a la cara, se tambalea, gira, dobla las rodillas, cae en un quebrantado montón. Su cabeza destrozada escupe sangre, masa encefálica, esquirlas de hueso y algo que parece agua sucia. Esta vez sí que no hay duda. Diddy le ha asesinado. No hace falta que venga el tren a rematarle. Fue un golpe de frente, y más enérgico, mejor apuntado. Diddy mira al hombre destruido en el piso del túnel, y se felicita. Por brutal que sea su júbilo, Diddy logra triunfar con él de sus escalofríos de horror y de repugnancia.

Por fin, por fin, piensa. (Ahora) está muerto de verdad. Como la primera vez lo hice sin ganas, tuve que volver hoy a hacerlo bien.

A sus espaldas, Hester gimotea. Diddy se vuelve y la ve en cuclillas, cabizbaja, manchada de aceite, de barro y de salpicaduras de sangre de Incardona. Diddy suelta la barra, se arrodilla junto a Hester, la abraza. Ha olvidado por completo lo que supuso que era su grito de pánico, de terror por su vida: "¡Dalton, no le mates!"

¿Se habrá dado cuenta Hester de que el duelo ha terminado? ¿De que Diddy ha salido incólume y vencedor? Diddy la besa en las mejillas, los labios, el cuello.

—Me viste -murmura-. Esta vez me viste.

Pero Hester no parece comprender. No comparte la euforia de Diddy, su obstinada exultación. Al contrario: parece abrumada de dolor. Se arranca al

abrazo de Diddy, se pone en pie, rechazando el intento de él por ayudarla. Con furioso ademán se sacude la ropa, golpea el suelo con los pies para quitarse el lodo de los zapatos. Diddy, asombrado, se levanta también:

—¿Qué pasa, amor mío? ¿Por qué te enojas? Ya ha acabado todo: tú lo has visto.

—¡No, no lo vi! — dice agriamente-. ¡Y tú lo sabes! (Pausa.) Pero, si de algo te sirve, te diré que te creo.

—Tú estás pensando en algo más -dice Diddy, agitado-. Algo que no me dices.

—Ya ha pasado -dice Hester-. Y además no importa. Hiciste lo que tenías que hacer.

—¡No te entiendo! — grita Diddy-. ¡No estamos hablando de lo mismo!

—De lo mismo. Ya te lo he dicho. Te creo.

Diddy no se explica por qué Hester muestra (ahora) esa fría severidad. Ni por qué le niega a él su aplazada vindicación.

—No es bastante -insiste, torvo-. Tienes que verme.

¿De qué sirve un testigo tan distraído y deficiente? De nada. ¿Tendré que volver a matar al hombre?

—¡Pero no puedo! — grita ella histéricamente-. ¡Sabes que no puedo!

Diddy tiembla de ira. Acaba de salvarle la vida a Hester, de salvar la suya propia. Y sobre todo, ha logrado reunir las dos verdades, uncirlas al mismo yugo, aun por la fuerza. Y en respuesta a este triunfo, ¿qué hace Hester? Arrojarle a la cara la fórmula arbitraria de su ceguera. Diddy no se resigna.

—¡Quiero que me vean! — grita.

Con este grito, algo cede dentro de él. Su cólera, quizá. Siente que los nudos de su cuerpo se desatan, las fibras endurecidas se disuelven, los nervios en tensión se aflojan. El aire parece aclararse; el olor del ambiente es menos pútrido. Y más tibio. Diddy no se atreve a mirar a Hester, y mira una vez más al hombre desplomado: de su cráneo hendido escurre todavía una impureza acuosa. Pero a Diddy no le parece esto ni terrorífico ni nauseabundo. Estas reacciones supondrían que Diddy entiende lo que ve, y lo que ha hecho.

(Ahora) todo es distinto. Este acontecimiento se arroja en ondas de novedad.

¿Cómo puede ser eso? No es la primera vez, sino la segunda.

Diddy sabe la solución. No reside en una idea, sino en un acto. Tiene que acostarse con Hester. Aquí, en este momento. El amor es la etapa suplementaria. La secuela de sus asesinatos. Los dos, amor y muerte, van siempre juntos. Pero no de la manera que Diddy había creído. Antes, la unión con Hester era el perdón, o la recompensa, de su acto culpable. (Ahora) Diddy se pregunta si no tendrá que matar al guardavía en cada ocasión en que debe renovar su capacidad amorosa. El rasgo de violencia es el prelude a la consumación del amor. Si así es, el amor es la meta de Diddy, y no su narcótico. La violencia queda destituida: sólo sirve para preparar el terreno. Pero, ¿por qué da Diddy tantos rodeos?

Tiende su chamarra y suéter entre las vías, a dos metros del cadáver de Incardona. Se quita las botas, y obliga a Hester a echarse en el suelo con él. La abraza, y al principio ella no responde; permanece inerte. Tan entusiasmado está Diddy, tan seguro de su deseo, que no duda de provocar el de ella, de elevarla a su nivel. Empieza a acariciarle los senos; luego le mete una mano entre las piernas mientras con la otra le alza el vestido hasta la cintura. Sí: Hester comienza a amarle de nuevo, a pesar suyo. Diddy se baja hasta las rodillas el pantalón y el calzoncillo y se desliza sobre el cuerpo de Hester. Ella va reaccionando, aunque tiene la cabeza vuelta de perfil, de modo que a Diddy le es muy difícil besarla en la cara. Sus movimientos empiezan a enlazar: sin deshacer el ritmo, Diddy le afloja el sostén por detrás y le alza el vestido aún más arriba. Luego, de un puntapié, se quita del todo los pantalones y penetra en la carne dulce y húmeda. No es más que la primera etapa, y ya el placer de Diddy es más agudo e imperioso que en cualquier otra ocasión, incluso la primera. Hester debe sentir lo mismo, porque (ahora) le acompaña en todo, aunque todavía aparta la cara, encubierta por los anteojos. Llegan al orgasmo, y no les basta. Cada cual tiene que ofrecerle al otro las partes de su cuerpo, una por una: sexo, manos, labios, rodillas, cabello. Gritan, cantan, gimen, ríen, jadean, vocean obscenidades: un conjunto de urgentes sonidos que Diddy nunca ha oído proferir. Diddy y Hester son dos bestias que nunca se han ayuntado. Tratan de permanecer encima de las prendas de Diddy, pero pronto ruedan por el suelo, rompiéndose la ropa que aún les queda puesta, manchándose de porquería, raspándose la piel. Todo es parte del mismo magma de sensaciones, en el que se confunden el placer y el dolor. Vuelven a hacer

crisis juntos. (Ahora) Diddy se siente perdonado de verdad. Brota de su esqueleto frágil y exhausto como una criatura marina de su concha.

Hester se le cae de los brazos. ¿Estará desvanecida? Con ansiedad, Diddy le pone la mejilla en el pecho y escucha su respiración. Es la inhalación y exhalación regular, medida, de quien se ha hundido, sin fuerzas ya, en un profundo y necesario sueño. Gracias a Dios. Que descanse. Diddy le sube el calzón hasta la cintura, le baja el desgarrado vestido, mete el sostén de algodón en el bolsillo del gabán, empuja sus brazos desmayados por las mangas y le abrocha todos los botones. Luego la lleva en vilo hasta el nicho del túnel, y allí la coloca, sentada, en el umbral. Contra la pared, junto al montón de adoquines de piedra que habían formado parte de la barrera.

Se le ocurre entonces que puede ser peligroso dejar a Hester aquí. Sería mucho mejor sacarla del túnel y echarla en el talud. Él volvería luego al túnel.

Pero Diddy tenía miedo de salir. Quizá no pudiera o no quisiera volver a entrar. Hester sólo tiene que quedarse aquí un ratito. Diddy debe explotar un poco más allá, mientras le dura la curiosidad, el bienestar físico y el entusiasmo orgástico.

¿Habrá que mover también a Incardona? No, hombre, no; que se pudra el cabrón en su salsa.

Diddy debería vestirse antes de seguir adelante. Pero siente aversión por sus ropas arrugadas y rasgadas, salpicadas, como las de Hester, por la sangre y el jugo cerebral de Incardona, y de remate sucias de barro, grasa, polvo, sudor y sexo. Naturalmente, Diddy se las pondrá si tiene frío. Pero, cosa rara, no lo tiene. No sólo no lo tiene, sino que está acalorado y casi sofocado. ¿Fiebre? No importa. Lo que importa es que, por (ahora), no tiene ganas de vestirse.

Sus prendas pueden ser mucho más útiles. La cabeza de Hester, que Diddy había apoyado en la pared del albergue, se ha torcido en una postura que debe de ser incómoda. Y el muro de piedra le hará daño en la espalda; le dolerá cuando se despierte. Diddy hace un lío con sus botas, pantalón, camisa y suéter: inclina hacia adelante un momento a la adormecida muchacha y le encaja el bulto a manera de almohada. Luego la arropa con su chamarra, como con un cobertor. ¡Muy bien!

¿Y por qué no quitárselo todo, de una vez? Diddy se agacha, se quita los calcetines. Luego la camiseta. Coloca esto al lado de Hester.

Y ya está en libertad de ponerse en marcha.

Diddy pasa una pierna desnuda, y después la otra, por encima de la barrera desmantelada a medias. ¡Lo que suponía! Al otro lado del parapeto no continúa mansamente el túnel con sus vías: las vías acaban a unos veinte metros. Más allá, las paredes del túnel se ensanchan. Se ensanchan más y más.

Es lógico. "Hay otro mundo, pero dentro de éste."

Ya no va Diddy por un túnel sino por una larga y ancha y húmeda galería. Una vez más piensa en una mina. Sólo que este recinto está brillantemente iluminado por poderosos focos, encajados en casquillos que sobresalen de la pared sin ventanas, a corta distancia unos de otros. Esta iluminación es lo bastante fuerte para producir un perceptible aumento de temperatura. Si no, ¿cómo se explica que Diddy pueda pasearse desnudo a fines de enero? No puede ser tan sólo por el clima peculiar de la galería, por su curiosa y termógena humedad. Sea cual sea la causa, Diddy siente calor. A veces demasiado; ojalá hiciera aquí algo más de fresco.

Diddy, desnudo, goza de un bienestar enterizo y continuo. Los estrechos dedos de sus pies de alto empeine se agarran bien al polvoriento piso de piedra. Sus testículos se bambolean en el aire tibio y rebotan agradablemente en sus muslos. Al andar, columpia sin esfuerzo los brazos, afloja los hombros, lleva alta la cabeza. Toda su piel parece recubierta de una fulgurante suavidad, como bañada en un sueño profundo.

La clara y agresiva luz de esta galería no deja lugar a dudas en cuanto a los detalles que la constituyen. Ni en cuanto a sus notables diferencias con el túnel. El túnel tenía piso de tierra endurecida; este ámbito lo tiene de piedra gris, perforada a intervalos de diez metros por coladeras cuadradas, tapadas con gruesas rejillas de hierro. Las paredes también son de piedra gris.

Diddy esperaba encontrarse en cualquier momento con un guarda vejete, adormilado en un sillón de enea, que le diera instrucciones, que le orientara. ¡Qué bien se imaginaba a este digno funcionario! Un hombre de unos sesenta años, descuidado, mofletudo, con barba de tres días y un lobanillo en la frente. Uniforme de sarga azul, lustroso por la edad; camisa sucia, de puños deshilachados. Bolsillos llenos de envolturas de chile,

timbres matasellados, boletos rotos, arrugados pañuelos de papel. Sí, un hombre panzudo y reumático que se vuelve todas las noches a su cuartucho, a su colchón de pelo de caballo, a dormir a la sombra de la foto de su difunta esposa. A un guarda así, reclinado en su sillón contra la pared, hubiera querido preguntarle Diddy: ¿Dónde estoy? La perezosa respuesta bastaría, sin duda. Diddy no espera informes muy precisos. Se conforma con lo que quieran darle. Pero a pesar de sus modestas exigencias, no encuentra a nadie: ni conserje decrepito ni persona que se le parezca; ni al principio de la galería ni en su curso. Lo único que encuentra es un sombrero de paja, tamaño 7-¾, al borde de una de las coladeras. Un sombrero que quizá haya pertenecido a un hombre como el que él se imagina.

La larga galería está prácticamente desierta, a no ser por varios artículos sin valor, que Diddy descubre de vez en cuando, perdidos en estas grandiosas dimensiones. ¿Perdidos de verdad? ¿O abandonados? ¿O escondidos? ¿O colocados en misteriosa secuencia para comunicar un críptico mensaje?

Primero, el sombrero citado.

Un poco más allá, pegado a la pared, un aparato de radio marca Zenith, modelo 1930. Todas las lámparas del aparato están fundidas.

Después, un rimero de discos de 78 revoluciones. Diddy se detiene a examinarlos. Pero los discos, todos de ópera, están tan sucios de polvo que Diddy se mancha los dedos y no logra descifrar el nombre de un solo cantante.

Más abajo, un cajón de cocos. Diddy sacó uno, lo zarandeó para oír el regorgoteo del agua. De pronto sintió sed. Con un pequeño desarmador habría podido abrir un coco y beber. Un desarmador como el que tiene en su cuchillo de campaña, del ejército suizo. Lo malo es que el cuchillo se lo ha dejado en el pantalón. En el túnel.

Luego, una caja de cigarros puros. De la marca habanera que tanto le gusta a Reager. Tendría gracia fumarse (ahora) uno, si no están demasiado secos. Pero en la caja no hay fósforos.

A pocos pasos, junto a la pared sin espitas, un tramo de manguera de jardín, color naranja, con boqueras de tres tipos distintos.

Y por fin, unas tijeras de podar, oxidadas; un orinal adornado de grecas curvilíneas en verde, blanco y sepia, y marcado en el fondo con los

símbolos "Minton" y "Nº 12"; un paquete de revistas atrasadas, con predominio de Mecánica Popular y Ciencia y Mecánica; un sobre tamaño oficio, con una docena de fotos de películas mexicanas (hacia 1950, con Dolores del Río); una llanta de automóvil, muy desgastada; una muñequita andrajosa, sin su muñequito; un carrete de hilo crudo; un montoncito de hojas de otoño, apiñadas con esmero; una percha de madera del "Hotel Luna"; una botella vacía de vodka Smirnoff; un tubo de pasta para dientes postizos; una baraja de plástico, incompleta. Diddy cuenta cuarenta y nueve cartas.

Diddy parece haber caído en medio de un universo de cosas insignificantes. Algunas quizá valgan para una colección, suponiendo que existan gustos tan extraños como para coleccionar chismes así. Y aun si reconocemos que este universo no encierra más que cosas, y cosas tan heterogéneas y anacrónicas, queda sin resolver el problema de su distribución. Problema inusitado para Diddy: el exceso de espacio. Si arrojáramos todos estos trastos en una habitación, serían un estorbo insoportable; en un recinto tan vasto como éste apenas si se nota su existencia.

Por lo tanto este universo es también el de la ausencia de las cosas. Fuera de los artículos enumerados, que más que "objetos" son "cacharros" o "desperdicios", la galería está vacía, desnuda. Si cerramos los ojos a lo que cubre las paredes. Ya que lo que le falta a este espacio tan largo y relativamente estrecho en cuanto a muebles y enseres le sobra en la cantidad de letreros pegados al muro. Una infinita e impecable serie de citas y de lemas.

Al principio aparecían a trechos irregulares y a diferentes alturas. Algunos estaban pintados con carbón o con yeso; otros emborronados en cartón, celotex o triplay y clavados o pegados en cualquier parte. Pero cuanto más camina Diddy, más se multiplican los carteles, y más costosos son los medios de producirlos y publicarlos. Unos vienen impresos en pergamino, con iniciales miniadas y adornos en el margen; otros grabados en placas de metal. Y en los estilos de tipografía, dibujo y burilado, es imposible distinguir una tendencia o periodo dominante. Es un surtido ecléctico de escuelas y de valores.

Lo mismo ocurre con los textos, que sólo tienen en común el hecho de referirse, con mayor o menor proximidad, al tema de la muerte. Un revoltijo

de versos, homilías, sentencias y refranes, intactos algunos, otros desfigurados o truncados. No hay en todo este acervo unidad ética, cultural ni temperamental: es como si una muchedumbre escogida al azar hubiese aportado al caudal colectivo el trocito de sabiduría preferido de cada uno de los componentes. Sin intención armónica.

"Más valdría no haber nacido" aparece junto a "La paga del pecado es la muerte". Antes, "orden, calma y silencio". Después, "coged las rosas de la primavera".

Otros que Diddy observó, y que hubiera apuntado de llevar consigo lápiz y papel:

"Desprecio el polvo que soy, el polvo que os habla. Os lo regalo."

"El mundo no le ha prometido nada a nadie." (Proverbio marroquí.)

"Lo que se gana se pierde."

"¿Cuál es, muerte, tu victoria?"

"E dietro le venia sí lunga tratta
di gente ch'io non avereì credutto
che morte tanta n'avesse disfatta."

"Ojos que no ven, corazón que no siente."

"Et in Arcadia ego."

"Lo que hay que preguntar es si hay vida antes de la muerte." (Adagio húngaro.)

"...el que revolcó al perro
que persiguió al gato
que mató al ratón."

"La muerte y los impuestos: lo único inevitable."

"Enkidu, mi viejo amigo,
a quien yo tanto quería;
el que conmigo sufriera
mil trabajos y fatigas,
al destino le ha pagado
el tributo de su vida.
He velado su cadáver
siete noches y seis días;
de entre sus párpados brotan
dos lombrices amarillas."

"Uno se muere cuando le llega la hora."

"Como yo no podía esperar a la Muerte,
la Muerte, amablemente, se detuvo por mí."
"El polvo vuelve al polvo."
"Lo único que siento es tener una sola vida que ofrendarle a mi patria."
"Wir Geretteten
Aus deren hohlem Gebein der Tod schon seine Floten schnitt
An deren Sehnen der Tod schon seinen Bogen strich."
"Lo que no mata engorda."
"Soy lo que fue, lo que es, lo que será. Nadie ha alzado mi velo."
"Más vale ser comunista que estar muerto."
"No tendrá la muerte dominio sobre mí."
"Où sont les neiges d'antan?"
"Los muertos no hablan."
"Esto es como una muerte, que no puede escoger,
sino llorar aquello que al fin ha de perder."
"I went down to the Saint James Infirmary."
"Or discendiamo omai a maggior piéta;
già ogni stella cade che saliva
quand'io mi mossi, e 'l troppo star si cieta."
"La muerte acaba con todo."
"En el palacio del Rey de las Montañas."

Y así, de inscripción en inscripción. Una hartura de sabiduría: sabiduría torpe, inofensiva, anticuada, grosera. Sabiduría intercambiable. Sabiduría de carroña. Los letreros van escaseando. Junto a uno de los últimos, sacado de un sermón de John Donne, Diddy se detiene: está cansado. Apoya un momento su mejilla ardorosa en la piedra fría del muro. Pronto le vuelven las fuerzas, y puede seguir su marcha. Percibe un olor extraño, a lava volcánica y a espuma de mar. Por debajo, otro olor desagradable, como a vómito. Al andar, Diddy arrastra suavemente las yemas de los dedos por las sucias paredes. El eco amortiguado de sus pasos resuena en su cráneo vacío.

De pronto Diddy vio un inmenso arco abovedado. Por él entró en una cámara cuatro veces más amplia, aunque menos larga, que la galería. Más que cámara, antecámara del recinto al que (ahora) se acerca. ¿Habrá otra portalada al extremo de este otro salón? Quizá. Diddy no tiene un campo visual muy despejado desde donde se encuentra. Pero se le ha ocurrido que

tanto la galería como la habitación en que va a penetrar son el principio de una larga serie de estancias subterráneas, que se comunican entre sí.

La estancia en la que Diddy se encuentra (ahora) es cuadrada, alta de techo: una especie de sótano. Si tuviera ventanas, podría ser una iglesia: la iglesia de algún pobre y piadoso país balcánico. Pero evidentemente este lugar no se destina al culto; más bien parece una anchurosa y descuidada cripta funeral. El pasillo por el cual Diddy camina está bastante despejado: a ambos lados se apilan los ataúdes en confusión caótica. Cientos de ataúdes, hasta mil quizá. Torcidos, de punta, tendidos de costado, amontonados uno sobre otro como leños para la chimenea. Como si hubieran rodado al azar hacia esta cámara, o como si alguien los hubiera arrojado a ella en un rabioso, exasperado trance. Nada da la impresión de orden, plan, estructura. En la caprichosa disposición de tantos ataúdes (demasiados, hasta para un lugar tan amplio) se han desdeñado todas las reglas de la economía espacial; si se hubieran respetado, tal vez parecería menor la cantidad de féretros.

Puede que no sea ésta una cripta funeraria común y corriente, en la que se depositan con reverencia los cadáveres para que los visiten los amigos y deudos, sino un mero almacén de cuerpos sobrantes. Así se explica la falta absoluta de cuidados, la ausencia de flores naturales o artificiales, la carencia de tributos y recuerdos que suelen adornar el sitio de reposo de los difuntos. En muchos de los ataúdes ni siquiera hay placa que señale el nombre y fechas del desaparecido. Imposible imaginarse que alguien visite esta cripta. Cualquier pariente o amigo sufriría lo indecible al ver los restos de la persona amada en tan sucio alojamiento y tan desastrosas condiciones.

Porque no sólo están mal colocadas las cajas mortuorias, sino que también se encuentran en pésimo estado de conservación. Diddy observa que muchas de ellas son de madera excelente, pero sea cual sea la madera, caoba, roble, pino, se ha rayado, astillado o resquebrajado. Es más: hay una extraña cicatriz que aparece en numerosos ataúdes: un vaciado circular del tamaño de un peso de plata. En otros, los rayones de los costados son profundos y continuos, como de letra cursiva. Diddy trata de descifrarla: imposible. Donde los ataúdes se pintaron, en lugar de barnizarse o dejarse al natural, la pintura se destiñe y descascara, y a veces es el propio cajón el que se desintegra: los tablones se separan, las tapas se alabea. Diddy, que lleva al aire su tierna humanidad, va avizor a los clavos herrumbrados que

sobresalen, a las esquinas y filos de madera que se erizan al borde del pasillo. También debe cuidarse de las tapas arrancadas a muchos de los féretros y puertas de través, o de las que han rodado por el suelo. Sobre todo cuando Diddy abandona el corredor y se abre paso entre el denso bosque de ataúdes: un clavo puede herirle el pie descalzo; una astilla le puede desgarrar muslo o tobillo.

Hay una ventaja egoísta en esta deplorable situación: Diddy ve lo que hay dentro de cada caja. En las destapadas, basta con mirar. En las que conservan su cubierta, firmemente clavada o asegurada con grapas de bronce, suele haber un ventanito. Diddy limpia el polvo, quita lo que estorba, y se asoma al ataúd. Por lo menos ve las caras.

Los cadáveres son de ambos sexos y de todas las edades. Vestidos de punta en blanco casi todos. Y maravillosamente incorruptos. A veces, la cara y las manos, única carne visible, tienen toda una funda de piel seca y apergaminada. Los rostros son humanos, de raza blanca en su mayoría y de innegables facciones norteamericanas. Son enormemente expresivos, y hasta torturados. Al encogerse la piel bajo la acción de lo que parece un excelente método de embalsamamiento, se producen dolorosas muecas, crípticas sonrisas.

Y no es sólo la piel lo que se mantiene intacto: también el cabello, con un color todavía semejante al rubio, moreno, rojo, gris o blanco del día del funeral. La mitad de los difuntos varones lleva bigote y barba.

Al principio, Diddy se asombra un poco de esta abundancia de adornos capilares. Ni en su generación ni en la de su padre ha habido muchos americanos que se dejen la barba. Pero pronto se da cuenta de que la mayoría de los cadáveres son de hace treinta años, o cincuenta, o cien, o doscientos. ¿Cómo adivina Diddy su edad? No por el color de la piel, que es casi siempre el mismo, moreno cetrino, sino por otras cosas.

La ropa, por ejemplo. A la izquierda, bamboleándose peligrosamente en lo alto del rimero, hay una señora vestida al modo de 1890. Traje largo, de cuello alto; espetera acolchada. A su lado, un caballero siglo dieciocho: peluca empolvada, calzón corto, camisa con guarniciones. Pero la prueba definitiva de la edad promedio de estos cadáveres la proporciona un ataúd en bastante buen estado, de roble pulido, casi sin arañazos: en su tapa firmemente asegurada hay un ventanal de cuerpo entero. Es una niña vestida de rosa, con calcetines blancos y zapatos de charol: según la placa,

Martha Elizabeth Templeton, 1922-1933. La niña no muestra señales de corrupción: por lo menos, Diddy no ve ninguna. Fuera de una leve amarillez, la niña parece viva, dormida. Si a esto añadimos que Diddy no ha encontrado, en su rápido examen de los ataúdes, ninguno tan reciente como éste ni cadáveres de tan fresco y sano aspecto, habrá que concluir que los demás se remontan a fechas anteriores, muy anteriores.

El ataúd de Martha Elizabeth Templeton estaba cerrado, pero la tentación de tocarla era irresistible. Diddy se volvió entonces a otras cajas abiertas y empezó a acariciar cautelosamente los rostros polvorientos y marchitos. La mayor parte de los ataúdes no encerraban más que un cuerpo humano, pero en otros había también algún objeto, favorito o necesario, tótem o utensilio. Junto a un hombre vestido de etiqueta, un fagot. Unas muletas al lado de un viejo de abrigo café y bufanda color crema; cosa rara, el hombre no parece tullido. Quizá se revelará su deformidad si se alza un poco la pernera de su pantalón. Diddy empieza y no acaba: ha vislumbrado de pronto el blancor de la tibia. Más allá, un toque conmovedor: la limpia viejecita de pelo gris que lleva aún su enorme y rosado aparato contra la sordera.

En otras cajas hay dos personas juntas. Dos personas que se han querido tanto como para no soportar la posibilidad de pudrirse por separado. O quizá las familias buscaban ahorrar dinero metiendo a los dos cuerpos en el mismo ataúd. Por un ventano Diddy contempla a una pareja juvenil, aunque reseca, estrechamente abrazada. Al otro lado, una mujer vestida de encaje blanco oprime contra su pecho a una niña pequeñita, de blanco también, imagen reducida de la madre. Diddy acaricia la mejilla de la nena. A la vista, su piel daba la impresión de frescura y lozanía; al tacto, está tan blanda y porosa como el papel de periódico. Tan seca como la del cadáver más antiguo que Diddy ha tocado.

Detrás de un montón de ataúdes que se han derrumbado sobre el pasillo, y que Diddy ha tenido que apartar con pies y manos, aparece de repente un pórtico soberbio. Diddy se detiene, indeciso. Se enjuaga con el antebrazo el sudor de la frente. Se muerde los labios.

La respuesta a la tácita pregunta es negativa. Es menester que Diddy el Disciplinado proceda sistemáticamente, o se perderá. Aquí como en todas partes hay un orden protocolario que Diddy debe respetar. Primero lo

primero. Diddy tiene que explorar, antes de ceder a la curiosidad de lo nuevo, lo que aún no ha visto en esta sala, a ambos lados del pasillo.

Avanza pues otros diez o quince metros y vuelve a penetrar en la selva de ataúdes. Encuentra diminutos senderos para su cuerpo desnudo; donde no los encuentra, trepa ágilmente por encima del montón. Sólo una vez está a punto de caerse, y sólo saca un raspón en la rodilla. Sus esfuerzos, como esperaba, han dado resultado. Ha descubierto una nueva salida en cada uno de los muros paralelos al corredor central. Quiere decir que además de la estancia que se anuncia al otro lado del pórtico, hay dos más, una a la izquierda, otra a la derecha. Todavía queda mucho por ver.

Estos nuevos recintos, también abarrotados de ataúdes, son más chicos que la cripta principal, y en lugar de bóveda tienen un cielorraso de menos de tres metros. Hace calor: Diddy rompe a sudar, con lo cual se siente aún más sucio. Se seca las palmas de las manos, la frente, el bozo, la nuca. ¿Qué puede hacer? En moradas tan desnudas, útiles y prácticas como éstas no habrá un termostato que regule la calefacción: Diddy ya tiene bastante suerte con disfrutar de tanta y tan buena luz como la de los focos que en todas las paredes brotan de armazones de hierro. Aun así, ojalá no hiciera tanto calor. Quizá las altas temperaturas forman parte del método de conservación de los cadáveres, pero si a ellos les conviene, a Diddy no. Diddy, sujeto único en un mundo de objetos. En fin: las cosas podrían estar peor. Feliz capricho el que tuvo cuando resolvió quitarse toda la ropa.

La desnudez mitigará el calor, pero no la tristeza de estas habitaciones. Diddy está totalmente descorazonado. Aunque Diddy no ha visto ratas ni piojos ni otros animales, la suciedad de todo este paisaje es abrumadora. Y no es, en el fondo, suciedad repugnante: no es mugre ni hollín, ni sangre, ni excremento, ni grasa, ni semen. No es desecho industrial. Es el polvo del tiempo. Polvo imperecedero. Polvo espesísimo.

Pero Diddy empieza (ahora) a acostumbrarse a él.

Ha encontrado otra ventaja de haber venido desnudo. Por mucho que le desagrade el contacto de su carne con la porquería y la podredumbre, no tiene que soportar de añadidura la indignidad de ensuciarse la ropa.

Sí, Diddy se acostumbra, no sólo al polvo sino a este nuevo espacio, a su exigente topografía. Va aprendiendo a vencer los obstáculos. Las nuevas facultades que se nos desarrollan cuando las precisamos; ni antes, ni después. Diddy el Vulnerable necesita convertirse, en este mismo instante,

en Diddy el Intrépido. Nunca había sospechado que el túnel fuese tan vasto y complejo, y (ahora) siente vivos deseos de explorarlo hasta el final.

Examinemos pues las dos nuevas estancias.

Los ataúdes que las llenan están tan descuidados y desordenados como los de la cripta. Algunos están hechos pedazos; otros se han venido abajo de lo alto de sus torres y han derramado por las rotas esquinas un brazo o una pierna. ¡Cuidado! NO tropieces con eso. Calaveras separadas de sus parientes, los huesos inferiores. Calaveras como caracolas.

De estas habitaciones se pasa a otras semejantes. Diddy el Desnudo las cruza con rapidez, a paso largo a veces, a veces en carrera suelta y desembarazada. No hay por qué mirarlo todo, cuando todo tiene más o menos el mismo aspecto. Lo único que hace Diddy el Supervisor es observar si la idea general permanece idéntica. Para esto, es necesario echar un vistazo a todos los aposentos. No siempre fácil. Diddy se exaspera cuando la acumulación y el revoltijo llegan al grado de impedirle el paso, de retrasar su marcha. Podría abrirse un camino entre la masa de ataúdes, pero no quiere. Y no porque le falten fuerzas físicas, sino por prudencia, por afán de emplear bien el tiempo. Si a la entrada de un recinto Diddy se encuentra con una muralla de ataúdes que se eleva hasta el techo, Diddy no va a cargar con todas las cajas, una por una, a fin de ver lo que hay al otro lado. Tampoco va a despejar los corredores donde de pronto se alza lo que parece ser el resultado de una avalancha de ataúdes.

En esos casos, no le queda más que una solución: volver atrás. Regresar a la cripta. Empezar otra vez, en línea recta. Mantenerse apegado a la serie inicial.

Diddy reconoce el porvenir.

Diddy explora su muerte.

Cauteloso, diligente, pensativo. Quiere examinar y examinará todas las moradas de esta casa, aunque sea la casa de los muertos.

(Ahora) le parece oír el retemblor de un tren rápido que avanza por la vía. El tren se acerca más y más. Si en efecto se trata de un tren, Diddy no tiene nada que temer. Aquí no llegará; no hay carriles ni los habrá jamás en estas losas de piedra. Que venga pues el tren, rápido o lento. ¿No se alcanza a veces, por la velocidad, la inmovilización?

Diddy se encuentra (ahora) en una cámara tan ancha como la primera y aún más larga. El techo es más bajo y sin bóveda, pero dobla en altura a los

de las habitaciones laterales. Como todas, ésta goza de profusa iluminación, si bien hace más fresco: el sudoroso Diddy lo agradece.

Es lo que podríamos llamar la segunda cripta. Pero ésta es muy distinta de la otra y de sus dependencias. Aquí ni siquiera han encerrado a los difuntos en ataúdes. Todos están de pie, codo con codo, pegados a la pared en tres filas, del piso al cielorraso. Se mantienen en su sitio gracias a dos larguísimas y robustas sogas: una les ciñe el pecho por los sobacos y la otra les oprime las rodillas. No hay en las sogas cortes ni nudos; una vuelta sencilla a cada cuerpo y pasan al siguiente: así a lo largo de cada pared.

Si la segunda cripta no contuviera más que estas tres filas de cadáveres, resultaría notablemente espaciosa y despejada. Por desgracia, aquí también triunfa el desorden; también se impone la superpoblación. Aunque ya están ocupadas de cabo a cabo las cuatro paredes, alguien ha seguido acarreando a la cripta posibles ocupantes, que se hacinan en montones de tres y cuatro al pie de la triple greca humana. Mientras los colocados contra la pared dan la sensación de cierto orden y concierto (en su colocación debe de haberse empleado un esmero especial) los que se apilan en el piso han caído en posturas de lo más desairado. La única regla que parece haberse respetado es la de la orientación: las cabezas hacia la muralla, los pies rumbo al centro. No hay que decir que hasta esa regla se ha violado en numerosos casos.

En resumen: Diddy percibe aquí la misma falta de cuidado que en las cámaras abarrotadas de ataúdes viejos y rotos... con algo más de precaución, ¿no se habrían conservado mucho mejor, mucho más vivos e incorruptos estos cadáveres, ya de por sí admirablemente intactos? Claro que habría que distinguir: algunos de los que aquí aparecen están mejor que los de la otra zona; otros están peor, mucho peor. Hasta donde Diddy puede comprobarlo (estos cuerpos, como los anteriores, están vestidos de pies a cabeza) algunos ni siquiera tienen piel; los que la tienen, en cambio, muestran una dureza y reciedumbre que no se veía en los ataúdes. Allí la piel era blanda y apergaminada; aquí es coriácea, oscura. Con todo, muchos cadáveres la pierden, y enseñan los extremos y aristas de los huesos. Aun así, no hay ningún esqueleto desnudo: todos guardan al menos un retal de pellejo pegado a la osamenta.

También aquí se tuercen en horribles muecas las expresiones faciales. Al encogerse la carne, se arrugan grotescamente las máscaras de cuero.

Además (indudable consecuencia de haber puesto de pie a los cadáveres) muchas mandíbulas inferiores se han desgajado. Los rostros que las perdieron parecen emitir un grito horroroso. Lo que sí conservan casi todas las calaveras de órbitas vacías y bocas desdentadas es el pelo. A veces un mechón; a veces la cabellera entera, aplastada como una peluca sobre el cráneo descarnado. O una barba florida y frondosa adherida a los huesos como el musgo a la peña.

Diddy examina las ropas para averiguar el sexo del cadáver, la época en que vivió y hasta su profesión. El estado y color del cabello también dan una idea aproximada de la edad que tenía la persona al morir. Diddy arriesga opiniones algo descabelladas, pero no puede evitarlo, ya que esta sección los cadáveres no llevan nombre ni fechas de nacimiento y muerte. Quizá haya un libro por alguna parte, un catálogo enorme, enmohecido, donde se identifique a toda la población. Como en un almacén, Diddy empieza a sacar inventario. En esta cripta las existencias son diversas y abundantes. Ambos sexos, edades diferentes, múltiples épocas históricas. El ejemplar más antiguo es del siglo diecisiete: un puritano de sombrero de ala ancha, cuello almidonado, calzón corto y zapatos de hebilla. No lejos, aparecen tipos más recientes. Un banquero de chistera, chaqué y pantalón rayado. Un chiquillo con uniforme de explorador. Una enfermera. Un policía neoyorquino. Y otros aún más modernos: posteriores a la breve aventura vital de Martha Elizabeth Templeton, m. en 1933. Por ejemplo, un soldado con traje de campaña de los años sesenta, y la Estrella de Plata en el pecho. Pero ninguno de ellos, ni de los más recientes, está tan fresco y tan bien conservado como el de Martha Elizabeth. Quizá la niña constituye la excepción a la regla.

En estancias adyacentes, más chicas, Diddy encuentra algo más de orden. Por lo menos, en la colocación inicial de los cuerpos. Aquí hay además un intento de separarlos por especialidades. Los cadáveres se han seleccionado y se han clasificado en grupos y sub-grupos.

Se dedica una habitación entera, por ejemplo, a los niños. También aquí los han almacenado en tres filas; aunque el techo es más bajo, la menor estatura de los niños permite la triplicación. Por primera vez Diddy siente tristeza. Si al menos los chiquillos estuvieran en ataúdes, podrían abrazarse a un muñeco o a un juguete. Así solos, parecen abandonados, olvidados. Sin relación alguna de unos a otros, como si los hubieran capturado vivos para

clavarlos a la pared como mariposas, para que murieran, más que de hambre o malos tratos, de soledad. ¡Esa niña de la segunda fila, con su vestido blanco de primera comunión! El esplendor de la infancia no es, a veces, más que patetismo.

En la sala contigua, los bomberos. De uniforme, con botas hasta el muslo. Muchos llevan aún el enorme casco rojo, de ala ovalada, característico de su oficio. Lo llevan ladeado, no tanto por presumir como por accidente, ya que las cabezas, casi todas descarnadas, tienden a inclinarse o a desplomarse. La tristeza de Diddy se ha disipado. El esplendor de los adultos es agradable o cómico. Estos honrados bomberos parecen satisfechos de sí mismos. Saben a lo que han venido.

En otra cámara están los sacerdotes. Diddy busca al "suyo", al gordito del breviario y la voz suave. Pero en verdad no le sabría reconocer. Todos estos cadáveres sonrientes y vestidos de negro se parecen. Diddy, sin embargo, quiere verlos de cerca. ¿Qué es esto? Los sacerdotes, sobre todo si llevan vestimenta litúrgica, exhiben un volumen que no puede ser natural. ¿Estarán fingiendo? Desgraciadamente, sí. Hasta en este lugar. Casi todos los cuerpos, o esqueletos, mejor dicho, se han rellenado de paja para dar forma al imponente atuendo de ritual, y cuando falla el truco el efecto es risible. Por ejemplo, ese rollizo individuo, ataviado para la misa de réquiem. Por su anchurosa manga se derraman los haces de paja, aun encima de los delgados huesos que componen el único vestigio de su mano y muñeca.

Vienen luego los soldados de la Guerra Civil Americana, con sus uniformes azules y grises, del norte y del sur. Aquí parece ser aún más radical el espíritu de especialización. No sólo se reserva este recinto para los que lucharon en la contienda, sino que, a juzgar por su pelo canoso y escasa estatura, sólo han venido a parar aquí los ancianos excombatientes. Muchos no habrán fallecido hasta estos últimos años. Centenarios, o sobrecentenarios. El desfile luctuoso de la República.

(Ahora) surgen los diversos uniformes deportivos y gimnásticos. A consecuencia de lo que ha visto en el salón de los clérigos, Diddy aguza y afina su suspicacia. ¿Se puede enterrar a una persona, si a esto lo llamamos entierro, con un uniforme al cual no tiene derecho? A todo el mundo le agrada el relumbrón y prestigio de los deportes. ¿Será auténtico ese futbolista cuyas macizas hombreras llegan casi a lo alto de su pequeño cráneo? Quizá cuando corría por los céspedes, vivo y encarnado, tenía ya la

cabeza pequeña. Y ese cártcher de los Gigantes de San Francisco, ¿merecerá en verdad el uniforme y la careta cuyas barras de hierro cubren el rostro largo, contorsionado, casi incorrupto? Diddy se empeña (ahora) en ser testarudo, en no aceptar nada que no le demuestren. Aunque, ¿por qué querrían los difuntos ser otros de los que fueron? Y aun si tal era su última voluntad, ¿por qué habrían de respetársela los parientes? ¿Hay mucha gente dispuesta a hacerse cómplice de una mascarada, sólo para satisfacer la vulgar vanidad de un moribundo?

Diddy abandona pues su política de desconfianza. Resuelve admitir por lo menos la mitad de la evidencia; suponer en los muertos cierto grado de autenticidad. Poco probable es, por ejemplo, que esos basquetbolistas sean falsos. Su estatura lo desmiente. El más grande de todos es un esqueleto de dos metros y medio que viste el uniforme de los Reales de Cincinnati y lleva todavía guarniciones de plástico en las desnudas rótulas.

En un salón vecino se apiñan hombretones cubiertos de dril, de mil rayas, de telas igualmente baratas y fuertes. Aquí sí que no hay pretensiones, piensa Diddy. Granjeros, mozos de labor. También, quizá, trabajadores industriales; soldadores y remachadores de la fábrica de autos; cavadores, porteros, albañiles, mecánicos del teléfono, garajistas, estibadores, etc. ¿No es en este recinto donde debería reposar Incardona? ¿Aquí? ¿Colgado de las paredes de este cuarto bajo de techo y escaso de ventilación? Como si fuera él el funcionario encargado de decidirlo, Diddy vacila. Finge haber encontrado una irregularidad en la solicitud de ingreso de Incardona, o busca algún detalle burocrático que le impida la entrada. ¿Por qué? ¿Porque cree que Incardona merece mejor alojamiento, o porque no quiere compartir con él este reino que ya mira como suyo? Pero no hay que ser tan mezquino. Ni amabilidad mal entendida, ni envidia pueril. ¿Por qué no habría de descansar aquí el trabajador? O en cualquier otra parte. No habrá tomado en serio Diddy este improvisado sistema de almacenar cadáveres, ¿verdad? Y si lo que le anima no es el afán de mantener intacto el orden establecido, ¿qué es? ¿El deseo de venganza? ¿O la vanidad social? Esto no es un círculo de escogidos. Para penetrar en él no se necesita un carácter irreprochable ni una vida superior. El único requisito es estar muerto. Diddy el Demócrata, a pesar suyo. Muy bien: entonces, enterremos a Incardona. Diddy da un paso atrás, mira por encima del hombro hacia el pórtico de entrada. Pero no, no: por nada del mundo quisiera volver al túnel.

Hay allí otra persona, además del muerto. ¿Podría ir alguien en su lugar? ¿Podría brindarse alguien a ayudarlo, a hacerle ese favor o acto caritativo? ¿No hay nadie aquí que quiera ir a buscar el pesado cadáver, arrastrarlo hasta la cripta, izarlo al muro, atarlo con las cuerdas? Suponiendo, claro, que no falte lugar, que el nuevo inquilino quepa entre los otros.

Ya que el espacio va escaseando más y más. Al salir Diddy de la futura residencia de Incardona y entrar en las siguientes, nota lo atestadas que están. También observa que los cadáveres apenas han empezado a pudrirse. ¿Quiere decir esto que es la población de los muertos recientes la que se multiplica? Qué raro. ¿No se mantiene más o menos uniforme el ritmo de defunción? Quizá no. Sea cual sea el motivo, la cantidad aumenta continuamente. Los cadáveres pegados a la pared están más apretados, y a veces en doble fila; los que se hacinan en el suelo forman montones más y más copiosos y ocupan más espacio. Y así una cámara tras otra. La meta inaccesible parece ser no dejar ni un rincón desalojado. Llenar el vacío. Poner la casa en orden. El plenum de la muerte.

¿Qué siente Diddy, física y moralmente, al explorar su futuro, al tomar nota del inagotable contenido de este osario? Incómodo no está; lo único que le molesta es el calor, y (ahora) han empezado a girar en algunos recintos unos viejos y polvorientos ventiladores del techo. En cuanto a estado de ánimo, Diddy se encuentra a las mil maravillas. Podría suponerse que de vez en cuando le invadiera la repugnancia. Pero no es así. Tampoco le deprime la visión de esta muerte infinita. Y el miedo, que sería natural, no le ha acosado en ningún momento. En realidad, ninguna de estas emociones tiene cabida en este laberinto y sus espectáculos. Con todo lo que le impresionaron al principio la aglomeración y la suciedad, Diddy se siente fúlgido, liviano, sosegado, tranquilo.

Bañado en esta sensación tierna, iridiscente, Diddy continúa caminando, aunque (ahora) con más lentitud.

Ha logrado el equilibrio entre el afán de echar a correr y el deseo insidioso de demorarse. Otro conflicto casi imperceptible, resultó de antemano.

A veces, casi sin intención, visita salones que ya había examinado antes.

Y no es que se pasee sin objeto, fingiendo no haberse extraviado. Diddy no es un turista que se lanza a conquistar una ciudad desconocida sin guía

ni itinerario, sino un peregrino que ha recibido amplias instrucciones de sus predecesores. Su calma se debe tal vez a la devoción.

Lo que queda por hacer ya se ha hecho; lo han hecho otros. Diddy, aunque no posee todos los detalles, siente una profunda y familiar confianza. Toda novedad es para él un reconocimiento. ¿Por qué? Sencillamente, porque forma parte de un orden inalterable. Diddy no puede perderse. Ni aun (ahora) que ha entrado en un nuevo medio, en una fase nueva.

¿Cuál es esta fase? Desde cierto punto de vista, Diddy se halla en un escenario panorámico, una especie de exposición teatral. Puede que le inviten a opinar acerca de ella. A menos que se equivoque, que no sea él el juez. En ese caso, la tarea de Diddy consistirá en buscar a otra persona que le examine a él y dicte la sentencia.

Desde un punto de vista diferente, los dictámenes y veredictos no caben en este lugar. La muerte no los tolera. Aquí vienen a dar justos y pecadores, perezosos y esforzados. Diddy se echa a reír. Le han absuelto de la obligación de juzgarse a sí mismo y del deber de calibrar su ambiente.

Ambiente, al menos, interesante como pocos.

Muerte = enciclopedia de la vida.

¿Es ésta la pesadilla de Diddy, o la resolución de todas sus pesadillas?

Falsa pregunta, ya que hay dos pesadillas, distintas si no contradictorias.

Pesadilla primera: dos mundos.

Pesadilla segunda: un solo mundo. Éste.

Un momento. Quizá Diddy ha encontrado la respuesta a esa desesperada reflexión respecto al mundo.

Vida = el mundo.

Muerte = encierro total en el propio pensamiento.

¿Resuelven estas dos ecuaciones el enigma de las dos pesadillas?

Diddy cavila en ello con tanta intensidad que olvida dónde está, a largos intervalos. Ni siquiera sabe en qué estado se halla su cuerpo. Sus pensamientos le acorralan. ¿No hubiera sido mucho más cómodo despojarse de ellos, como se despojó de los vestidos? No; le han acompañado todo el camino, conservados en su propio liquidámbar.

Como si Diddy viviera al fin en sus ojos, sólo en sus ojos. El ojo exterior que nomina y clasifica; el ojo interior que palpita al pensar.

Pero no siempre es tan solemne. A veces casi se alegra. "Coged las rosas de la primavera." Entonces, aunque ve con claridad, no se limita a ser dos ojos húmedos, vulnerables, encajados en las órbitas como moluscos en su concha. Se deleita en la felicidad de vivir en su cuerpo; siente su desnudez como una bendición. Su cabeza despierta y expresiva; la fuerza y agilidad de sus pies sobre las frías losas de piedra; la soltura de sus hombros y la madurez musculada de sus muslos; su pecho capaz y sensible; la dura tapia de su delgado abdomen; el tierno sexo que rebota en lo alto de sus piernas. Increíble que una criatura humana renuncie a este placer y consienta en vestirse.

En otros momentos no puede evitar la tensión de los miembros: se le acorta la respiración, se le adormece el paso. Siente el filo nauseabundo de algo parecido al terror. Un silencio mortecino. Un olor rancio. Diddy a punto de preguntarse qué es lo que ha hecho. ¿Será toda esta aventura un aislamiento deshonroso, una ordalía inútil? Afortunadamente Diddy sabe cómo enfrentarse a estos instantes turbios que le socavan el ánimo. Sueña que Hester le espera al final de esta ronda. Que (ahora) mismo le aguarda en una distante galería. Su función es clarísima, y adecuada a sus poderes: salvarle, como la princesa de un cuento de hadas. La fuerza del amor va a rescatar a Diddy del reino de la muerte. "La muerte y la doncella."

Lo único que Diddy debe hacer, le espere Hester o no, es seguir andando. Un paso tras otro.

Más cámaras. Más muertes.

¿Ha llegado Diddy a su destino?

La muerte es un exceso de trabajo.

De nuevo oye el rumor de un tren, gritos lejanos. Ladra un perro.

Un negro esbelto y joven, de blusa y pantalón blancos, acerca un carrito a su cama. Huele a vómito. ¿Quién huele a vómito? Diddy. Diddy el Manchado.

Más cámaras. Diddy camina, en busca de su muerte.

Ha trazado su última ruta.

Ha dibujado su último mapa.

Diddy percibe al fin el inventario del universo.

FIN DE “ESTUCHE DE MUERTE”

OceanofPDF.com

[\[1\] Un "héroe" es un emparedado de salchichón, queso y lechuga. \[T.\]](#)

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

20/05/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com